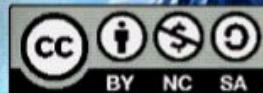


COSAS MÁS EXTRAÑAS PASAN

Kelly Link



**Publicación
Gratuita**



Traducido por Artifacts en feb - 2019

Obra Original **Stranger Things Happen** (Kelly Link, 2014) publicada en http://smallbeerpress.com/download/16296/Kelly_Link_Stanger_Things.txt bajo licencia [Creative Commons BY-NC-SA](#).

Esta versión electrónica en español de **Cosas Más Extrañas Pasan** se publicó en <https://artifacts.webcindario.com> bajo la misma licencia [Creative Commons BY-NC-SA](#).

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios o usados ficticiamente. .

Sobre Stranger Things Happen

Stranger Things Happen se presentó como Descarga Gratuita bajo Licencia Creative Commons el 1 de julio de 2005 para celebrar la publicación de la segunda colección de Kelly Link: *Magic for Beginners*.

Small Beer Press, Northampton, MA. Copyright © 2001 de Kelly Link.

Sobre Kelly Link

Kelly Link es la autora de la colección *Magic for Beginners*, editora de la antología **Trampoline**, y co-editora del zine **Lady Churchill's Rosebud Wristlet**. Con Ellen Datlow y Gavin J. Grant, ella edita **The Year's Best Fantasy and Horror** (St. Martin's Press). Una vez ganó un viaje gratis por el mundo respondiendo a la pregunta *¿Por qué quieres dar la vuelta al mundo? (Porque no se puede atravesar)*.

Link vive en Northampton, Massachusetts. Puedes descubrir más sobre Kelly visitando <https://kellylink.net/>

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite..

Capítulo 1

Relato 1 - CLAVEL, LILA, LILA, ROSA

CARNATION, LILY, LILY, ROSE, 1998

Querida María (si es ese tu nombre): apuesto a que te sorprenderá bastante saber de mí. Soy yo de verdad, por cierto, aunque tengo que confesar que, en este momento, no sólo parece que no consigo recordar bien tu nombre, ¿Laura? ¿Susanita? ¿Ofelia?, sino que parece que he olvidado el mío propio. Mi plan es seguir probando combinaciones: Juan ama a Lola, Guillermo ama a Suki, Enrique te ama, cariño, ¿Georgia?, tarta de miel, querida. ¿Alguno de estos te parece a tí correcto?

Toda la semana pasada sentí como si fuera a pasar algo, como una sensación de hormigas o abejas. Algo iba a pasar. Enseñé las lecciones, volví a casa y me fui a la cama. Toda la semana esperando lo que iba a pasar y entonces, el viernes, me morí.

Una de las cosas que parece que tampoco determino es el cómo, o quizá quiera decir el porqué. Es como los nombres. Sé que estuvimos viviendo juntos durante nueve años en una casa sobre la colina en una acogedora ciudad. Que no tuvimos niños salvo una vez y que eres una cocinera increíble, oh querida mía, ¿Coral? ¿Coralí? Yo era igual y nos comíamos todo lo que podíamos permitirnos. Yo enseñaba en una buena universidad, ¿Princeton? ¿Berkeley? ¿Notre Dame? Era un buen profesor y mis estudiantes me apreciaban. Pero no consigo recordar el nombre de la calle donde vivíamos o el autor del último libro que leí o tu apellido o cómo me morí. Es curioso, ¿Sara?, pero los únicos dos nombres que sé seguro que

son reales son Luli Bellows; la chica que me dió una paliza en cuarto curso; y el nombre de tu gato. Y no voy a escribir el nombre de tu gato en un papel justo ahora.

Íbamos a llamar al bebé, Beatriz. Me acabo de acordar de eso. Íbamos a llamarla como a tu tía, esa a la que yo no le gusto. No le gustaba. ¿Fue ella al funeral?

Llevo aquí tres días e intento fingir que son sólo unas vacaciones, como cuando fuimos a esa isla en aquel país. ¿Santorini? ¿Gran Bretaña? Aquella con los acantilados. La del hotel con literas y papel higiénico de cuadraditos rosa como pañuelos. Tenía también conchas marinas en la ventana, ¿verdad?, que eran transparentes como vidrio de botella. ¿Que olía como a lejía? Era una isla muy bonita. Sin árboles. Dijiste que cuando murieras esperabas que el cielo fuese una isla como aquella. Y ahora estoy muerto y aquí estoy.

Esto también es una isla, creo. Hay una playa y bajando por la playa hay un buzón donde voy a dejar esta carta. Además de la playa y el buzón, hay un edificio en el que me siento y escribo esta carta. Parece ser un hotel, perfectamente apacible sin otros huéspedes, sin recepcionistas, sin coordinador de eventos, sin botones. Sólo yo. Hay una televisión muy pasada de moda en el vestíbulo del hotel. Ajusté la antena un buen rato pero nunca obtuve imagen, sólo estática. Probé a inventar imágenes, personas a partir de la estática. Me pareció que me saludaban.

Mi habitación está en la segunda planta. Tiene vistas al mar. Todas las habitaciones tienen vistas al mar. Hay un escritorio en mi habitación y un buen suministro de papel blanco satinado y sobres en uno de los cajones. ¿Laurel? ¿María? ¿Gertrudis?

No he perdido de vista el hotel todavía, ¿Lucila?, porque temo que ya no esté cuando regrese.

Tuyo sinceramente,
Tú sabes quién.



El muerto yace sobre la espalda en la cama del hotel. Sus manos están ocupadas y curiosas masajeando el cuerpo arriba y abajo como si ya no le perteneciera realmente. Una mano comprueba los testículos, la otra tira con fuerza de su pene erecto. Sus talones empujan la manta, tiene los ojos y la boca abiertos. Está intentando decir el nombre de alguien.

En el exterior, el cielo parece estar demasiado cerca. Parece hecho de algo gris que sólo resentidamente permite pasar la luz. El muerto ha notado que nunca se hace más claro o más oscuro pero, a veces, el aire empieza a sentirse pesado. Y luego caen cosas del cielo, pedazos de materia pastosa grisácea del tamaño de un puño. Aquello cae hasta que se cubre la playa y empieza a disolverse de inmediato. El muerto estaba afuera la primera vez que cayó el cielo. Ahora espera dentro hasta que se despeje la playa otra vez. A veces ve la televisión, aunque la recepción es mala.

El mar sube y desciende por la playa, succionando y envolviendo el buzón durante la marea alta. Hay algo en ello que al muerto no le gusta mucho. No huele a sal del modo en que debería oler el mar.

¿Cara? ¿Jazmín? Huele como a tapicería mojada, a pelo quemado.



Querida ¿Maya? ¿Abril? ¿Yenifer?:

Mi habitación tiene una cama con finas sábanas limpias y una pintura de aficionado de una mujer sentada bajo un árbol. Tiene pechos bonitos, pero una expresión peculiar en su cara. Para una mujer en un cuadro en la habitación de un hotel como este, parece de mal humor.

Tengo un cuarto de baño con agua caliente y fría, toallas y un espejo. Me miré en el espejo durante largo tiempo, pero no me resulto familiar. Es la primera vez que le he echado un buen vistazo a un muerto. Tengo pelo castaño con entradas en las sienes, ojos marrones y buenos dientes, incluso blancos y no demasiado grandes. Tengo una pequeña marca en el hombro, ¿Celeste?, donde me mordiste cuando hicimos el amor por última vez. ¿Sabías de algún modo que sería la última vez que haríamos el amor? Tu expresión era triste, también me parece recordar, enfadada. Recuerdo tu expresión ahora, ¿Elisa? Me miraste sin pestañear, cuando llegaste dijiste mi nombre y, aunque no puedo recordar mi nombre, recuerdo que lo dijiste como si me odiaras. No habíamos hecho el amor desde hacía mucho tiempo.

Estimo que mi altura es de unos dos metros y, aunque no soy feo, tengo una cierta expresión nerviosa. Puede que sea por las circunstancias.

Me he estado preguntado si mi nombre era, por casualidad, Roberto o Timoteo o Carlos. Cuando nos fuimos de vacaciones, recuerdo que hubo una confusión similar sobre los nombres, aunque no sobre los nuestros. Estuvimos pensando en uno para ella, es decir, para Beatriz. ¿Petruccia, Solaz? Los escribimos todos con palitos en la playa para ver cómo quedaban. Empezamos con los nombres comunes, como Juana y Susana y Laura. Probamos nombres como Paula y Mercedes y Esperanza, y luego

llegaron los extravagantes. Dibujamos con los palos en la arena y sacamos familias enteras de niñas llamadas Gudrun, Jezabel, Jerusalén, Cedina, Cerila. —*¿Qué tal Luli?* - dije yo. —*Una vez conocí a una niña llamada Luli Bellows.* - Tenías el pelo todo enmarañado por la cara, tieso por la sal. Tenías un millón de pecas. Te reíste tanto que tuviste que apoyarte en el palo para no caer de espaldas. Dijiste que te sonaba a un nombre inventado. Con amor,
Tú sabes quién.



El muerto intenta actuar como si realmente estuviera allí, en este lugar. Está intentado actuar de un modo apropiado y normal, tanto como le es posible. Intenta ser un buen turista.

No ha conseguido caer dormido en la cama, aunque le ha dado la vuelta al cuadro en la pared. No está seguro de si la cama es una cama. Cuando tiene los ojos cerrados, no parece ser una cama. Duerme en el suelo, que se parece más a un suelo que la cama a una cama. Yace en el suelo sin nada sobre él y finge que no está muerto. Finge que está en la cama con su mujer y soñando. Inventa un bonito sueño sobre una fiesta donde ha olvidado el nombre de todos los demás. Se toca. Luego se levanta y ve que lo blanco que ha caído del cielo se está disolviendo en la playa, pedacitos de aquellos se apilan alrededor del buzón como espuma.



Querida ¿Esther? ¿Débora? ¿Frederica?:

Las cosas están empeorando. Sé que si pudiera recordar tu nombre, las cosas mejorarían.

Te conté que estoy en una isla, pero no estoy seguro de que lo esté. Tengo dudas sobre la cama y el hotel. Tampoco me contenta el mar o el cielo. Las cosas que tienen nombres de los que estoy seguro, no estoy seguro de que sean cosas, si entiendes lo que quiero decir, ¿Madalena? Tampoco estoy seguro de que yo aún respire. Cuando pienso en ello, respiro.

Sólo pienso en ello porque hay demasiado silencio cuando no lo hago. ¿Sabías, Alicia, que arriba en aquellas montañas, las Berkshires, la altitud es demasiado alta y la gente real, la viva, también olvida respirar? Hay un nombre para cuando olvidan. He olvidado qué nombre es.

Pero si la cama no es una cama y la playa no es una playa, entonces, ¿qué son? Cuando miro el horizonte, casi parece haber esquinas. Cuando me tumbo, las esquinas sobre la cama retroceden como el horizonte.

Luego está el problema con el correo. Ayer deslicé la carta dentro de un sobre normal y metí el sobre sin dirección dentro del buzón. Esta mañana, la carta había desaparecido y cuando metí la mano dentro, y luego el brazo, los lados del buzón estaban mojados y pegajosos. Inspeccioné el lado de atrás y descubrí un panel abierto. Cuando sube la marea, el correo se va con el mar. De modo que no tengo ni idea si tú, ¿Pamela?, o si de hecho alguien está leyendo esta carta.

Probé arrastrar el buzón más lejos playa arriba. Las olas sisearon y me salpicaron, una ola corrió alrededor de mi pie, fría, negra, peluda, y me rendí. Así que tendré que confiar simplemente en el sistema de correo local. Confiando en que recibas esto pronto,
Tú sabes quién.



El muerto sale a pasear por la playa. El mar mantiene su distancia, pero el hotel permanece cerca detrás él. Nota que la marea retrocede cuando camina hacia ella, lo cual es bueno. No quiere mojarse los zapatos. Si caminara hacia el mar, ¿se separaría para él como para ese tipo de la biblia? ¿Onan?

Se pone su segundo mejor traje, el que llevaba para las bodas y entrevistas. Se imagina que es el traje en el que murió o el traje con el que su mujer lo enterró. Lo ha estado llevando desde que despertó y se encontró en la isla, desaliñado y sudando, sus ropas arrugadas como si las hubiera estado llevando durante largo tiempo. Se quita el traje y los zapatos sólo cuando está en la habitación del hotel. Se los pone para salir fuera. Sale a pasear por la playa sin atarse la corbata.

Las pequeñas olas golpean al muerto. Puede ver dientes bajo las aguas, en los vítreos muros negros de las olas más grandes, en las olas que se alejan del mar. Camina una buena distancia parando con frecuencia a descansar. Se cansa con facilidad. Sigue las dunas con los hombros encogidos y la cabeza gacha. Cuando el cielo empieza a cambiar, da la vuelta. El hotel está justo detrás. No parece sorprenderse de verlo allí. Todo el tiempo que ha estado caminando, ha tenido la sensación de que, justo en la próxima duna, alguien le está esperando. Confía que quizá sea su esposa pero, por otro lado, si fuese su esposa, ella también estaría muerta y, si estuviese muerta, él podría recordar su nombre.



Querida ¿Matilda? ¿Inés? ¿Alberta?:

Imagino mis cartas enviadas en barco hasta ti, sobre esas olas con los barquitos blancos. Querida lectora, ¿Begoña? ¿Fiona?, ¿te gustaría saber cómo estoy tan seguro de que estas cartas te están llegando? Recuerdo que siempre solía molestarte el modo en que yo daba las cosas por ciertas. Pero estoy seguro de que estas leyendo esto del mismo modo que; aún cuando todavía estoy andando por ahí y respirando (cuando me acuerdo de hacerlo); estoy seguro de que estoy muerto. Creo que estas cartas te están llegando, rotas, mojadas pero, aún así, legibles. Si llegaran del modo normal, probablemente no creerías que son mías de todos modos.

Me he acordado de un nombre hoy, Elvis Presley. Era el cantante, ¿verdad? ¿Zapatos azules, labios gruesos besucones, voz pulida? Muerto, ¿verdad? Como yo. Marilyn Monroe también, vestido blanco volando hacia arriba como la vela de un barco, Gandhi, Abraham Lincoln, Luli Bellows (¿te acuerdas?) que vivía en la puerta de al lado a la mía cuando teníamos once años. Ella tuvo migrañas durante todo el año escolar, lo que la hacían malhumorada. A nadie le gustaba ella entonces, cuando no sabíamos que estaba enferma. No nos gustó después. Me rompió la nariz porque le quité la peluca un día. Tenía un tumor en la cabeza del tamaño de un huevo de gallina. Ella se murió al final.

Cuando le quité la peluca, no lloró. Tenía pequeños mechones de pelo saliendo de la calva y la cara hinchada con fluído como si le hubieran picado las abejas. Parecía muy vieja. Me dijo que si se moría, volvería para atormentarme, y después de morirse, yo fingí que podía ver, no sólo a ella, sino a un grupo entero de gordos fantasmas pálidos y sin pelo colgando de los árboles, hinchados y zumbado como colmenas. Era una divertida broma para asustar con la que jugaba con mis amigos. Los llamábamos los fantasmas *lulis* e inventábamos reglas que nos mantenían a salvo de ellos. Un cierto modo de andar o una dieta blanca de marshmallows, pan blanco enrollado en bolas y arroz blanco. Cuando nos aburríamos de los *lulis*, los matábamos decorando su tumba con los restos de los donuts espolvoreados y Wonderbread de nuestras sospechosas madres que se negaban a comprarlos para nosotros.

¿Decoras mi tumba, Feliciano? ¿Gaia? ¿Me has olvidado ya? ¿Tienes ya otro gato, otro amante? ¿O aún haces luto por mí? Dios, te quiero tanto, ¿Clavel, ¿Lila? ¿Lila Rosa? Es lo inverso de la necrofilia, supongo... el muerto que quiere un último polvo con su esposa. Pero no estás aquí y si estuvieras aquí, ¿te irías a la cama conmigo?

Te escribo cartas con la mano derecha y hago con la mano izquierda lo que solía hacer con mi mano izquierda desde que tenía catorce años, cuando no tenía nada mejor que hacer. Me parece recordar que cuando tenía catorce no había nada mejor que hacer. Pienso en ti, pienso en tocarte, pienso que me tocas y te veo desnuda y me miras, y estoy a punto de gritar tu nombre y, luego llego y el nombre en mis labios es el nombre de una persona muerta o algún nombre totalmente inventado.

¿Te molesta esto, Linda? ¿Dona? ¿Pentesilia? ¿Quieres saber lo peor? Justo hace un minuto estuve machacando la almohada, empujando y fingiendo que eras tú, ¿Estefanía? debajo de mi, oh, joder, era divertido, justo como cuando estaba vivo y llegaba y decía... *Beatriz*.

Y recuerdo llegar para llevarte al hospital tras el aborto natural. Había un montón de cosas que quise decirte. Me refiero a que ninguno de los dos estaba seguro de verdad de que queríamos un bebé y parte de mí seguro que quedó aliviada por no tener que aprender cómo ser padre justo entonces, pero aún había cosas que ojalá te hubiera dicho. Había un montón de cosas que ojalá te hubiera dicho.

Tú sabes quién.



El muerto se puso en marcha por el interior de la isla. En algún punto después de su primera expedición, el hotel se movió silenciosamente a su posición original. El muerto en su habitación, mirando el espejo, expresión atenta, caderas apoyadas sobre la fría pila.

—Esta carne está muerta. No debería levantarse. Se levanta

Ahora el hotel ha vuelto junto al buzón, el cual está vacío cuando él baja andando para comprobarlo.

La mitad de la isla es rocosa, yerma. No hay árboles aquí, se percata el muerto con alivio. Camina una corta distancia, menos de dos millas, calcula, antes de llegar a la orilla opuesta. Delante de él hay una extensión plana de agua, el cielo se despliega sobre el horizonte. Cuando el muerto da la vuelta, puede ver que el hotel tiene aspecto desamparado y abandonado. Pero cuando entorna los ojos, las sombras detrás de la veranda se mueven, se transforman en una multitud de gente, todos devolviéndole la mirada. Él tiene las manos dentro de los pantalones, se está tocando. Saca las manos y da la espalda al sombrío porche.

Camina por la orilla. Baja una duna de arena y luego desciende una larga colina. Va a dar un rodeo. Va a colarse en el hotel si puede. Aunque es difícil fisgonear algo que siempre parece estar fisgoneándote a ti. Camina durante un tiempo, y lo que encuentra es un círculo de piedras vítreas subiendo por la playa. Hay tablas apiladas en el interior del círculo, chamuscadas y negras. La tierra está pisoteada alrededor de la hoguera, como si la gente hubiera permanecido allí, esperando y paseando. Hay algo en el centro de la hoguera del tamaño de un gato, dejado en jirones y piel en una espita. El muerto no lo mira muy de cerca.

Camina alrededor del fuego. Ve rastros que indican dónde había estado la gente aquí, observar asar un gato, marcharse de nuevo. Sería difícil pasar por alto la dirección que han tomado. La gente se ha ido toda, ha subido corriendo hasta la duna, descalzos y pesados, las huellas de los dedos son profundas, los talones apenas tocan la arena. Se han dirigido de vuelta al hotel. Él sigue las pisadas, ve el rastro de sus propias pisadas bajando hacia la hoguera. Por encima, en una línea paralela a su expedición y al mar, la multitud ha andado por este camino, aunque él no los había visto. Estaban caminando con más cuidado ahora, los imagina andando más tranquilos.

Sus pisadas acaban. Hay un buzón, y aquí es donde dejó el hotel. El hotel mismo no ha dejado marca. Las otras pisadas continúan hacia el hotel, donde está ahora, pequeño en la distancia. Cuando el muerto regresa al hotel, el suelo del vestíbulo está cubierto de arena y la televisión está encendida. La recepción ha mejorado ligeramente. Pero no hay nadie allí, aunque busca en cada habitación. Cuando sale a la veranda, observando el interior de la isla, imagina que ve a un grupo de gente, abajo junto a la orilla, que le saluda. El cielo empieza a caer.



Querida ¿Aramis? ¿Kika? ¿Lolita? Aún no suena la campana correcta, ¿verdad, Suky? ¿Ludmila? ¿Guinifreda?:

He tenido ese mismo no-sueño sobre la fiesta de la facultad otra vez. Ella estaba allí, sólo que esta vez, tú eras la única que la reconocía y yo intentaba adivinar su nombre, quién era ella. ¿Era la rubia alta con buen culo o la bajita rubia de pelo corto que dejaba la boca un poco abierta, como si estuviera sonriendo todo el tiempo? Esa que parecía como si supiera algo que yo quería saber, al igual que tú. ¿No es eso gracioso? Nunca te dije quién era y ahora no puedo acordarme. Probablemente lo sabías todo desde el principio de todos modos, aún cuando no pensabas que lo sabías. Estoy

bastante seguro de que me preguntaste por la rubita, cuando aún preguntabas.

Sigo pensando lo guapa que estabas esa primera noche que dormimos juntos. Yo te había besado educadamente en el umbral de la casa de tu madre y luego, antes de que entraras al interior, te diste la vuelta y me miraste. Nadie me había mirado nunca de aquella forma. No tuviste que decir nada en absoluto. Esperé hasta que tu madre apagara todas las luces de la planta de abajo y luego salté la verja y subí al árbol de tu patio trasero. Y miré a tu ventana. Tú estabas apoyada en la ventaba observándome escalar y te quitaste la camisa para que pudiera verte los pechos. Casi me caí del árbol. Luego te quitaste los vaqueros y tu ropa interior tenía un día de la semana bordado, ¿Festivo? y luego también te quitaste la ropa interior. Te habías teñido el pelo de amarillo con mechas rojas, pero el pelo de tu pubis era negro y blando cuando lo toqué.

Nos acostamos en tu cama y cuando estuve dentro de ti, me lanzaste esa mirada de nuevo. No fue un fruncimiento de ceño, pero casi, como si hubieras esperado algo diferente, o como si acabaras de entender algo. Y luego sonreíste y suspiraste y te moviste encima de mi. Te alzabas suave y fuertemente como si tú fueras a levitar por encima de la cama y yo me levantara contigo. Casi te dejo embarazada la primera vez. Nunca fuimos muy buenos con el control de embarazo, ¿verdad, Eliana? ¿Rosemari? Y luego oí a tu madre salir al patio, justo bajo el olmo que acababa de trepar, gritando: —¿Árbol? ¿Árbol?

Creí que me había visto subir. Miré por la ventana y la vi directamente debajo de mí con las manos en jarras y lo primero que noté fueron sus pechos a la luz de la luna, rollizos y subidos bajo la bata, más grandes que los tuyos y casi igual de bonitos. Aquello fue bastante extraño, el darme cuenta que yo era la clase de chico que podía enamorarse de alguien en tan poco tiempo, en serio, verdadera y profundamente enamorado, del tipo para

siempre. Ya lo supe entonces, aún viendo las tetas de una mujer de mediana edad. Las tetas de tu madre. Aquello fue lo segundo que aprendí. Lo tercero fue que no me estaba mirando a mí.

—¿Árbol? - gritó una última vez sonando bastante cabreada.

Bueno, vale, Pensé que estaba loca. Por último, lo que no aprendí fueron los nombres. Me está llevando un tiempo averiguar eso. Aún no estoy seguro de lo que no aprendí, ¿Aida? ¿Rubí? ¿Catrina? pero al menos lo intento. Es decir, aún estoy aquí, ¿no?
Ojalá estuvieras aquí.
Tú sabes quién.



En cierto momento, más tarde, el muerto baja hasta el buzón. El agua está particularmente extraña hoy. Tiene un bucle aterciopelado en ella, como pelo. Emerge hacia arriba en formas casi discernibles. Aún tiene miedo de él, pero le odia, le odia, le odia. Él nunca le ha gustado, nunca.

—*Gato miedoso, gato miedoso*, - se burla el muerto del agua.

Cuando vuelve al hotel, los *lulis* están allí. Están viendo la televisión en el vestíbulo. Son mucho más grandes de lo que recuerda.



Querida Sindi, Cintia, Cibeles,

Hay algunas personas aquí conmigo ahora. No estoy seguro de si estoy en su casa, si este lugar es suyo, o si los he traído yo aquí como equipaje. Quizá sea un poco de uno y de lo otro. Son gente, o quizá yo diría que es una persona que conocí cuando era pequeño. Creo que han me han estado observando durante un tiempo, pero son tímidos. No dicen gran cosa.

Es difícil presentarse cuando has olvidado tu nombre. Cuando los vi me quedé atónito. Me senté en el suelo del vestíbulo. Mis piernas eran como agua. Una ola de emoción me sobrevino, tan fuerte que no la reconocí. Podría haber sido congoja. Podría haber sido alivio. Creo que era reconocimiento. Vinieron y me rodearon, mirándome desde arriba.

—*Os conozco, - dije. —Sois los lulis.*

Ellos asintieron. Algunos sonreían. ¡Qué pálidos están, qué gordos! Cuando sonríen, sus ojos desaparecen en pliegues de carne. Pero tienen dientitos blandos, como los pies de los niños.

—*Tú estás muerto, - dijo uno.*

Tenía una vocecilla baja. Después hablamos. La mitad de lo que dijeron no tenía sentido en absoluto. No saben cómo he llegado aquí. No recuerdan a Luli Bellows. No recuerdan haber muerto. Tenían miedo de mí al principio, pero también sentían curiosidad.

Querían saber mi nombre. Puesto que yo no tenía uno, trataron de encontrar un nombre que me pegara. Se sugirió Walter, luego se rechazó. Yo parecía

ser un Walter, un Samuel, también Milo y Ruperto. A muchos de ellos le gustaba Alfonso, pero no me sentí particularmente inclinado por Alfonso.

—*Árbol*, - dijo uno de los *lulis*.

Árbol nunca me gustó mucho. Recuerdo a tu madre de pie bajo las hojas verdes que se inclinaban sobre las ramas arqueadas, arrastrándose por la tierra como faldones. ¡Oh, menudo árbol! el árbol más hermoso que vi jamás. A media altura del árbol, mirándome había un rechoncho gato negro con largos bigotes blancos y un elegante babero brillante. Tiraste de mí hacia dentro. Te pusiste una camiseta. Saliste a la ventana.

—*Yo lo cogeré*, - dijiste a la mujer bajo el árbol. —*Vuelve a la cama, mamá. Ven aquí, Árbol.*

Árbol caminó por la rama hacia la ventana, la misma rama ancha que me había conducido hasta ti. Tú, ¿Ariadna? ¿Tomasina? lo retiraste del marco y luego cerraste la ventana. Cuando le pusiste sobre la cama, se acurrucó al pie, ronroneando. Pero cuando desperté después, soñando que me estaba ahogando, estaba acurrucado sobre mi cara, su pesada panza era sedosa al tacto de mi boca.

Siempre pensé que Árbol era un nombre bobo para un gato. Cuando se hizo viejo y dormía en el jardín, seguía sin parecerse a un árbol. Se parecía a un gato. Corrió delante de mi coche, Lo vi, tú me viste verlo, me percaté de que sería el último fracaso, tu marido duerme con una estudiante de graduación y luego atropella a tu gato. Yo intenté doblar para no golpearle. Algo me dice que le golpeé. No pretendí hacerlo, corazón, amor, ¿Perla?

¿Patricia? ¿Puri?
Tú sabes quién.



El muerto mira la televisión con los *lulis*. Telenovelas. Los *lulis* saben cómo ajustar la antena para que la recepción sea decente, aunque el sonido no llega. Uno de ellos está de pie junto a la TV para sujetar la antena. El culebrón está extrañamente actualizado, las ropas están pasadas de moda, del tipo que el muerto imagina que llevaban sus abuelos. La mujer lleva una pabela en la cabeza, sus ojos están cargados de maquillaje.

Hay una boda. Hay un funeral, también, aunque el muerto no tiene claro quién es el difunto. Luego los personajes caminan por la playa. La mujer lleva un traje de baño blanco y negro que la cubre modestamente desde el cuello hasta el medio muslo. La bata del hombre está abierta. No se cogen de las manos. Hay un zumbido, un comentario de los *lulis*.

—*Demasiado oscura*, - dice uno, refiriéndose a la mujer.

—*Aún viva*, - dice otro.

—*Demasiado delgado*, - dice uno, señalando al hombre. —*Debería comer más. Podría llevarselo el viento*.

—*Fuera del mar*.

—*Fuera del Árbol.*

Los *lulis* miran al muerto. El muerto se va a su habitación. Cierra la puerta. Se le tensa el pene, duro como un árbol. Tira de él por la habitación, hacia la cama. El hombre está muerto, pero su cuerpo aún no lo sabe. Su cuerpo aún cree que está vivo. Él empieza a decir en voz alta los nombres que conoce, nombres hermosos, nombres tontos, nombres improbables. Los *lulis* se arrastran por el pasillo. Se quedan al otro lado de su puerta y escuchan la lista de nombres.



Querida ¿Bibi? ¿Bea?:
Ojalá pudieras escribirme.
Tú sabes quién..



Cuando el cielo cambia, los *lulis* salen afuera. El muerto les observa recoger esa pasta de la playa. La comen metódicamente, masticando hasta tragar y recogiendo más. El muerto sale afuera. Recoge un puñado de la pasta. ¿Tarta de ángel? ¿Maná? La olisquea. Huele a flores: como los claveles, lilas, como las lilas, como las rosas. Se mete un poco en la boca. No sabe a nada en absoluto. El muerto le da una patada al buzón.



Querida ¿Diana? ¿Prudencia? ¿Rapuncel?

¿No hay un cuento de hadas en el que un hombrecillo intenta hacer esto?
¿Adivinar el nombre de una mujer? He estado inventando historias sobre mi muerte. Una muerte que he imaginado es cuando estoy andando por el metro y entonces hay un fuerte viento y una escultura móvil del metro, la que gira en el viento, se levanta y me cae encima. Otra muerte es sobre tú y

yo, estamos volando hacia otro país, ¿Canadá? El vuelo va lleno y tú te sientas en la fila delante de la mía. Hay un ¡crack! y el avión se parte por la mitad como una rama. Tu mitad va hacia arriba y la mía hacia abajo. Te giras y me miras, yo extendiendo los brazos. Gafas y periódicos y bandas de ropas vuelan por los aires. El cielo empieza a arder. Creo que quizá he acabado delante de un tren. Yo montaba en bici y alguien abrió la puerta de un coche. Yo viajaba en un barco y se hundió.

Esto es lo que sé. Me dirigía hacia algún sitio. Esta es la historia que me parece la mejor. Hicimos el amor, tú y yo, y después saliste de la cama y te quedaste de pie mirándome. Creí que me habías perdonado, que ahora íbamos a continuar nuestras vidas del modo en que eran antes. ¿Veneranda? dijiste. ¿Gloria? ¿Patricia? ¿Julia? ¿Rosamari? ¿Laura? ¿Laura? ¿Juana? ¿Raquel? ¿Nora? ¿Ramona? ¿Azahar?

Salí de la cama. Me vestí y salí de la habitación. Me seguiste. ¿Marilyn? ¿Ginebra? ¿Carolina? ¿Gatita? ¿Selene? ¿Marta? ¿Lorena? ¿Teresa? Dijiste los nombres en staccato, uno tras otro, como puñaladas. No te miré, cogí las llaves del coche y salí de casa. Tú te quedaste en la puerta, me viste entrar en el coche. Tus labios aún se movían, pero yo no conseguía oírte.

Árbol estaba delante del coche y cuando lo vi, giré el volante. Yo ya iba demasiado rápido saliendo a la carretera. Le clavé contra el buzón y luego el coche se chocó contra el árbol lilac. Los pétalos blancos estaban cayendo cuando tú gritaste. No consigo recordar lo que ocurrió después.

No sé si es así como morí. Quizá me morí más de una vez hasta que finalmente sirvió. Aquí estoy. No creo que esto sea una isla. Creo que soy un muerto metido en una caja. Cuando estoy en silencio, casi puedo oír a los otros muertos arañando las paredes de sus cajas.

O quizá soy un fantasma. Quizá las olas, que parecen pelo, sean pelo, y quizá el agua que sisea y me salpica sea en realidad un gato, y el gato también sea un fantasma.

Quizá estoy aprendiendo algo aquí, como penitencia. Los *lulis* me han perdonado. Quizá tú lo hagas también. Cuando el mar llegue hasta mi mano, cuando se vierta sobre mí, sabré que me has perdonado por lo que hice. Por abandonarte después de hacerlo.

O quizá soy un turista y estoy atrapado en esta isla con los *lulis* hasta que sea hora de ir a casa, o hasta que vengas tú aquí a recogerme, ¿Pepa? ¿Irene? ¿Dolores?, que es por lo que espero que recibas esta carta. Tú sabes quién.

FIN

Capítulo 2

Relato 2 - No Hagas Caso Si Viene El Perro Negro

Water Off a Black Dog's Back, publicado en Century, 1995.

—*Di. ¿Sin qué no podrías seguir, sin amor o sin agua.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Me refiero, ¿podrías vivir sin amor, o podrías vivir sin agua?*

—*¿No puedo tener ambos?*

Rachel Rook llevó a Carroll a casa para conocer a sus padres dos meses después de que durmiera con él por primera vez. Para una chica generosa, una chica que se quitaba la ropa con abandono, era notablemente reservada en algunas cosas. En dos meses, Carroll había aprendido que los padres de Rachel vivían en una granja varias millas a las afueras de la ciudad, que vendían fresas en verano y árboles de Navidad en invierno. Sabía que ellos nunca dejaban la granja, en su lugar, el mundo acudía a ellos en forma de aficionados al picnic de fin de semana y turistas pasajeros.

—*¿Crees que le gustaré a tus padres? - dijo él.*

Había pasado la tarde preparándose para esa visita tan cuidadosamente como si se hubiera estado preparando para un examen. Se había cortado el pelo, recortado las uñas, lavado el cuello y detrás de las orejas. El atuendo que había escogido, pantalones caqui y una camisa azul con botones hasta abajo y sin corbata, yacía limpiamente doblada sobre la cama. Se presentó ante Rachel en ropa interior y calcetines blancos, mirándola como si ella fuera un espejo.

—*No*, - dijo ella.

Era la primera vez que había ido a su apartamento y estaba plantada de pie en el centro del dormitorio con los brazos cruzados como si temiera sentarse, tocar algo.

—*¿Por qué?*

—*A mi padre le gustarás*, - dijo ella. —*Pero a él le gusta todo el mundo. Mi madre es más particular. Cree que careces de cierta naturaleza seria.*

Carroll se puso sus pantalones, admirando la raya. —*Así que has hablado con ella sobre mí.*

—*Sí.*

—*Pero no has hablado sobre ella conmigo.*

—*No.*

—*¿Te avergüenzas de ella?* - preguntó Carroll. Rachel soltó un bufido de burla. Luego suspiró de un modo que parecía sugerir que estaba lamentado su decisión de llevarle a su casa. —*Estás avergonzada de mí*, - supuso él y Rachel le besó, sonrió y no dijo nada.

Rachel aún vivía en la granja de sus padres, lo cual hacía de lo más notable que hubiera mantenido separados a Carroll y a sus padres durante tanto tiempo. Aquello sugería un talento para la organización diaria que llenaba de admiración y deseo el corazón de Carroll. Tenía diecinueve, dos años más joven que Carroll. Era una estudiante en el Jellicoh College y cada día entre semana se levantaba a las siete, recorría en bicicleta cuatro millas hasta la ciudad y luego regresaba de nuevo con su bici las cuatro millas colina arriba hasta la granja.

Carroll conoció a Rachel en la biblioteca del Jellicoh College, donde él tenía un empleo a tiempo parcial. Él se sentaba a la mesa de préstamos, sellaba libros y leía *Tristram Shandy* para una clase de graduación.

Estaba casi dormido cuando alguien dijo, —*Disculpa.*

Él alzó la mirada. La chica que tenía delante del mostrador era pelirroja. La luz del sol que se filtraba por una alta ventana iluminaba los finos cabellos de su brazo y las flores bordadas en el cuello de su camisa blanca. La luz del sol incendiaba su pelo y a Carroll le era difícil mirarla directamente.

—*¿Puedo ayudarte?* - dijo él.

Ella colocó un destrozado rectángulo sobre el mostrador y Carroll lo recogió con su índice y pulgar. Las páginas colgaban a jirones del mojado lomo azul. Título, encuadernación y cubierta habían sido mordisqueados.

—*Tengo que pagar por un libro dañado,* - dijo ella.

—*¿Qué ha pasado? ¿Se lo comió tu perro?* - dijo él, haciendo un chiste.

—*Sí,* - dijo ella, y sonrió.

—*¿Cómo te llamas?* - dijo Carroll. Ya entonces, pensó que podría estar enamorado.

La casa de la granja donde vivía Rachel tenía un porche envolvente como un delantal. Estaba construida sobre una colina y tenía vistas desde arriba hacia una larga pendiente de árboles de Navidad hasta la ciudad y el Jellicoh College. Parecía pasada de moda y un poco desamparada.

A un lado de la casa había un pequeño granero y detrás del granero había un estanque ovalado, oscuro y cercado de pinos. Parpadeaba durante el crepúsculo como un ojo reluciente sin párpado. El sol rodaba bajando el borde de la herbácea colina hacia el estanque y las exageradas sombras de los árboles de Navidad, largas y puntiagudas como los sombreros de las brujas, zurcían negros triángulos por el césped gris púrpura. Casa, granero, y colina eran luminosos en la luz púrpura.

Carroll aparcó el coche delante del granero y rodeó el coche hasta el lado de Rachel para cederle la mano al salir. Una feroz respiración amortiguada emanaba del granero y las puertas se agitaban como si algo en el interior estuviera lanzándose hacia ellas una y otra vez, atravesando un oscuro espacio sin aire. Había un olor ácido de animales.

—*¿Qué hay ahí dentro?* - preguntó Carroll.

—*Los perros,* - dijo Rachel. —*No les dejamos entrar en casa y no les gusta que les separen de mi madre.*

—*Me gustan los perros,* - dijo Carroll.

Había un hombre sentado al porche. Se levantó cuando se aproximaron a la casa y salió a su encuentro. Tenía constitución media y pelo rosa marrón como su hija.

—*Papi, este es Carroll Murtaugh. Carroll, este es mi papi.* - dijo Rachel.

El Sr. Rook no tenía nariz. Le estrechó la mano a Carroll. Era cálida y seca, de carne y hueso. Carroll trató de no quedarse mirando la cara del Sr. Rook.

De hecho, el padre de Rachel sí tenía una nariz. Estaba tallada a partir de lo que parecía ser pino. Las nasales de la nariz estaban ligeramente encendidas, como si el Sr. Rook estuviera oliendo algo agradable. Un cable de cobre recorría el puente de la nariz, unido al marco de un par de gafas, delicado como un ratón dormido entre las dos lentes.

—*Encantado de conocerte, Carroll,* - dijo él. —*Entiendo que eres un bibliotecario en la facultad. Te gustan los libros, ¿verdad?*

Su voz era tumba y sonora, como si hablara desde dentro de un pozo: Carroll descubrió más tarde que la voz del Sr. Rook cambiaba ligeramente, dependiendo de la nariz que llevara.

—*Sí, señor,* - dijo Carroll.

Sólo para asegurarse, miró hacia Rachel. Tal y como él había imaginado, la nariz de la chica era inconfundiblemente un artículo genuino. Él le disparó una segunda mirada acusatoria. ¿Por qué no me lo habías dicho? Ella se encogió de hombros.

El Sr. Rook siguió hablando: —*Yo no tengo nada contra los libros, pero mi esposa no los soporta. Casi se le rompe el corazón cuando Rachel decidió ir a la facultad.* - Rachel sacó un poco su labio inferior.—*¿Por qué no le*

echas una mano a tu madre, Rachel, a poner la mesa mientras Carroll y yo nos conocemos un poco?

—*De acuerdo, - dijo Rachel, y entró en la casa.*

El Sr. Rook se sentó en uno de los escalones del porche y Carroll se sentó con él.

—*Es una chica bonita, - dijo el Sr. Rook. —Igual que su madre.*

—*Sí señor, - dijo Carroll. —Bonita.*

Él miraba hacia adelante y hablaba forzado, como si no hubiera notado que estaba hablando con un hombre con una nariz de madera.

—*Probablemente piensas que es extraño, ¿no?, una chica de su edad aún viviendo con sus padres.*

Carroll se encogió de hombros: —*Parece unida a ustedes dos. ¿Plantan árboles de Navidad, señor?*

—*También fresas, - dijo el Sr. Rook. —Hay algo curioso en las fresas y los pinos. Las personas pagan para que les dejes recogerlos. Hacen todo el trabajo y luego te pagan por ello. Dicen que las fresas saben mejor así y quizá tengan razón. Yo no tengo mucho paladar de todos modos.*

Carroll apoyó la espalda en la barandilla del porche y escuchó hablar al Sr. Rook. Miraba furtivamente a su lado para ver el perfil del Sr. Rook. Desde algunos brazos de distancia, a la tenue luz de la lámpara del proche, la nariz tenía un eficiente bulto casero: era una nariz de filósofo, una nariz que cuestionaba. Polillas blancas tan grandes como la mano de Carroll revoloteaban alrededor de la luz del porche. Lanzaban pequeños halos de oscuros soplidos de aire alborotados por las alas, que venían a descansar sobre la pantalla del porche y se plegaban hasta la inmovilidad como abanicos. Las polillas tampoco tenían narices, pensó Carroll.

—*Tampoco puedo oler los pinos, - dijo el Sr. Rook. —Tengo que apreciar la ironía de ello. Tendrás que perdonar a mi esposa si parece un poco*

incómoda al principio. No está acostumbrada a los extraños.

Rachel salió danzando del porche.

—*La cena está casi lista, - dijo ella. —¿Te ha mantenido papi entretenido?*

—*Me ha contado muchas cosas de vuestra granja, - dijo Carroll.*

Rachel y su padre se miraron significativamente.

—*Eso es genial, - dijo Rachel. —Ya sabes lo que en realidad se muere por preguntar, ¿no papi?. Háblale de tu colección de narices.*

—*Oh no, - protestó Carroll. —No me estaba preguntando en absoluto...*

Pero el Sr. Rook se puso de pie, sacudiendo el polvo de sus pantalones. —*Bajaré a por ellas. Casi iba a ponerme una más elegante esta noche, pero hace mucho viento esta noche y hay bastante humedad. Yo diría que va a llover. - Se apresuró dentro de la casa.*

Carroll se inclinó hacia Rachel. —*¿Por qué no me lo dijiste? - dijo él, mirándole desde la barandilla del porche.*

—*¿El qué?*

—*Que tu padre tiene una nariz de madera.*

—*Tiene varias narices, pero ya le has oído. Podría llover. Algunas... - dijo ella, —... se pueden oxidar.*

—*¿Por qué tiene una nariz de madera? - dijo Carroll. Estaba susurrando.*

—*Un chico llamado Mordenpico se la arrancó de un mordisco en una pelea.*

La aliteración evidentemente la agradaba, ya que había dicho un poco más alto: —*Mordenpico.*

—*Fue cuando eras pequeño. ¿No es cierto, papi?*

La puerta del porche se abrió de nuevo y el Sr. Rook dijo: —*Sí, pero no le culpo, en realidad. Éramos unos críos y yo le llamé un Kraut apestoso. Aquello fue durante la guerra y después él lo sintió mucho. Tienes que ver el lado bueno de las cosas... tu madre nunca se hubiera fijado en mí si no hubiera sido por mi nariz. Aquella era una buena nariz. La modelé a partir de la nariz de Abraham Lincoln y la tallé en nogal negro.*

Él se puso de cuclillas tras una ajada caja negra de enseres junto a Carroll, se inclinó sobre ella. —*Mira aquí.*

El interior de la caja de enseres estaba forrado con terciopelo rojo y la leve luz de la luna de octubre iluminó las brillantes narices como la lámpara de un joyero: narices hechas de madera y cobre forjado, hojalata y bronce. Una parecía ser de plata con perlas de turquesa. Había narices aquilinas; narices puntiagudas como espiras góticas; narices con nasales dobladas como garras de pajarillos.

—*¿Quién las ha hecho?* - dijo Carroll.

El Sr. Rook tosió modestamente. —*Es mi pasatiempo,* - dijo él. —*Coge una si quieres.*

—*Adelante.* - le dijo Rachel.

Carroll escogió una nariz que había sido pintada con flores rosas sobre azul. Era suave como el vidrio y ligera en su mano, como la cáscara de huevo vacía.

—*Qué bonita,* - dijo él. —*¿De qué está hecha?*

—*Papel maché. Hay una para cada día de la semana.* - dijo el Sr. Rook.

—*¿Cómo era la... original?* - preguntó Carroll.

—*Difícil de recordar, en realidad. No era una gran nariz,* - dijo el Sr. Rook.
—*Antes.*

—*Vuelve a la pregunta, por favor. ¿Qué eliges, agua o amor?*

—*¿Qué pasa si me equivoco?*

—*Ya lo averiguarás, ¿no?*

—*¿Qué escogerías tú?*

—*Yo soy la que pregunta, Carroll. Tú ya has preguntado.*

—*Pero aún no me has respondido. De acuerdo, vale, déjame pensar un poco.*

Rachel tenía pelo cobrizo liso que caía precisamente hasta sus hombros y luego se detenía. Sus ojos eran del color del zorro y eran más pequeños. Hasta los dientes, que a Carroll le parecían absolutamente necesarios. Ella le sonrió y cuando se inclinó hacia la caja de enseres llena de narices, Carroll pudo ver las dos alas de sus omoplatos bajo la delgada camiseta de algodón, sus vértebras perfiladas como un nudoso arrecife de coral.

Cuando entraron para la cena, ella le susurró en el oído: —*Mi madre tiene una pierna de madera.*

Le guió hasta la cocina para que conociera a su madre. El aire en la cocina era caliente y húmedo. Perlitas de sudor surgían de la cara de la Sra. Rook. La madre de Rachel se parecía a Rachel en la forma en que la nariz de madera del Sr. Rook se parecía a una nariz real, como si alguien hubiera tallado a la Sra. Rook a partir de un bloque de madera o granito. Tenía manos grandes con largas uñas amarillentas y pelitos de perro negro por todo el vestido.

—*Así que eres un bibliotecario, - le dijo ella.*

—*A tiempo parcial, - dijo Carroll. —Sí, señora.*

—*¿Qué haces el resto del tiempo? - dijo ella.*

—*Voy a las clases.*

La Sra. Rook se le quedó mirando sin pestañear. —*¿Están vivos tus padres?*

—*Mi madre sí, - dijo Carroll. —Vive en Florida. Le gusta jugar al bridge.*

Rachel cogió a Carroll del brazo. —*Venga, - dijo ella. —La comida se enfría.*

Le empujó dentro de un comedor con mamparas de madera oscura y una gran mesa puesta para cuatro personas. El largo dobladillo negro del vestido de la Sra. Rook siseó por el suelo cuando empujó su silla hacia la mesa. Carroll se sentó junto a Rachel. ¿Era a la izquierda o a la derecha? Metió los pies bajo su silla. Ambas mujeres quedaron en silencio y Carroll estaba en silencio entre ellas. El Sr. Rook ocupó su lugar, llenando con charla la incómoda pausa vacía para que Carroll se alegrase de que fuese su nariz, y no la lengua, lo que le había arrancado de un mordisco el Mordenpico de chico.

¿Cómo había perdido la pierna? La Sra. Rook observaba a Carroll con una fría mirada metódica mientras él comía y él se cogió a la mano de Rachel bajo la mesa buscando apoyo. Estaba convencido de que su madre lo sabía y lo desaprobaba. Comió su cerdo con guisantes, equilibrando los guisantes sobre el filo del cuchillo. Él odiaba los guisantes. Entre bocados, bebió vino rosado de su vaso. Estaba fuerte y dulce, y sabía a azúcar quemada.

—*¿Es sidra? - preguntó él. —Está deliciosa.*

—*Es vino de fresa, - dijo el Sr. Rook complacido. —Bebe más. Hacemos una cosecha cada año. Yo no puedo degustarlo pero está fuerte.*

Rachel llenó el vaso vacío de Carroll y le observó drenarlo al instante.

—*Si has terminado, ¿por qué no dejas que mi madre te lleve a ver a los perros? Tienes aspecto de necesitar un poco de aire fresco. Yo me quedaré aquí a ayudar a papi con los platos. Venga, - dijo ella. —Ve.*

La Sra. Rook empujó hacia atrás su silla y se levantó.

—*Bueno, vamos, - dijo ella. —No muerdo.*

Afuera, las polillas le golpearon en la cara y él titubeó junto a la madre de Rachel sobre la grava a la luna blanca, la luz era como una hebra desenrollándose en su carrete. Ella caminaba deprisa, inclinándose hacia adelante un poco cuando bajaba su pie derecho, arrastraba el pie izquierdo por las piedrecillas.

—*¿Qué clase de perros son?* - dijo él.

—*Negros.* - dijo ella.

—*¿Cómo se llaman?*

—*Flor y Bellota,* - dijo ella, y abrió la puerta del granero.

Dos labradores, escurridizos como truchas negras a la luz de la luna, salieron y se echaron encima de Carroll sobre dos patas. Pasaron sus hocicos de terciopelo por su cuerpo entre un completo staccato furioso de toses, su bruto aliento se hacía vaho en la cara de Carroll. Tenían el tamaño de pequeños ponis y sus zarpas dejaron huellas de barro en su camisa. Carroll los empujó para que bajaran y ellos lanzaron dentelladas hacia sus manos.

—*Aquí,* - dijo la Sra. Rook y, al instante, los perros fueron hacia ella y se acomodaron a cada lado como esfinges. Entre los pliegues de su faldón, eran casi invisibles, sólo sus ojos de plato destellaban perversamente hacia Carroll.

—*Flor está embarazada,* - dijo a Sra. Rook. —*Hemos intentado cruzarles antes, pero nunca se quedaba. Ve a dar una vuelta, chica. Ve con ella, Bellota.*

Los perros se despegaron, la luz de la luna se vertía sobre sus pelajes como el agua. Carroll los contempló correr, el aire rancio del granero se le quedó impregnado y bajo la campana del faldón de la Sra. Rook, imaginó la madera negra de la pierna izquierda, la pálida carne de la pierna derecha, como una pareja de dados dispares. La Sra. Rook se extendió en su respiración.

Le dijo: —*No me importa que te acuestes con mi hija, pero será mejor que no la dejes embarazada.*

Carroll dijo, —*No, señora.*

—*Si le das un bastardo, te echaré encima los perros,* - dijo ella, y volvió hacia la casa. Carroll salió deprisa después de ella.

El viernes, Carroll estaba colocando libros nuevos en la estantería de la tercera planta. Estaba de pie con ambos brazos levantados para equilibrar una tambaleante hilera de tomos de psicología. Alguien se paró en el estrecho pasillo, justo detrás de él, y una manita fría se le insinuó dentro de sus pantalones, deslizándose bajo la banda de la cintura de su ropa interior.

—*¿Rachel?* - dijo él, y la mano dio un apretón, despacio.

Él dio un salto y la hilera de libros se derrumbó fuera del estante como fichas de dominó. Se acachó para recogerlos sin mirarla.

—*Te perdono,* - dijo él.

—*Qué amable,* - dijo ella. —*¿Por qué?*

—*Por no decirme que tu padre...* - dudó, buscando la palabra, —*... estaba herido.*

—*Pensé que te las arreglarías muy bien,* - dijo ella. —*Y sí que te hablé de la pierna de mi madre.*

—*No estaba seguro de si creerte o no. ¿Cómo la perdió?*

—*Ella suele nadar en el estanque. Estaba andando de regreso a casa. Estaba descalza. Resbaló en algo y se cortó el pie. Para cuando fue a ver a un médico, ya tenía septicemia y tuvieron que amputarle de la rodilla para abajo. Papi le hizo una de madera de nogal; decía que la prótesis que el hospital quería darle no se parecía en nada a la pierna que ella había perdido. Tiene un nombre tallado. Ella solía decirme que un fantasma vivía dentro y la ayudaba andar. Yo tenía cuatro años.*

Ella no le miró mientras hablaba, quitaba el polvillo del lomo de un libro con su índice.

—*¿Qué nombre era ese?* - preguntó Carroll.

—*Ellen*, - dijo Rachel.

Dos días después de conocerse, Carroll estaba en el almacén del sótano. Estaba oscuro en los pasillos, las altas estanterías se curvaban unas hacia las otras. Las luces estaban temporizadas y se encendían y apagaban solas: se oía el ominoso sonido del tictac de los relojes apagando fila por fila. Charcos de sucia luz amarilla oscilaban bajo sus pies, el suelo era tan liso como la superficie del agua. Había otro estudiante en el sótano, un chico que marchaba tras los talones de Carroll, respirando pesadamente.

Rachel estaba en la esquina de atrás, parcialmente oculta por un carro de libros.

—*Maldito, maldito demonio*, - estaba diciendo ella al cerrar un libro bruscamente. —*Libro estúpido, estúpido, inútil, estúpido, libros sabelotodo*. - Le dió varias patadas al libro y lo pisó durante un buen rato. Luego alzó la vista y vio a Carroll y al chico detrás de él. —*Oh*, - dijo ella. —*Tú otra vez*.

Carroll se giró y miró al chico. —*¿Qué te pasa?* - dijo él. —*¿Nunca has visto trabajar a un bibliotecario o qué?*

El chico se esfumó.

—*¿Qué pasa?* - dijo Carroll de nuevo.

—*Nada*, - dijo Rachel. —*Sólo que estoy harta de leer libros estúpidos sobre libros que hablan de libros. Es diez veces peor de lo que me dijo mi madre*. - Le miró, sopesándole, —*¿Has hecho el amor alguna vez en una biblioteca?*

—*Um*, - dijo Carroll. —*No*.

Rachel se quitó el jersey de lana y su camiseta azul. Bajo ellos, su carne desnuda ardía. Las luces apagaron dos hileras, luego la fila junto a Carroll y él avanzó para encontrar a Rachel antes de que desvaneciese. Su cuerpo era cálido y seco, como una bombilla recién apagada.

A Rachel parecía gustarle hacer el amor en la biblioteca. La biblioteca cerraba por la noche, oficialmente, y los martes y jueves, cuando era el último del personal en salir, Carroll dejaba la Entrada Este abierta para Rachel mientras apilaba las chaquetas y jerseys de Objetos Perdidos.

La primera noche, había preparado una cama improvisada en el pasillo entre PR878W6B37, Criaturas Familiares, y PR878W6B35, Relaciones Corruptas. En verano, el almacén era mucho más frío que su habitación sin aire acondicionado. Había confiado en llevarla a su cama para cuando regresara el buen tiempo, pero ya era octubre. Rachel sacó el PR878W6A9 para usarlo de almohada.

—*Creí que no te gustaban los libros,* - dijo él, tratando de hacer un chiste.

—*Es a mi madre a quien no le gustan los libros,* - dijo ella. —*Ni las bibliotecas. Lo cual es bueno. Nunca hay que preocuparse de que me busque aquí.*

Cuando hacían el amor, Rachel cerraba los ojos. Carroll observaba su cara, su cuerpo meciéndose debajo como el agua. Él cerraba los suyos y los abría rápidamente de nuevo, confiando en pillarla mirándole. ¿Acaso la complacía? Él se complacía a sí mismo y la respiración de Rachel se aceleraba en su cuello. Las manos de Rachel relajaban el cuerpo de Carroll, moviéndose sin descanso adelante y atrás hasta que él las cogía para sí y le mordía los nudillos.

Después, él se tumbaba mientras ella se movía sobre él con sus rodillas apretando su cintura, sus pies estrechos acomodados bajo los pliegues de las rodillas del chico. Yacían engoznados juntos y Carroll entornaba los ojos para hacer borroso el letrero de Salida en la oscuridad. Imaginaba que acababa de hacer el amor en un bosque y que el fulgor rojo era la hoguera. Imaginaba que no estaban en la tercera planta de una biblioteca, sino en la orilla de un profundo lago negro en mitad de un claro de altos árboles.

—*Cuando fuiste adolescente, - dijo Rachel, —¿qué fue lo peor que hiciste?*

Carroll pensó durante un momento. —*Cuando fui adolescente, - dijo él, — Solía entrar en mi habitación cada día después de clase y masturbarme. Y mi perro Sunny solía quedarse fuera de la puerta gimoteando. Yo me venía en un puñado de Kleenex y después nunca sabía lo que hacer con ellos. Si los tiraba en la papelera, mi madre podría descubrirlos al recogerla. Si los tiraba bajo la cama, entonces Sunny se colaría después y se los comía. Era un todo un dilema y cada día juraba que nunca lo volvería a hacer de nuevo.*

—*Eso es asqueroso, Carroll.*

Carroll estaba permanentemente sorprendido por las cosas que le contaba a Rachel, como si el amor fuese algún tipo de anzuelo que ella usaba para pescarle los secretos, cosas que él había olvidado hasta ella preguntaba por ellas.

—*Tu turno, - dijo él.*

Rachel se acurrucó contra él. —*Bueno, cuando era pequeña y hacía algo malo, mi madre solía quitarse la pierna de madera y pegarme con ella. Cuando me hice mayor y empezaron a pedirme citas, ella las prohibía. En realidad, ella me decía: te prohíbo que vayas, igual que en una novela Victoriana. Yo esperaba hasta ella tomaba su baño después de la cena, le robaba la pierna y la escondía. Salía de casa hasta la hora que quisiera. Cuando volvía, ella siempre estaba sentada a la mesa de la cocina con la pierna atada de nuevo. Siempre la encontraba antes de que yo llegara. Aunque yo siempre me quedaba fuera todo el tiempo que podía, nunca llegaba a casa antes de la hora permitida. De niña odiaba su pierna. Era como su otra hija, la obediente. Yo era a la que tenía que azotar. Yo pensaba que la pierna le decía cuándo me portaba mal y podía sentirla hablando mal de mí cuando mi madre me castigaba. Yo la escondía en los armarios o en la panza del carrillón del abuelo. Una vez la enterré en el fresal porque sabía que la pierna odiaba la oscuridad: tenía miedo de la oscuridad, como yo.*

Carroll se alejó de ella rodando sobre su estómago. Todo el tiempo ella había estado hablando, con voz calmada, su respiración resonando en la garganta de Carroll. Al hablar sobre Sunny, el perro devorador de semen, él tuvo una ligera erección, pero al oír a Rachel se esfumó y sus bolas se habían contraído con la piel de gallina.

En algún lugar se activó un temporizador y se apagó la luz.

—*Vamos a hacer el amor de nuevo*, - dijo ella, y la cogió con la mano. Carroll casi gritó.

A finales de noviembre, Carroll fue a la granja de nuevo para cenar. Aparcó justo fuera del granero, donde, maligna y negra como alquitrán, Flor se tumbaba de lado en la fría paja sucia. Estaba hinchada y demasiado cansada para hacer más que mostrarle los dientes. Él quedó admirado.

—*¿De cuánto tiempo está?* - preguntó Carroll al Sr. Rook, que había salido del granero.

—*Pues debe de parir cualquier día de estos*, - dijo el Sr. Rook. —*El veterinario dice que podría haber seis cachorros ahí dentro*. - Hoy llevaba una nariz de estaño y sus palabras tenía un eco distinto, como una tetera con agua hirviendo. —*¿Te gustaría ver mi taller?* - dijo él.

—*Vale*, - dijo Carroll.

El granero olía a gasolina y paja, a cosas viejas que se congelaban en la oscuridad, olía a invierno. A la derecha de la pared interior había una serie de largos ganchos y, pendiendo de ellos, había varias herramientas puntiagudas. Por debajo había una mesa sembrada con objetos que parecían haber salido del vertedero local: trozos de metal; cajas de puros llenas de cristales rotos clasificados por colores; una mano tallada en madera, articulada y con un hueco para un anillo en el dedo corazón.

Carroll la recogió, sorprendido por su peso. Las articulaciones de los dedos de madera hacían clic cuando los manipulaba, los dedos eran largos, pesados y perfectamente suaves. La puso sobre la mesa de nuevo. —*Es muy bonita*, - dijo él y se dio la vuelta. A través del delgado velo de luz del sol y

polvo que ondulaba en las puertas abiertas, Carroll podía ver un fulgor negro de agua.

—*¿Dónde está Rachel?*

—*Ha ido a buscar a su madre, apostaría yo. Estarán en el estanque. Ve y diles que es hora de cenar.* - el Sr. Rook bajó la mirada hacia la negra y rencorosa Flor. —*¡Seis cachorrillos!* - remarcó él con un triste silbido.

Carroll bajó atravesando la banda de árboles de Navidad. A la base de la colina había un círculo de doce robles, sus hojas formaban una densa alfombra dorada. Los doce árboles estaban espaciados regularmente alrededor del perímetro del estanque, como los números de un reloj. Carroll hizo una pausa bajo el roble de las once en punto, mirando el agua. Vio a Rachel en el estanque, su brazo blanco cortaba a través las llamativas hojas que pendían como una piel, levantando negras gotas de agua. Carroll quedó de pie con su chaqueta y la observó hacer largos por el estanque. Se maravilló de lo fría que estaba el agua. Luego, se percató de no era Rachel quien nadaba en el estanque.

Rachel se sentaba sobre una manta al otro lado del estanque, bajo el roble de las seis en punto. Bellota se sentaba junto a ella, mirando ora a la nadadora, ora a Carroll. Rachel y su madre ignoraban su presencia, la Sra. Rook se concentraba en sus ejercicios, Rachel frotaba aceite de linaza en la pierna de madera de su madre. El viento portaba su aroma por el estanque. El perro se levantó con las piernas rígidas, con su densa mirada líquida fija en Carroll. Se sacudió salpicando gotas de agua como diamantes.

—*¡Para, Bellota!* - dijo Rachel sin levantar la mirada.

Desde el extremo del estanque, Carroll sintió las gotas de agua caer sobre él, frías y grasientas.

Se quedó petrificado de miedo. Tenía miedo de la pierna que Rachel sostenía en su regazo. Tenía miedo de que la Sra. Rook emergiera del estanque y él viera el espacio donde su rodilla se suspendía sobre el suelo. Carroll regresó subiendo lentamente la colina, casi cayendo sobre un pequeño marcador de piedra en la cima. Mientras lo miraba, el perro acudía

corriendo camino arriba, le pasó de largo sin mirarle y tras el animal, Rachel y su madre, que llevaba el familiar vestido negro. La tierra estaba resbaladiza con hojas y la Sra. Rook se apoyaba en su hija. Su cabello estaba mojado y sus mejillas tan rojas como las hojas.

—*No consigo leer el nombre, - dijo Carroll.*

—*Es Ellen, - dijo la Sra. Rook. —Mi marido lo grabó.*

Carroll miró a Rachel. ¿Tu madre tiene una lápida por pierna? Rachel apartó la mirada.

—*No se puede vivir sin agua.*

—*¿Es esa tu elección?*

—*Sólo estoy pensando en voz alta. Sé lo que quieres que diga.*

Sin respuesta.

—*Rachel, mira. Elijo agua, ¿vale?*

Sin respuesta.

—*Déjame explicarme. Se puede mentir diciendo agua... se puede decir que no, que no estoy enamorado, que no necesito el amor y se puede estar mintiendo... ¿cómo va a saber el agua que se está mintiendo? No puede saber si estás enamorado o no, ¿cierto? El agua no es tan lista. Así que engañas al agua a que piense que nunca soñarías con enamorarte y cuando tienes sed, te la bebes.*

—*Eres bastante retorcido.*

—*Te quiero, Rachel. ¿Te casarás conmigo, por favor? De lo contrario, tu madre me va a matar.*

Sin respuesta.

Tras la cena, el coche de Carroll se negó a arrancar. Nadie respondió cuando telefonearon al mecánico y Rachel dijo, —*Puede llevarse mi bici, entonces.*

—*No seas ridícula, - dijo el Sr. Rook. —Se puede quedar aquí y llamaremos a alguien por la mañana. Además, va a llover pronto.*

—*No quiero causar ningún problema, - dijo Carroll.*

—*Se está haciendo oscuro, - dijo Rachel. —Que llame a un taxi. - Carroll la miró, herido, y ella le frunció el ceño.*

—*Que se quede en la habitación de atrás, - dijo la Sra. Rook. —Ven y toma otro vaso de vino antes de irte a dormir, Carroll. - Ella le sonrió en lo que podría haber sido un gesto amistoso, salvo por el hecho de que en cierto momento después de la cena, ella había se había quitado la dentadura.*

Rachel le trajo un pijama de su padre y le condujo hasta la habitación donde iba a dormir. La habitación era pequeña, llana y lo único bonito en ella era Rachel, sentada en una manta azul y escarlata.

—*¿Quién la hizo? - dijo él.*

—*Mi madre, - dijo Rachel. —Ha hecho armarios enteros de mantas. Es lo que solía hacer mientras esperaba a que yo llegara a casa tras una cita. Ahora métete en la cama.*

—*¿Por qué no quieres que pase aquí la noche? - preguntó él.*

Ella se metió un largo mechón de pelo en la boca, lo chupó sin dejar de mirarle y sin pestañear.

Él probó de nuevo: —*¿Cómo es que nunca has pasado la noche en mi apartamento?*

Ella se encogió de hombros. —*¿Estás cansado?*

Carroll bostezó y se rindió: —*Sí, - Rachel le dio un beso de buenas noches.*

Fue un largo e intencionado beso. Apagó la luz y se marchó pasillo abajo hacia su propio dormitorio. Carroll rodó de lado, cayó dormido y soñó que Rachel volvía a la habitación y quedaba desnuda a la luz de la luna. Luego, entraba en la cama con él, hacían el amor y la Sra. Rook entraba en la habitación. Les golpeaba con la pierna mientras se escondían debajo de la manta. Azotaba a Rachel y la convertía en madera.

Cuando Carroll salió del cuarto a la mañana siguiente, se descubrió que Flor había dado a luz seis cachorros durante la noche.

—*Bueno, ahora es demasiado tarde*, - dijo Rachel.

—*¿Demasiado tarde para qué?* - preguntó Carroll. Su coche arrancó a la primera.

—*Olvidalo*, - dijo Rachel siniestramente. No le despidió con la mano cuando él se alejó con el coche.

Carroll descubrió que si le decía —*te quiero, Rachel* - ella le diría —*yo también te quiero* - de un modo distraído. Pero ella aún se negaba a ir a su apartamento y debido a que hacía más frío ahora, hacían el amor durante el día en el armario de almacén de la cuarta planta. Ahora a veces la sorprendía observándole cuando hacían el amor. La mirada en sus ojos no era todo lo que él había esperado que fuera, más perspicaz que apasionada. Pero quizá aquello era una ilusión de la luz del frío invierno.

A veces, ahora que hacía frío, Rachel dejaba que Carroll la llevara en coche a casa desde la facultad. El letrero junto a la acera de los Rooks ahora decía, —*Recoja Antes su Árboles de Navidad*. - Bajo eso decía, —*Adorables Cachorrillos de Labrador Negro Gratis en Busca de un Buen Hogar*.

Pero nadie quería un cachorrillo. Esto era comprensible, puesto que los cachorrillos ya tenían la tétrica mirada maligna de sus padres. Se pasaban los días atrapando ratas en el granero y las noches rastreando como taciturnas sombras alrededor de los faldones negros de la Sra. Rook. Toleraban al Sr. Rook y a Rachel, a Carroll le ojeaban con hambre.

—*Tienes que ver el lado bueno, - dijo el Sr. Rook. —Son excelentes perros guardianes.*

Carroll le regaló a Rachel un pájaro de madera en una cadena de oro y las obras completas de Jane Austen. Ella le regaló una botella de vino de fresa y una caja de madera con seis perros negros pintados en la tapa. Tenían feroces ojos rojizos y lenguas de licor rojo.

—*La talló mi padre, pero la pinté yo, - dijo ella.*

Carroll abrió la caja. —*¿Qué hay que poner dentro?* - dijo él.

Rachel se encogió de hombros.

La biblioteca estaba cerrada durante el fin de semana y ellos se sentaban en la sucia alfombra verde del desierto recibidor. El resto del personal estaba de descanso y el Sr. Cassatti, el supervisor de Carroll, le había pedido a Carroll que vigilase el fuerte.

Había habido algunas quejas de vandalismo, decía él, en las últimas semanas. Habían tirado o desordenado libros de las estanterías y, aún lo más curioso, una estudiante afirmaba haber visto un perro en la tercera planta. Le había gruñido, decía ella, y luego se había escabullido fuera del almacén. El Sr. Cassatti, cuando había subido para comprobarlo, no había visto nada. Ni un pelo del perro. No le preocupaba el perro, había dicho el Sr. Cassatti, pero había descubierto algunos libros con las páginas rotas. Mordisqueados, había dicho el Sr. Cassatti.

Rachel le entregó a Carroll un último paquete. Estaba envuelto en una bolsa de papel marrón y cuando él la abrió, un fulgor escarlata y azul se derramó sobre su regazo.

—*Mi madre te ha hecho una manta como la del dormitorio libre, - dijo Rachel. —Le dije que te parecía bonita.*

—*Es preciosa, - dijo Carroll.*

Sacó la manta para extenderla sobre el suelo de la biblioteca como si fueran a hacer un picnic. Imaginó haciendo el amor con Rachel bajo la manta que había hecho su madre.

—*¿Significa esto que harás el amor conmigo en una cama?*

—*Estoy embarazada*, - dijo Rachel.

Carroll miró a su alrededor para ver si alguien la había oído, pero por supuesto, estaban solos.

—*Eso es imposible*, - dijo él. —*Estás con la píldora*.

—*Sí, bueno*. - dijo Rachel. —*Estoy embarazada de todos modos. Sucede a veces*.

—*¿De cuánto estás?* - preguntó él.

—*Tres meses*.

—*¿Lo sabe tu madre?*

—*Sí*, - dijo Rachel.

—*Oh Dios, me va a echar a los perros. ¿Qué vamos a hacer?*

—*¿Qué voy a hacer*. - dijo Rachel, mirando a sus manos para que Carroll no pudiera ver su expresión. —*¿Qué voy a hacer*, - dijo ella de nuevo.

Hubo una larga pausa y Carroll puso una de las manos de Rachel entre las suyas.

—*Pues... nos casaremos?* - dijo él con un temblor en su voz que transformó la afirmación en una pregunta.

—*No*, - dijo ella, mirándole fijamente del modo en que ella le miraba cuando hacían el amor. Él nunca se había percatado de lo triste y desesperada que era esa mirada.

Carroll bajó la vista, avergonzado de sí mismo sin saber muy bien por qué. Respiró hondo.

—*Lo que quiero decir, Rachel, es que te quiero mucho y que si, por favor, ¿querrías casarte conmigo?*

Rachel apartó su mano de él y le dijo con voz baja de enfado, —*¿Qué te crees que es esto, Carroll? ¿Crees que esto es un libro? ¿Que se supone que es el final feliz... nos casamos y vivimos felices para siempre?*

Ella se levantó y él también se puso de pie. Carroll abrió la boca y no salió nada, así que la siguió cuando ella se alejó andando. Rachel se detuvo tan abruptamente que él casi cae encima de ella.

—*Déjame hacerte primero una pregunta, - dijo ella, y se giró para encararle. —¿Qué elegirías, el amor o el agua?*

La pregunta era tan ridícula que le pareció ser capaz de hablar de nuevo.

—*¿Qué clase de pregunta es esa? - dijo él.*

—*Olvidalo. Creo que es mejor que me lleves a casa en coche, - dijo Rachel. —Está empezando a nevar.*

Carroll pensó sobre ello durante el trayecto en coche. Llegó a la conclusión que era una pregunta tonta, y que si él no respondía correctamente, Rachel no iba a casarse con él. No estaba seguro del todo de que quisiera dar la respuesta correcta, aún cuando sabía cuál era.

Carroll dijo, —*Te quiero, Rachel.*

Él tragó y pudo oír caer la nieve, blanda como las plumas sobre el techo y parabrisas del coche. Entre los dos haces de los focos delanteros, la carretera era densa y blanca como una tarta helada y a la luz reflejada en la nieve, la cara de Rachel tenía un hermoso color verdeazulado.

—*¿Te casarás conmigo de todos modos? No sé qué quieres que elija*

—*No.*

—*¿Por qué no?*

Habían llegado a la granja. Carroll llevó el coche hasta delante del porche y paró.

—*Has tenido una vida bastante buena hasta ahora, ¿verdad?* - dijo ella.

—*No muy mala,* - dijo él malhumorado.

—*Cuando vas por la calle,* - dijo Rachel, —*¿te has encontrado monedas alguna vez?*

—*Sí,* - dijo él.

—*¿Estaban de cara o en cruz?*

—*Cara, normalmente,* - dijo él.

—*¿Sacas buenas notas?*

—*Sobresalientes y Notables,* - dijo él.

—*¿Tienes que estudiar mucho? ¿Has roto alguna vez un espejo? Cuando pierdes algo,* - dijo ella, —*¿lo encuentras de nuevo?*

—*¿Qué es esto, un interrogatorio?*

Rachel le miró. Era complicado leer la expresión, pero sonaba resignada.

—*¿Te has roto un hueso alguna vez? ¿Has tenido que pararte alguna vez en un semáforo en rojo?*

—*Vale, vale,* - disparó él. —*Mi vida es muy fácil. Conseguí todo lo que siempre quise por Navidad, también. Y quiero que te cases conmigo, por supuesto, vas a decir que sí.*

Carroll extendió sus brazos y la abrazó. Ella quedó sin fuerza y rígida entre sus brazos, hundió la cara en la chaqueta de Carroll.

—Rachel...

—*Mi madre dice que no debería casarme contigo, - dijo ella. —Dice que en realidad no te conozco, que no tienes pecas, que nunca has perdido nada que te importara, que eres el tipo de marido equivocado para una familia como la nuestra.*

—*¿Es que tu madre es una especie de oráculo porque tiene una pierna de madera?*

—*Mi madre sabe lo que es perder algo. - dijo Rachel, empujándole. —Dice que dolerá, pero que lo superaré.*

—*Pues dime, ¿qué dificultades has tenido en tu vida? - dijo Carroll. — Tienes nariz y las dos piernas. ¿Qué sabes tú sobre perder algo?*

—*No te lo he contado todo, - dijo Rachel y salió del coche. —No lo sabes todo sobre mí. - Luego cerró de golpe la puerta del coche. La observó alejarse cruzando el porche y subiendo la colina de nieve.*

Carroll llamó para decir que estaba enfermo la semana siguiente. La unidad calefactora de su apartamento no funcionaba y el frío le hacía perezoso. Pensó en ir a la biblioteca, sólo para estar calentito, pero en su lugar pasó la mayoría del tiempo bajo a manta que le había hecho la Sra. Rook, confiando en soñar con Rachel. En su lugar soñó sobre ser devorado por los perros, sobre ahogarse en la helada agua negra.

Se quedó tumbado en su oscura habitación, bajo el peso de la manta escarlata, cuando no estaba dormido, mantenía largas conversaciones mentales con Rachel sobre el amor y el agua. Le contaba a ella historias sobre su infancia. Ella casi parecía que escuchaba. Le preguntó sobre el bebé y ella le dijo que iba a llamarlo Ellen si era una chica. Cuando se tomó la temperatura en miércoles, el termómetro le dijo que tenía una fiebre de 39, así que se subió de vuelta a la cama.

Cuando despertó en jueves por la mañana, encontró unos pelillos negros sobre la manta que le decían que debía de estar alucinando. Cayó dormido de nuevo y soñó que el Sr. Rook venía a verle. El Sr. Rook era un Labrador

Negro. Llevaba una nariz de plástico de Groucho Marx. Él y Carroll estaban junto al lago negro que había en la tercera planta de la biblioteca.

El perro dijo, —*Tú y yo somos muy parecidos, Carroll.*

—*Supongo, -* dijo Carroll.

—*No, en serio, -* insistió el perro.

Apoyó la cabeza en la rodilla de Carroll, aún mirándole. —*Nos gusta ver el lado bueno de las cosas. Tienes que hacer eso, ¿sabes?*

—*Rachel ya no me quiere, -* dijo Carroll. —*Nadie me quiere. -* Rascó detrás de la oreja sedosa del Sr. Rook.

—*Bueno, ¿es eso ver el lado bueno de las cosas? -* dijo el perro. —*Ráscame un poquillo a la derecha. Rachel está pasando por un momento difícil, como su madre. Sé paciente con ella.*

—*¿Qué escogerías tú...? -* dijo Carroll. —*¿Amor o agua?*

—*¿Quién dice que tienes que escoger nada? Tú dijiste haber escogido agua, pero hay agua buena y hay agua mala. ¿No has pensado nunca en eso? -* dijo el perro. —*Tengo una pregunta mucho mejor para ti. ¿Eres un buen perro o un mal perro?*

—*¡Buen perro! -* gritó Carroll, y se despertó.

Llamó a la granja por la mañana, y cuando respondió Rachel, él dijo, —*Soy Carroll. Voy a ir allí a hablar contigo.*

Pero cuando llegó allí, no había nadie. El paisaje de los árboles de Navidad, altos y verdes, le hizo sentir nostalgia. Pequeños montones de nieve como flores blancas se fundían en el porche. Los perros no estaban en el granero y él confió en que la Sra. Rook los hubiera llevado al estanque.

Caminó hasta la casa y llamó a la puerta. Si el padre de Rachel viniera a abrir la puerta, él se quedaría allí y demandaría ver a su hija. Llamó de

nuevo, pero no vino nadie. La casa, cerrada por la nieve, tenía un aire expectante, como si estuviera esperándole para decirle algo.

Así que Carroll susurró, —*¿Rachel? ¿Dónde estás?* - La casa seguía en silencio. —*Rachel, Te quiero. Por favor, sal y habla conmigo. Casémonos... nos fugaremos. Róbale la pierna a tu madre y para cuando tu padre le talle una nueva ya estaremos en Canadá. Podríamos ir a las Cataratas del Niágara en nuestra luna de miel... Podríamos llevarnos la pierna de tu madre con nosotros, si quieres... Ellen, es decir... ¡nos llevaremos a Ellen con nosotros!*

Carroll oyó una tos delicada detrás de él como si alguien estuviera aclarándose la garganta. Se giró y vio a Flor y a Bellota y a sus seis enormes cachorros sentados en el escalón del granero junto a su coche. Su pelaje estaba encrespado y húmedo y doblaban sus negros labios. Alguien dentro de la casa emitió una carcajada. O quizá fue el hecho de salpicar agua en el estanque.

Uno de los perros levantó la cabeza y le gruñó.

—*Hey,* - dijo él. —*¡Buen perro! ¡Buena Flor, buen Bellota! ¡Rachel, ¡Ayuda!*

Ella había estado oculta tras la puerta. La abrió de pronto y salió al porche.

—*Mi madre me dijo que debería dejar que los perros te comieran,* - dijo ella. —*si volvías.*

Parecía cansada. Llevaba un vestido de lana sin forma que se parecía al de su madre. Si de veras estaba embarazada, Carroll aún no podía ver ninguna diferencia.

—*¿Siempre haces caso a tu madre?* - dijo él. —*¿No me quieres?*

—*Cuando nací...* - dijo ella. —*... fui una gemela. El nombre de mi hermana era Ellen. Cuando teníamos siete años, ella se ahogó en el estanque... la perdí. ¿No lo ves? La gente empieza perdiendo cosas pequeñas, como*

narices. Muy pronto, vas a empezar a perder cosas también. Es como una lepra accidental. Si nos casamos, lo descubrirás.

Carroll oyó que alguien subía el sendero desde el estanque a través de finas hileras de árboles de Navidad. Los perros levantaron las orejas, pero sus ojos negros seguían fijos en Carroll.

—*Será mejor que te des prisa,* - dijo Rachel. Le escoltó pasando los perros hasta el coche.

—*Voy a volver.*

—*Eso no es una buena idea,* - dijo ella.

Los perros le observaban mientras se marchaba, agrupándose alrededor de ella con sus negras colas dando emocionados latigazos. Él se fue a casa y, con muy mal humor, recogió la manta para inspeccionarla. Estaba buscando los pelos negros que había visto esa mañana. Pero por supuesto, no había ninguno.

Al día siguiente volvió a la biblioteca. Estaba cargando libros de la caja de la colección del ayer cuando sintió algo que ni era rectangular ni plano. Estaba cubierto de pelo. Sintió un cálido aliento humeando sobre la mano. Aquello se apartó cuando trató de cogerlo y cuando extendió la mano para buscarlo de nuevo, le gruñó.

Él dio un paso atrás, alejándose de la caja y de un gran perro negro que salió de la caja tras él. Dos estudiantes se pararon para observar lo que estaba pasando.

—*Id a avisar al Sr. Cassatti, por favor,* - le dijo Carroll a uno de ellos. —*Su oficina está al doblar la esquina.*

El perro se le acercó. Las orejas se aplastaban contra la cabeza y movía en cuello como una serpiente.

—*¿Perro bueno?* - dijo Carroll y extendió la mano. —*¿Flor?*

El perro se lanzó hacia adelante cerrando las fauces y arrancándole el meñique justo por debajo de la uña.

El estudiante gritó. Carroll se quedó inmóvil y se miró la mano, que sangraba lentamente. El sonido que las fauces del perro habían hecho al seccionarle el dedo había sido intencionado y efectivo. El perro miraba a Carroll de un modo que le recordaba la mirada de Rachel. —*Devuélveme mi dedo*, - dijo Carroll.

El perro gruñó y se alejó. —*Tenemos que encontrarlo*, - dijo el estudiante. —*Para que te puedan coser el dedo. Mierda, ¿y si tiene la rabia?*

El Sr. Cassatti apareció cargando un extenso atlas plano extendido como un escudo.

—*Alguien ha dicho que había un perro en la biblioteca*, - dijo él.

—*En la esquina, por aquí* - dijo Carroll. —*Me arrancó el dedo*.

Levantó la mano para que el Sr. Cassatti la viera, pero el Sr. Cassatti estaba mirando hacia la esquina y negaba con la cabeza.

Dijo, —*Yo no veo ningún perro*.

Los dos estudiantes se levantaron, insistiendo sonoramente que ambos habían visto al perro un momento antes, mientras el Sr. Cassatti sopesaba a Carroll. El suelo en la esquina estaba mojado y pegajoso, como si alguien hubiera derramado una Coke. No había señal del perro.

El Sr. Cassatti llevó a Carroll al hospital, donde el doctor le puso una inyección de codeína, y trató de convencerle de que hubiera sido muy sencillo coserle el dedo.

—*¿Cómo?* - dijo el Sr. Cassatti. —*Dice que el perro salió corriendo con él*.

—*¿Qué perro?* - preguntó el doctor.

—*Me lo mordió un perro*, - le dijo Carroll al doctor.

El doctor alzó las cejas. —*¿Un perro en una biblioteca? Esto parece más bien una herida con una guillotina para el papel. El corte es demasiado limpio... el mordisco de un perro lo habría dejado hecho un desastre. ¿No ha traído nadie el dedo?*

—*El perro se lo comió, - dijo Carroll. —La Sra. Rook me dijo que el perro me comería, pero el perro paró ahí. No creo que le gustara mi sabor.*

El Sr. Cassatti y el doctor salieron al pasillo para discutir algo. Carroll se quedó en la puerta y esperó hasta que volvieron a la enfermería. Abrió la puerta, se escabulló pasillo abajo en la dirección opuesta y salió del hospital. Era un poco complicado andar... la codeína parecía alterar la gravedad. Cuando andaba, rebotaba. Andar era demasiado difícil, subió a un taxi y le dió al conductor la dirección de la granja de los Rook.

No le dolía nada la mano. Trató de recordar toda la escena para contársela a Rachel. Habían envuelto su mano en un vendaje de gasa blanca y parecía como si fuese la mano de otra persona. Bajo las vendas, tenía la mano caliente. Sentía la piel estirada, tensa y fina como un guante de goma. Se sentía mucho más ligero: podría llevarle un tiempo, pero pensó que podría acostumbrarse a perder cosas. Parecía resultarle tan sencillo como todo lo demás.

Carroll pensó que quizá Rachel y él se casarían junto al estanque, bajo las hojas nuevas del roble de las seis en punto. El Sr. Rook podría llevar su nariz más festiva, aquella con la línea de terciopelo rosa o quizá la pintada con flores. Carroll recordó la pequeña tumba en lo alto del sendero que conducía al estanque... el estanque no, decidió... se casarían en una iglesia. Quizá en una biblioteca.

—*Puede dejarme aquí, - le dijo al taxista cerca del porche.*

—*¿Seguro que está bien aquí? - le dijo el conductor.*

Carroll asintió, sí, estaba seguro. Observó marcharse al taxi saludando con la mano herida. La Sra. Rook le haría a su hija un vestido de novia de alta cintura, de satén y seda y lazo. Y habría una tarta con ocho perros sonrientes hechos de escarcha blanca como la nieve. Por alguna razón le

costó bastante imaginarse la iglesia y todo eso. No dejaba de cambiar, iglesia en biblioteca, biblioteca en estanque negro. Las ventanas eran altas y estrechas y las paredes eran como el interior de un pozo. El pasillo no dejaba de cambiar, las paredes se acercaban y se convertían en pilas de libros, olas negras y aterciopeladas. Se imaginaba de pie ante el altar con Rachel... agua negra inundando sus tobillos como si les hubieran cortado los pies. Pensó en la tarta blanca otra vez: si cortaba una rebanada, la oscuridad surgía como la tinta.

Se sacudió la cabeza, tratando de escuchar. Había un pesado sonido de fondo que venía desde la ladera de la colina a través de los árboles de Navidad. Sería una boda preciosa y se consideró afortunado de haber perdido el meñique y no el dedo corazón. Hay que ver el lado bueno después de todo. Bajó hacia el estanque para decírselo a Rachel.

FIN

Capítulo 3

Relato 3 - El Sombrero del Especialista

The Specialist's Hat, 1998

—*Cuando estás Muerta*, - dice Samantha, —*no tienes que lavarte los dientes...*

—*Cuando estás Muerta*, - dice Claire, —*vives en una caja y siempre es oscuro, pero nunca tienes miedo.*

Claire y Samantha son gemelas idénticas. Su edad combinada es de veinte años, cuatro meses y seis días. A Claire se le da mejor estar Muerta a que Samantha.

La niñera bosteza, cubriéndose la boca con una gran mano blanca. —*He dicho que os lavéis los dientes y que es hora de dormir*, - dice ella.

Se sienta de piernas cruzadas sobre el edredón de flores entre ellas. Les ha estado enseñando un juego de cartas llamado Pounce, que requiere tres barajas de cartas, una para cada una de ellas. A la baraja de Samantha le falta la Jota de Espadas y el dos de Corazones, y Claire no para de hacer de trampas. Gana la niñera de todas formas. Aún hay manchas de crema de afeitarse seca y papel higiénico sobre sus brazos. Es difícil saber la edad que tiene... al principio piensan que debe de ser mayor, pero ahora apenas parece mayor que ellas. Samantha ha olvidado el nombre de la niñera.

La cara de Claire revela obstinación.

—*Cuando estás Muerta*, - dice ella, —*te quedas levantada toda la noche.*

—*Cuando estás muerta, - dispara la niñera, —siempre hace mucho frío y hay humedad, y tienes que estar muy, muy callada o el Especialista vendrá a por ti.*

—*Esta casa está encantada , - dice Claire.*

—*Ya lo sé, - dice la niñera. —Yo vivía aquí antes.*



*Algo está subiendo por las escaleras,
Algo está espionando detrás de la puerta,
Algo está sollozando, sollozando en la oscuridad;
Algo está suspirando en el suelo.*



Claire y Samantha pasan el verano con su padre en la casa llamada Ocho Chimeneas. Su madre está muerta. Lleva muerta desde hace exactamente 282 días.

Su padre escribe la historia de Ocho Chimeneas y la del poeta Charles Cheatham Rash, que vivía aquí al final del siglo, y que huyó allende los mares cuando tenía trece años y que regresó cuando tenía treinta y ocho. Se casó, fue padre de una hija, escribió tres volúmenes de mala poesía oscura y una oscura novela aún más mala: *El Que Me Vigila Desde La Ventana*, antes de desaparecer de nuevo en 1907, esta vez para siempre. El padre de Samantha y Claire dice que algunas poesías son en realidad bastante legibles y, al menos, la novela no es muy larga.

Cuando Samantha le preguntó por qué estaba escribiendo sobre Rash, respondió que nadie lo había hecho antes y que por qué no se iban ella y Samantha a jugar fuera. Cuando le indicó que ella era Samantha, él sólo refunfuñó y dijo que cómo podía esperar distinguirlas cuando ambas vestían vaqueros azules y camisas de flanela y por qué no se podía vestir una de ellas toda de verde y la otra de rosa.

Claire y Samantha prefirieron jugar en el interior. Las Ocho Chimeneas es tan grande como un castillo, pero más polvoriento y oscuro de lo que

Samantha imagina que sería un castillo. Hay más sofás, más pastoras de porcelana con dedos cortados, menos trajes de armadura. No hay foso.

La casa está abierta al público y, durante el día, las familias conducen por el camino del Parque del Cerro Azul y paran para hacer el recorrido por las tierras y la historia de la primera generación. La historia de la tercera generación pertenece a Claire y a Samantha. A veces juegan a exploradoras y a veces persiguen al conductor cuando les da recorridos turísticos a los visitantes. Tras algunas semanas, han memorizado su guión y lo recitan con él. Le ayudan a vender postales y copias de la poesía de Rash a las familias de turistas que entran en la tiendecita de regalos.

Cuando las madres les sonrían y ven lo dulces que son, ellas devuelven la mirada y no dicen nada en absoluto. La tenue luz en la casa hace que las madres parezcan pálidas y cansadas. Se marchan de Ocho Chimeneas, madres y familias, sin parecer tan reales como eran antes de pagar sus admisiones, y por supuesto, Claire y Samantha nunca las verán de nuevo, de modo que quizá no sean reales. Mejor quedarse en el interior de la casa, quieren decirle a las familias, y si tienen que irse, entonces que se vayan directo a sus coches.

El guarda dice que los bosques no son seguros.

Su padre se queda en la biblioteca de la segunda planta toda la mañana, tecleando, y por la tarde da largos paseos. Se lleva consigo su grabadora y una petaca de Caballero Jack, pero no a Samantha ni a Claire.

El guarda de Ocho Chimeneas es el Sr. Coeslak. Su pierna izquierda es notablemente más corta que la derecha. Lleva un tacón de madera. Negros cabellos le salen de las orejas y la nariz y no hay nada de pelo en lo alto de su cabeza, pero le ha dado permiso a Samantha y a Claire para explorar toda la casa. Fue el Sr. Coeslak quien les dijo que hay víboras rojas en el bosque y que la casa está encantada. Dice que todos son, los fantasmas y serpientes, un grupo bastante mal humorado y que Samantha y Claire deberían seguir los caminos marcados y mantenerse alejadas del ático.

El Sr. Coeslak distingue a las gemelas aún cuando su padre no puede. Los ojos de Claire son grises, como el pelaje de un gato, dice él, pero los de

Samantha son en gris, como el océano cuando ha estado lloviendo.

Samantha y Claire caminaron por el bosque el segundo día que llegaron a las Ocho Chimeneas. Vieron algo. Samantha creyó que era una mujer, pero Claire dijo que era una serpiente. La escalera que sube hasta el ático está tras una puerta cerrada. Espiaron por del agujero de la cerradura, pero todo estaba demasiado oscuro para ver nada.

Él tenía una esposa y dicen que ella era guapa de verdad. Había otro hombre que quería ir con ella y al principio ella no quería porque tenía miedo de su marido, y luego ella quiso. Su marido lo descubrió y dicen que mató a una serpiente y recogió sangre de esta serpiente y la puso en un poco de whiskey y se lo dio a ella. Él lo había aprendido de un isleño que había ido con él en barco. Y en unos seis meses, aparecieron serpientes dentro de ella y se metieron entre su carne y su piel. Y dicen que se podía verlas subir y bajar por sus piernas. Dicen que ella estaba hueca de arriba a abajo de su cuerpo y que así siguió hasta que se murió. Ahora mi papi decía que lo había visto.

-Una Historia Oral de Ocho Chimeneas

Ocho Chimeneas tiene unos doscientos años. Se llamó así por las ocho chimeneas que eran lo bastante grandes para que Samantha y Claire pudieran caber las dos. Las chimeneas son de ladrillo rojo y en cada planta hay ocho chimeneas, haciendo un total de veinticuatro. Samantha imagina que los pilares de la chimenea se extienden como recios troncos de árbol rojos, subiendo todo el camino a través del techo de pizarra de la casa. Junto a cada chimenea hay un pesado morillo negro y un juego de atizadores de hierro forjado modelados como serpientes. Claire y Samantha jugaban a hacer duelos con los atizadores de serpiente ante el fuego en su dormitorio de la tercera planta. El viento se levanta detrás de la chimenea. Cuando meten las caras dentro pueden sentir las rachas de aire subir como un río. La corriente huele a viejo y a hollín y a mojado, como las piedras de un río.

Su dormitorio fue una vez la guardería. Duermen juntas en una cama que parece un barco con cuatro mástiles. Huele a naftalina y Claire da patadas mientras duerme. Charles Cheatham Rash durmió aquí cuando era pequeño

y también su hija. Ella desapareció con su padre. Podría haber sido por deudas de juego. Quizá se mudaron a Nueva Orleans. Ella tenía catorce años, decía el Sr. Coeslak.

—*¿Cuál era su nombre?* - preguntaba Claire.

—*¿Que le pasó a su madre?* - quería saber Samantha.

El Sr. Coeslak cerraba los ojos casi en un guiño. La Sra. Rash había muerto un año antes de que desaparecieran su marido y su hija, decía él, de una misteriosa enfermedad degenerativa. No se acordaba del nombre de la pobre chica, decía.

Las Ocho Chimeneas tiene exactamente cien ventanas, todas aún con los vacilantes paneles de cristales hechos a mano originales. Con tantas ventanas, cree Samantha, las Ocho Chimeneas deberían siempre estar llenas de luz, pero en su lugar los árboles se aprietan contra la casa para que las habitaciones de la primera y segunda planta; incluso las habitaciones de la tercera; sean verdes y lúgubres, como si Samantha y Claire vivieran en las profundidades del mar. Esta es la luz que convierte a los turistas en fantasmas. Por la mañana, y de nuevo hacia la tarde, una niebla se instala alrededor de la casa. A veces es gris como los ojos de Claire, y a veces es en gris, como los ojos de Samantha.



*Me encontré a una mujer en el bosque,
Sus labios eran dos serpientes rojas.
Me sonrió con ojos obscenos
Y ardían como el fuego.*



Unas noches atrás, el viento suspiraba en la chimenea de la guardería. Su padre ya las había arropado en la cama y había apagado la luz. Claire retó a Samantha a que metiera la cabeza en la chimenea, en la oscuridad, y ella lo hizo. El frío aire húmedo lamió su cara y casi sonaba como voces hablando en voz baja, susurrando. No consiguió discernir lo que estaban diciendo.

Su padre había ignorado mayormente a Claire y a Samantha desde que llegaron a las Ocho Chimeneas. Nunca menciona a su madre. Una tarde le oyeron gritar en la biblioteca y cuando ellas bajaron las escaleras, había una gran mancha pegajosa sobre el mostrador donde se había volcado un vaso de whiskey. Me estaba mirando a través de la ventana, dijo él. Tenía los ojos naranja.

Samantha y Claire se refreneraron de indicar que la biblioteca estaba en la segunda planta.

Por la noche, la respiración de su padre era dulce por la bebida y pasaba cada vez más tiempo en el bosque y menos en la biblioteca. En la cena, normalmente perritos calientes y guisantes cocidos de lata, los cuales comían en platos de papel en el comedor de la primera planta, bajo el candelabro austríaco (que tiene exactamente 632 cristales en forma de lágrima); su padre recita la poesía de Charles Cheatham Rash, que ni a Samantha ni a Claire le importa nada.

Él ha estado leyendo los diarios de bitácora que guardó Rash y dice que ha descubierto prueba en ellos de que el más famoso poema de Rash, *El Sombrero del Especialista*, - no es un poema en absoluto, y en cualquier caso, no lo escribió Rash. Es algo que uno de los hombres del ballenero solía decir para conjurar una ballena. Rash simplemente lo copió, le puso un final y dijo que era suyo.

El hombre era de Mulatuppu, que es un lugar que ni Samantha ni Claire han oído nunca. Su padre dice que el hombre era una especie de mago, pero se ahogó poco antes de que Rash volviera a las Ocho Chimeneas. Su padre dice que los otros marineros querían tirar el baúl del mago por la borda, pero Rash les persuadió para quedárselo hasta que él llegara a la orilla con el baúl, en la costa de Carolina del Norte.



El sombrero del especialista hace ruidos como un aguti;
El sombrero del especialista hace ruidos como un pecari de collar;
El sombrero del especialista hace ruidos como un pecari de labios blancos.
El sombrero del especialista hace ruidos como un tapir;
El sombrero del especialista hace ruidos como un conejo;

*El sombrero del especialista hace ruidos como una ardilla;
El sombrero del especialista hace ruidos como un mamaco;
El sombrero del especialista gime como una ballena en el agua;
El sombrero del especialista gime como el viento en el pelo de mi esposa;
El sombrero del especialista hace ruidos como una serpiente;
He colgado el sombrero del especialista en mi pared.*



La razón por la que Claire y Samantha tienen una niñera es que su padre conoció a una mujer en el bosque. Va a verla esta noche y van a hacer una cena de picnic y mirar las estrellas. Esta es la época del año cuando se pueden ver las Perseidas cayendo por el cielo en noches despejadas. Su padre dijo que ha estado paseando con la mujer cada tarde. Ella es un pariente lejano de Rash y además, decía, él necesita una noche de descanso y un poco de conversación de mayores.

El Sr. Coeslak no se queda en la casa después del ocaso, pero accedió a encontrar a alguien para cuidar de Samantha y Claire. Después, su padre no podía encontrar al Sr. Coeslak, pero la niñera apareció precisamente a las siete en punto. La niñera, cuyo nombre ninguna de las gemelas entendió bien, lleva un vestido azul de algodón con mangas cortas en voladizo. Tanto Samantha como Claire piensan que es guapa de un modo pasado de moda.

Estaban en la biblioteca con su padre, buscando Mulatuppu en el atlas de cuero rojo cuando llegó la niñera. La niñera no llamó a la puerta, simplemente entró andando y luego subió las escaleras, como si supiera donde encontrarlas.

Su padre se despidió de las gemelas con un beso, uno apresurado, les dijo que fueran buenas y que las llevaría al pueblo el fin de semana para ver la película de Disney. Fueron hasta la ventana para observar cómo su padre entraba andando en el bosque. Ya estaba oscureciendo y había luciérnagas, pequeñas chispas amarillas en el aire. Cuando su padre hubo desaparecido del todo entre los árboles, ellas se dieron la vuelta y se quedaron mirando a la niñera.

Esta alzó una ceja. —*Bueno, - dijo ella. —¿Qué clase de juegos os gustan?*



*Al revés alrededor de las chimeneas,
Una vez, dos veces, vuelta a empezar.
Los radios de la bicicleta suenan como un reloj:
Descuentan los días de la vida de un hombre.*



Primero jugaron a Prueba Otra Vez, luego jugaron a Ochos Locos y después convirtieron a la niñera en una momia poniendo crema de afeitar del cuarto de baño de su padre en sus brazos y piernas, y envolviéndola con papel higiénico. Ella es la mejor niñera que han tenido nunca.

A las nueve treinta, intentó meterlas en la cama. Ni Claire ni Samantha querían irse a dormir, así que empezaron a jugar al juego del Muerto. El juego del Muerto es un "vamos a suponer" que han estado jugando cada día durante 274 días, pero nunca delante su padre o de otro adulto. Cuando están Muertas, pueden hacer todo lo que quieren. Hasta pueden volar saltando en la cama de la guardería moviendo los brazos. Algún día funcionará si practican lo suficiente.

El juego del Muerto tiene tres reglas.

Uno. Los números importan. Las gemelas guardan una lista de números importantes en un libro verde de direcciones que pertenecía a su madre. El recorrido turístico del Sr. Coeslak ha sido una buena fuente de cantidades y cuentas significativas: ellas están escribiendo una historia trágica de los números.

Dos. Las gemelas no juegan el juego del Muerto delante de los mayores. Han estado evaluando a la niñera y han decidido que ella no cuenta. Le han explicado las reglas.

La tres es la mejor y la más importante. Cuando estás Muerta, no tienes que tener miedo de nada. Samantha y Claire no están seguras de lo que es el Especialista, pero no le tienen miedo.

Para volverse una Muerta, aguantan la respiración mientras cuentan hasta 35, que es el mayor número al que llegó su madre, sin contar algunos días.

—*Tú nunca viviste aquí*, - dice Claire. —*El Sr. Coeslak vive aquí*.

—*No por la noche*, - dice la niñera. —*Este era mi dormitorio cuando era pequeña*.

—*¿En serio?* - dice Samantha. Claire, —*Demuéstralo*.

La niñera lanza a Samantha y a Claire una mirada como si las estudiara: edad, inteligencia, valentía, altura. Luego, asiente. El viento está en flujo y a la tenue luz de la guardería pueden ver las lácteas tiras de niebla filtrándose por la chimenea. —*Poneos de pie en la chimenea*, - les instruye. —*Meted la mano todo lo alto que podáis y notaréis un agujerito en el lado izquierdo con una llave dentro*.

Samantha mira hacia Claire, que dice, —*Adelante*.

Claire es quince minutos y algunos segundos, nunca contados, mayor que Samantha y, por consiguiente, puede decirle a Samantha lo que hacer. Samantha recuerda las voces murmurantes y se recuerda a sí misma que está Muerta. Va hacia la chimenea y se agacha para entrar.

Cuando Samantha se pone de pie dentro de la chimenea, sólo puede ver el mismo borde de la habitación. Puede ver el borde de la apolillada alfombra azul, la pierna de una cama, y junto a ella, el pie de Claire, balanceándose adelante y atrás como un metrónomo. Los cordones de Claire se han desatado y tiene una tirita en el tobillo. Todo parece muy apacible y agradable desde el interior de la chimenea, como un sueño y, durante un momento, casi desea no tener que estar Muerta. Pero es más seguro así, en realidad.

Ella levanta la mano izquierda todo lo alto que puede alcanzar, tanteando por la desmenuzante pared hasta que siente una indentación. Se imagina arañas, dedos amputados y oxidadas cuchillas, y después extiende más el brazo en el interior. Mantiene los ojos hacia abajo, concentrada en la esquina de la habitación y el pie de Claire.

Dentro del agujero hay una fría llavecita con sus dientes apuntando hacia afuera. La saca y se agacha para volver a la habitación.

—*No estaba mintiendo*, - le dice a Claire.

—*Pues claro que no estaba mintiendo*. - dice la niñera. —*Cuando estás Muerta, no se te permite decir mentiras*.

—*A menos que quieras decirlas*, - dice Claire.



*Sombria y espantosa más que el mar en la orilla.
Espectral y goteante es la bruma en la puerta.
El reloj del salón toca la una, las dos, las tres, las cuatro.
La mañana no llega, no, nunca, nunca más.*



Samantha y Claire han ido al campamento durante tres semanas cada verano desde los siete años. Este año su padre no les preguntó si querían volver y, después de discutirlo, decidieron que daba igual. No querían tener que explicar a todos sus amigos que ahora eran medio huérfanas. Se habían acostumbrado a que todos las envidiaran porque eran gemelas idénticas. No querían sentirse compadecidas.

Ni siquiera ha pasado un año, pero Samantha se percata de que se está olvidando del aspecto de su madre. No de la cara de su madre, sino más bien del modo en que ella olía, que era una mezcla entre pelo seco y Chanel N° 5, y algo más también. Ella no puede acordarse si su madre tenía los ojos en gris, como ella, u ojos grises, como Claire. Ya no sueña con su madre, pero sueña sobre Encanto de Príncipe, una yegua que montó una vez en un espectáculo de caballos en el campamento. En el sueño, Encanto de Príncipe no olía a caballo en absoluto. Olía a Chanel N° 5. Cuando ella está Muerta, puede tener todos los caballos que quiere y todos huelen a Chanel N° 5.

—*¿Qué abre esta llave?* - dice Samantha.

La niñera levanta una mano. —*El ático. En realidad no os hace falta, pero subir por las escaleras es más fácil que por la chimenea. Al menos la primera vez.*

—*¿No nos vas a obligar a ir a dormir?* - dice Claire.

La niñera ignora a Claire. —*Mi padre solía encerrarme en el ático cuando era pequeña, pero a mí no me importaba. Había una bicicleta allí arriba y yo montaba en ella dando vueltas y vueltas por las chimeneas hasta que mi madre me dejaba salir de nuevo. ¿Sabéis montar en bicicleta?*

—*Pues claro,* - dice Claire.

—*Si conduces lo bastante rápido, el Especialista no puede atraparte.*

—*¿Qué es el Especialista?* - dice Samantha. Las bicicletas están bien, pero los caballos pueden ir más rápido.

—*El Especialista lleva un sombrero,* - dice la niñera. —*El sombrero hace ruidos.*

Ella no dice nada más.

*Cuando estás muerto, la hierba es más verde
Sobre tu tumba, el viento es más intenso.
Tus ojos se hunden, tu carne decae.
Te vas acostumbrando a la lentitud, a esperar retrasos.*

El ático es más grande y solitario de lo que Samantha y Claire pensaban que sería. La llave de la niñera abre la puerta cerrada del final del pasillo, revelando un estrecho conjunto de escaleras. La niñera mueve la mano para que avancen y suban.

No está tan oscuro en el ático como imaginaban. Los robles que bloquean y atenuan la luz de las tres primeras plantas, verde y misteriosa durante el día, no alcanzan hasta arriba del todo. La extravagante luz de la luna, polvorienta y pálida, fluye en las ventanas inclinadas de la claraboya. Brilla por la longitud del ático, que es bastante ancho para jugar a soft-ball, y está

alineado con troncos donde Samantha imagina que puede sentarse gente, que puede esconderse y observar. El techo se inclina hacia abajo, empalizado sobre las ocho gruesas bases gastadas de las chimeneas. Las chimeneas parecen demasiado vivas para estar confinadas en este vacío espacio olvidado. Se lanzan casi enfadadas a través del techo y el suelo del ático. A la luz de la luna, parece que están respirando.

—*Son tan bonitas*, - dice ella.

—*¿Qué chimenea es la chimenea de la guardería?* - dice Claire.

La niñera señala a la base más cercana de la derecha.

—*Esa*, - dice ella. —*Sube a través del salón de la primera planta, la biblioteca y la guardería.*

Colgando de un clavo sobre la chimenea de la guardería hay un largo objeto negro. Parece basto y pesado como si estuviera lleno de cosas. La niñera lo recoge, lo deja colgando sobre el dedo. Hay agujeros en el negro chisme y silba lastimosamente cuando ella lo gira.

—*El sombrero del Especialista*, - dice ella.

—*Eso no parece un sombrero*, - dice Claire. —*No se parece a nada en absoluto.*

Ella va a mirar por las cajas y troncos apilados en la pared del fondo.

—*Es un sombrero especial*, - dice la niñera. —*No tiene por qué parecerse a nada. Pero puede sonar como cualquier cosa que puedas imaginar. Lo hizo mi padre.*

—*Nuestro padre escribe libros*, - dice Samantha.

—*Mi padre también lo hacía*. - La niñera cuelga el sombrero de vuelta al clavo. Se dobla oscuramente hacia la chimenea. Samantha se queda mirándolo. Le silba.

—*Era un mal poeta, pero era peor con la magia.*

El último verano, Samantha deseaba más que nada poder tener un caballo. Pensaba que podría haberlo dado todo por uno... incluso ser una gemela no era mejor que tener un caballo. Aún no tiene un caballo, pero tampoco tiene una madre y no puede evitar preguntarse si es culpa suya. El sombrero silba de nuevo, o quizá es el viento en la chimenea.

—*¿Qué le pasó?* - pregunta Claire.

—*Después de hacer el sombrero, el Especialista vino y le raptó. Yo estaba escondida en la chimenea de la guardería mientras le buscaba y no me encontró.*

—*¿No estabas asustada?*

Hay un sonido metálico, convulso, claqueante. Claire ha encontrado la bici de la niñera y está arrastrándola hacia ellas por el manillar. La niñera se encoge de hombros.

—*Regla número tres,* - dice ella.

Claire descuelga el sombrero del clavo.

—*¡Soy el Especialista!* - dice ella, poniéndose el sombrero en la cabeza.

Le cae sobre los ojos, tiene forma de aleta... menos el borde cosido con botoncitos asimétricos que destellan y atrapan la luz de la luna como dientes. Samantha mira de nuevo y ve que son dientes. Sin contar, de pronto sabe que hay exactamente cincuenta y dos dientes en el sombrero, y que son los dientes de agutíes, de mamacos, de pecaríes de labios blancos y de la esposa de Charles Cheatham Rash. Las chimeneas están gimiendo y la voz de Claire retumba hueca bajo el sombrero.

—*¡Corred que os atraparé!. ¡Os comeré!*

Samantha y la niñera corren, dando carcajadas mientras Claire monta en la ruidosa bicicleta oxidada y pedalea como loca tras ellas. Hace sonar el timbre de la bicicleta mientras monta y el sombrero del Especialista oscila arriba y abajo en su cabeza. El sombrero del Especialista bufar como un

gato. El timbre es chirriante y fino, y la bici oscila y grita. Se inclina primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Las nudosas rodillas de Claire sobresalen a cada lado como contrapesos improvisados.

Claire da vueltas entre las chimeneas, persiguiendo a Samantha y a la niñera. Samantha es lenta, se gira para mirar detrás. Mientras Claire se aproxima, mantiene una mano en el manillar y extiende la otra mano hacia Samantha. Justo cuando está a punto de agarrar a Samantha, la niñera se da la vuelta y le quita el sombrero de la cabeza.

—*¡Mierda!* - dice la niñera, y lo suelta.

Hay una gota de sangre que se forma en la parte carnosa de la mano de la niñera, que es negra a la luz de la luna donde el sombrero del Especialista la ha mordido.

Claire desmonta entre risitas. Samantha observa cómo el sombrero del Especialista se aleja rodando. Gana velocidad, virando por el suelo del ático, y desaparece escaleras abajo.

—*Ve a cogerlo*, - le dice Claire a la niñera. —*Puedes ser el Especialista esta vez.*

—*No*, - dice la niñera, chupándose la palma. —*Es hora de dormir.*

Cuando bajan las escaleras, no hay rastro del sombrero del Especialista. Se cepillan los dientes, suben a sus camas barco y tiran de las mantas hasta la altura del cuello. La niñera se sienta entre sus pies.

—*Cuando estás Muerta*, - dice Samantha, —*¿aún te cansas y tienes que ir a dormir? ¿Tienes sueños?*

—*Cuando estás Muerta*, - dice la niñera, —*todo es mucho más fácil. No tienes que hacer nada que no quieras. No tienes que tener un nombre, no tienes que recordar. Ni siquiera tienes que respirar.*

Ella les muestra exactamente lo que quiere decir.

Cuando tiene tiempo para pensar en ello, (y ahora tiene todo el tiempo del mundo para pensar) Samantha se percata con una pequeña dolorosa emoción de que ahora está atrapada indefinidamente entre los diez y once años, atrapada con Claire y la niñera. Considera esto. El número 10 es agradable y redondo, como una pelota de playa, pero al final, no ha sido un año fácil. Se pregunta cómo habría sido el 11. Más afilado, como agujas quizá. Ha elegido estar Muerta, en su lugar. Confía en haber tomado la decisión correcta. Se pregunta si su madre hubiera decidido estar Muerta en lugar de muerta, si podía haberlo decidido.

El último año estuvieron aprendiendo fracciones en la escuela, cuando murió su madre. Las fracciones le recordaban a Samantha a manadas de caballos salvajes, piesplanos y pintos y palominos. Hay tantos y son, bueno, fraccionados y salvajes. Sólo que cuando piensas que tienes uno bajo control, lanza la cabeza hacia arriba y te tira al suelo. El número favorito de Claire es el 4, pues dice que es un chico alto y delgado. A Samantha no le importan mucho los chicos. A ella le gustan los números. Toma el número 8, por ejemplo, puede ser más de una cosa a la vez. Visto de un modo, el 8 parece una mujer agachada con pelo rizado. Pero si lo tumbas de lado, parece una serpiente enrollada con la cola en la boca. Eso es más o menos la diferencia entre estar Muerta y estar muerta. Quizá cuando Samantha se canse de una, probará la otra.

En el césped, bajo los robles, ella oye a alguien llamándola por su nombre. Samantha salta de la cama y va hasta la ventana de la guardería. Mira por el ondulante cristal. Es el Sr. Coeslak.

—*¡Samantha, Claire!* - llama él. —*¿Estáis bien? ¿Está ahí vuestro padre?* - Samantha casi puede ver la luz de la luna brillando a través de él. —*Siempre me encierran en la habitación de las herramientas. Malditos espectros,* - dice él. —*¿Estás ahí, Samantha? ¿Claire? ¿Chicas?*

La niñera llega y se queda junto a Samantha. La niñera se pone un dedo en los labios. Los ojos de Claire relucen desde la oscura cama. Samantha no dice nada, pero saluda al Sr. Coeslak. La niñera también saluda. Quizá puede verlas saludando porque después un ratito deja de gritar y se marcha.

—*Ten cuidado, - dice la niñera. —Él volverá pronto. Aquello volverá pronto.*

Toma la mano de Samantha y la conduce de vuelta a la cama donde Claire está esperando. Se sientan y esperan. Pasa el tiempo, pero ellas no se cansan, no se hacen mayores.

¿Quién está ahí?
Sólo el aire.

La puerta delantera se abre en la primera planta y Samantha, Claire y la niñera pueden oír a alguien acercándose, subiendo por las escaleras.

—*Guardad silencio, - dice la niñera. —Es el Especialista.*

Samantha y Claire guardan silencio. La guardería está oscura y el viento crepita como un fuego en la chimenea.

—*¿Claire, Samantha, Samantha, Claire?* - La voz del Especialista es borrosa y húmeda.

Suena como la voz de su padre, pero eso es porque el sombrero puede imitar cualquier ruido, cualquier voz. —*¿Aún estáis despiertas?*

—*Rápido, - dice la niñera. —Es hora de subir al ático y esconderse.*

Claire y Samantha salen de debajo de sus mantas, se visten rápidamente y en silencio. La siguen. Sin hablar, sin respirar, ella las pone a salvo dentro de la chimenea. Está demasiado oscuro para ver, pero entienden perfectamente a la niñera cuando les vocaliza la palabra, Arriba. Ella va primera para que puedan ver dónde están los agarres y los ladrillos que sobresalen para apoyar los pies. Luego va Claire. Samantha observa ascender los pies de su hermana como el humo, el cordón aún está desatado.

—*¿Claire? ¿Samantha? Maldición, me estáis asustando. ¿Dónde estáis?* - El Especialista está justo detrás de la puerta medio abierta. —*¿Samantha? Creo que me ha mordido algo. Creo que me ha mordido una maldita*

serpiente. - Samantha duda sólo durante un segundo. Luego está subiendo, subiendo, subiendo por la chimenea de la guardería.

FIN

Capítulo 4

Relato 4 - Lecciones de Vuelo

Flight Lessons. publicado en Asimov's, 1995

1. Ir al Infierno. Instrucciones y consejos.

Escucha, atenta. porque sólo voy a hacer esto una vez. Tendrás que llegar allí pasando por Londres. Coge el tren nocturno en Waverly. Siéntate en el último vagón. No hables con nadie. No te quedes dormida.

Cuando llegues a Kings Cross, baja al Metro. Continúa por la línea del Norte. Siéntate en el último vagón. No hables con nadie. No te quedes dormida.

La línea del Norte para en Angel, en el Puente de Londres, en Elephant y Castle, Tooting Broadway. La última estación marcada es Morden: quédate en el asiento. Otros pasajeros se quedarán contigo en el vagón. No hables con nadie.

Estas son algunas de las estaciones no listadas que pasarás: Vereda Aulladora. El Abismo del Duque. Muertepaloma. Quédate en tu asiento. No te quedes dormida. Si miras por el vagón, podrás notar que los otros pasajeros han comenzado a brillar. Las bombillas del vagón se atenúan a medida que los pasajeros emiten más y más luz. Si miras hacia abajo, verás que tú misma estás proyectando luz dentro del vagón oscuro.

La última parada es Casa de Hueso.

2. Junio en Edimburgo en junio.

Junio robó £7 de las Habitaciones Dos y Tres. Aquello serviría para el billete de tren, con algo de sobra para el regalo de cumpleaños de Lily. La Habitación Tres tenía americanos de nuevo, y los americanos nunca sabían muy bien cuánta calderilla tenían en primer lugar. Dejaban monedas de libra sobre el tocador que le hacían cosquillas en los dedos.

Marcó las tareas de la mañana con su mano derecha. La lavandería del fondo del pasillo estaba limpia. Las camas estaban hechas y todos los ceniceros limpios. Las Habitaciones de Uno a Cuatro estaban hechas y la Habitación Cinco en lo alto de la casa era la de una pareja de Dallas en luna de miel. No habían salido a desayunar durante tres días, vivían del amor, supuso ella. ¿Para qué viajar desde Dallas hasta Edimburgo solamente para practicar sexo? Imaginó un enorme lote de Tejanos, alzándose con alas blancas y revoloteando por el Atlántico, flotando de amor. Cayendo sobre la cama al final del viaje, exhaustos por tal viaje. Absurdo.

Vació la papelera de la Habitación Tres y bajó las escaleras con la caja de limpieza en una mano y las llaves de las habitaciones oscilando en la otra.

—*Ten, ma*, - dijo ella, entregando a Lily las llaves y la caja.

—*De acuerdo*, - dijo Lily con desgana. —*Has terminado*, ¿no?

Su cara estaba enrojecida y su pelo negro le serpenteaba por la nuca. Walter estaba en la cocina con los codos metidos en agua enjabonada, cantando a coro con Radio Tres, mientras trabajaba, un programa de opera.

—*¿A dónde vas a salir?* - dijo Lily, alzando la voz.

Junio se agachó al pasar a su lado.

—*No sé exactamente*, - dijo ella. —*Estaré de vuelta para la hora del té de mañana. ¡Adios, Walter!* - gritó ella. —*Hornéale a Lily una cariñosa tarta.*

3. Flechas de Hermosura.

Junio fue hasta St. Andrews. Pensó que sería agradable pasar un día en el mar. El tren estaba lleno y se sentó al lado de una gorda pecosa que comía

sandwiches uno tras otro. Junio observó la boca abrirse y cerrarse, midiendo los silbidos y clics del tren en las vías como un metrónomo.

Cuando desaparecieron los sandwiches, la mujer sacó un libro de tapa dura. Había un hombre y una mujer en la portada, abrazados, la cara de él doblada hacia el hombro de ella. El pelo de ella le caía por la cara, como si tuvieran vergüenza de ser pillados así, medio desnudos ante los ojos de extraños. A Lily le gustaba esa clase de libros.

El nombre de la autora era Rosa Lee. Sonaba como el nombre de un conjuro, el ingrediente de un hechizo de amor, un nombre inventado, un nombre fingido. Asomando sobre el pecoso brazo de la mujer, Junio miró la foto de atrás. Rizadas pestañas de un kilómetro de longitud y una rechoncha sonrisa reservada. Probablemente, el verdadero nombre de la autora sería Agnes Frumple, probablemente aquellas pestañas tampoco eran reales. La mujer vio a Junio curioseando.

—*Se llama Flechas de Hermosura. Bastante bueno, - dijo ella. —Trata sobre Helena de Troya y está muy bien documentado.*

—*No me digas, - dijo Junio.*

Se pasó la media hora siguiente mirando por el pasillo y por la ventana opuesta. Había varios americanos en el tren, vestidos a cuadros de turista, con voces planas y brillantes y aburridas. Junio se preguntó si sus tortolitos de luna de miel llegarían a esto algún día, a viajar no por amor sino por aburrimento, moviéndose incansablemente en sus estrechos asientos. ¿Hemos llegado ya? ¿Dónde estamos?

Poco antes de que el tren parase en la estación Leuchars, la mujer se quedó dormida. Flechas de Hermosura cayó de sus laxos dedos y resbaló por la pendiente de su regazo. Junio lo atrapó antes de que tocara el suelo. Salió al andén de la estación con el libro bajo el brazo.

4. Finos Aromas.

El viento soplaba y alborataba por los lados metálicos de la estación de bus de St. Andrews. Sacudió el pelo de Junio hasta que ella se amarró los

mechones sueltos con una goma. La pista de golf apareció a la vista, recortados campos como cuadrados de terciopelo verde. Tras la pista de golf estaba el Mar del Norte y en algún lugar sobre el mar, suponía Junio, estaría Noruega o Finlandia. Ella ni siquiera había estado en Inglaterra. Podría estar bien eso de viajar: imaginó a su madre despidiéndola con un pañuelo blanco, ¡hasta pronto, muchacha! Igual que con su padre, ya sabes. Adios, por fin se ha ido.

St. Andrews era tres calles de ancha y bajaba la boca curvada del puerto. Un malecón recorría los cerros en el límite de la ciudad, desde la catedral hasta un castillo, hueco como un diente suelto y verde en el medio. Castillo y catedral se inclinaban uno hacia el otro, pinzando el mar entre ellos.

Junio salió del bus en la Calle del Mercado. Compró una caja de chocolates Magia Negra en la tienda Woolworth y luego bajó por una calleja remendada con viejas piedras de la catedral, desgastadas hasta una suavidad vítrea. Barandillas de hierro seguían el curso de los escaparates, las barandas estaban partidas cerca de la base y ella recordó a una maestra de escuela diciendo que las habían cortado para el esfuerzo de la guerra. Convertidas en cañones y metralla y hebillas de cinturón, tal y como la ciudad había confiscado la piedra de la catedral. La historia antigua, rascada y puesta al servicio de la economía.

Un letrero pasado de moda que se balanceaba sobre la puerta abierta de una tienda llamó su atención. Rezaba: —*Finos Aromas. S.O.Y. Kew, Prop.* - A través de la ventana podía ver a un hombre detrás del mostrador, sonriendo ansiosamente a una mujer bien vestida. La mujer estaba diciéndole algo que Junio no podía entender, pero fue su viva voz aterciopelada lo que impulsó a Junio a entrar en la tienda.

—... *no sé si las demás tías podrán mantenerla lejos de él. Es la afición de la niña, ¿sabes?, quitarle las alas a las moscas. Ya sabes el aprecio que le tenemos Minnie y yo, pero De y Prune son absolutamente incorregibles, le hará al pobre chico lo mismo que a su madre...* - La maravillosa voz se disipó y la mujer levantó el tapón de una botella. —*En serio, querido, No me gusta. Dulce y húmedo como dos vírgenes besándose. No está a la altura de tus estándares normales.*

El hombre se encogió de hombros, aún sonriendo. Tamborileaba con los dedos sobre el mostrador. —*Pensé que te podría gustar un cambio, eso es todo*, - dijo él. —*Pues mi Rosa-Por-Cualquier-Otro-Nombre te pondrá a la altura de un lote estándar. ¿Puedo ayudarte, querida?*

—*Sólo estoy mirando*, - dijo Junio.

—*Aquí no tenemos nada de eso*. - dijo él, no sin amabilidad. —*Todo aromas personalizados, ¿ves?*

—*Oh*. - miró a la mujer, que estaba examinando su maquillaje y sus largas pestañas en un espejo compacto. Unos diamantes falsos en la tapa del espejo delectaban RL y Junio recordó donde había visto la cara de la mujer.

—*Disculpe pero, ¿no escribe usted libros?*

El compacto se cerró de golpe dentro de la mano blanca. Un vuelo de pelo amarillo bailó hacia adelante cuando la mujer se giró hacia Junio.

—*Sí*, - dijo ella con una lengua puntuada de rosa entre los dientecillos. —*¿Eres de las que compran mis libros?*

No, pensó Junio. Soy de las que los roban. Ella rebuscó en su bolso.

—*Este es para mi madre*, - dijo Junio. —*¿Lo firmaría para ella?*

—*Qué adorable*, - dijo Rosa Lee. Firmó el libro con una pluma Fountain ofrecida por el hombre detrás del mostrador y con una cuidadosa cursiva infantil. —*Toma. ¿Tienes un amante, querida?*

—*Eso no es asunto suyo*, - dijo Junio recuperando el libro.

—*Es asunto mío, ¿Sr. Kew?* - le dijo Rosa Lee al tendero.

Él hombre suprimió una risita. Había pronunciado su nombre del modo en que dos espías que se encuentran en una fiesta se inventan nombres.

—*No tiene un amante*. - dijo él. —*Lo olería si lo tuviera*.

Junio dió un paso atrás, luego otro, dudando. El hombre y la mujer se quedaron mirándola tranquilamente. A ella le pareció enervante tanto la tienda como la pareja. Quería salir corriendo de allí, escapar de ellos. Quería quitarles algo, robarles algo. En ese momento, una familia numerosa, ruidosa, pelirroja, madre y padre, ¡qué extravagante! pensó Junio, entró en la tienda. Se apoyaron en el mostrador, agitando al Sr Kew una desgastada copia de Olores, hablando todos a la vez. Junio se embolsó el perfume no deseado y salió de la tienda rápidamente.

5. Ir al Infierno. Instrucciones y consejos.

Habrá avanzado la mañana para cuando llegues a Casa de Hueso, pero el cielo será oscuro. Cuando camines, tienes que dejar a un lado el aire, como ropa pesada. Tu pie se topa con el silencioso suelo.

Estás en un lugar llano donde el cielo te comprime y los edificios avanzan cerrándose a lo largo de las calles, y todas las puertas están abiertas. La hierba crece en los tejados de las casas; los tejados son de césped y la hierba se levanta como el pelo en los muslos. Sigue a los demás. Están muertos y conocen el camino mejor que tú. No hables con nadie.

Por último, llegarás a una puerta en un callejón con un perro durmiendo en el umbral. Tiene muchas cabezas y cada cabeza tiene muchos dientes, y sus dientes son afilados y ansiosos como cuchillos.

6. Lo que había en la botella.

Junio se sentaba feliz y tranquila en la cuenca de hierba del castillo. Los estudiantes en sus togas rojas y turistas en varias ropas a cuadros trepaban sobre los gastados y pisoteados escalones que recorrían el puente móvil entre las anchas torres. En el exterior del muro del castillo había más escalones que serpenteaban bajando hasta la playa rocosa. Podía oír a la gente quejándose en voz alta cuando volvían subiendo las escaleras, el viento les empujaba hacia atrás. En el interior del muro, el aire estaba inmóvil, el cielo trazaba un arco como una tapa de cristal, disparado por la luz.

Pulcros cuervos, redondos como calderos, patrullaban la hierba. Se levantaban en perezosos círculos cuando los turistas se acercaban demasiado. Se acomodaban cerca de Junio, siseando y gorjeando. Ella sacó el perfume de su bolso y lo volcó en las manos. La botella era alta, delgada y estaba hecha con adornos. El tapón era una piedra rosa tallada y donde se unía al interior de la boca del decantador, el cristal estaba facetado como los brillantes del espejito compacto de Rosa Lee. Junio sacó el tapón.

Se tocó una muñeca con él, luego la llevó hasta la nariz e inhaló. Olía dulce y a verde como una manzana. Le hizo dar vueltas la cabeza. Cerró los ojos y, cuando los abrió de nuevo, había alguien observándola.

En lo alto de la corona de la inclinada torre siniestra, el Sr. Kew, Prop. la estaba mirando fijamente. El hombre sonrió y le guiñó un ojo. Dobló su dedo índice, apuntó y apretó el dedo hasta cerrarlo. Pum, dijo él silenciosamente, vocalizando exageradamente la palabra con los labios. Después se giró para abrirse camino escaleras abajo.

Junio se puso de pie de un salto. Si salía por el puente móvil, ambos se encontrarían al pie de las escaleras. Recogió su bolso y fue en dirección opuesta. Se detuvo en la pared y miró por encima. Un baluarte de cemento, unos dos metros más abajo, ceñía los cerros sobre los que se asentaba el castillo. Lanzó el bolso por la pared y lo siguió con los talones por delante, sujetándose bien al derrumbante muro.

7. Ella escucha una historia sobre pájaros.

Abajo a la derecha de Junio estaba la playa, invisible más allá de la curva del volumen del castillo, riscos y tierra pantanosa a su izquierda. Las olas chocaban contra las barreras de hormigón bajo ella. Se sentó en el borde, preguntándose cuánto tiempo tendría que esperar antes de subir de vuelta al castillo o bajar hasta la playa. El viento se le colaba a través del jersey.

Giró la cabeza y vio que había un hombre de pie a su lado. Su corazón le golpeó en el pecho antes de que viera que era un chico de su edad, diecisiete o dieciocho, con cara blanca y ojos azules. Se le juntaban las cejas sobre el puente de la nariz.

—*Antes de que bajaras, - dijo él, —¿por casualidad has notado si había pajarillos allí arriba?*

—*¿Te refieres a chicas?* - dijo Junio, burlándose de él. Los ojos del chico eran muy azules.

—*No, pájaros. Ya sabes, con alas.* - Él aleteó con los brazos.

—*Cuervos, - dijo Junio. —Y quizá algunos otros pequeños, como palomas.*

Él se sentó junto a ella, doblando los brazos alrededor de sus rodillas. —*Maldición, - dijo él. —Creí que quizá si esperaba durante un tiempo, se aburrirían y se irían. Tienen un tiempo de atención muy corto.*

—*¿Te estás escondiendo de los pájaros?*

—*Tengo una fobia, - dijo él y se puso rojo. —Como claustrofobia, ya sabes.*

—*Eso es mala suerte, - dijo Junio. —Es decir, hay pájaros en todas partes.*

—*No se trata de todos los pájaros, - dijo él. —O no lo es todo el tiempo. A veces me molestan, a veces no. Me miran raro.*

—*A mí me dan miedo los ratones, - dijo Junio. —Una vez, cuando era pequeña, metí el pie en un zapato y había un ratón muerto dentro. Aún tiemblo antes de ponerme los zapatos.*

—*Cuando tenía cinco años, a mi madre la mató una bandada de pavos reales. - dijo él, como si le hubiera pasado a la madre de otro y lo hubiera leído en el periódico.*

—*¿Qué?* - dijo Junio.

Él sonó avergonzado. —*Vale. Um, mi madre me llevó a ver el castillo de Inverness. Decía que mi padre era un rey que vivía en un castillo. Siempre estaba inventando historias como esa. No me acuerdo muy bien del castillo, pero después salimos a pasear por el jardín. Había un grupo de pavos reales y estaban siguiéndonos. Eran grandes... parecían muy grandes... tan grandes como yo. Mi madre me metió dentro de un cerezo y me dijo que*

gritara en busca de ayuda tan alto como pudiera. - El chico respiró hondo. —Las plumas de las colas sonaban como vestidos de seda rozando el suelo. Recuerdo eso. Sonaban como mujeres con largos vestidos de seda. Yo no hice el menor ruido. Si hacía ruido, me descubrirían. Rodearon a mi madre contra la curva de una fuente de piedra y ella estaba empujándoles con las manos, ahuyentándoles y entonces, simplemente se cayó de espaldas. La fuente sólo tenía cinco centímetros de agua. Oí crugir su cabeza contra el fondo cuando cayó. Quedó inconsciente y se ahogó antes de que llegara alguien.

Su cara era seria y triste. Ella podía ver el pequeño pálpito del pulso contra la blanca carne... delgada como el papel... de su mandíbula.

—Eso es horrible, - dijo Junio. —¿Quién te cuidó?

—Mi madre y mi padre no estaban casados, - dijo él. —Él ya tenía una esposa. Mi madre no tenía familia, así que mi padre me envió con sus hermanas. Tía Minnie, Tía Prune, Tía De y Tía Rose.

—Mi padre emigró a Australia cuando yo tenía dos años - dijo Junio. —No le recuerdo muy bien. Mi madre se volvió a casar hace un año.

—Yo nunca he visto a mi padre, - dijo el chico. —Tía Rose dice que sería demasiado peligroso. Su esposa, Vera, me odia aún cuando nunca me ha visto porque soy el bastardo de su marido. Está un poco loca.

—¿Cuál es tu nombre?

—Humphrey Bogart Reypiedra, - dijo él. —Mi madre era una gran fan. ¿Cómo te llamas?

—Junio, - dijo Junio.

Quedaron en silencio durante un rato. Junio se frotó las manos para calentarse.

—¿Tienes frío? - preguntó Humphrey.

Ella asintió, él se movió más cerca y puso el brazo alrededor de ella.

—*Hueles bien*, - dijo él después de un momento. Inhaló intencionadamente.
—*Familiar, diría yo.*

—*¿Sí?* - Ella giró la cabeza y sus bocas se chocaron, suaves y frías.

8. Rosa Lee sobre jóvenes amantes.

Todo es culpa de ese maldito perfume y ese entrometido fisgón cara láctea vendedor de aromas. Podía haberlo recuperado y santas pascuas si no le hubieran gustado más las travesuras que a su madre. Hasta podría haber sido idea mía... podría haber sido un accidente. O quizá fuera el Destino. Como si yo aún estuviera por aquí para hacer de vieja bruja cansada. ¿Crees que tengo tiempo para atender personalmente cada asunto amoroso del mundo?

Esos besos dubitativos, los tiernos titubeos y deslices y torpes encuentros de partes corporales me dan indigestión. Acedía. Dame dos partidos reconocibles que sepan lo que hacen y dónde encaja qué. Dame a Helena de Troya, abriéndose paso por el mundo antiguo fornicando, dame a Aquiles y Patroclos divirtiéndose juntos en una sudorosa tienda.

Un cisne, un toro, una ducha de oro, algo nuevo, algo viejo, algo prestado, algo azul. Él sedujo a Sarah Reypiedra en un cine vacío, salía de la pantalla durante la matiné y le seseaba —*Corazón mío*. Ella caía en sus viejos brazos de cabra. Lo sé, yo estaba allí.

9. En el cual se hace un descubrimiento.

El cielo estuvo despejado y pálido toda la noche. Cuando tuvieron frío de nuevo, se envolvieron en el abrigo de Humphrey y se apoyaron contra la pared. Junio sacó la caja de chocolates y se los comía mientras Humphrey exploraba el bolso de Junio. Sacó el perfume.

—*¿De dónde has sacado esto?*

—*Lo birlé de una perfumería en la Calle del Mercado.*

—*Debería haberlo sabido.* - El chico sacó el libro. —*Tía Rose*, - dijo él.

—*¿Es tu tía? - dijo Junio. —Supongo que debería dártelo para que lo devuelvas.*

Él negó con la cabeza. —*Si no quisiera que lo tuvieras, ni siquiera habrías pensado en cogerlo. Bien puedes quedártelo ahora. Probablemente ella ha organizado todo esto.*

—*¿Cómo? - dijo Junio. —¿Es una psíquica o algo?*

—*Así es como debe de estar planeando detenerme, - dijo Humphrey. —Piensan que si tengo una novia dejaré las lecciones de vuelo, que me ocuparé de otro jodido hobby nuevo.*

—*Vale. - dijo Junio, insultada. —También fue un placer conocerte. Normalmente no voy por ahí haciendo estas cosas.*

—*Espera, - dijo él, atrapando el bolso cuando ella se puso de pie. —No me refería a eso. Tienes razón. Esto es una completa coincidencia. Y no creo que vayas por ahí haciendo estas cosas.*

Él le sonrió desde abajo. Junio se volvió a sentar, ablandada, estirando las piernas delante de ella. —*¿Por qué estás estudiando lecciones de vuelo?*

—*He estado ahorrando para ellas, - dijo él. —Fui a ver a un psicólogo hace un año y me sugirió que las lecciones de vuelo podrían hacerme menos miedoso a los pájaros. Además, siempre he querido. Solía soñar sobre eso. Las tías dicen que es mala idea, pero sólo son supersticiosas. Tengo mi primera clase mañana. Hoy, en realidad.*

—*Creo que volar sería maravilloso, - dijo Junio.*

Ella estaba tiritando. Lo estaba porque tenía frío. No lo estaba porque tenía frío. Se metió las manos por dentro de la camisa.

—*Pero conozco algo igual de bueno.*

—*¿Qué? - dijo él. De modo que ella se lo mostró.*

La boca del chico era tan dulce.

10. Ir al Infierno. Instrucciones y consejos.

Mientras los demás pasan por encima del perro, no se despierta. Si pasas tú por encima, olfateará carne viva y te hará pedazos.

Lleva este perfume contigo y cuando llegues a Casa de Hueso, aplícalo detrás de las orejas, en las muñecas y codos, en la parte de atrás de las rodillas. Frótalo por la uve de tu sexo, como harías para un amante. El aroma es pesado y rico, como el primer puñado frío de tierra que lanzas en una tumba excavada. Engañará al olfato del perro.

Dentro de la puerta no hay luz, pero el fuego de zorro brilla de tu propio cuerpo. Los muertos destellan como velas a tu alrededor. Están quemando sus memorias para tener calor. Puede que te rocen, arrastrados hacia lo que hay más fuerte y caliente y brillante en ti. No les hables.

No hay paredes, no hay techo sobre ti salvo la oscuridad. No hay puertas, sólo las luminosas ventanas en que se han transformado los muertos. Arranca el brazo izquierdo del jersey y déjalo caer al suelo.

11. En la Panadería Abierto Toda La Noche al amanecer.

Junio y Humphrey doblaron la esquina del baluarte, bajaron por un saliente de rocas, pulido con luz gris, bajaron hasta la playa. Una gaviota, posada como una linterna sobre el muro del castillo, les observó andar.

Caminaron por la Calle del Mercado, el pesado aire húmedo se suspendía de su pelo y piel como un fantasma. El sonido de sus pies, hueco y afilado, sonaba como campanas sobre el empedrado. Llegaron hasta la Panadería Abierto Toda La Noche y Junio pudo oír a alguien cantando en el interior.

Tras el mostrador había largas hileras de hornos blancos y estantes de enfriado, tan altos como Junio. Una mujer estaba de pie mostrándoles una fuerte espalda, deslizando bandejas con masas en media luna dentro de un horno, como una madre arrojando a sus hijos con sábanas calientes.

La mujer estaba cantando para sí, en voz baja y grave y mientras Junio observaba y escuchaba, las gruesas masas, los hornos, la mujer y su arrullo,

emitían luz. Los hornos, las masas y la mujer se hacían más grandes y brillantes y atestaban la panadería y los sentidos de Junio de modo que ella empezó a dudar si acaso había espacio para ella misma, para las casas y calles, si acaso existía el amanecer afuera. La mujer cerró la puerta del horno y Junio tuvo miedo de que la mujer se girara y le mostara la cara, pálida y enorme como la luna.

Ella se alejó tropezando. Humphrey la siguió con los bolsillos llenos de donuts y pasteles de carne.

—*Mi Tía De*, - dijo él. Le entregó a Junio una empanada. —*Algunas noches trabajo aquí con ella.*

El chico fue con ella hasta la estación, envolvió dos grasientas empanadas de bacon y se las dio. Ella escribió su dirección y teléfono en la esquina de una servilleta y luego se metió la mano en el bolsillo. Sacó los billetes arrugados y las pesadas moneditas.

—*Toma*, - dijo ella. —*Para tus lecciones de vuelo.*

Los volcó dentro de las manos en cuenco del chico y antes de que pudiera decidir si se había puesto rojo de gozo o vergüenza, el tren estaba llegando a la estación. Ella siguió andando sin mirar atrás.

Durmió en el tren y soñó con pájaros.

En casa de nuevo, Lily y Walter estaban terminando la limpieza del desayuno. Junio le entregó el libro y el perfume a su madre. —*Feliz cumpleaños, Lily.*

—*¿Dónde estuviste ayer por la noche?* - dijo Lily. Sostenía la botella de perfume entre el pulgar y el índice como si fuese una rata muerta.

—*Con un amigo*, - dijo Junio vagamente y fingiendo no ver el fruncimiento de ceño de Lily.

Subió las escaleras hasta lo alto de la casa, hasta su habitación en el ático. La puerta de los tortolitos estaba cerrada, pero pudo oírles cuando pasó

junto a ella en el pasillo. Sonaba como a palomas, ruiditos y jadeos. Ella cerró de golpe su puerta y fue directa a la cama. ¿Sobre qué trataba el sueño? ¿Más pájaros? Cuando despertó, no podía recordarlo, pero le dolían las manos como si hubiera estado agarrándose a algo.

Cuando bajó de nuevo; lavadas manos y cara, pelo peinado hacia atrás; la tarta que Walter había hecho; cuadrada y plana, con una docena de velitas deletrando el nombre de Lily; estaba sobre la mesa. Lily la estaba mirando como si la tarta pudiera explotar.

Junio dijo: —*¿Te ha gustado el perfume?*

—*No, - dijo Lily. Puso los cuchillos y tenedores. —Huele barato y demasiado dulzón. No es sutil en absoluto.*

Walter apareció detrás de Lily y le dio un pretón en la cintura. Ella le empujó, pero no muy fuerte.

—*A mí creo que me gusta. - dijo él. —Tu madre ha estado sentada en el locutorio con los pies en alto todo el día, leyendo la tontería de romance que le diste. Muy sutil, eso.*

—*Las tonterías están bien, - dijo Lily.*

Apagó las velitas con un eficiente soplo y una sonrisilla en su cara.

12. El ocupante de la habitación cinco.

Dos días más tarde de que se marcharan los tortolitos, cuando Junio entró en la habitación, podía oler el sexo, apestoso e insistente. Corrió para abrir las ventanas y deshizo la desolada cama, pero el olor persistía en las paredes y la alfombra.

Por la tarde, una mujer vestida con cara ropa oscura llegó buscando una habitación.

—*Sería por algún tiempo. - dijo la mujer.*

Habló con cuidado, como si estuviera acostumbrada a ser malinterpretada. Junio, sentada en el locutorio, hojeando ociosamente algunas columnas de consejos sexuales de revistas americanas que los tortolitos habían dejado, alzó la vista durante un segundo. Pensó que la mujer de negro tenía una mirada antigua, precisa y severa, como una cara en una rueda de identificación.

—*Tenemos una habitación, - dijo Lily. —Pero no sé si la querrá. Intentamos que esto sea agradable, pero usted parece estar acostumbrada a algo mejor.*

La mujer suspiró.

—*Me voy a divorciar de mi marido, - dijo ella. —Me ha sido infiel. No quiero que me encuentre, por eso me quedaré aquí donde no se le ocurra buscar. Me lo han recomendado.*

—*¿En serio? - dijo Lily, intentando parecer complacida. —¿Por quién?*

Pero la mujer no podía acordarse. Firmó con su nombre, la Sra. Vera Ambrosía, en una gruesa inclinación de tinta, y sacó £40, y otras £40 como depósito. Cuando Junio le mostró la Habitación Cinco, a la mujer se le hincharon las nasales, pero no dijo nada. Traía con ella una pequeña maleta y una caja cubierta. De la caja sacó una jaula para pájaros que colocó sobre un estante plegable. No había nada en la jaula salvo polvo.

Cuando Junio salió, la mujer miraba por la ventana. Estaba sonriendo a algo.

13. Una partida de golf.

Junio trató de no pensar en Humphrey. De todas formas, era un nombre tonto. Salió con sus amigas y nunca mencionó su nombre. Se habrían reído del nombre. Probablemente era inventado.

Pensó en describir cómo eran sus cejas, como una barra recta a lo largo de su cara. Decidió que aquello debería repelerla. Lo hacía. Y el chico también era un mentiroso. Ni siquiera era un buen mentiroso.

Daba igual, ella alquiló películas antiguas, Cayo Largo y Casablanca, y las vio con Walter y Lily. Y a veces se preguntaba si le había estado diciendo la verdad. Le vino el periodo, así que no tenía que preocuparse por eso. Estaba preocupada de todas formas y empezó a notar el modo en que la observaban los pájaros desde los cables telefónicos cuando pasaba andando bajo ellos. Los contaba, tratando de recordar cuáles se sumaban por diversión, cuáles por tristeza.

Le preguntó a Walter lo que quería decir, —*Corazoncito, para ti quieren decir alegría. Eres una buena chica y mereces ser feliz.*

Él estaba retocando el borde rojo alrededor de la puerta delantera. Junio se sentaba encorvada en el escalón junto a él, removiendo la pintura en la lata.

—*¿No merecía mi madre ser feliz?* - dijo ella astutamente.

—*Bueno, ella me tiene a mí, ¿no?* - dijo Walter, alzando las cejas, fingiendo estar dolido. —*Oh, ya veo. Corazoncito, tienes que ser paciente. Hay mucho tiempo para enamorarse cuando seas un poco mayor.*

—*¿Tenía mi edad cuando me tuvo!* - dijo Junio. —*¿Y dónde estabas tú entonces? ¿Y dónde está él ahora?*

Se levantó torpemente y corrió hacia el interior, pasó a un par de huéspedes sobresaltados. Pasó a Lily, que se quedó de pie en el estrecho pasillo viéndola pasar. No había ninguna expresión en absoluto en la cara de su madre.

Aquella noche, Junio tuvo un sueño. Llevaba una bata de noche, una vieja que había pertenecido a su madre, sus pies descalzos descansaban sobre la fría hierba sedosa. El viento pasaba a través de los agujeros en la flanela, arremolinándose alrededor de su cuerpo y hacía aletear el dobladillo de la bata. Notó sabor salado en la boca y vio el blanco fulgor de las olas bajo ella, dando puntadas de agua hacia la orilla. La luna era nítida y fina como si alguien se hubiera comido la parte jugosa y dejado la cáscara.

—*¡Bola va!* - gritó alguien.

Ella se percató de que estaba de pie descalza y casi desnuda en la pista de golf de St. Andrews.

—*¡Pero bueno, hola ladronzuela!* - dijo alguien.

Junio se pellizcó a sí misma y le dolió un poco, pero no se despertó. Rosa Lee aún estaba delante de ella, vestida todo de blanco: jersey blanco de cachemir, pantalones blancos de lana, zapatos y guantes de cuero blancos immaculados.

—*Pareces positivamente congelada, querida muchacha,* - dijo Rosa Lee.

Se inclinó hacia Junio y presionó suavemente su cálida boca contra la boca de Junio. Junio abrió la boca para protestar y Rosa Lee respiró por su garganta abajo. Fue delicioso, como beber fuego. Sintió el beso de Rosa Lee corriendo hacia sus diez dedos, sus pies helados, encharcado en alguna parte bajo su estómago. Se sintió como un cuenco con forma de Junio rebosando de calor y radiación.

Rosa Lee retiró su boca. —*Ya pasó,* - dijo ella.

—*Yo también quiero besarla,* - dijo una quejumbrosa voz. —*Es mi turno, Rosy.*

Había otras dos mujeres de pie sobre la hierba. La que había hablado era alta, demacrada y endeble como los palos. Sus oscuros ojos atentos se fijaban en Junio como dos clavos rectos.

—*Junio, te acuerdas de De, ¿verdad?, ¿La otra tía de Humphrey?* - dijo Rose.

—*Ella era diferente,* - dijo Junio, recordando a la gigante en la panadería cuya voz se había reflejado en las paredes como la luz.

—*Quiero un beso,* - dijo de nuevo la tía De de Humphrey.

—*No le hagas caso,* - dijo Rosa Lee. —*Está en ese momento del mes. a Humphrey le importa la panadería: la ayuda a mantenerse fuera. Deja que te bese en la mejilla, no te hará daño.*

Junio cerró los ojos, rozó ligeramente su mejilla contra los viejos labios de la mujer. Fue como ser besada por un distante fantasma hambriento. La tía de Humphrey dió un paso atrás, suspirando.

—*Esta es una buena chica, - dijo Rose. —Y esta es otra tía, Minnie. Minnie Mousy. No tienes que besarla, no le van mucho las cosas de carne, es Mousy Minnie.*

—*Hola, Junio, - dijo la mujer, inclinando la cabeza.*

Parecía la comprensiva directora de Junio... tan vieja que Lily había sido una vez estudiante suya... que había llamado a Junio a su oficina dos años atrás, cuando las notas de nivel Insuficiente de Junio habían vuelto.

Es una pena, había dicho la directora, porque parece que tienes un cerebro en la cabeza. Pero si estás determinada a no hacer nada de ti misma en absoluto, entonces no puedo detenerte. Tu madre era igual, lo bastante lista pero demasiado soñadora... oh sí, la recuerdo muy bien. Fue una pena. Siempre es una pena.

—*Estoy soñando, - dijo Junio.*

—*Sería un error creer eso, - dijo Rosa Lee. —Un completo fracaso de la imaginación. En cualquier caso, ya que estás aquí, bien podrías resolver una pequeña discusión por nosotras. Como puedes ver, aquí hay dos pelotas de golf asentadas como dios manda en la hierba a tus pies. Y aquí está la tercera... - Señaló a una copa, —... sólo que no podemos estar de acuerdo sobre cuál de nosotras la puso ahí.*

La luna pasó detrás de un mechón de nubes, pero las dos pelotas de golf aún brillaban como dos piedras blancas. La luz se derramaba fuera de la copa y perlaba sobre las cortas hojas de hierba gris.

—*¿Cómo voy a saber de quién es esa bola? - dijo Junio. —No he visto nada, no estuve aquí hasta ahora... quiero decir...*

Rosa Lee la interrumpió. —*En realidad no importa de quién sea la bola, ladronzuela, sino de quién es la bola que tú dices que es.*

—*¡Pero no lo sé!* - protestó Junio.

—*Vosotras, las personas, sois siempre tan avariciosas,* - dijo Rosa Lee. —*Muy bien: digamos que pertenece a Minnie, puede mover algunos hilos, colocarte en la universidad que elijas; De, bueno, ya viste lo mucho que le gustas. Dime lo que quieres, Junio.*

Junio respiró hondo. De pronto tenía miedo de que pudiera despertar antes de que tuviera una oportunidad de responder.

—*Quiero a Humphrey,* - dijo ella.

—*Mi juego, señoras,* - dijo Rosa Lee y la luna salió de nuevo.

Junio se despertó. La luna era brillante y pequeña en la ventana del dormitorio sobre ella y podía oír las patas de los pichones repicando contra el cristal aplomado.

14. La vista desde la ventana.

Antes de que Humphrey llegara para ver a Junio, la mujer en la Habitación Cinco había pagado por su tercera semana por adelantado y Junio encontró el perfume que ella le había dado a su madre en la papelera. Lo recogió y lo llevó a su habitación, se puso una gota en la muñeca.

Él estaba sentado en los escalones delanteros cuando ella barrió el polvo por la puerta.

—*Perdí tu dirección,* - dijo él.

—*¿Oh?* - dijo ella fríamente, doblando los brazos como lo hacía Lily.

—*Sí,* - dijo él. —*Pero la encontré ayer otra vez.*

Sus cejas no la repelían tanto como había esperado que harían. Su jersey era azul como sus ojos. —*Estás mintiendo,* - dijo ella.

—*Sí,* - dijo él. —*No vine a verte porque creí que Tía Rose quizá te engañó para que yo te gustase. Creí que quizá yo ya no te gustaría. ¿Es verdad?*

Ella le miró. —*Quizá, - dijo ella. —¿Cómo van tus lecciones de vuelo?*

—*He subido al avión dos veces. Es un Piper Cub, sólo un motor y puedes sentir todo el cielo corriendo a tu alrededor cuando estás allí arriba. La última vez que subimos, Tiny... es el instructor... me dejó pilotar los controles. No fue como nada que yo hubiera hecho antes... es decir, - dijo él con prudencia, —... estuvo bastante bien. Estás adorable, Junio. ¿También me has echado de menos?*

—*Supongo, - dijo ella.*

—*Tía De me ha dado la noche libre. ¿Vendrías a dar un paseo conmigo? - dijo él.*

Fueron a dar un paseo. Fueron a las películas. Él le compró palomitas de maíz. Llegaron a casa de nuevo cuando el cielo sobre las farolas era afelpado y amarillo como el pelaje de un tigre.

—*¿Te gustaría entrar? - le preguntó ella.*

—*Sí, por favor.*

Pero no entraron aún. Se quedaron en los escalones sonriéndose el uno al otro. Junio oyó un sonido, aleteos y gorjeos. Alzó la vista y vio una bandada de pichones acumulándose sobre la repisa de la ventana dos plantas por encima de ellos. Dos manos, blancas y aplanadas por el peso de muchos anillos, yacían anidadas como palomas entre los pichones. Humphrey gritó, agachándose y levantando sus propias manos para cubrirse la cabeza.

Junio tiró de él hacia la cobertura de la puerta. Se apresuró a meter la llave en la cerradura y entraron a trompicones al interior.

—*Sólo era la mujer de la Habitación Cinco, - dijo ella. —Es un poco rara con los pájaros. Pone migas de pan en la cornisa para ellos. Dice que son sus bebés.*

Ella le frotó la espalda a Humphrey. El jersey era suave bajo sus manos, esponjoso y calido como un animal vivo.

—*Estoy bien ahora, - dijo él. —Creo que las lecciones están ayudando. -*
Dio una carcajada, vibrando con una gran exhalación. —*Creo que tú estás ayudando.*

Se besaron y luego ella le llevó escaleras arriba hasta su habitación. Cuando pasaron por la puerta de la Habitación Cinco, pudieron oír a la mujer canturreando y a los pichones respondiendo.

15. Rosa Lee sobre la maternidad.

Yo nunca tuve una madre. Recuerdo haber nacido, la sal de aquellos dioses muriendo sobre mis labios, el agua sosteniéndome cuando di mis primeros pasos. Minnie nunca tuvo una madre tampoco. Por falta de ejemplo, hicimos lo mejor que pudimos con Humphrey. Me gusta pensar que creció dándonos ese crédito a ambas.

Prune lleva la Bonne Hause la mitad del año y solíamos enviarle a Humphrey durante el otoño. No era el mejor lugar para un chico lleno de vida. Él intentaba portarse bien, pero siempre terminaba crispando los nervios de los caprichosos convalecientes de Prune, impulsando a sus alcohólicos a volver a la bebida, robando los dulces del tesoro de sus pacientes de spa. Despertando a los muertos, de hecho, y llevando a la pobre anémica Prune hasta la pálida histeria.

De nunca había tenido mucho trato con los hombres, pero se encariñó de él a su propio modo.

Le leíamos mucho. La panadería de De surgió de su libro favorito, el que él leía a ratos cuando era pequeño. Al chico le apasionaba la cocina nocturna y el avión... era de esperar que quisiera aprender a volar. Los chicos siempre quieren eso. Nos mudamos para mantenerle a salvo y lejos de Vera, pero no se le puede mantener alejado del cielo. Si iba a tomar ese mal camino, entonces mantendríamos sus pies plantados en el suelo mientras pudiéramos.

Intentamos enseñarle a tomar precauciones. Minnie le tejió un hermoso jersey azul y él no necesitaba tener miedo de los pájaros ni de las diosas mientras lo llevara puesto. Hicimos todo lo que pudimos.

16. El Patinador.

Por la mañana estaba lloviendo. Humphrey ayudó a Junio con sus tareas. Lily no dijo nada cuando conoció al chico, sólo asintió y le dio una mopa.

Walter dijo, —*Así que tú eres el chico del que está colada Junio.* - y soltó una carcajada cuando Junio le puso una mueca.

Limpiaron primero las cuatro habitaciones de la segunda planta, y cuando Junio salió del cuarto de baño con la papelera, vio a Humphrey de pie delante de la Habitación Cinco con su mano en el pomo de la puerta. La luz líquida de la ventana del fondo del pasillo caía afiladamente sobre el cuello del chico, su cabeza estaba inclinada hacia la puerta.

—*Alto,* - siseó Junio. Él se giró hacia ella con su cara blanca y tensa. —*No le gusta que entremos en su habitación, lo hace todo ella misma.*

—*Pensé haber oído a alguien ahí dentro,* - dijo Humphrey. —*Estaban diciendo algo.*

Junio movió la cabeza violentamente. —*Se ha ido. Va a la Plaza Charlotte todos los días, se sienta y da de comer a las palomas.*

—*Pero está lloviendo,* - dijo Humphrey.

Ella le agarró la mano. —*Venga, vamos a otro sitio.*

Fueron a la Galería Nacional en la Milla Real. En el interior, todo era rojo y dorado y de mármol. Reyes y reinas en las paredes les fruncían el ceño a Humphrey y a Junio desde marcos decorados, como gente espiando a través de las ventanas. Sus variadas expresiones eran tan vivas, tan feroces y alegres y serenas por añaduría, que Junio se sintió de lo más chafada e incómoda. Se sentía como una ladrona que se cuela furtivamente dentro de una casa abandonada, sólo para descubrir que los dueños están presentes, despiertos, bebiendo y charlando y bailando y riendo.

Humphrey tiró de su mano. Se sentaron en un banco delante del El Reverendo Robert Walker Patinando en Duddiston Loch de Raeburn.

—*Este es mi cuadro favorito, - dijo él.*

Junio miró al Reverendo Walker, todo de negro como un cuervo, flotando sobre el hielo gris con sus mejillas rosadas por el frío.

—*Ya sé por qué te gusta, - dijo ella. —Parece que esté volando.*

—*Parece que es feliz, - dijo Humphrey. —¿Te acuerdas de tu padre?*

—*No, - dijo Junio. —Supongo que cuando me miro en el espejo. Nunca le conocí. Pero mi madre dice... ¿y qué hay de ti?*

—*Solía inventar historias sobre él, - dijo Humphrey —A causa de mi nombre... Imaginaba que era americano, quizá incluso un gángster. Solía fingir que era parte de la Mafía, como Capone. Tía Minnie dice yo no andaba muy desencaminado.*

—*Sé cómo es eso, - dijo Junio. —Vamos a escoger unos padres aquí. ¿Puedo pedirme al Reverendo Robert Walker? Se parece a Walter. ¿Quién quieres tú?*

Pasearon por la galería, Junio hacía sugerencias, Humphrey vetaba probables padres. —*Definitivamente no. No quiero a Sir Walter Scott, - dijo él cuando Junio se paró delante de un retrato. —Con una tía que escribe romances históricos es suficiente. Además, no nos parecemos en nada.*

Junio espió en la habitación siguiente.

—*Bueno, - dijo ella. —Tendrás que quedarte sin uno, entonces. Toda esta galería es de tétricas antiguallas. No hay un papá decente en el lote.*

Se dio la vuelta. Humphrey estaba delante de un enorme cuadro de una mujer y un cisne. Un cisne arqueado, con sus alas extendidas sobre una mujer supina, tan grandes como el chico que observaba delante de ellos.

—*Oh, - dijo ella tentativamente. —¿También te incomodan los pájaros de los cuadros?*

—*No*, - dijo él con los ojos aún fijos en la pintura. —*Todo es una tontería de todos modos. Vamos.*

17. Bonne Hause.

El verano se acababa y las noches eran más largas y oscuras. Humphrey llegaba en el tren de Leuchars cada fin de semana y a principios de agosto, subían a lo alto del Asiento de Arthur para una cena de picnic. Edimburgo se acurrucaba a lo lejos bajo ellos, apilado como los huesos de un gigante, la capa verde de hierba era su lecho, el castillo su corona.

Los cuervos acechaban la colina, picoteando en la hierba, pero Humphrey los ignoraba.

—*El próximo fin de semana, Tiny dice que puedo hacer mi primer vuelo en solitario*, - dijo él. —*Si el tiempo es bueno.*

—*Ojalá pudiera verte*, - dijo Junio. —*Pero Lily me mataría si no estoy aquí para ayudar. Las cosas son una locura justo antes del Festival.*

Las camas y desayunos ya estaban llenos. Lily incluso había puesto una pareja de Estrasburgo en la habitación del ático de Junio. Junio estaba durmiendo en un camastro en la cocina.

—*Está bien*, - dijo Humphrey. —*Probablemente me pondría más nervioso si estuvieras allí. Llegaré en el tren de las ocho en punto y te encontraré en la estación de Waverly. Lo celebraremos. Saldremos por ahí y veremos algo.*

Junio asintió y tiritó, acurrucándose contra él.

—*¿Tienes frío? Toma mi jersey. He traído algo más para ti también.* - Sacó de su mochila un paquete plano alargado y se lo dio junto con el jersey.

—*Es un libro*, - dijo Junio. —*¿Es algo de tu tía?*

Rasgó el papel, el viento se lo quitaba de las manos. Era un libro para niños con una ilustración en la tapa de un hombre con el pelo ardiendo, había un sol dorado detrás de él.

—*¿Mitología Griega de D'Aulaire?*

Él no la miró. —*Léelo y dime que piensas.*

Junio lo hojeó. —*Bueno, al menos tiene dibujos, - dijo ella.*

Se estaba haciendo demasiado oscuro para ver el libro adecuadamente. La ciudad, el sendero que conducía de regreso colina abajo, era púpura oscuro. La colina sobre la que se sentaban parecía estar a punto de salir flotando sobre un mar negro. Los cuervos eran motas móviles de manchas de tinta y el viento se levantaba y golpeaba las hojas de la hierba y las plumas de las alas con soplos murmurantes. Se puso el jersey azul sobre los hombros.

—*¿Qué haremos cuando acabe el verano?* - preguntó Humphrey. Tomó una de las manos de Junio y la estudió como si pudiera ver el futuro en la copa de su palma. —*Normalmente voy con la Tía Prune durante algunas semanas. Dirige una clínica a las afueras de Londres llamada Bonne Hause. Para alcohólicos y gente rica deprimida. Yo ayudo a los jardineros.*

—*Oh, - dijo Junio.*

—*No quiero ir, - dijo Humphrey. —Ese es el asunto. Quiero estar contigo, quizá ir a Grecia. Mi padre vive allí, a veces. Quiero verle, sólo por una vez me gustaría verle. ¿Vendrías conmigo?*

—*¿Por eso me has dado esto?* - dijo ella, frunciendo el ceño y sosteniendo en alto el libro de mitología. —*No es exactamente una guía de viaje.*

—*Es más parecido a una historia de familia, - dijo él. Los cuervos barbullaban y graznaban. —¿Has soñado alguna vez que podías volar?, me refiero con alas.*

—*Ni siquiera he estado nunca en un avión, - dijo Junio.*

Él le contó algo maravilloso.

18. Por qué escribo.

Bien puedes preguntar lo que la diosa del amor está haciendo en St. Andrews, escribiendo romances baladíes. Pues adaptándome. Algunos de nosotros nos las arreglamos mejor que otros, por supuesto. Prune con su clínica y su sistema patentado de Pérdida de Peso a base de Granadas, bueno para la salud y los espíritus. De tiene su panadería. Minnie es más o menos una reclusa... inventa crucigramas y diseña patrones a cuadros y feudos para prominentes eruditos de los clásicos via correo. Nadie ha visto a Paul en siglos. No puede soportar la música moderna, dice él. Ha estado viviendo en algún lugar de Kensington con un simpático hombre sordo.

Zeus y esa malevolente perra loca de los pájaros aún están casados, ¿puedes creerlo? Como si el mundo dejara de girar si ella admitiera que todo el asunto fue un error. Le pone furiosa ver que alguien se divierte, especialmente su marido. Nunca nos hemos llevado bien... ella se pelea con todo el mundo tarde o temprano, lo cual es el motivo de que la mayoría de nosotros se haya exiliado en esta esquina del mundo, pero nunca en compañía.

19. Una grosería de cuervos.

Junio esperó en la Estación Waverly durante tres horas y media. El borde de la zona estaba en pleno revuelo y los intérpretes con máscaras de picos y plumas pasaban chocando con ella, persiguiendo una cometa volada por el viento con forma de ala. Olían a polvo, sudor y cerveza. La miraron de forma rara, pensó ella, cuando pasaron corriendo a su lado. La cometa volaba hacia ella de nuevo, bajó sobre el suelo y se le enredó en los pies. La cometa se elevó sobre ella con una súbita racha de viento.

Ella descansó las manos sobre la cabeza. Alguien cercano soltó una carcajada, insinuante y maleducada, y ella alzó la vista para ver a uno de los perseguidores de la cometa, de pie junto a ella. Estaba moviendo el hilo en su mano, bajando la cometa. Unos ojos brillantes relucían hacia ella como botones sobre un pico de papel amarillo.

—*¿Qué te pasa, ladronzuela?* - Dijo el pavo real. —*¿Has perdido algo?*

Otro hombre, vestido de cuervo negro, se sentó en el banco a su lado. El tipo no dijo nada y sus pupilas no eran redondas sino elongadas y planas

como las de un búho. Junio dio un salto y salió corriendo. Esquivó a los groseros extraños de ojos brillantes, cuyas ropas daban la sensación de caer como blandas espinas de erizo, cuyos pies eran escamosos, nudosos y lanzaban chispas del pavimento. Extendían los brazos para detenerla, sus brazos eran alas y sus dedos, plumas. Ella giró a lo loco entre ellos y siguió corriendo. En la Calle Reina los perdió entre la multitud, pero siguió corriendo de todos modos.

Lily estaba sentada en el locutorio cuando llegó a casa.

—*Ha llamado la Tía Rose de Humphrey, - dijo ella sin preámbulos. —Ha ocurrido un accidente.*

—*¿Qué?* - dijo Junio.

Su pecho subía y bajaba. Pensó que sentía el cosquilleo de plumas en sus pulmones. Pensó que iba a vomitar.

—*Su avión se estrelló. Una bandada de pájaros voló dentro del propulsor. Murió casi instantáneamente.*

—*No está muerto,* - dijo Junio.

Lily no dijo nada. Tenía los brazos cruzados como si temiera que pudieran estirarse, sin ser deseados, hacia su hija. —*Era un buen chico.* - dijo finalmente.

—*Tengo que subir a mi habitación,* - dijo Junio.

Pues claro que no estaba muerto: había leído el libro. Él se lo había explicado todo. Cuando eres inmortal, no te puedes morir. Medio inmortal, se corrigió a sí misma. Así que quizá, medio muerto, ella podría vivir con ello.

Lily dijo, —*La mujer de la Habitación Cinco se marchó esta tarde. No la he limpiado todavía, pero pensé que podríamos mudar a los huéspedes a tu habitación. Te ayudaré.*

—*¡No!* - dijo Junio. —*Yo lo haré.* - Ella dudó. —*Gracias, Lily.*

—*Haré un poco de té entonces*, - dijo Lily, y entró en la cocina.

Junio recogió el anillo de llaves de la pared y subió a su habitación. Sacó el jersey azul del armario y se lo puso. Recogió la botella de perfume y luego hizo una pausa. Se dobló y abrió la maleta de los tortolitos de Estrasburgo, escarbó a través de las ropas dobladas hasta que su mano se cerró en torno a un fajo de billetes. Los cogió todos sin contarlos.

Las dos últimas cosas que recogió fueron dos libros: *Mitos Griegos* de D'Aulaire y *Flechas de Hermosura*.

Salió de su habitación sin cerrarla con llave, bajó las escaleras hasta la Habitación Cinco. La luz no apareció cuando bajó el interruptor y unas cosas la rozaron, blandas y húmedas. Corrió hasta las cortinas y las abrió.

La ventana se abrió y, de pronto, la habitación se llenó de testigos. Al principio, parpadeando bastante, pensó que estaba nevando dentro. Luego vio que los copos de nieve eran pelusas. Ambas almohadas estaban rasgadas y el edredón cortado por la mitad. Las plumas inundaban el suelo, resbalando por la palma y la mejilla de Junio. Se ahogó con una plumilla y la escupió.

Mientras se movía por la habitación, las plumas se le pegaban. Las sentía agarradas a su espalda, haciéndole crecer grandes alas dentro de la habitación.

—*¡Basta!* - gritó ella.

Abrió el D'Aulaire, pasando rápido la locura de Hera, la cara triunfante, hasta un dibujo de la rosada Venus. Sacó el tapón de la botella de perfume y la inclinó sobre el dibujo. Derramó la mitad de la botella sobre el libro y detrás de ella alguien estornudó. Ella se dio la vuelta.

Era la tía de Humphrey, Rosa Lee. Parecía casi desaliñada, transitada, manchada y gastada como si hubiera recorrido un largo camino. No se parecía en nada a la mujer de la foto del libro.

—*¿Dónde está él?* - dijo Junio.

Tía Rose se encogió de hombros, cepillando plumas de su arrugado abrigo.
—*Ha ido a ver a su Tía Prune, Supongo.*

—*Quiero ir con él.* - dijo Junio. —*Sé que es posible.*

—*Supongo que comprendiste a los Clásicos.* - dijo Tía Rose y estornudó delicadamente como un gato. —*En serio, estas plumas...*

—*Quiero que me envíes hasta él.*

—*Si te envío allí,* - dijo Rose, —*quizá no puedas volver. O él podría no querer volver. Tampoco es mi especialidad. Si eres tan lista, también habrás averiguado eso.*

—*¡Sé que has enviado gente antes, así que deja de jugar conmigo!* - dijo Junio.

—*Tu madre puede decirte lo que hacer cuando te deja un amante,* - dijo Rosa Lee con una voz como de crema. —*Así que, ¿por qué me pides consejos a mí?*

—*¡Porque ella no fue tras él!* - gritó Junio. —*Ella tuvo que quedarse aquí y cuidarme, ¿no es cierto?*

Rosa Lee se irguió muy alta, alisándose ambos lados del abrigo con las manos. Casi parecía complacida.

—*Muy bien,* - dijo ella. —*Afortunadamente, el Infierno es un viaje mucho más barato, mucho más a mano que Australia. ¿Estás preparada? Bien. Pues escucha, porque sólo voy a decir esto una vez.*

20. Ir al Infierno. Instrucciones y consejos.

—*Si no dejas caer el jersey de tus manos, si sigues la manga hasta que sólo sea una hebra, te conducirá hasta él. No estará como lo recuerdas, se ha estado comiendo sus memorias para mantenerse caliente. No está dormido pero, si le besas, despertará. Igual que en los cuentos de hadas. Sus labios serán fríos al principio. Dile: *Sígueme, y arranca el brazo derecho del**

jersey. Os llevará a un lugar mejor, ladronzuela. Si lo haces bien y no miras atrás, entonces puedes robárselo a la Casa de Hueso.

—¿Y ahora qué? - dijo ella. —¿Desaparezco en una bola de humo o agitando una varita? ¿Puedo irme simplemente?

—No por la puerta, - dijo Rose. —Es hora de que tomes lecciones de vuelo.

Dio unos pasos hacia la cornisa de la ventana, acurrucándose en su abrigo como una gran ala negra bajo el peso de la luna. Extendió la mano hacia Junio.

—Vamos. ¿Tienes miedo?

Junio tomó su mano.

—No tendré miedo, - dijo ella.

Subió a la cornisa junto a Rose y apuntó sus zapatos hacia la luna, lejos del roce de los cálamos de las paredes y el techo. No miró atrás, sino que dio un paso fuera del borde del mundo conocido.

FIN

Capítulo 5

Relato 5 - Viajes con la Reina de las Nieves

Travels with the Snow Queen, publicado en Lady Churchill's Rosebud Wristlet, invierno 1996-1997

Una parte de ti está siempre viajando más rápido, siempre viajando por delante. Aún cuando te estás moviendo, nunca es lo bastante rápido para satisfacer esa parte de ti. Cruzas los muros de la ciudad temprano por la tarde, cuando el empedrado es de un rosa moteado por la luz reflejada y frío bajo el tacto de tus sangrantes pies descalzos. Le preguntas al hombre que guarda la puerta que te recomiende un lugar donde pasar la noche.

E incluso mientras caes sobre la cama de la posada...

que es una pila de mantas y esencias de lavanda, quizá sola, quizá con otro viajero, quizá con el guarda que tenía esos ojillos marrones y un bigote que se rizaba hacia arriba a cada lado de la nariz como dos negros lazos encerados. Aún cuando este guarda, cuyo nombre no preguntaste, pronuncia un nombre mientras duerme que no es tu nombre.

... ya estás soñando con la carretera de nuevo.

Cuando duermes, sueñas con las largas distancias blancas que aún yacen ante ti. Cuando despiertas, el guarda ha vuelto a su puesto y el lugar entre tus piernas duele de modo agradable, tienes las piernas cansadas como si hubieras seguido caminando toda la noche mientras dormías. Mientras dormías, tus pies han sanado de nuevo. Tuviste cuidado de no besar al guarda en los labios para que, en realidad, aquello no contara, ¿verdad?.

Tu destino es el Norte. El mapa que usas es un espejo. Siempre retiras los pedazos de tus pies descalzos, los trozos del mapa que se quebraron y

cayeron al suelo cuando la Reina de la Nieve voló por encima en su trineo. Donde tú estás, de donde tú eres, es imposible leer un mapa hecho de papel. Si fuera tan fácil, entonces todo el mundo sería un viajero. Has oído de otros viajeros cuyos mapas son migas de pan, cuyos mapas son piedras, cuyos mapas son los cuatro vientos, cuyos mapas son baldosas amarillas puestas una después de la otra. Tú lees tu mapa con el pie y, detrás de ti en alguna parte, debe de haber otro viajero cuyo mapa son las sangrientas pisadas que vas dejando a tu paso.

Hay un mapa de finas cicatrices blancas en las suelas de tus pies que te dicen dónde has estado. Cuando retiras los fragmentos de...

la Reina de la Nieve está mirando.

... cristal de tus pies, te recuerdas, te dices, te imaginas lo que se siente cuando los ojos de Kay, el corazón de Kay fue atravesado por fragmentos del mismo espejo. A veces es más seguro leer mapas con tus pies.

Damas. ¿Se les ha ocurrido que los cuentos de hadas no son fáciles sobre los pies?

Pues esta es la historia hasta el momento. Creces, te enamoras del chico de la puerta de al lado. Kay, el de los ojos azules que te traía plumas de pájaro y rosas, el que era tan bueno con los puzzles. Creíste que te amaba... quizá también él pensó que lo hacía. Su boca sabía tan dulce, sabía como el amor y sus dedos eran tan cariñosos, picaban como el amor sobre tu piel. Pero tres años y exactamente dos días después, te fuiste a vivir con él, estuvisteis tomando unas copas fuera en el patio. No estabais exactamente peleando y no consigues recordar lo que él había hecho que te había enfadado tanto, pero tú le tiraste el vaso. Hubo un ruido como el cielo rompiéndose en pedazos.

El dobladillo de sus pantalones se salpicó. Tenía cristalitos por todas partes.

—*No te muevas*, - dijiste. No llevabas zapatos.

Él levantó una mano hasta la cara.

—*Creo que tengo algo en el ojo, - dijo él.*

El ojo estaba bien, por supuesto, no había nada en él pero, más tarde esa misma noche, cuando se desvestía para ir a la cama, había trocitos de cristal como granos de azúcar espolvoreados en sus ropas. Cuando pasaste la mano por su pecho, algo te pinchó el dedo y dejó una mancha de sangre en su corazón.

El día siguiente estaba nevando, él salió a por un paquete de cigarrillos y nunca volvió. Te sentaste en el patio bebiendo algo caliente y alcohólico, con nuez moscada, y la nieve caía sobre tu hombros. Llevabas una camiseta de manga corta, estabas fingiendo que no tenías frío y que tu amante volvería pronto. Llevaste un dedo hasta el suelo y luego te lo metiste en la boca. La nieve parecía azúcar, pero no sabía a nada en absoluto.

El hombre de la tienda de la esquina dijo que había visto a tu amante subir a un largo trineo blanco. Había una hermosa mujer en el trineo, tirado por treinta gansos blancos.

—*Oh, ella, - dijiste, como si no te sorprendiera.*

Fuiste a casa y buscaste en el guardarropa esa capa que perteneció a tu bisabuela. Estabas pensando en ir tras él. Recordaste que la capa era de lana de abrigo y de un rojo precioso, una capa de viajera. Pero cuando la sacaste, olía a perro mojado y la costura estaba rota, como si algo se la hubiera comido. Olía a mala suerte: te hizo estornudar y por eso la guardaste otra vez. Esperaste durante más tiempo.

Pasaron dos meses y Kay no volvía. Finalmente, saliste y cerraste la puerta de tu casa con llave. Ibas a viajar por amor, sin zapatos ni capa ni sentido común. Esta es una de las cosas que puede hacer una mujer cuando su amante la abandona. Es difícil a pie quizá, pero quedarse en casa es difícil para el corazón y tú no estabas muy preparada para rendirte todavía. Te dijiste a ti misma que la mujer del trineo debía de haberle hechizado y que, probablemente, él te estaría echando de menos a estas alturas. Además, había algunas preguntas que querías hacerle, algunas verdades que querías decirle. Eso es lo que te dijiste a ti misma.

La nieve era blanda y fría bajo tus pies y después encontraste el camino de cristal, el mapa.

Tras tres semanas de duro viaje, llegaste a la ciudad.

No, en serio, piensa en ello. Piensa en la sirenita que cambió su cola por amor, consiguió dos piernas y dos pies, y cada paso era como andar sobre cuchillas. ¿Y a dónde la llevó eso? Esto es una pregunta retórica, por supuesto. Ahí está la chica que se puso los preciosos zapatos rojos de baile. El leñador tuvo que cortarle los pies con un hacha. Hay están las dos hermanastras de Cenicienta que se cortaron los dedos de los pies y la madrastra de Blancanieves, que bailó hasta la muerte en pantunflas de hierro al rojo vivo. La dama de la Chica Ganso que rodó colina abajo en un barril repleto de agujas. El viaje es duro para la mujer soltera. Había una mujer que caminaba al este del sol y al oeste de la luna, buscando a su amante, que la había dejado porque ella le había derramado sebo encima del pijama. Ella al menos llevaba un perfecto par de zapatos de buen hierro antes de encontrarle. Fíate de nuestra palabra, no valió la pena. ¿Qué crees que pasó cuando ella se olvidó de poner el suavizante en la lavadora? La colada es dura, viajar aún más. Te mereces unas vacaciones, pero por supuesto, eres de las prudentes. Has leído los cuentos de hadas. Hemos pasado por lo mismo, lo sabemos.

Por eso, aquí en los Tours de la Reina de la Nieve, hemos reunido un lujoso pero económico paquete para ti, garantizamos ser considerados con tus pies y no salir del presupuesto. Mira el mundo en un trineo tirado por gansos, experimenta el arquetípico invierno de la tierra de las maravillas forestales; charla con animales parlantes reales (por favor no les des de comer). Nuestras suites tienen tres estrellas: duermes sobre cómodos colchones de muelle con guisantes garantizados; degustas comidas preparadas por chefs de clase mundial. Nuestros guías turísticos son amigables, entendidos, han viajado mucho, entrenados por la misma Reina de la Nieve. Conocen primeros auxilios, cómo vivir fuera de las ciudades, hablan tres idiomas fluentemente.

Descuentos especiales para las hermanas mayores, hermanastras, madrastras, brujas malvadas, meigas, hechiceras, princesas que han besado ranas sin saber en lo que se estaban metiendo, etc.

Sales de la ciudad y caminas todo el día junto a un arroyo que es tan blando y sedoso como visón azul. Deseas que tu mapa fuera agua y no cristal roto. Al mediodía, te paras y bañas los pies en una parte poco profunda y las bandas de sangre roja se arremolinan dentro del agua azul.

Eventualmente, llegas a un muro de zarzas tan ancho y alto que no consigues ver modo alguno de rodearlo. Extiendes el brazo para tocar una rosa y te pinchas el dedo. Supones que podrías rodearlo, pero tus pies te dicen que el mapa conduce directamente a través del muro de zarzas y no consigues desviarte del sendero que has estado tendiendo para ti. Recuerda lo que le pasó a la chiquilla, tu bisabuela, con su capa roja de lana. Los mapas protegen a sus viajeros, pero sólo si los viajeros obedecen los dictados de sus mapas. Eso es lo que te han dicho.

Posado en las zarzas encima de tu cabeza hay un cuervo, negro y lustroso como el bigote rizado del guarda. El cuervo te mira y tú le miras.

—*Estoy buscando a alguien, - dices. —Un chico llamado Kay.*

El cuervo abre su gran pico y dice, —*No te ama, ¿sabes?*

Te encojes de hombros. Nunca te han gustado los animales parlantes. Una vez, tu amante te regaló una gata parlante, pero se escapó y te alegraste en secreto.

—*Tengo algunas cosas que quiero decirle, eso es todo. - Has estado haciendo, de hecho, una lista de todas las cosas que vas a decirle. — Además, quería ver mundo, ser una turista durante un tiempo.*

—*Eso está bien para algunos, - dice el cuervo. Luego, se ablanda. —Si quieres entrar, pues entra. Una princesa acaba de casarse con el chico de las botas que chirrían sobre el suelo de mármol.*

—*Eso está bien para algunos, - dices.*

Las botas de Kay chirrían. Te preguntas cómo conoció a una princesa, si es él con quien ella se acaba de casar, cómo sabe el cuervo que él no te ama, lo que tiene una princesa que tú no, aparte de un trineo blanco tirado por

treinta gansos, un impenetrable muro de zarzas y quizá un castillo. Probablemente ella sea sólo alguna bimbo.

—*La Princesa Zarza de Rosas es una princesa muy sabia, - dice el cuervo, —pero es la chica más perezosa del mundo. Una vez durmió durante cien días y nadie podía despertarla, aunque pusieron cien guisantes bajo sus colchones, uno cada mañana.*

Esto, por supuesto, es la forma adecuada y respetuosa de despertar a las princesas. A veces Kay solía despertarte virtiendo agua fría sobre tus pies. A veces te despertaba silbando.

—*El centesimoprimer día, - dice el cuervo, —se despertó sola y le dijo al concilio de doce hadas matronas que se suponía que era hora de que se casara. Así que, pegaron carteles y vinieron príncipes y jóvenes de toda parte del reino.*

Cuando la gata se escapó, Kay colgó panfletos por todo el barrio. Te preguntas si deberías haber colgado panfletos por Kay.

—*Zarza de Rosas quería un marido astuto, pero le agotaba terriblemente sentarse y escuchar a los jóvenes dando discursos sobre lo ricos, sexys y listos que eran. Se quedó dormida y así quedó hasta que entró el joven hombre con las botas chirriantes. Fue el sonido de las botas lo que la despertó. Fue amor a primera vista. En vez de intentar impresionarla con todo lo que sabía y había visto, el hombre con las botas chirriantes declaró que había recorrido todo este camino para oír hablar de sus sueños a Zarza de Rosas. Había estudiado en Viena con un famoso Doctor y estaba profundamente interesado en los sueños.*

Kay solía contarte sus sueños cada mañana. Eran largos y complicados y si pensaba que no le estabas escuchando, se ponía de malhumor. Tú nunca recuerdas tus sueños.

—*Los sueños de los demás nunca son muy interesantes. - le dices al cuervo.*

El cuervo inclina la cabeza. Vuela hasta abajo y aterriza sobre la hierba a tus pies.

—*¿Te apuestas algo?* - dice.

Tras el cuervo notas una puertecilla verde hundida en el muro de zarzas. Jurarías que no estaba ahí un minuto antes.

El cuervo te guía por la puerta verde y un largo campo de hierba verde hacia un castillo de dos pisos, igual de rosa que las rosas de las zarzas. Piensas que resulta un poco cursi, pero es exactamente lo que se esperaría de alguien llamada como una flor.

—*Tuve el siguiente sueño una vez*, - dice el cuervo,— *que se me caían los dientes. Se derrumbaban en pedazos en mi boca. Y después me desperté y me di cuenta de que los cuervos no tienen dientes.*

Sigues al cuervo al interior del palacio y subes una larga escalera retorcida. Las escaleras son de piedra, desgastadas y allanadas como la gruesa seda vieja. Esquirlas de cristal relucen sobre la piedra rosada, atrapando la luz de las velas en la pared. A medida que subes ves que eres parte de una enorme corona gris. Criaturas fantásticas, planas y finas como el humo, corren escaleras arriba, hombres y mujeres y cosas serpenteantes con ojos brillantes. Te hacen una leve reverencia cuando pasan a tu lado.

—*¿Quiénes son esos?* - preguntas al cuervo.

—*Sueños*, - dice el cuervo, saltando torpemente de escalón en escalón. — *Los sueños de la princesa, vienen a presentar sus respetos a su nuevo marido. Claro que son demasiados refinados para hablar con los de nuestra clase.*

Aunque piensas que alguno de ellos te resulta familiar. Tienen un olor familiar, como la almohada sobre la que ha descansado la cabeza de tu amante.

En lo alto de la escalera hay una puerta de madera con una cerradura de plata. Los sueños se escurren continuamente a través de la cerradura y por debajo de la puerta y, cuando la abres, la peste dulzona de la nube de sueños es tan espesa en el dormitorio de la princesa que apenas puedes respirar.

Algunos podrían confundir el aroma de los sueños de la princesa con el aroma del sexo. Algunos confunden el sexo con amor.

Ves una cama lo bastante grande para un gigante, con cuatro altos robles por camapostes. Subes la escala que descansa contra el lateral de la cama para ver al durmiente marido de la princesa. Cuando te asomas, una pluma de ganso vuela y te cosquillea en la nariz. La apartas y desplazas varios sueños. Zarza de Rosas se gira rodando y se ríe en sueños, pero el hombre junto a ella se despierta.

—*¿Quién eres?* - dice él. —*¿Qué quieres?*

No es Kay. No se parece nada a Kay.

—*No eres Kay*, - le dices al hombre en la cama de la princesa.

—*¿Quién demonios es Kay?*

Se lo explicas todo con horrible vergüenza. El cuervo parece complacido consigo mismo, del mismo modo que tu gata parlante solía hacerlo antes de que se escapara. Miras al cuervo. Miras al hombre que no es Kay.

Cuando has terminado, dices que algo va mal, porque tu mapa claramente indica que Kay ha estado aquí, en esta cama. Tus pies están dejando marcas de sangre sobre las sábanas y recoges una astilla de cristal al pie de la cama para que todo el mundo pueda ver que no estás mintiendo. La princesa Zarza de Rosas se incorpora en la cama con su largo pelo rosado y marrón cayendo por sus hombros.

—*No está enamorado de ti*, - dice ella, bostezando.

—*Así que estuvo aquí, en esta cama, tú eres la zorra de hielo del trineo en aquella tienda de la esquina, ni siquiera te molestes en negarlo*, - dices.

Ella se encoge de hombros, sus rosados y pálidos hombros.

—*Hace cuatro, cinco meses, él apareció y yo me desperté*, - dice ella. —*Era un buen tipo, no estaba mal en la cama. Aunque ella era una verdadera perra.*

—¿Quién? - preguntas.

Zarza de Rosas nota por fin que su nuevo marido la está mirando.

—¿Qué puedo decir? - dice ella, y se encoge de hombros. —*Tengo debilidad por los tipos de botas chirriantes.*

—¿Quién era esa perra? - preguntas de nuevo.

—*La Reina de la Nieve*, - dice ella, —*la zorra del trineo.*

Esta es la lista, que llevas en el bolsillo, de las cosas que planeas decirle a Kay cuando le encuentres, si es que lo encuentras:

1. Siento haberme olvidado de regar tus helechos mientras estuviste fuera aquella vez.
2. Cuando dijiste que yo te recordaba a tu madre, ¿eso era algo bueno o malo?
3. Nunca me gustaron tus amigos en realidad.
4. Ninguno de mis amigos te ha apreciado nunca.
5. ¿Te acuerdas cuando se escapó la gata y yo lloré y lloré y te hice colocar carteles y nunca volvió? No estaba llorando porque no volvía. Estaba llorando porque fui yo quien la había llevado al bosque y tenía miedo de que volviera y te contara lo que había hecho, pero supongo que la atrapó un lobo o algo. Nunca me gustó de todas formas.
6. Nunca me gustó tu madre.
7. Después de irte, No regué tus plantas a propósito. Están todas muertas.
8. Adios.
9. ¿Estuviste alguna vez enamorado de mí?
10. ¿Era buena en la cama o sólo en la media?
11. ¿Qué quisiste decir exactamente cuando dijiste que estaba bien que hubiera engordado un poco, que pensabas que incluso estaba más guapa, que debería seguir y comer todo lo que quisiera, si cuando me pesé en la báscula del baño tenía exactamente el mismo peso de siempre, no había ganado ni un sólo kilo?
12. Todas aquellas veces, lo digo de verdad, cada una de ellas, y me da igual si no me crees, fingí cada orgasmo que creías que había tenido. Las mujeres pueden hacerlo, ¿sabes?. Nunca me hiciste llegar, ni una sola vez.

13. Quizá soy idiota, pero estuve enamorada de ti.
14. Me acosté con un tipo, no fue mi intención, simplemente sucedió. ¿Te pasó a ti también? Tampoco es que me esté disculpando o que vaya aceptar las tuyas, sólo quiero saberlo.
15. Me duelen los pies y todo es por tu culpa.
16. Ahora en serio, adios.

La princesa Zarza de Rosas no era una bimbo después de todo, aún cuando tuviera un nombre tonto y un castillo rosa. Admiras su dedicación al arte y su práctica del sueño. A estas alturas estás harta de viajar y nada te gustaría más que acurrucarte en una gran cama emplumada durante unas decenas de días, o quizá hasta cien años, pero ella te ofrece en préstamo su carroza y cuando le explicas que tienes que andar, ella te envía fuera junto a una tropa de soldados armados. Te escoltarán a través del bosque, que está lleno de ladrones y lobos y princesas haciendo misiones, acechando por ahí. Los guardias fingen educadamente que no notan el rastro de sangre que estás dejando detrás. Probablemente piensan que debe de ser un asunto de mujeres.

Ya es después de la puesta de sol y ni siquiera has entrado media milla en el bosque, el cual es oscuro y da miedo y está lleno de ruidos, cuando unos bandidos emboscan a tu escolta y los masacran a todos. La reina de los bandidos, que es peluda y gris, con una nariz como un viejo encurtido, grita con deleite al verte.

—*¡Eres una buena gordita para mi cena!* - dice ella y saca un largo cuchillo del estómago de uno de los soldados muertos. Está a punto de rebanarte el gajate mientras tú te quedas ahí de pie, fingiendo educadamente no notar la sangre que está formando un charco alrededor de los guardas muertos, que está ahora anulando los restos de sangre de tus pies. El cuchillo está en tu garganta cuando una chica, más o menos de tu edad, salta sobre la espalda de la reina tirando del enredado pelo de la reina de los bandidos como si fueran riendas.

Hay un cierto parecido familiar entre la reina de los bandidos y la chica que ahora mismo tiene sus rodillas apretando la garganta de la reina.

—*No quiero que la mates*, - dice la chica, y te das cuenta de que se refiere a ti, que estabas a punto de morir hace un minuto, que viajar es mucho más peligroso de lo que nunca hubieras imaginado. Añades esto a la lista de reclamaciones que planeas leerle a Kay, si es que lo encuentras.

La chica ha medio asfixiado a la reina de los bandidos, que ha caído de rodillas, jadeando en busca de aire.

—*Podría ser mi hermana*, - dice la chica con insistencia. —*Me prometiste que podía tener una hermana y la quiero a ella. Además, sus pies están sangrando.*

La reina de los bandidos suelta el cuchillo y la chica salta hacia atrás al suelo, besando la peluda mejilla gris de su madre.

—*Muy bien, muy bien*, - balbucea la reina de los bandidos y la chica te coge de la mano, tirando de ti rápido dentro del bosque hasta que estás corriendo a trompicones.

Has perdido todo sentido de la dirección; tus pies ya no siguen el mapa. Deberías estar asustada, pero en su lugar estás extrañamente alegre. Ya no te duelen los pies y aunque no sabes adónde vas, por primera vez te estás moviendo lo bastante rápido que estás casi volando, tus pies pasan rozando sobre el negro suelo de la noche como si fuera la suave superficie plana de un lago y tus pies fueran dos pájaros blancos.

—*¿A dónde vamos?* - preguntas a la chica bandida.

—*Ya hemos llegado*, - dice ella y se detiene tan de repente que casi te caes encima de ella.

Estás en un claro y la luna llena está suspendida encima. Puedes ver mejor a la chica bandida, ahora, bajo la luz de la luna. Parece una de las chicas malas que rondan bajo las farolas junto a la tienda de la esquina, las que solían silbar a Kay. Lleva unas botas de cuero negras atadas hasta los muslos y una camiseta hasta las costillas y pantalones cortos de plástico color uva con tirantes a juego. Tiene las uñas pintadas de negro y mordidas

hasta la carne. Te guía hasta una reserva de piedras, que es tan negra en el interior como su laca de uñas y huele fuerte a heno sucio y animales.

—*¿Eres una princesa?* - te pregunta. —*¿Qué estás haciendo en el bosque de mi madre? No temas. No dejaré que mi madre te coma.*

Le explicas que no eres una princesa, lo que estás haciendo, le hablas del mapa, a quién estás buscando, lo que él te hizo o quizá fue lo que no te hizo. Cuando terminas, la chica bandida pasa sus brazos sobre tus hombros y te da un apretón fuerte.

—*¡Pobrecilla! ¡Pero qué manera tan tonta de viajar!* - dice ella.

Niega con la cabeza y hace que te sientes sobre el suelo de piedra del refugio y señala tu pies. Explicas que siempre se curan, que en realidad tus pies son bastante resistentes, pero ella se quita las botas de cuero y te las da.

El suelo del refugio está puntuado con indistintas formas inmóviles. Una ronca en su sueño y te das cuenta de que son perros. La chica bandida esta sentada entre cuatro esbeltas columnas y cuando el perro gruñe, se agita incansablemente, bajando su cabeza ramificada. Aquello es un reno cojo.

—*Bueno, camina, a ver si te vienen,* - dice la chica bandida, sacando su cuchillo. Lo arrastra por el suelo de piedra para crear chispas. —*¿Qué vas a hacer cuando lo encuentres?*

—*A veces me gustaría cortarle la cabeza,* - dices.

La chica bandida sonrío e hince el mango del cuchillo contra el pecho del reno.

Los pies de la chica bandida son un poco más grandes, pero las botas aún siguen calientes por sus pies. Explicas que no puedes llevar las botas, de lo contrario no sabrías por dónde vas.

—*¡Tonterías!* - dice la chica bandida rudamente.

Preguntas si ella sabe un modo mejor de encontrar a Kay, y dice que si aún estás determinada a buscarle, aún cuando obviamente no te ama y no

merece la mínima molestia, entonces lo que hay que hacer es encontrar a la Reina de la Nieve.

—*Este se llama Bae. Bae, decrepito viejo inútil*, - dice ella. —*¿Sabes dónde vive la Reina de la Nieve?*

El reno responde en voz baja, desesperada, que no lo sabe, pero está seguro de que su anciana madre sí. La chica bandida le palmea el costado.

—*Pues llévala con tu madre*, - dice ella. —*Y ten cuidado de no holgazanear por el camino.*

Ella se gira hacia ti y te da un sonoro beso pringoso en los labios y dice, —*Quédate las botas, te quedan mucho mejor a ti que a mí. Y que no me entere que has estado andando sobre cristales de nuevo.* - Le lanza al reno una especulativa mirada. —*¿Sabes, Bae?, casi creo que voy a echarte de menos.*

Pisas en la cuna que ha formado con las manos y ella te impulsa sobre el huesudo lomo del reno. Luego ella pasa el cuchillo por la pata coja y grita —*¡Arre!* - despertando a los perros.

Anudas tus dedos en la crin de Bae y botas hacia arriba cuando se pone en marcha al trote rápido. Los perros os siguen a distancia, lanzando dentelladas a sus cascos, pero pronto los dejáis atrás, moviéndoos tan rápido que el viento te separa los labios en una involuntaria mueca sonriente. Casi echas de menos la sensación del cristal bajo los pies. Al llegar la mañana, estás fuera del bosque de nuevo y los cascos de Bae levantan blancas nubes de nieve.

A veces piensas que debe de haber un modo más fácil de hacer esto. A veces las cosas parecen hacerse más fáciles por sí solas. Ahora tienes botas y un reno, pero aún no eres feliz. A veces desearías estar en casa. Estás harta de viajar hacia el *y vivieron felices para siempre* - lo que quiera que sea eso... te gustaría la felicidad ahora mismo, muchas gracias.

Cuando respiras puedes ver la fina bruma de tu aliento y el aliento del reno flotando ante ti hasta que el viento lo aleja desgarrándolo. Bae sigue

corriendo.

La nieve vuela y el aire parece hacerse cada vez más denso. Mientras Bae corre, sientes que el aire blanco descansa sobre ti a tu paso, como ropa pesada. Cuando te giras para mirar detrás de ti, puedes ver el camino modelado a tu forma conjunta, mujer y reno, como un salón que se extiende alejándose hacia el infinito. Ves que hay más de un tipo de mapa; que algunas formas de viaje son en verdad más fáciles.

—*Dame un beso*, - dice Bae.

El viento azota sus palabras hacia ti. Casi puedes ver su forma suspendiéndose en el espeso aire.

—*En realidad no soy un reno*, - dice. —*Soy un príncipe encantado*.

Rechazas la oferta educadamente indicando que no le conoces lo suficiente y que, para los propósitos del viaje, un reno es mejor que un príncipe.

—*Él no te ama*, - dice Bae. —*Y te vendría bien perder unos kilos. Mi espalda me está matando*.

Estás más que harta de animales parlantes, así como de viajar. Nunca dicen nada que ya no sepas. Piensas en el gato parlante que te regaló Kay. El que siempre se te acercaba en secreto y parecía muy complacido consigo mismo de informarte cuándo los dedos de Kay olían a alguna otra mujer. No podías soportar ver a Kay dándole mimos, con sus dedos acariciando su pelaje blanco mientras el gato yacía de lado y ronroneaba salvajemente, *Así, querido, perfecto, no pares*, - sus dedos sobre su panzita, su cola enroscándose y azotando el aire, sacándote su lenguita puntiaguda.

—*Cállate*, - le dices a Bae.

El reno queda en ofendido silencio. Su largo pelaje marrón está escarchado y puedes sentir las lágrimas que el viento te saca de los ojos volverse hielo en tus mejillas. La única parte de ti que está caliente son tus pies, embutidas en las botas de la bandida.

—*Está un poco más lejos, - dice Bae, cuando has estado viajando durante lo que parece horas. —Y luego estaremos en casa.*

Cruzas otro pasillo entre el aire blanco, y él se desvía para seguirlo, gritando alegremente, —*Estamos cerca de la casa de la vieja de Lapmark, mi madre está en casa.*

—*¿Cómo lo sabes? -preguntas.*

—*Reconozco la forma de su rastro, - dice Bae. —¡Mira!*

Miras y ves que el pasillo de aire que estás siguiendo tiene forma de una pecosa mujer bajita. Sobresale en la cintura como una campana.

—*¿Cuánto tiempo dura?*

—*Mientras que el aire sea pesado y denso, -dice, —cavamos túneles a través del aire como lombrices, pero luego el viento nos acompaña y borra donde hemos estado.*

La mujer túnel termina en una baja puerta roja. Bae baja la cabeza y llama a la puerta con las astas, arañando la pintura. La anciana de Lapmark abre la puerta, y trepas fuera del lomo de Bae. Hay gran regocijo cuando la madre reconoce al hijo, aunque ha cambiado mucho desde la última vez.

La anciana de Lapmark es lozana y gruesa como un coco. Te prepara una taza de té mientras Bae explica que estás buscando el palacio de la Reina de la Nieve.

—*No tienes que ir muy lejos ahora, -te dice su madre. —Sólo un centenar de millas y más allá de la casa de la mujer de Finmany. Te dirá cómo llegar... deja que le escriba una carta para explicárselo todo. Y no olvides mencionarle que iré a la hora del té mañana. Te cambiará a tu forma, Bae, si se lo pides amablemente.*

La mujer de Lapmark no tiene papel, así que escribe la carta sobre un trozo de bacalao seco, plano como un plato para la cena. Luego, estás fuera de nuevo. A veces duermes mientras Bae sigue corriendo y a veces no estás

segura si estás despierta o dormida. Grandes bolas verdosas de luz ruedan agrietando el cielo encima tuyo. A veces parece como si Bae estuviera volando con las luces, charlando con ellas como viejos amigos. Por fin, llegas a la casa de la mujer de Finmany, y llamas a la chimenea, porque no tiene puerta.

¿Por qué, podrías preguntar, hay tantas ancianas viviendo por aquí fuera? ¿Es un barrio de jubilados? Una podría no ser notable, dos es ciertamente más que suficiente, pero cuando miras alrededor puedes ver montoncillos de nieve con líneas de humo emergiendo de ellos. Tienes que ser cuidadosa donde pisas o podrías acabar encima del techo de alguien. Quizá vinieron aquí por la tranquilidad o porque les gusta pescar en el hielo o quizá simplemente les gusta la nieve.

Hay humedad y vaho en la casa y tienes que bajar por la chimenea y pasar por el feroz fuego para entrar. Bae salta chimenea abajo con los cascos primero, esparciendo carbones por todas partes. La mujer de Finmany es más bajita y redonda que la mujer de Lapmark. Te mira como un bloque de pudding con ojos de grosella negra. Viste sólo un grasiento mantón viejo y un delantal que tiene escrito: *Si no puedes soportar el calor, sal de mi cocina.*

Reconoce a Bae aún más rápido que su madre, porque, como resulta, fue ella quien le había convertido en un reno por haberla fastidiado al mencionarle su peso. Bae pide disculpas, insinceramente, piensas tú, pero la mujer dice que verá lo que puede hacer para volverle otra vez como era antes. No las tiene todas consigo. Parece que un beso es el método preferido de transformación. No te ofreces para besarle porque sabes adónde lleva esa clase de cosas.

La mujer de Finmany lee el trozo de bacalao seco junto a luz del fuego de su cocina y después tira el pez a la olla. Bae le habla de Kay y de la Reina de la Nieve, y de tus pies, porque tus labios se han congelado en la última parte del trayecto y no consigues decir una palabra.

—*Eres tan lista y fuerte*, -dice el reno a la mujer Finmany. Casi puedes oírle añadir por lo bajo: *y gorda.* —*Puedes atar todos los vientos del mundo con un trozo de hilo. Te he visto transportando hacia abajo los relámpagos*

desde las colinas como si fueran plumas. ¿Puedes darle a ella la fuerza de diez hombres para que pueda luchar con la Reina de la Nieve y recuperar a Kay?

—¿La fuerza de diez hombres? -dice la mujer de Finmany. —¡Menudo bien que haría eso! Y además, él no la ama.

Bae te sonríe con complicidad, como diciendo, te lo dije. Si tu labios no estuvieran congelados, le dirías que no te está diciendo nada que no supieras ya. —*¡Ahora bien!* -dice la mujer de Finmany, —*Llévala sobre el lomo una última vez y bájala de nuevo junto al matorral de las bayas rojas. Ese marca el límite del jardín de la Reina de la Nieve. No os quedéis allí chismorreando, regresad directamente. Eras un chico guapo, te haré dos veces más guapo de como eras antes. Pondremos panfletos para ver si podemos conseguir que alguien venga y te bese.*

—En cuanto a ti, señoritilla, -dice ella. —Dile a la Reina de la Nieve que, ahora que tenemos de vuelta a Bae, nos pasaremos por el Palacio el próximo jueves para la partida de bridge. Tan pronto como el chico tenga manos para sostener las cartas.

Ella te coloca sobre el lomo de Bae de nuevo, dándote un beso tan cálido que te descongela los labios y puedes hablar de nuevo.

—La mujer de Lapmark vendrá mañana para el té, -le dices.

La mujer de Finmany levanta a Bae, contigo en su lomo, con sus fuertes brazos rechonchos y os da un suave empujón por la chimenea.

Buenos días, señoras, nos alegra tenerlas en la premiere del Tour de la Reina de la Nieve. Espero que todas hayan pasado una buena noche, porque hoy vamos a viajar bastante distancia. Espero que todo el mundo haya traído un cómodo par de zapatos para andar. Vamos a contar, asegúrenos de que está aquí todo el mundo de la lista y después haremos las presentaciones. Mi nombre es Gerda y estoy deseando conocerlas a todas.

Aquí estás por fin, de pie ante el palacio de la Reina de la Nieve, el palacio de la mujer que hechizó a tu amante y luego te lo robó en su gran trineo

blanco. No estás muy segura de lo que vas decirle a ella, o a él. Cuando compruebas tu bolsillo, descubres que tu lista ha desaparecido. La has memorizado casi toda, pero piensas que quizá esperarás a ver, antes de decir nada. A una parte de ti le gustaría saber cómo dar la vuelta y marcharte antes de que la Reina de la Nieve te encuentre, antes de que Kay te vea. Temes que romperás a llorar o algo peor, que él acabará sabiendo que has andado descalza sobre cristales rotos por medio continente sólo para averiguar por qué te abandonó.

La puerta delantera está abierta, así que no te molestas en llamar, simplemente entras caminando por ella. No es un palacio tan grande, en realidad. Es más o menos del tamaño de tu propia casa, excepto por el mobiliario, moderno Danés, tallado en hielo verdeazulado como las paredes y todo lo demás. Es un palacio resbaladizo y te alegra estar llevando las botas de la chica bandida. Tienes que admitir que la Reina de la Nieve es una ama de casa meticulosa, mucho más ordenada que tú. No puedes encontrar a la Reina de la Nieve y no consigues encontrar a Kay, pero en cada habitación hay gansos blancos que, te sorprende en igual medida que te alivia descubrir, no dicen una sola palabra.

—*¡Gerda!* -Kay está sentado a una mesa juntando piezas de un puzzle.

Cuando se levanta, empuja varias piezas del puzzle fuera de la mesa y caen al suelo y se rompen en fragmentos aún más pequeños. Los dos os arrodilláis para recogerlos. La mesa es azul, las piezas del puzzle son azules, Kay es azul, que es la razón por la cual no le viste cuando entraste a la habitación por primera vez. Los gansos se rozan contra ti, blandos y blancos como gatos.

—*¿Por qué has tardado tanto?* -dice Kay. —*¿Dónde demonios has conseguido esas botas tan ridículas?*

Le miras sin poder creerlo.

—*He andado descalza sobre cristales rotos por medio continente para llegar aquí,* -dices. Pero, al menos, no has irrumpido en llantos. —*Una chica bandida me las dio.*

Kay emite un bufido de burla. Se hinchan sus nasales azules. —*Cariñito, son horrorosas.*

—*¿Por qué estás azul?* -preguntas.

—*Estoy bajo un encantamiento, -dice. —La Reina de la Nieve me besó. Además, pensé que el azul era tu color favorito.*

Tu color favorito siempre ha sido el amarillo. Te preguntas si la Reina de la Nieve le besó por todo el cuerpo, si es azul entero. Todas las porciones visibles de su cuerpo son azules.

—*Si me besas, -dice, —romperás el hechizo y podré volver a casa contigo. Si rompes el hechizo, me enamoraré de ti otra vez.*

Evitas preguntarle si estuvo enamorado de ti cuando besó a la Reina de la Nieve. Perdona, piensas, cuando ella le besó. —*¿Qué es ese puzzle en el que trabajas?* -preguntas.

—*Oh, esto, -dice. —Esto es el otro modo de romper el hechizo. Tengo que montarlo, pero la otra forma es más fácil. Por no mencionar más divertida. ¿No quieres besarme?*

Miras sus labios azules, su cara azul. Tratas de recordar si te gustaban sus besos.

—*¿Te acuerdas del gato blanco?* -dices. —*No se escapó exactamente. Lo llevé al bosque y lo dejé allí.*

—*Podemos tener otro. -dice.*

—*Lo llevé al bosque porque me decía cosas.*

—*No necesitamos un gato parlante, -dice Kay. —Por cierto, ¿por qué has andado descalza sobre cristales rotos por medio continente si no vas a besarme y romper el hechizo?* -Su cara azul está enfadada.

—*Quizá sólo quería ver mundo, -le dices. —Conocer gente interesante.*

Los gansos están rozando tus tobillos. Acaricias sus plumas blancas y los gansos lanzan picotazos, aunque amablemente, hacia tus dedos.

—*Será mejor que te des prisa y decidas pronto si quieres besarme o no.* - dice Kay. —*Porque ella está en casa.*

Cuando te giras, allí está ella, sonriéndote como si fueras exactamente la persona que ella estaba esperando ver.

La Reina de la Nieve no es como esperabas. No es tan alta como imaginabas. Que es hermosa, eso seguro, puedes ver por qué la besó Kay (aunque estás empezando a preguntarte por qué lo besó ella), pero sus ojos son negros y amables, lo cual no habías esperado en absoluto. Ella se acerca hasta ti sin mirar a Kay para nada, sólo te mira a ti.

—*Yo no lo haría si fuera tú,* -dice ella.

—*Oh, venga ya,* -dice Kay. —*Deme un respiro, señora. Estuvo bien, pero seguro que no querrá que me quede en este cubo de hielo para siempre más que yo quiero estar aquí. Deje que Gerda me bese, nos iremos a casa y viviremos felices para siempre. Se supone que tenía que haber un final feliz.*

—*Me gustan tus botas,* -dice la Reina de la Nieve.

—*Son preciosas,* -le dices.

—*No puedo creerlo,* -dice Kay.

Golpea con su puño azul sobre la mesa azul, lanzando piezas de puzzle azul volando por el aire. Las piezas caen como pepitas de cielo, cristales de colores sobre los lomos blancos de los gansos. Una pieza de la mesa se ha astillado y te preguntas si va a tener que montar la mesa también.

—*¿Le amas?*

Miras a la Reina de la Nieve cuando ella dice eso y luego miras a Kay.

—*Lo siento,* -le dices a él. Extiendes la mano en caso de que él quiera estrecharla.

—*¿Lo siento?* -dice él. —*¿Lo sientes? ¿De qué me sirve eso?*

—*¿Y qué pasa ahora?* -preguntas a la Reina de la Nieve.

—*Depende de ti,* -dice ella. —*Quizá estés harta de viajar. ¿Lo estás?*

—*No sé,* -dices. —*Creo que estoy empezando a cogerle el truco.*

—*Es ese caso,* -dice la Reina de la Nieve, —*Puede que tenga una propuesta para ti.*

—*¡Hey!* -dice Kay. —*¿Qué pasa conmigo? ¿Es que nadie va a besarme? -* Le ayudas a reunir algunas piezas. —*¿No harías este pequeñito esfuerzo por mí?* -pregunta él. —*Por los viejos tiempos. ¿Puedes avisar por ahí, decirle a algunas princesas solteras que estoy atrapado aquí arriba? Me gustaría salir de aquí antes del siguiente siglo. Gracias. Te lo agradecería mucho. ¿Sabes?, pasamos un tiempo muy bonito, creo que recuerdo que fue bonito.*

Las botas de la chica bandida cubren las cicatrices de tus pies. Cuando miras esas cicatrices, puedas ver el perfil del viaje que has hecho. A veces los espejos son mapas y a veces los mapas son espejos. A veces las cicatrices cuentan una historia y, quizá algún día, le contarás esta historia a tu amante. Las suelas de tus pies son historias, ocultas en las botas negras, brillan como espejos. Si te quitaras las botas, verías a la Luna reflejada en un pie espejo, a la princesa Zarza de Rosas cuando ella se puso en marcha en su luna de miel, en su enorme cama de cuatro postes, que ahora tiene ruedas y es tirada por veinte caballos blancos.

Es bonito ver mujeres explorar medios alternativos de viaje.

En el otro pie espejo, casi lo bastante cerca para tocarla, podrías ver a la chica bandida cuyas botas estás llevando. Se ha puesto en marcha para encontrar a Bae, para darle un beso y traerle a casa de nuevo. No presumirías de darle ningún consejo, pero sí esperas que haya encontrado otro par de buenas botas resistentes.

Algún día, probablemente alguien hará camino hasta el palacio de la Reina de la Nieve y besará los fríos labios azules de Kay. Hasta podría conseguir ser feliz para siempre, durante un tiempo.

Estás de pie sobre tus botas negras de lazo y los gansos blancos de la Reina de la Nieve pululan y se rozan contra ti. Empiezas a comprender algo de lo que están diciendo. Se quejan sobre el peso del trineo, el temporal, tus dubitativos tirones de las riendas. Pero son buenos refunfuños naturales. Le dices a los gansos que tus pies son mapas y tus pies son espejos. Pero les dices que tienes que tener en cuenta que también son útiles para andar. Son unos pies perfectamente buenos.

FIN

Capítulo 6

Relato 6 - Acto de Desaparición

Vanishing Act. publicado en Realms of Fantasy, 1996

Los tres estaban sentados en un bote. Cuando cerraba los ojos, casi podía imaginarlo. Un hombre, una mujer y una chica en un bote verde sobre el agua verde. Su madre había escrito que el agua era de un color imposible. Ella imaginó el color menta del Tupperware de los Harmons. Pero, ¿a qué se parecía el bote? ¿Era verde? ¡Cómo deseaba que su madre le hubiera descrito el bote!

El bote se negaba a navegar por el agua. Era demasiado flotante, resbalando por la superficie de menta como una gota de lluvia sobre un panel de vidrio. No tenía quilla ni velas ni remos. Y si se caían, no había chalecos salvavidas (que ella supiera al menos). El hombre y la mujer, ignorando esto, se sonreían el uno al otro sobre la cabeza de la chica. Y la chica estaba agarrada a ambos lados del bote temiendo por su vida, sujetando la estructura derecha sobre la oscilante agua coloreada de Tupperware.

Se dio cuenta que no sólo el bote había sido omitido en la carta, después de tanto tiempo, difícilmente podía fiarse de que sus padres se parecieran a las memorias que tenía de ellos. Aquella era la gran tragedia, el inconveniente insalvable de las memorias y los barcos y las cartas, que los eventos nunca permanecían igual el tiempo suficiente para que pudieras insertarte en ellos. La chica cayó fuera del bote en el agua verde.

¿Estaba fría? Ella no lo sabía.

Hildegard y Miron están espiando a la prima de Hildy, Jenny Rose. Es jueves por la tarde, cinco de octubre de 1970, y Jenny Rose yace sobre la cama en la habitación que comparte con Hildy. No se ha movido en los

quince minutos que Hildy y Miron han estado observándola. Hildy no puede explicar por qué observa a Jenny Rose: Jenny Rose nunca se urga en la nariz o rompe a llorar. Mayormente se tumba en la cama con los ojos cerrados, pero sin dormir. Tiene la misma edad que Hildy... diez... y es una completa friki.

Miron dice: —*Creo que está muerta*, -y Hildy bufaba a modo de burla.

—*La veo respirar*, -dice ella, entregándole los binoculares.

—*¿Está dormida, entonces?*

—*No creo*, - dice Hildy, considerando. —*Creo que simplemente se apaga, como una TV o algo así.*

Están sentados en el gazebo que el hermano mayor de Hildy, James, hizo en trabajos manuales un año antes. El gazebo es casero y ruinoso. La pintura blanca se ha pelado a tiras y las abejas flotan en el aire cálido sobre sus cabezas. Con ayuda de un par de binoculares prestados, Hildy y Miron pueden espiar privadamente a Jenny Rose en su cama. Hildy pellizca en la pintura y también mantiene un ojo en James, que considera que el gazebo es exclusivamente suyo.

Los tres se sientan en el bote sobre el agua. No eran necesariamente gente, y tampoco era necesariamente un bote. Podrían ser tres nudos atados en el cordón de los zapatos; tres tubos de barra de labios ocultos en el tocador de Hildy; tres piezas de fruta, tres naranjas en el cuenco azul junto a su cama.

Lo que era importante, lo que ella añoraba era la trinidad, el triángulo completo y sin carencia. Ella yacía sobre la cama, imaginando esto: los tres en el bote sobre el agua, ¡oh, qué guinda tan dulce!

Jenny Rose es la persona más monosilábica y monocromática sobre la que Hildy ha puesto los ojos jamás. Ella no tiene color, como un vaso de leche o un trozo de cuerda masticada. Pelo lacio de indeterminada longitud, piel ni pálida ni bronceada y desgastados ojos descoloridos. No era ni alta ni baja, gorda o delgaducha. Huele extraño, triste, eléctrica, como la lluvia sobre el asfalto. ¿Se parece acaso a sus padres? Hildy no está segura, pero

Jenny Rose no tiene nada de la familia de Hildy. La madre de Hildy es alta y glamurosa con pelo rojo. La madre de Hildy es una ministra presbiteriana. Su padre enseña en la universidad.

El hermano del Reverendo Molly Harmon y su cuñada han sido misioneros en el Pacífico desde antes de que Hildy y Jenny Rose nacieran. Cuando Hildy era pequeña, las aventuras de su prima eran como una exótica y misteriosa historia para antes de dormir. Ella solía querer ser Jenny Rose.

Durante el golpe de estado de 1965 en Indonesia, la tía y tío de Hildy y Jenny Rose pasaron algunos meses escondidos y luego un corto tiempo en prisión, sospechosos de ser simpatizantes de los comunistas. Así es como fueron los rumores: estaban muertos; se escondían en Ubud, en la casa de un hombre llamado Nyoman; estuvieron en prisión en Yakarta; fueron liberados, llegaron a salvo a Singapur. Hildy siempre supo que Jenny Rose estaba bien. Las historias tenían finales felices. Aún lo cree.

Jenny Rose estuvo en Singapur durante los cuatro años y medio siguientes. Cuando sus padres volvieron a Indonesia, se propuso que Jenny Rose se quedara con los Harmons para recibir educación secundaria. Hildy ayudó a su madre a prepararse para la llegada de su prima. Fue a la biblioteca y encontró un libro sobre Indonesia. Fue de compras con su madre para una segunda cama y un segundo escritorio, ropas extra, perchas y sábanas. El día antes de que llegara su prima, Hildy usó una regla y dividió su propia habitación en mitades iguales.

Hildy abrazó a Jenny Rose en el aeropuerto, la respiró profundamente, qué extraño olor, frío y cálido. Cargó el equipaje de Jenny Rose hasta el coche con una sola mano.

—*¿Cómo es Indonesia?* - le preguntó a su prima.

—*Calurosa*, - dijo Jenny Rose.

Su prima cerró los ojos, apoyó la cabeza en la parte trasera del coche y durante las tres semanas siguientes, no dijo nada que necesitara más de una sílaba. Hasta ahora, las palabras más significativas que había pronunciado su prima eran estas: —*Creo que he mojado la cama.*

—*Dale tiempo*, - le aconsejó la madre de Hildy, poniendo las sábanas en la lavadora. —*Echa de menos su hogar*.

—*¿Cómo puede echarlo de menos?* - dijo Hildy. —*Nunca ha vivido en un único lugar más de un año seguido*.

—*Ya sabes lo que quiere decir* - dijo el Reverendo Molly Harmon. —*Echa de menos a sus padres. Nunca se ha separado de ellos antes. ¿Cómo te sentirías si yo te enviara a vivir al otro lado del mundo?*

—*No me volvería un nabo mudo achaparrado*. - dijo Hildy.

Pero ella cree que lo comprende. Leyó un libro de la biblioteca. ¿Quién no preferiría las junglas esmeralda de Bali a los suburbios de Houston, la intrincada danza y sombras chinescas de las marionetas de wayang kulit a una triste pantalla de la sesión de matiné de un dólar, el nasi goreng a las hamburguesas del McDonald?

Hildy y Miron entran para hacer chocolate caliente y jugar al Ping Pong. Van primero a la habitación de Hildy y Jenny Rose, y Miron se queda mirando a Jenny Rose tumbada sobre la cama, tratando de entablar conversación. —*Hey, Bella Durmiente, ¿qué haces?* - dice él.

—*Nada*.

Prueba de nuevo. —*¿Te gustaría jugar al Ping Pong con nosotros?*

—*No*. - Sus ojos ni siquiera se abren cuando habla.

Hay un cuenco de naranjas sobre la mesita de noche. Miron recoge una y empieza a pelarla con la uña del pulgar.

Los párpados de Jenny Rose se abren y se incorpora rápidamente en posición sentada.

—*Esas son mis naranjas*, - dice ella, más alto de lo que Hildy la ha oído hablar nunca.

—*¡Hey!* - dice Miron dándole un paso atrás y protegiendo la naranja en su palma. Tiene miedo de Jenny Rose, nota Hildy. —*Sólo es una naranja. Tengo hambre, No pretendía nada malo.*

Hildy interviene: —*Hay más en la nevera,* - dice ella diplomáticamente. —*Puedes remplazar esa... si es que importa tanto.*

—*Yo quería esa,* - dice Jenny Rose en voz más baja.

—*¿Qué tiene de especial esta naranja?* - dice Miron.

Jenny Rose no dice nada. Hildy se queda mirándola y Jenny Rose observa, sin expresión, a la naranja en la mano de Miron. Se abre la puerta delantera de golpe y James, el Reverendo Harmon y el Dr. Orzibal entran en la casa.

La madre de Miron, Mercy Orzibal, es una profesora de Inglés y amiga íntima de los Harmons. Está divorciada y da clases nocturnas. Miron pasa mucho tiempo con los Harmons bajo la ajetreada atención de la madre de Hildy, conocida como la Reverenda Madre.

Esta tarde hubo una boda y la Reverenda Madre aún lleva las ropas blancas de una divinidad: la R.M. y Mercy Orzibal, con su vestido blanco sin mangas parecen gansos, o ángeles.

James viste de negro. James tiene casi diecisiete años y odia a su familia. Lo cual está bien. A Hildy le trae sin cuidado su hermano. La cara del chico es malhumorada, pero esa es su expresión normal. Su pelo se está haciendo largo. Es pelirrojo como su madre. Cómo desearía Hildy ser pelirroja.

Un cigarrillo cuelga de los labios de la Reverenda Madre. Ha llegado a un acuerdo con Hildy: dos cigarrillos por día entre semana, cuatro los sábados y ninguno los domingos. Hildy odia el olor, pero adora el modo en que la luz de la tarde decrece y cae densamente a través del humo alrededor de la hermosa cara de su madre.

—*¿Tenemos más naranjas?* - pregunta Hildy a su madre. —*Miron se ha comido la de Jenny Rose.*

Hay varias en la nevera, cuando Hildy mira. Recoge la más arrugada y endeble. Se dice a sí misma que siente pena por esta naranja. Jenny Rose cuidará bien de ella. Las naranjas buenas son para comer. Jenny Rose ha seguido a Miron y a Hildy, se queda de pie en el umbral.

—*¡Oh, Jenny!* - dice la Reverenda Madre, como si se sorprendiera de encontrar a su sobrina aquí, en su cocina. —*¿Cómo te ha ido el día, cariño?*

Jenny Rose dice algo inaudible mientras toma la naranja de Hildy. La R.M. ya se ha dado la vuelta y está sacudiendo la ceniza en el fregadero de la cocina.

Hildy saca tres naranjas más de la nevera. Hace malabares con ellas, golpeándolas con las palmas, lanzándolas al aire de nuevo.

—*¡Hey, miradme!*

James pone los ojos en blanco, las madres y Miron aplauden obedientemente... Hildy mira, pero Jenny Rose ha salido de la habitación.

Hildy juega al Ping Pong en el sótano todas las noches con su padre, el campeón del mundo de Ping Pong, no coronado. Él le cuenta chistes tontos cuando saca para que Hildy falle el resto.

—*¿Qué es marrón y pálido?* - le dice. —*Un palo.* - Cuando Hildy gruñe, él le guiña un ojo. —*No puedes ocultarlo,* - le dice. —*Sé que crees que soy el hombre más guapo del mundo, el hombre más gracioso del mundo, el hombre más listo del mundo entero.*

—*Ya, de acuerdo,* - le dice Hildy.

La visión de sus dientes blancos por la mesa, flotando en la apacible extensión redonda de su cara rosada la pone triste durante un momento, como si estuviera viajando una gran distancia, dejando a su padre clavado bajo el enorme peso de esa distancia.

—*Eres bobo.* - Ella lanza rápido la bola contra la red.

—*Eso es lo que todas las damas me dicen.* - le dice. —*El hombre más bobo del mundo, Ese soy yo.*

El sótano es la habitación favorita de Hildy de toda la casa, ahora que Jenny Rose ha usurpado su dormitorio. Las paredes son de un amarillo animado y listadas plantas gruesas en maceteros de macramé cuelgan del techo como serpientes verdes y blancas. Hildy deja caer una pelota de Ping Pong en los maceteros de macramé. Requiere más esfuerzo recuperar esas pelotas que colocarlas y, de noche, cuando Hildy ve la televisión en el sótano, las pelotas de Ping Pong brillan con la luz reflejada de la TV como lunitas y satélites.

Le deja ganar a su padre la partida siguiente y cuando él vuelve escaleras arriba, ella se mete bajo la mesa. Ahí es donde Hildy se sienta siempre que necesita pensar. Ahí es donde ella y Miron hacen sus deberes de clase, con las piernas dobladas sobre el suelo de linóleo de su propia cueva personal. Miron es mejor en estudios sociales, pero Hildy es mejor en matemáticas. Hildy es mejor espiando a Jenny Rose. Se acomoda sobre el frío suelo de linóleo. Es mejor escondiéndose de su prima. Nadie puede espiarla bajo la mesa, aunque ella sí puede ver a cualquiera que entra en el sótano.

Ha aprendido a identificar a la gente de cintura para abajo: la pana marrón sería su padre; James y Miron llevan vaqueros azules. Los pies de su madre son muy pequeños. La R.M. nunca lleva zapatos en la casa y las uñas de sus dedos siempre son rojas, como diez cerezas en fila. Hildy no necesita recordar las piernas o dedos de los pies de Jenny Rose. Conocería a su prima por la absoluta inmovilidad. Las piernas de Jenny Rose aparecerían de pronto encima de dos silenciosos pies, pálidas y de otro mundo, como dos árboles fantasmagóricos. Hildy se imagina saltando fuera de la mesa y voceando —*¡Buu!* - a Jenny Rose, quien tendría que verla entonces pero, ¿vería ella a Jenny Rose?

La noche pasada en la cena, la R.M. puso mesa para cuatro, el plato azul para James, rojo para Hildy, naranja para su marido, púpura para sí misma. A la R.M. le gusta la rutina y las comodidades de su familia. Nadie comería nunca del plato de color equivocado, seguro que la comida no sabría igual.

Hildy puso un quinto plato amarillo para Jenny Rose mientras su madre estaba en la cocina y sacó la quinta silla con la pata suelta del estudio de su madre. Hizo estas cosas sin decir nada: parecía impensable decir nada a la R.M. quien, en cualquier caso, ni notó su error ni vio que había sido corregido. Durante la cena, Jenny Rose no habló, apenas comió. Nadie habló con ella y le pareció a Hildy que nadie notaba siquiera a su prima.

Era tan invisible como Hildy es ahora, bajo el techo verde de la mesa de Ping Pong. Casi siente pena por Jenny Rose.

Los padres de Jenny Rose escriben cada semana. Hildy lo sabe porque Jenny Rose dona los sellos a la colección de sellos del Sr. Harmon. Su padre tiene actualmente 18 sellos, limpiamente extraídos de los sobres del correo aéreo, que guarda en su escritorio en el sótano.

En cuanto a las mismas cartas, son arrugadas como viejos pares de guantes de cotillón. Son delgadas como plumas y ligeras, y Jenny Rose las recibe con indiferencia. Desaparecen y, cuando la R.M. o el Sr. Harmon preguntan: —*¿Qué tal están tus padres?* - Jenny Rose dice, —*Están bien*, - y eso es todo.



10 de octubre, 1970

Querida Jenny,

Hemos estado en Ubud durante tres semanas, visitando la iglesia de Nyoman. Cada noche, cuando caemos dormidos, los lagartos cuentan los minutos como relojes de bolsillo y cada mañana Nyoman nos trae tortiras con miel. ¿Te acuerdas de Nyoman? ¿Te acuerdas de los lagartos, de la longitud de tu canoa? Son verdes y nunca parpadean, nos observan mirarnos.

Nyoman pregunta cómo te va, allí tan lejos. Él y su esposa van a tener un segundo bebé. Nos han pedido ser sus padrinos y escoger el nombre bautismal. ¿Te gustaría que el bebé llevara tu nombre, Rose, si es una chica?

Hace calor pegajoso aquí y salimos a pasear al Bosque de los Monos donde las ancianas se sientan con sus pilas de bananas y su escoba para espantar a

los monos. ¿Te acuerdas de cómo gritaban y subían volando a los árboles?

Tía Molly escribió que estás callada como una ratilla y no te culpo, ¡vaya familia ruidosa!

Te queremos,
Mamá y Papá



Hildy llama a la puerta del estudio de su madre. Cuando ella abre la puerta, puede ver un cigarrillo, apagado apresuradamente, aún quemándose en el cenicero.

—*Sólo es el segundo*, - dice automáticamente la R.M..

Hildy se encoge de hombros. —*Me da igual lo que hagas*, - dice ella. —*Quería saber si me puedes llevar a la biblioteca. Ya le he preguntado a Jenny Rose. Ella no necesita ir.*

La cara de la R.M. queda en blanco momentáneamente. Luego frunce el ceño y saca a golpecitos otro cigarrillo del paquete.

—*Tres*, - dice ella. —*Te prometo que ya está, ¿vale? Es tan silenciosa, es fácil olvidarse de que tu prima está aquí. Excepto por las sábanas mojadas. Debo de ser la peor cuidadora del mundo. Recibí una llamada de una de las profesoras de Jenny Rose ayer y, cuando colgué el teléfono, la idea me vino directa a la cabeza. No ha hecho sus trabajos ultimamente y están preocupados de que las tareas puedan ser demasiado para ella. ¿Te parece que ella es infeliz aquí?*

Hildy se encoge de hombros. —*No sé, Supongo. Nunca dice nada.*

—*Siempre me olvido de escribir y preguntarles a tus tíos si mojaba la cama antes*, - dice la R.M. Mueve el cigarrillo y un pedazo de ceniza flota cayendo sobre el escritorio. —*¿Ha hecho Jenny Rose algún amigo en la escuela, además de ti y Miron?*

Hildy se encoge de hombros de nuevo. Está un poco celosa por tener que compartir su madre de mente ausente con Jenny Rose. —*No, es decir, no estoy segura de que quiera amigos. A ella le gusta estar sola, mayormente. ¿Me puedes llevar a la biblioteca?*

—*Cariño, - dice su madre. —Lo haría, pero tengo que terminar el sermón para mañana. Pídeselo a tu papá cuando llegue a casa.*

—*Vale, - dice Hildy. Ella se gira para irse.*

—*¿Mantendrás un ojo en tu prima? - dice la R.M., —Me refiero, ¿en Jenny Rose? Estoy un poco preocupada.*

—*Vale, - dice Hildy de nuevo. —¿Cuando llega papá a casa?*

—*Debería estar aquí para la cena. - dice su madre.*

Pero el Sr. Harmon no llega a casa para cenar. No llega a casa hasta que Hildy ya está en la cama, horas después de que la biblioteca haya cerrado.

Ella yace en la cama y escucha a su madre gritarle. Se pregunta si Jenny Rose también está despierta.

Ahora, Hildy y Miron están observando a Jenny Rose de nuevo mientras ella está tumbada sobre la cama. Patinan con los pies descalzos por el polvoriento suelo de planchas calientes del gazebo, turnándose para espiar por los binoculares.

—*¿No ha estado haciendo sus tareas de clase? - pregunta Miron. —¿Entonces qué hace todo el tiempo?*

—*Por eso estamos observándola, - dice Hildy. —Para averiguarlo.*

Miron levanta los binoculares. —*Bueno, está tumbada en la cama. Y está encendiendo y apagando la luz.*

Se sientan en silencio durante un rato.

—*Dame los binoculares, - demanda Hildy. —¿Cómo puede estar apagando la luz si está sobre la cama?*

Pero lo está. La habitación está vacía, excepto para Jenny Rose. Yace como una piedra sobre su edredón de flores, con los brazos extendidos a los lados. Hay tres naranjas en el cuenco junto a la cama. La luz cambia de encendida a apagada, encendida y apagada. Miron y Hildy se sientan en el gazebo con las ramitas desnudas del roble rascando encima de sus cabezas.

Miron se levanta. —*Me tengo que ir a casa, - dice.*

—*¡Tienes miedo!* - dice Hildy.

Sus propios brazos están cubiertos por la carne de gallina, pero ella le mira de todos modos.

Él tiembla. —*Tu prima da miedo. - Luego dice, —Al menos no tengo que compartir la habitación con ella.*

Hildy no tiene miedo de Jenny Rose. Se dice a sí misma esto una y otra vez. ¿Cómo puede una tener miedo de alguien que aún moja la cama?

Le parece a Hildy que sus padres pelean cada vez más.

Las peleas empiezan por James, mayormente, que se niega a apuntarse a la universidad. La R.M. teme que el chico escoja un mal número de lotería o que incluso se presente voluntario, para vergüenza de su familia. El Sr. Harmon cree que la guerra acabará pronto y que el mismo James es reservado y poco comprometido.

Hildy está viendo las noticias en el sótano. El presentador está listando nombres y fechas y lugares de los que Hildy nunca ha oído. Le parece a Hildy que la mirada en la cara del hombre es familiar. Mantiene las manos abiertas y vacías sobre el mostrador que tiene delante y su rostro es cuidadosamente neutro, como la cara de Jenny Rose. El presentador parece como si deseara estar en cualquier otra parte.

La madre de Hildy se sienta en el sofá junto a ella, fumando. Cuando el Sr. Harmon llega bajando las escaleras, se le hinchan las nasales pero ella no dice nada.

—*¿No la echan de menos los padres de Jenny Rose'?* - pregunta Hildy.

Su padre está de pie detrás de ella, le retuerce la oreja. —*¿Qué te hace pensar eso?*

Ella se encoge de hombros. —*No sé, sólo pregunto por qué no se la llevan con ellos.*

La R.M. espulsa un perfecto anillo de humo hacia la TV. —*No sé por qué volvieron en absoluto,* - dice ella brevemente. —*Después de lo que pasó, tu tío sintió que Jenny Rose no debería volver. Pasaron una semana en una celda cinco por cinco con otros siete misioneros y Jenny Rose se despertaba gritando cada noche durante dos años después de aquello. No sé por qué querría él volver en absoluto, pero en aquellos tiempos en que estaba huyendo, no era en su hija o su esposa en lo que estaba pensando tu tío.*

Ella mira sobre la cabeza de Hildy hacia su marido. —*¿Verdad?* - dice ella.



26 de noviembre, 1970

Querida Jenny,

Hemos pasado un día de acción de gracias agradable, pensando en ti en América y haciendo una peregrinación por nuestra cuenta. Estamos viajando por la islas ahora, hacia Flores, donde los aldeanos raramente han oído un sermón, ni siquiera ven gente tan pálida y extraña como nosotros.

Subimos a un ferry desde Bali hasta Lombok, donde los pescadores cuelgan faroles de cristal en sus barcos por la noche. La luz de las linternas se refleja en el agua y los peces pierden el sentido de la dirección y nadan corriente arriba hacia el fulgor y las redes. A tu padre se le ocurrió hacer un sermón sobre eso, ¿tú qué opinas?

Desde la orilla se puede ver la flota de barcos, oscilando arriba y abajo, como agujas cosiendo el mar. Viajamos en uno, el agua era de un verde imposible. Desde Lombok tomamos el ferry hasta Sumbawa y tu padre se mareó bastante. Hicimos un amigo en el ferry, un estudiante que volvía a casa desde la universidad de Java.

Los tres subimos al bus y fuimos de una punta de la isla hasta la otra, y cuando pasamos por las aldeas, los niños corrían junto al bus, saludando y gritando *¡Orang bulan bulan!*

Llegamos a Flores esta mañana y estamos pensando en ti, que estás tan lejos.

Con amor,
Mamá y Papá



Hildy mantiene un ojo en Jenny Rose. Le ha prometido a su madre que lo haría. Ya no está espiando. Le parece a ella que Jenny Rose está desapareciendo lentamente. Incluso sus presencias, en las cenas, en clase, no son verdaderas presencias. La silla donde se sienta en la mesa de la cena es como el espacio en el fondo de la boca donde se ha sacado un diente, donde aún permanece la sensación de tener un diente. En clase, las profesoras nunca llaman a Jenny Rose.

Sólo cuando Hildy mira por los binoculares, observando a su prima encendiendo y apagando la luz del dormitorio sin mover un dedo, Jenny Rose es realmente sólida. Ella está entrenando los ojos para ver a Jenny Rose. Pronto, Hildy será la única persona que pueda verla.

Nadie más ve el modo en que las ropas de Jenny Rose se han hecho demasiado grandes, el modo en que ella sella sus ojos, sus labios, su cara, como una persona que cierra la puerta de una casa a los que no regresarán. Nadie más parece ver a Jenny Rose en absoluto.

La R.M. se preocupa por James, y Sr. Harmon se preocupa por las noticias. Pelean en su tiempo libre y ¿quién sabe por lo que James se preocupa? La puerta de su dormitorio siempre está cerrada y las ropas del chico tienen el

agrio tufo dulzón de la marihuana, un olor que Hildy reconoce desde la otra punta del patio del colegio.

Jenny Rose ya no moja la cama. A las nueve treinta, va al cuarto de baño y luego sube a la cama y espera a que Hildy apague la luz. Lo cual es bastante tonto, piensa Hildy, considerando cómo Jenny Rose pasa las tardes. Cuando vuelve a su cama en la oscuridad, ella piensa en Jenny Rose tumbada sobre la cama, con los ojos abiertos, la boca cerrada, como un muerto, y piensa que ella gritaría si se encendiera la luz. Ella se niega a tener miedo de Jenny Rose. Se pregunta si su tía y tío tienen miedo de Jenny Rose.

Este es un truco que su padre le enseñó en la oscuridad de la celda de la prisión, cuando ella lloraba y lloraba y pedía un poco de luz. Le decía, cierra los ojos y piensa en algo bueno. De antes. (¿En qué?, decía ella.)

¿Has cerrado los ojos? (Sí.) Bien. Ahora, ¿recuerdas cuando pasamos la noche en la Meseta Dieng? (Sí.) Hacía frío y, cuando salimos andando, era de noche y estábamos en la oscuridad, y las estrellas estaban allí. Piensa en las estrellas.

(Luz.)

En esta oscuridad, como esa otra oscuridad que estaba llena del aliento de otras personas, ella recuerda las estrellas. No había luna y en la completa oscuridad, las estrellas eran como ventanas, duros trozos de cristal y purpurina donde la luz se vertía a través de ellos. Lo que recuerda no es lo lejos que parecían, sino lo diferentes que eran de cualquier otras estrellas que ella había visto antes, tan brillantes, ardientes y cercanas.

(Oscuridad.)

¿Te acuerdas de la Cruz de Sur? (Sí.) ¿Te acuerdas de los pájaros? (Sí.)

Ella había caminado entre su padre y su madre, pasado bajo los árboles de bo, mirando siempre hacia arriba a la estrella. Y los árboles de bo habían emergido hacia arriba entre un gran batido de alas de pájaros que se alzaban mientras ella pasaba caminando. El sonido de la respiración de la celda a su alrededor se convirtió en el hermoso sonido de las alas.

(Luz.)

¿Te acuerdas de los cuatrocientos Budas de piedra de Borobodur, los setenta y dos Budas que estaban tan tranquilos dentro de sus campanas, sus jaulas? (Sí.) Tranquila, Jenny Rose, querida mía, tranquila.

(Oscuridad.)

¿Te acuerdas del guardia que te dio bubur ayam? (Sí.) ¿Te acuerdas de Nyoman? (Sí.) ¿Te acuerdas de nosotros, Jenny Rose? Recuérdanos.

(Luz.)

—*¿Qué estás haciendo?* - dice James caminando hacia Hildy en el gazebo.

Ella baja los binoculares y se encoge de hombros elaboradamente, —*Pues mirando cosas.*

James entorna los ojos. —*Será mejor que no estés espiándome, granujilla.* - Le retuerce la carne del brazo por encima del codo, lo bastante fuerte para dejar un moratón.

—*¿Por qué iba querer observarte?* - le grita Hildy. —*¡Eres la persona más aburrida que conozco! Eres más aburrido que ella.*

Ella se refiere a Jenny Rose, pero James no lo entiende.

—*Debes de ser la espía más inútil del mundo, perrilla. Ni siquiera te enterarías del fin del mundo. Le va echar de casa pronto y tú probablemente ni siquiera te has dado cuenta.*

—*¿Qué?* - dice Hildy, atónita, pero James se marcha.

Ella no entiende lo que James acaba de decir, pero sabe que la marihuana afecta al cerebro de la gente que la consume. Pobre James.

Las luces en su dormitorio pasan de encendido a apagado, encendido a apagado.

Luz, oscuridad, luz.

Miron y Hildy están en el sótano. Mezclando el estudiar biología y recortar artículos de eventos recientes con jugar al Ping Pong.

—*¿Tu prima es una mutante?* - dice Miron. —*¿O sólo es una muda mutante?*

Hildy saca. —*Ella sabe hablar bien, lo que pasa es que no quiere.*

—*Ya. Como tampoco se molesta en encender y apagar las luces como la gente normal.* - Falla a darle a la pelota de nuevo.

—*Ella no es mala,* - dice Hildy.

—*Ya, seguro. Por eso la espiamos a todas horas. Apuesto a que es una espía comunista de verdad y por eso tienes que mantenerla vigilada, espiar a una espía. Apuesto a que tus padres también son espías.*

—*¡Ella no es una espía!* - chilla Hildy y le pega tan fuerte a la pelota que rebota en la pared.

La pelota se mueve mucho más rápido de lo que debería. Pasa zumbando justo por la nuca de Miron, desviándose en el último minuto para acabar dentro de una de las plantas araña.

El macetero de macramé gira cada vez más rápido, se vuelca y cae como una bomba sobre la alfombra. Sin que nada los toque, el resto de maceteros de macramé explotan como bombitas, vertiendo tierra, plantas arañas y viejas pelotas de Ping Pong por todo el suelo del sótano.

Hildy alza la vista y ve a Jenny Rose de pie sobre el escalón de abajo. Ha bajado las escaleras tan silenciosa como un gato. Miron también la ve. Ella lleva en la mano un sello postal.

—*Lo siento,* - dice Miron con los ojos como platos del miedo. —*No pretendía...*

Jenny Rose se da la vuelta y sube andando las escaleras, aún sujetando el sello. Sus pies no hacen sonido alguno al pisar las escaleras y sus piernas son tan blancas y delgadas como dos fantasmas.

Hildy colecciona barras de labios. Tiene dos que le regaló su madre y una tercera que encontró en los bajos del coche de su padre. Una es rojo cera, tan rojo que Hildy cree que podría saber como un caramelo de manzana. Otra es rosa y la que encontró en el coche es tan oscura que cuando se lo pone, su boca parece un gruesa ciruelilla. Ella practica diciendo palabras sexys, estudiando su reflejo en el espejo del baño, su boca es una satinada O brillante. Oh, querido, dice ella. Eres el más guapo, eres el más gracioso, eres el hombre más listo que conozco. Dame un beso, querido mío.

Quiere decirle a Jenny Rose que si ella... si Jenny Rose... llevara barra de labios, quizá la gente la notaría. Quizá la gente se enamoraría de ella de igual modo que se enamoraban de Hildy. Hildy besa su reflejo, el espejo es suave y frío como el agua. Ella mantiene los ojos abiertos y mira la cara en el espejo, mirando tan cerca a su propia cara como puede, la mejilla pulida presionada contra su propia mejilla cálida.

En el espejo, se parece a Jenny Rose. O quizá ha observado a Jenny Rose demasiado tiempo y ahora Jenny Rose es todo lo que puede ver. Apoya la frente en el espejo, mareada de repente.

Miron ya no va a casa de los Harmons nuna más. Se va a la Asociación Cristiana de Jóvenes en su lugar, juega a baloncesto hasta que su madre viene a recogerle. Evita a Hildy en la escuela y al final, Hildy le llama y le explica que le necesita, que es una emergencia.

Se reunen en el gazebo, por supuesto, Miron no entraría en la casa, dice él, ni siquiera para mear.

—*¿Cómo van las cosas?* - dice Miron.

—*Bien,* - dice Hildy. Son formales como dos embajadores.

—*Perdón por llamar comunista a tu prima.*

—*No pasa nada. Mira, - dice Hildy.*

Ella empuja un tablón suelto con el talón de su Ked hasta que el otro extremo salta hacia arriba. En el hueco hay una pila de sobres blancos con agujeros cuadrados donde se han recortado los sellos. Ella recoge la de arriba con fecha de 19 de Julio, 1970.

—*Es su escondite secreto. Estas son sus cartas.*

—*Espero que no las hayas leído, - dice Miron.*

Suena remilgado, como si pensara de verdad que no se deberían leer las cartas de otras personas, ni siquiera las cartas de los espías.

—*Pues claro que sí, - le dice ella. —Y no es una espía. Sólo echa de menos a sus padres.*

—*Oh. ¿Eso es todo? - pregunta él con sarcasmo.*

Hildy recuerda la fría superficie del espejo, el modo en que casi cedió contra su frente, como el agua.

—*Quiere irse a casa. Va a desaparecer ella sola. Ha estado practicando con el interruptor de la luz, moviéndolo arriba y abajo. Va a desaparecer de vuelta a Indonesia con sus padres.*

—*Estás de broma, - dice él, pero Hildy está segura.*

Ella lo sabe tan llanamente como si Jenny Rose se lo hubiera contado. Las cartas son una historia de desapariciones, reapariciones, de viajes. Es lo que no dicen lo que es importante.

—*Sus padres siempre le dicen lo mucho que la quieren, le dicen las cosas que han visto y hecho, y le piden que sea feliz. Pero nunca, nunca le dicen que la echan de menos, que desearían que estuviera con ellos.*

—*Yo no la echaría mucho de menos. - dice Miron, interrumpiendo. Hildy le ignora.*

—No le dicen que la echan de menos porque saben que ella se iría con ellos. Es la persona más cabezota que conozco. Aún está esperando a que se lo digan para decir que puede volver a casa.

—Te estás volviendo tan rara como ella, - dice Miron. —¿Por qué me estás contando todo esto?

Hildy no dice: porque eres mi mejor amigo. Dice, —Porque tengo una letra horrible. Tú escribes como un adulto.

—¿Y qué?

—Quiero que me ayudes a robar su siguiente carta. Quiero que le escribas, que le digas que puede volver a casa ahora. Yo no puedo hacerlo. ¿Y si reconoce mi letra?

—¿Quieres que me deshaga de ella por ti? - dice Miron.

—Creo que si no vuelve a casa pronto, se pondrá enferma. Podría incluso morirse. Ya nunca come nada.

—Pues llama al médico. - dice Miron, —Yo paso. No puedo ayudarte.

Pero al final, lo hace. Es diciembre y la R.M. ha cancelado dos reuniones con las profesoras de Jenny Rose, ocupada con sus tareas de la iglesia. En realidad da igual. Las profesoras no notan a Jenny Rose, llaman a otros estudiantes, tachan su nombre al pasar lista sin mirar si está. Hildy observa a Jenny Rose, aparta la mirada para ver a Miron observándola a ella. Él le pasa una nota en la clase del martes: *No consigo ni mirarla. ¿Cómo puedes soportarlo?* - Hildy apenas puede descifrar su letra, pero ella sabe que Jenny Rose será capaz de leerla. Jenny Rose puede hacer cualquier cosa.

Esa mañana, la R.M. casi camina hasta chocarse con Jenny Rose. Hildy estaba sentada a la mesa del desayuno comiendo cereales. Lo vio todo. Jenny Rose abrió la puerta de la nevera, sacó una naranja y luego, cuando salía de la cocina, la R.M. se desvió al entrar, rodeándola como si Jenny Rose fuese una pieza de mobiliario colocada inconvenientemente.

—*Mamá*, - dijo Hildy.

La R.M. recogió el cuenco de cereales de Hildy para lavarlo antes de que Hildy hubiera terminado.

—*¿Qué?* - dijo la R.M.

—*Quiero hablarte de Jenny Rose.*

—*¿Tu prima?* - dijo la R.M. —*Es bueno tenerla aquí con nosotros, ¿verdad?*

—*Olvidalo*, - dijo Hildy. Fue a prepararse para la escuela.

Los tres se sentaban en el bote. El agua es verde, el bote es verde, a ella le sorprende a veces, cuando abre los ojos, que su piel no sea verde. A veces se preocupa porque sus padres no está ahí. A veces hay otra chica en el bote, más grande que ella, siempre con mala cara. Quiere decirle a este chica que deje de fruncir el ceño, pero es mejor ignorarla para concentrarse en poner a sus padres de vuelta en el bote. Vete, le dice silenciosamente a la chica, pero eso no está bien. Ella es la única que se tiene que ir. ¿Cuál era el nombre de la chica? La chica se niega a sentarse quieta, se levanta y mueve los brazos y salta por ahí y ni siquiera puede ver que está en peligro de caerse al agua.

Márchate, piensa en la chica, Estoy ocupada. Reventé el techo de una prisión una vez, derrumbé las paredes para poder ver la estrella. ¿Por qué no puedo hacer que te marches? Yo puedo andar sobre el agua, ¿puedes tú? Cuando me vaya, me voy a llevar el bote conmigo, y luego, ¿dónde estarás tú, chica boba?

Hildy adora la voz de rezo de su madre, tan fuerte y de tono diáfano. La R.M. y el padre de Hildy ahora pelean todo el tiempo. La R.M. se queda en la cocina hasta tarde por la noche, manteniendo conversaciones telefónicas en susurros con Mercy Orzibal, la madre de Miron. Hildy no puede oír lo que está diciendo la R.M. cuando susurra, pero ha descubierto que si se queda muy callada, justo en el umbral de la puerta de la cocina, puede

hacerse tan invisible como Jenny Rose. Es igual que esconderse bajo la mesa de Ping Pong. Nadie puede verla.

Por la noche, cuando la R.M. le grita a su marido, Hildy se cubre los oídos con las manos. Mete la cabeza entre la almohada. Últimamente, Hildy nunca pierde al Ping Pong, aunque intenta dejar ganar a su padre. La piel bajo los ojos de su padre hace bolsa y es demasiado rosa. La próxima semana, él se va una conferencia sobre literatura americana.

La R.M. permanece erguida como un clavo detrás del púlpito, pero esto es lo que Hildy recuerda: su madre sentada doblada en el suelo de la cocina, la noche antes, con el teléfono pegado a la oreja, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Hildy esperó a su madre para verla de pie en el umbral. La R.M. colgó con fuerza el teléfono. *Esa perra* - dijo ella, y se sentó aspirando humo sin mirar a nada en absoluto.

El padre de Hildy se sienta con el coro, escuchando con atención el sermón de su esposa. Esto es lo que Hildy recuerda: en la cena, la cuchara temblando en la mano de su padre cuando la levanta hasta la boca, su esposa observándole. Hildy miraba a su padre, luego a su madre, luego a Jenny Rose, que nunca parece mirar a nada, quien nadie puede ver excepto Hildy.

Es más fácil ahora mirar a Jenny Rose. A Hildy le cuesta más mirar a cualquier otra persona durante mucho tiempo. Jenny Rose se sienta junto a ella en la iglesia sobre el banco de madera, su pierna en contacto con la pierna de Hildy. Hildy sabe que Jenny Rose sólo se mantiene sobre el banco con gran esfuerzo. Es como sentarse junto a una cerilla que espera y se niega a encenderse. Hildy sabe que Jenny Rose es tan fuerte ahora que, si quisiera, podría levantar el techo, convertir el zumo de uva de la comunión en vino, caminar sobre el agua. ¿Cómo puede R.M. no ver todo esto, mirando a Hildy desde el púlpito, sus ojos nunca enfocados en su sobrina, como si Jenny Rose ya se hubiera ido? ¿Como si Jenny Rose nunca estuviera allí?

Incluso con los ojos cerrados para la bendición, Hildy aún puede ver a Jenny Rose. Los ojos de Jenny Rose permanecen abiertos, sus manos están juntas y expectantes: su pierna tiembla contra la pierna de Hildy. O quizá

sea la pierna de Hildy la que tiembla, bajo el peso de la voz de su madre, su padre tiene una terrible sonrisa suplicante. Por un momento, ella languidece por ser tan invisible como Jenny Rose, ser como una viajera.

Cuando llega el correo del lunes, hay una carta de los padres de Jenny Rose. Hildy extrae la carta de la pila. Miron observa, cambiando el peso de un pie al otro. No le agrada estar en la misma casa que Jenny Rose.

Todo el fin de semana Miron ha estado practicando dos frases cortas con la ayuda de una de las cartas originales. Hildy abre la carta al vapor con la tetera mientras Miron observa. La luz en el dormitorio de Hildy se enciende y se apaga y se enciende de nuevo. Hildy puede sentir la tirando de ella: durante un momento, siente como si estuviera cayendo por el caño de la tetera, cayendo al interior de la marmita. Podría ahogarse en el agua de la marmita. Así es de profunda. Se está haciendo demasiado pequeña. Niega con la cabeza, respira hondo.

Baja la carta al sótano y se sienta debajo de la mesa de Ping Pong mientras Hildy la escanea rápidamente. Miron, que se ha tomado la molestia de recoger un grupo de bolígrafos, añade una posdata con boli negro. Te echamos tanto de menos, querida Jenny. Por favor, por favor vuelve a casa.

—*No coincide*, - dice Miron, entregándole la carta a Hildy.

Ella la dobla de vuelta al interior del sobre y cierra otra vez el sobre con pegamento. En realidad no importa: Jenny Rose está preparada para irse. Hildy se percata de que no estaba preocupada de que Jenny Rose reconociera su letra, no era eso... Hildy sólo quería un testigo, alguien que viera lo que ella había hecho, lo que Jenny Rose iba a hacer.

—*Vi a tu padre*, - dice Miron. —*Estaba en mi casa ayer por la noche*.

—*Está fuera de la ciudad*, - dice Hildy. —*Se ha ido a una conferencia*.

—*Se quedó toda la noche*, - dice Miron. —*Lo sé porque cuando fui a la escuela esta mañana, estaba escondido en el dormitorio mi madre*.

—*Eres un mentiroso*, - dice Hildy. —*Mi padre está en Wisconsin. Nos llamó desde el hotel. ¿Cómo es que ha llegado hasta tu casa desde Wisconsin? ¿Volando?*

—*Tú crees que Jenny Rose puede volar*, - dice Miron. Tiene la cara muy roja.

—*Sal de mi casa*, - dice Hildy. Su mano flota a su lado, esperando para abofetearle.

—*Creo que estás chiflada*, - dice Miron. —*Igual que ella*. - Y se marcha con la espalda tiesa por el ultraje.

Hildy se mece adelante y atrás, sentada bajo la mesa de Ping Pong. Sostiene la carta en la mano como si fuera un cuchillo. Piensa en Jenny Rose y en lo que va a suceder.

Hildy es lo bastante teatral para querer un bang al final de sus labores. Quiere ver a Jenny Rose restaurada. Hildy quiere ver al ser mítico que está segura que contiene su prima, como un vaso de agua que alberga un océano entero. Quiere ver el destello en los ojos de Jenny Rose, oír retumbar su voz, verla volar por la chimenea y desaparecer como el humo. Después de todo, le debe algo a Hildy. A Hildy, que dividió generosamente su habitación por la mitad. A Hildy, que lo ha arreglado todo para que Jenny Rose se vaya a casa.

Nadie está en la casa ahora. James, a dos meses de su cumpleaños, ha ido a apuntarse a la oficina de reclutamiento. Su padre aún está en Wisconsin (¡Miron es un mentiroso!), y su madre está en la iglesia. Así que, después de un rato, Hildy le lleva la carta a Jenny Rose, se la da a su prima, que está tumbada en la cama.

Hildy se sienta en su propia cama y espera mientras Jenny Rose abre la carta. Al principio parece que Hildy ha calculado mal, que la posdata no es suficiente. Jenny Rose se sienta con la cabeza inclinada sobre la carta. No se mueve ni exclama ni hace nada. Jenny Rose simplemente se sienta con la vista baja en la carta en su regazo.

Luego Hildy ve lo fuerte que Jenny Rose sujeta la carta. Jenny Rose alza la vista y su cara es hermosa por la alegría. Sus ojos son verdes y cálidos. Todo el aire alrededor de Jenny Rose es cálido y brillante. Hildy inhala el aire, el aroma de la vibrante lluvia y el metal oxidado de su prima.

Jenny Rose se pone de pie. El aire parece envolverla como una vestidura. Suena como enjambres y enjambres de abejas invisibles. El pelo de Hildy se levanta en su cabeza. Todo en torno a ellas, cajones y armarios vuelcan su contenido sobre el suelo, mientras camisetas revolotean, golpeando sus mangas contra el techo. Los libros de clase se abren y aletean por la habitación como murciélagos y una por una de las tres naranjas se levantan del cuenco azul sobre la mesita de noche. Ruedan por el aire, cada vez más rápido, circulando alrededor de Jenny Rose sobre la cama. Hildy se agacha cuando los tubos de barra de labios golpean el cajón del buró hasta abrirlo y salen disparados hacia ella como abejas de color de cromo y mandarina... flamenco... y... ébano... Todo está vibrando, zumbando, la habitación está llena de abejas.

Y entonces...

—*Estoy desordenándolo todo*, - dice Jenny Rose.

Arranca el sello del sobre y se lo da a Hildy. Sólo se tocan sus dos manos, pero Hildy cae de espaldas sobre la cama... como si hubiera metido los dedos en un enchufe... vuela hacia atrás sobre la cama.

Jenny Rose entra andando en el baño y Hildy puede ver la bañera llena de agua, ese bobo barquito (¿era eso lo que ella quería?), el agua verde derramándose por el borde de la bañera y corriendo por los pies de Jenny Rose. ¡Ten cuidado! piensa Hildy. La puerta se cierra de golpe. Mientras Hildy recupera el aliento, el aire en la habitación adelgaza y los oídos le hacen pop. El truco de magia ha terminado, el baño está vacío: Jenny Rose se ha ido a casa. Hildy rompe a llorar, se sienta sobre la cama y espera a que su madre llegue a casa. Tras un tiempo, empieza a recoger su habitación.

Esta es la primera y más misteriosa de las tres desapariciones. Nadie salvo Hildy parece notar que Jenny Rose se ha ido. Unos meses más tarde, James se va a Canadá. Está evitando el reclutamiento. No le dice a nadie que se va

y Hildy encuentra la breve nota impersonal. Ha suspendido las clases, se teme, les quiere a todos pero no puede evitarlo. Por favor, que cuiden de sus peces.

Cuando el Sr. Harmon abandona la casa, Hildy se ha resignado a esto, que la vida es una serie de súbitas desapariciones, partidas sin las adecuadas despedidas. Algún día también ella podría desaparecer. Algunos días desearía aprender este truco.

Lo que la sostiene es la idea del mejor lugar al que uno llega. Es decir, el cielo de la R.M.; el Canadá al que James ha escapado; los brazos de Mercy Orzibal con su brillante boca satinada, que le dice al Sr. Harmon lo ingenioso, lo encantador, lo guapo que es. El verde lago en la fotografía que Jenny Rose le ha enviado a Hildy desde la isla de Flores.

En la fotografía, Jenny Rose se sienta entre su madre y su padre en un gracioso barquito blanco con un ojo rojo pintado. En el reverso de la fotografía hay una enigmática frase. Hay un manchurrón que podría ser un signo de interrogación, la ortografía es incierta. Desearía que estuvieras aquí.

Desearía que estuvieras aquí?

FIN

Capítulo 7

Relato 7 - El Baile del Superviviente o la Fiesta de Donner

Survivor's Ball, or, The Donner Party. publicado en Lady Churchill's Rosebud Wristlet, 1998

1. Viaje.

Habían estado viajando juntos durante tres días en el coche alquilado de Jasper cuando llegaron a la oscura boca del túnel de Milford Sound. Serena le estaba diciendo a Jasper algo muy importante. ¿Qué sabía Jasper de Serena después de tres días? Pues que no llevaba ropa interior, que era alérgica a las abejas, que le gustaba hablar, (le decía las cosas más extrañas.), que era de Pittsburgh.

Que escuchar su voz le hacía sentirse menos nostálgico.

Jasper conducía por el lado equivocado de la carretera, en un lugar donde el agua giraba hacia el lado equivocado del drenaje, en un continente que estaba en lo que él pensaba que era el lado equivocado del globo, donde celebraban la Navidad en la playa y nevaba en verano, lo cual era el invierno. Una chica de Pittsburgh estaba bien como un ancla. Todo viajero nostálgico debería tener una.

—*Eso que me dijiste en el bar fue tan bonito*, - dijo Serena. —*Ya sabes, cuando nos conocimos*. - Jasper no dijo nada. Le dolía el diente. Le hizo la mímica para mostrar que le dolía. —*Pobrecillo*, - dijo Serena.

Condujeron por la Avenida de la Montaña Que Desaparece a través de franjas de afiladas plantas de berzas. La carretera circulaba entre grises

peñascos agrietados y el cochecillo rojo subía la carretera como un juguete tirado por una cuerda.

—*Había un tipo en Auckland que había estado en Milford Sound, - dijo Serena. —Me contó que era como estar en el fin del mundo. Es curioso. Lo había conocido antes. En Tokyo, creo. Una vez que has estado viajando durante un tiempo, te encuentras a la misma gente por todas partes donde vas. Pero nunca recuerdo sus nombres. Terminas diciendo cosas como: ¿te conozco?, ¿eras tú el tipo de aquel restaurante de Amsterdam, el del acuario enorme? Terminas escribiendo sus direcciones en pedacitos de papel y luego siempre pierdes los papelitos, pero da igual, porque te los encontrarás de nuevo por ahí. No es un mundo muy grande, - dijo ella con tristeza.*

Habían llegado tarde para salir del albergue en Te Anau porque Serena se durmió pasado el mediodía y luego se le ocurrió que le podría apetecer una ducha. No quedaba agua caliente, pero pasó mucho tiempo en el baño de todos modos, escribiendo en su diario. Jasper esperó que ella no estuviera escribiendo sobre él. Él consultó su guía y luego al encargado del albergue y aún se las arregló para perderse hasta la esquina de la lechería para comprar aspirinas para sus muelas y luego se perdió de nuevo en el camino de vuelta. Al final, tuvo que preguntar la dirección a una niña que llevaba un parka rojo y medias a rayas negras y blancas. Cuando volvió, Serena estaba sentada sobre la cama escribiendo postales. Sus libros y otras cosas estaban dispersas a su alrededor. Parecía encontrarse completamente como en casa en la habitación del hostel, como si hubiera vivido aquí durante años, pero todo volvió dentro de su mochila, snip... snap, y luego la habitación pareció muy vacía, nada quedó salvo una cama solitaria y una pila de sábanas.

Antes de que dejaran Te Anau, pararon en un pub para almorzar. Jasper no podía comer, pero pagó la comida de Serena. Ella flirteó con el barman, metiéndose mechones de pelo en la amplia boca roja y chupándolos en oscuras puntas satinadas. Le contó al barman que estaba huyendo de casa, que iba a viajar por todo el mundo y seguir viajando, que le gustaba la cerveza de Nueva Zelanda. No dijo nada en absoluto de Jasper, que estaba

de pie en la barra justo a su lado, aunque ella mantenía su mano cómodamente curvada en el bolsillo de Jasper bajo el mostrador.

No habían visto un mísero coche desde que abandonaron la carretera principal y se dirigieron al paso de Milford Sound. Tras resistir ominosos informes climáticos todo el camino desde Queenstown hasta Te Anau, él supuso que no eran sorprendentes. En solitario, Jasper se habría encaminado hacia Dunedin por la costa este, más que tomar el camino largo de la West y Fiordland, pero Serena tenía un enorme deseo de ver Milford Sound y él estaba aprendiendo a marchas forzadas que a Serena raramente se le frustraban sus enormes deseos.

Dos noches atrás, él había estado sentado en la cama, observando cómo dormía. El polvo flotaba a la fría luz de la luna y él estornudó. Un diente, un molar negro, le cayó en la mano. Por la mañana, cuando Serena se despertó, ella lo había puesto en un sobre de correo aéreo, había sellado el sobre y escrito *diente de Jasper* - en él.

Él tenía el sobre en su bolsillo ahora y de vez en cuando su lengua subía para tocar el alterado lugar roto de su boca.

—*Nunca he conocido a nadie llamado Jasper*, - dijo Serena, —*Está pasado de moda.*

Jasper la miró. Ella le miró con una sonrisa torcida y el pelo negro metido en la boca. Estaba babeando en el dorso de su propia mano con una pluma Fountain, haciendo finas líneas irregulares. Era una pluma cara. Tenía el nombre de Jasper grabado en ella.

—*Pues, Serena*, - dijo él con prudencia, sorteando el diente. —*El nombre del hermano pequeño de mi abuela era Jasper. Murió en una guerra.*

—*A mi no me llamaron por nadie en especial*, - dijo Serena. —*De hecho, siempre he odiado mi nombre. Me hace sonar como un lago o algo. Lago Serena. Lago Plácido. Ni siquiera me gusta nadar.*

Jasper mantuvo los ojos sobre la carretera. —*Yo nunca aprendí a nadar*, - dijo él.

—*Pues reza para que siempre haya bastantes botes salvavidas,* - dijo ella, y cerró un ojo lentamente.

Él la observó por el espejo retrovisor. No era del todo un guiño amistoso. Ella dejó la pluma en el salpicadero.

—*Mi abuela me regaló esa pluma,* - dijo él.

Él se la había prestado a Serena en el bar de Queenstown cuando se conocieron. No se la había devuelto oficialmente todavía, aunque él le había comprado un boli en una farmacia al día siguiente. También le había comprado una barra de labios rojo brillante que a él le había resultado graciosa por alguna razón, una barra de chocolate y un dinosaurio pequeño de plástico porque ella decía que no le gustaban las flores. Él no estaba muy seguro de lo que se suponía que hay que comprar a una chica que conoces en un bar, pero a ella le había gustado el dinosaurio.

—*Yo nunca tuve una abuela,* - dijo Serena, —*Ni una sola. Ni una madre ni un hermano ni una hermana ni una prima. De hecho, había una sequía general de familiares que me tenía preocupada. Un largo secano. Aunque una vez traje a casa un gatito y mi padre me dejó cuidarlo durante un tiempo. Ese gatito fue el único familiar que sinceramente me quiso nunca. ¿Te quería tu abuela?*

—*Supongo,* - dijo Jasper. —*Tenemos las mismas orejas. O eso es lo que dice todo el mundo. Pero tengo los endebles dientes de mi padre.*

—*Mi padre está muerto,* - dijo Serena, —*y el gatito.*

—*Lo siento,* - dijo Jasper y Serena se encogió de hombros.

Apartó la mano izquierda para examinar sus dibujos. A Jasper le parecía un mapa... palitos de puntos... dibujos de montañas y líneas para las carreteras. Ella se metió un dedo en la boca y empezó a emborronar las líneas con cuidado, una por una.

—*Tus orejas no están tan mal,* - dijo ella.

La radio iba y venía en una bruma de estática. *Clima fuera de temporada... partida de senderistas en el Milford Track... perdidos por aproxi... entre Dumpling y Doughboy Huts... equipos de rescate...* Luego nada salvo estática. Jasper apagó la radio.

—*Bien podrían rendirse, - dijo Serena. —Estarán todos muertos a estas alturas, enterrados bajo una avalancha en alguna parte. Encontrarán los cuerpos en un par de semanas cuando se derrita la nieve. -* Sonaba casi animada.

Había altos montones de nieve a cada lado de la carretera. Cada 500 metros pasaban letreros negros y amarillos que rezaban: *¡Peligro! Zona de Avalanchas: ¡No Pare el Vehículo!* - Todos los letreros decían exactamente lo mismo, pero Serena los leía en alto de todos modos, con voces diferentes: Elmer Fudd, Humphrey Bogart, el tonillo de flirteo del barman de Nueva Zelanda.

—*¡Peligro, Robinson Crusoe!* - decía ella, —*Robots Asesinos y Tsunamis de Marte al Frente. También turistas alemanes. No pare el vehículo. No baje la ventanilla para dar de comer a los leones. Permanezca en el interior del vehículo en todo momento. No recoja autoestopistas... Ups, demasiado tarde.*

Todos los días el cielo había sido del color azul de la porcelana china, plano y suspendido sobre los estrechos dientes de las montañas. La carretera entraba precariamente en las montañas y el coche hilaba la carretera. El sol estaba bajando. Justo donde la carretera parecía estar subiendo sobre el límite quebrado de la montaña, donde el sol resbalaba para encontrarse con ellos, una mancha negra marcaba la entrada del túnel de Milford Sound. Mientras Jasper conducía, la mancha se convertía en una puerta y la puerta se tornaba una boca que devoraba primero la carretera y luego el coche.

Serena estaba leyendo la guía de Jasper. —*Empezado en 1935, -* dijo ella. —*¿Sabías que llevó veinte años para completarlo? Mide casi una milla de largo. Cuatro hombres murieron por desprendimientos de roca por las explosiones. Habría que llamar siempre a una montaña Abuela, para mostrar respeto. ¿Sabías eso? Enciende los faros...*

Fueron desde los montones de nieve rosa hasta la repentina oscuridad. La carretera subía en ángulo de 45 grados, el coche trabajaba contra la pendiente. Los focos eran pequeños reflejos en las grasientas paredes del túnel. Los muros no eran lisos, sobresalían y se comprimían contra la carretera de asfalto.

A la luz de los focos, las paredes pasaban húmedas por la condensación. Por encima del ruido del coche, Jasper podía oír el plinc plinc de gruesas gotas que caían de la roca negra. Llevó la lengua hasta el diente.

—*Abuela, qué túnel más grande y oscuro tienes.* - dijo él.

El terrible peso de la montaña encima de él, la blanca nieve amortajando la montaña negra, el rancio aire húmedo en el túnel, todo presionaba inexorablemente sobre él en la oscuridad. Se sintió extrañamente triste, perdido, mareado. Se hundió como una lenta piedra en un frío pozo.

—*Hola marinero,* - dijo Serena. —*Bienvenido al Túnel del Amor de la Abuela.*

Ella puso su larga mano blanca sobre su pierna y le miró de lado. Él se hundía, estaba comprimido, pesado. El diente gemía como un perro. No podía soportar el peso de los ojos negros de Serena, su fina cara reluciente.

—*¿Estás bien?*

Él negó con la cabeza. —*Claustrofóbico,* - consiguió decir.

Difícilmente podía mantener el pie en el acelerador. Se veía girando a través la oscuridad hacia una pared negra, una congelada puerta de hielo.

Y luego tuvo que parar el coche: —*Conduce tú,* - dijo él, abrió la puerta y fue a trompicones hacia la puerta del pasajero.

Serena se cambió al lado del conductor y él se sentó en su asiento calentado. Requirió toda su fuerza para cerrar la puerta de nuevo.

—*Por favor,* - dijo él. —*Date prisa.*

Ella condujo competentemente, hablándole todo el tiempo.

—*Nunca me has contado que eras claustrofóbico. Tienes suerte de que viniera contigo. No tardaremos en salir del túnel.*

Salieron hacia la noche. No había nada que distinguiera una oscuridad de otra salvo la nieve en los focos. Aún así, Jasper se sintió liberado del enorme peso. Su lengua subió para tocar el nido de su diente.

—*Para el coche, - dijo él. Vomitó arrodillado junto a la carretera. Cuando se puso de pie, sus rodillas estaban mojadas por la nieve derretida. —Creo que ya estoy bien otra vez, - dijo él.*

—*Conduce tú si quieres, - dijo ella. —Tu turno, amigo. Son unos cuarenta y cinco minutos hasta el hotel y no puedes perderte. Esta es la única carretera hasta el único hotel.*

Conos congelados se rompían como cristal bajo las ruedas del coche. La carretera era más inclinada, bajando en círculos esta vez.

—*¿Qué dice la guía sobre el hotel? - preguntó él.*

, —*Bueno, es una historia interesante. - dijo Serena —Es curioso. Cuando llamé para hacer la reserva, el hombre dijo que estaban sin habitaciones. Una fiesta privada o algo. Pero hablé con finura y le dije que habíamos recorrido un largo camino, un muy largo camino.*

Ella subió los pies al salpicadero y apoyó la cabeza en el hombro de Jasper. Él podía verla en el espejo con aspecto de estar complacida consigo misma.

—*¿El hotel está lleno? - dijo Jasper.*

Sin respuesta.

Paró el coche a un lado de la carretera y apoyó la cabeza en el volante.

—*Esta es la tercera vez que paras el coche. ¡Tengo que mear! - dijo Serena.*

—*¿El hotel está lleno o no? - dijo Jasper.*

—*Toma un chicle, - dijo Serena. —Te huele el aliento a vómito. No te preocupes tanto.*

Él no podía masticar el chicle, pero lo chupaba. Puso el coche en marcha de nuevo.

—*¿Te tortura mucho el diente? - dijo ella.*

—*Sí, - dijo él. —Es la venganza de los cereales azucarados.*

Siguieron otros quinientos metros cuando algo cruzó corriendo la carretera. Parecía una personita a cuatro patas. Tenía una larga cola huesuda. Jasper pisó el freno y giró el volante. El brazo de Serena giró por la inercia alcanzando su mandíbula precisamente en el diente roto. Él aulló. Serena cayó hacia adelante golpeándose la frente sonoramente contra el salpicadero. El coche se detuvo y, después de un momento durante el que ninguno de ellos fue capaz de hablar, él dijo: —*¿Estás bien? ¿Le hemos dado?*

—*¿Qué ha sido eso? - dijo ella. —¿Una zarigüeya? Me duele la cabeza. Y la mano.*

—*No era una zarigüeya, - dijo él. —Demasiado grande. Quizá un ciervo.*

—*No hay ciervos en Nueva Zelanda, - dijo ella. —El único mamífero nativo es el murciélago. Sólo estamos nosotros y los pobres marsupiales inesperados por aquí. Marsupiales. - Ella soltó un bufido y empezó a reirse sonoramente.*

Él se sorprendió al ver lágrimas cayendo por la cara de la mujer. Se reía tanto que no podía hablar.

—*¿Qué es un marsupial? - dijo él. —¿Te ríes de mí? ¿Qué es tan divertido?*

Ella le dio un puñetazo en el hombro. —*Una zarigüeya es un marsupial. Lleva a sus crías en una bolsa. Es por la palabra marsupial. Siempre me parto. Me pasa igual con pantimedias o cromorno.*

A él no le parecía tan gracioso, pero dio una carcajada experimental: —*Marsupial*, - dijo él. —*Ja*.

—*Te sangra la boca*, - dijo ella y dio otra carcaja. —*Toma*. - Sacó un Kleenex sucio de su bolso y chupó la punta. Luego lo aplicó en el labio inferior de Jasper. —*Déjame conducir*.

—*Quizá ha sido un perro*, - dijo él.

Ahora no había nada en la carretera.

2. Llegada

Milford Sound se dobla veintidos kilómetros tierra adentro, como una bota perdida. Su tacón apunta al norte, dando una patada en la panza de South Island. El Mar de Tasmania llena la bota, resbaladizo y frío y oscuro. Abel Tasman, el primer europeo en poner pie en la orilla, se marchó navegando a toda prisa después de que cocinaran y se comieran a varios miembros de su tripulación. Dejó detrás de él Breaksea, Doubtful y George Sounds, y Milford Sound, que ahora es accesible por mar, por aire y a pie por la Milford Track, o en coche por Milford Road cruzando el Túnel de Homero.

En invierno, la carretera a veces se cierra por las avalanchas. En verano, a veces hay tormentas fuera de temporada. Incluso celliscas, a veces. ¿Era invierno o verano? Había nieve sobre el suelo. A Jasper le dolía el diente y no podía acordarse.

El Hotel Milford es un alto edificio colonial. Tiene una veranda para uso en clima cálido en diciembre. Desde los dormitorios delanteros, los huéspedes tienen vistas al Mitre, que emerge del Sound unos 1.695 metros, fino y puntiagudo, duplicado en el agua de aspecto vítreo que hay debajo. En la parte trasera del hotel, montañas menores marchan hacia una amplia meseta de pradera. La Milford Road termina en la puerta delantera del hotel. La Milford Track empieza en la puerta trasera.

¿Qué ocurre cuando llegas al fin del mundo? Pues que a veces te encuentras una fiesta. Esta fiesta ha sido continua durante mucho tiempo. Hay música,

luces, gente bebiendo y bailando. Cosas extrañas pasan en las fiestas. Es el fin del mundo, después de todo.

Había un pequeño aparcamiento para huéspedes detrás del Hotel Milford. Para desmayo de Jasper, estaba prácticamente lleno cuando llegaron. Mientras salieron del coche pudieron oír a una banda de jazz tocando. Había dos ventanas abiertas sobre la veranda y podían ver el interior de una enorme habitación. Había una multitud de personas, algunas bailando, otras sentadas y comiendo en mesitas.

Alguien estaba cantando, —*Me gustaría, llevarte, en un lento barco, hasta China,* - con un leve canturreo agudo.

Podían oír brindis de vasos de vino, cuchillos rozando los platos, todo esto a través de dos puertas deslizantes abiertas en la veranda, hacia Jasper y Serena, mientras estaban allí de pie y hacia la Milford Track.

El diente de Jasper, su cuerpo entero, ardía en el frío aire de la sierra. Miró con duda a Serena, a sus coletas de pelo rizado, separadas fortuitamente por su nuevo moratón en la frente. Ella tenía agujeros en los vaqueros y él vestía la sudadera de la fraternidad de su universidad con un dibujo de dos perros follando. Sus zapatillas de deporte estaban cubiertas de pastoso barro gris y aún tenía las rodillas mojadas.

—*Serena,* - dijo él, —*Están celebrando una fiesta.*

—*Bueno, eso es lo que te dije,* - dijo Serena. —*Vamos. Adoro las fiestas como esta. Todo es siempre tan elegante. Con cócteles y pequeñas servilletas y mierdas raras pinchadas en palitos.*

En el interior, las mujeres llevaban vestidos elegantes. El hombres llevaban chaquetas para la cena. Probablemente llevaban fajines. A Jasper le dolía el diente.

Serena se giró y le hizo una mueca: —*Venga,* - le susurró.

—*Serena,* - dijo él. —*Espera un segundo. Busquemos otra puerta.*

Cuanto más lejos se alejaba ella de él... más se acercaba ella a la veranda... y más peso del túnel volvía sobre él. Ahora le latía el diente como loco, como la vara de un zahorí. Él corría detrás de ella.

Un hombre alto los encontró en la ventana abierta. El hombre iba todo de negro y tenía una cara peluda.

—*Aquí estáis*, - dijo el hombre.

Sus ropas estaban pasadas de moda, el cuello de su camisa se estrechaba con almidón. Les sonrió ampliamente como si fueran viejos conocidos, perdidos hacía mucho tiempo. Sus labios tras la barba negra eran rojos como si se hubiera puesto barra de labios.

—*¿Nos esperaba?* - dijo Jasper.

—*Pues claro*, - dijo el hombre, aún sonriendo. —*La joven dama fue muy insistente en que os hiciéramos espacio cuando llamó.*

—*¿Tiene una habitación disponible?* - dijo Serena, mirando astutamente a Jasper,

—*Hemos hecho algunos arreglos* - dijo el hombre. —*Pero tenéis que salir de este viento. Soy el Sr. Donner.*

—*Soy Serena Silkert y este es Jasper Todd*, - dijo Serena.

El Sr. Donner extendió la mano. No estaba ni fría ni caliente y el apretón no fue ni demasiado firme ni demasiado flojo, pero Jasper quitó su propia mano como si hubiera tocado carbón al rojo o una anguila eléctrica. El Sr. Donner le sonrió y tomó la mano de Serena para conducirla dentro del hotel.

Entraron en la habitación llena de gente. En ese instante, la música se interrumpió. Los bailarines se giraron y se quedaron mirando a Jasper y a Serena. Una mujer dio una carcajada cuando las páginas de las partituras de música se volaron de los púlpitos de los músicos y acabaron esparcidas por el suelo.

La habitación era más larga que ancha, con dos enormes chimeneas en la pared que daba hacia las ventanas. Desde las chimeneas venía un sonido de mordisqueo que se unía gradualmente a otros ruiditos entre las mesas mientras los comensales recogían las hojas dispersas de música. Había candelabros y velas sobre las mesas y el viento pasaba por la habitación agitando y atenuando las luces. Entre la luz amarilla de las velas y los candelabros, las caras parecían flotar como máscaras blancas. Un hombre tropezó contra Jasper. Le sonrió, sus dientes terminaban en puntas afiladas y Jasper se apartó un poco. Toda la gente que veía tenía mejillas sonrosadas y ojos brillantes... ¡Abuela, que ojos más grandes tienes! La luz del fuego alargaba y envolvía sus sombras que drapeaban como velos por el suelo.

—*¿Qué clase de convención es esta?* - dijo Jasper al tiempo que Serena decía —*¿Es usted americano, ¿no es cierto, Sr. Donner?*

—*Sí*, - dijo él. El hombre les miró, sus ojos se detuvieron en la frente de Serena. —*Antes de nada, ¿por qué no os refrescáis? Os hemos puesto en la Habitación 43. La llave está en la puerta*, - dijo él casi como disculpa, dándoles una hoja fotocopiada de direcciones. —*Me temo que el hotel es un poco como un laberinto. Girad a la izquierda cuando subáis las escaleras. Intentad no perderos.*

Jasper siguió a Serena a través de un nido de escaleras y pasillos. A veces atravesaban puertas que conducían a más escaleras. Desde fuera, el hotel no le había parecido tan grande ni tan complicado. Serena caminaba con seguridad, consultando el mapa y Jasper la seguía detrás, temiendo que, si se separaban, nunca encontraría el camino arriba o abajo para volver al comedor. Pegotitos de masilla caída del techo yacían sobre la descolorida alfombra roja. Serena no perdía aliento, navegando. Fueron a la izquierda, izquierda e izquierda de nuevo.

Jasper, siguiendo a Serena, tuvo la repentina sensación familiar de que estaba siguiendo a su abuela con su pelo de colmena asomando delante de él. Estaban en alguna parte, no sabía dónde. Era un niño pequeño. Se quedaba cada vez más atrás y, de pronto, ella giró y desapareció. Él se sintió perdido al instante hasta que Serena asomó la cabeza por la esquina de un salón.

—*Date prisa...* - dijo ella. —... *tengo que mear.*

Al final llegaron a un pasillo donde ninguna de las puertas tenían números. Pasaron una puerta donde alguien se paseaba arriba y abajo en su interior, respirando sonoramente. A Jasper sus propias pisadas le sonaban cautelosas pero la persona detrás de la puerta aspiró el aire con un siseo cuando pasaron. Jasper imaginó al ocupante con la oreja pegada en la puerta, escuchando con atención, colocando el ojo en el agujero para espiar.

La última puerta del pasillo tenía una oscurecida llave en la cerradura. La puerta era pequeña y estrecha, y Jasper se agachó para entrar. El techo se inclinaba hacia el suelo y bajo los cabezales blancos, la cama doble se hundía en el medio como una colapsada tarta de boda. Olía a rancio y a humedad. Jasper dejó su mochila en el suelo.

—*¿Viste los dientes del hombre?* - le preguntó él.

—*¿El Sr. Donner? ¿Dientes?* - dijo ella. —*¿Qué tal tu diente?*

—*Había un hombre por el pasillo,* - dijo él. —*Estaba respirando.*

Serena le empujó los hombros. —*Échate un rato,* - dijo ella. —*No has comido nada en todo el día, ¿verdad?*

—*Este es un sitio muy raro.* - Se sentó sobre la cama.

Se tumbó y sus pies sobresalieron del colchón.

—*Es un país extranjero,* - dijo ella, y se quitó el jersey por encima de la cabeza.

Debajo, iba desnuda. Una gruesa línea rosa como una cicatriz bajaba por su clavícula. Había una vaga marca en sus pechos como si alguien la hubiera mordido.

—*Yo te hice eso.* - dijo él.

—*Mmm,* - dijo Serena. —*Sí. Quizá te rompiste el diente conmigo.*

—*¿Y la cicatriz?* - dijo él.

Él había seguido la línea de esa cicatriz con el dedo y ella había exhalado suavemente, sonreído y dicho, —*Caliente, te estás calentando.*

Él la había mordido experimentalmente para ver a lo que sabía, para dejar su propia marquita no permanente en ella.

—*¿Esto? Creí que serías demasiado educado para preguntar. Esto fue en un incendio. La casa de mi padre ardió hasta los cimientos. Tuve que romper una ventana para salir y aterricé sobre los cristales.*

—*Oh, lo siento.* - Él extendió un dedo para trazar esa línea de nuevo, para ver si terminaba en el mismo lugar otra vez, pero ella estaba de pie demasiado lejos. Él estaba demasiado lejos, tumbado en la cama.

—*No lo sientas,* - dijo ella. —*Primero saqué todo el dinero del escondite bajo el fregadero. Siempre miro bajo el colchón y bajo el fregadero.* - Sacó algo alargado y aterciopelado de la mochila, lo sostuvo contra su cuerpo. —*¿Vas a ponerte algo limpio?*

—*Estos son mis pantalones limpios,* - dijo Jasper.

Aunque sacó un jersey de lana de su bolsa y se lo puso. Se quedó tumbado sobre la cama mirándola. Como siempre, ella parecía estar completamente como en casa, incluso en aquel extraño lugar. Trató de pensar en Serena en su casa, su verdadera casa de Pittsburgh. Una casa que ardía hasta los cimientos. Ella estaba sentada, domesticada y domada, acurrucada en un sofá ardiendo, viendo una televisión ardiendo, el gatito en su regazo todo hecho de llamas. Estaba sosteniendo un mapa, vio él, un libro de mapas. El fuego estaba borrando la carreteras, los continentes, toda la información esencial. Ahora nunca volverían a casa de nuevo. Trató de abrir la boca todo lo que pudo.

Serena le sacó del trance tirando de sus pies y él se sentó en la cama para sacar la botella de aspirinas del bolsillo. Vertió un montón en la mano y se las tragó una a una.

Lo otro que llevaba en el bolsillo era el sobre con su diente dentro. Serena se lo quitó. Metió su dedo en una esquina y rasgó el sobre para abrirlo. Sostuvo el trozo de diente en su palma durante a minuto y luego se lo metió en la boca.

—*¡Agghh!* - dijo él, —*¿Por qué has hecho eso?* - Pero al mismo tiempo se sintió casi halagado.

—*Sabroso*, - dijo Serena. —*Como maiz dulce. Ñam. Vete abajo*, - dijo ella. —*Tú coge el mapa. No me esperes... yo nunca me pierdo. Voy a darme una ducha rápida.* - Dejó abierta la puerta del baño.

En el pasillo, estudió el mapa, le picaban las orejas escuchando al ocupante de la habitación al final del corredor. Sólo oyó música, muy vaga. Al final siguió la música por las muchas escaleras hasta el comedor. Todo el camino, justo detrás de sus párpados, pudo ver al bicho de la carretera corriendo junto a él, agachado, desnudo y ansioso. Estaba ardiendo. Llamitas sin calor lamían el lomo como pelaje y goteaban sobre la alfombra. Su abuela, en alguna parte detrás de él, iba barriendo las llamas con escoba y recogedor. *Alguien debería sacar ese perro de aquí*, - dijo ella. *No es un perro doméstico.* En alguna parte escaleras arriba se abrió una puerta, se cerró de un portazo y luego se abrió de nuevo.

En el comedor, una nueva mesa se había colocado para dos y él se sentó con la espalda hacia la chimenea. Delante de la habitación, el Sr. Donner estaba bailando con una fornida mujer de rojo.

El fuego detrás de él trazaba figuras negras sobre las paredes y ondulaba en las caras de los comensales alrededor suyo. Cuando les miró, apartaron la mirada. Pero le habían estado mirando primero, eso seguro. Deseó haber tomado un baño o al menos haberse peinado un poco.

El calor que sentía en la cabeza y el azote del fuego le adormilaba, mientras el frío que fluía a través de las puertas abiertas le picaba en los ojos y tiraba de su mandíbula. Una mitad de él ardía por el frío, la otra mitad por el calor. Pensó en subir a la pequeña habitación de nuevo para esperar hasta la hora de dormir. Allí tendría la misma incomodidad: las frías sábanas húmedas y, entre ellas, el pegajoso calor del cuerpo de Serena. Jasper pensó en las

blancas paredes sin ojos y se estremeció. Era preferible sentarse aquí entre la chimenea y las ventanas abiertas.

Enmarcado en la ventana más próxima a él había una montaña, roma y torcida como un incisivo de roca. A mitad de su pendiente podía ver una procesión de luces. Vio que los demás a su alrededor estaban observando la montaña y el movimiento de luces con atención.

Un camarero surgió de una puerta de servicio junto a la chimenea y empezó a preparar otra mesa. Puso siete platos y desapareció silenciosamente. Jasper volvió a mirar hacia la montaña. Su lengua subió para tocar el diente. Contó las luces en la montaña. Los músicos tocaban sus instrumentos furiosamente y, sobre la pista de baile, los bailarines se movían cada vez más rápido, recogiendo sus pies y golpeando al bajarlos, girando como las llamas.

Serena entró en el salón. Llevaba un vestido ceñido negro y un par de llamativas medias púrpura. Se había lavado el pelo y aplicado maquillaje al moratón de su frente. Su cara era blanca y delicada como el márfil. Se había puesto la tonta barra de labios roja. Para besarte mejor, querido mío, dijo alguien.

Él se puso de pie y fue hasta la silla de Serena. —*Estás muy guapa*, - dijo él.

Ella le dejó retirar su asiento y dijo con franqueza, —*Y tú estás hecho una mierda. ¿Te duele el diente? ¿Podrás comer algo?*

—*No sé*, - dijo él. —*Pero me gustaría probar el vino.*

Ella se sentó junto a Jasper, puso una mano fría en su frente. —*Pobrecillo*, - dijo ella. —*Estás ardiendo.*

El Sr. Donner dejó la pista de baile. Tomó prestada una silla de la mesa para siete y se sentó junto a ellos. Respiraba con dificultad. Jasper creyó que casi podía ver el aliento salir de la boca como lenguitas de llama húmeda.

—*¿Es adecuada vuestra habitación?* - dijo él.

—*Nuestra habitación está bien*, - dijo Serena. Extendió las manos fuera del mantel hacia Jasper. —*¡Qué fuego tan bueno!*

Para cocinarte mejor, querida mía, pensó Jasper y se tocó el diente de nuevo. Dijo, —*¿De dónde es toda esta gente?*

—*Este es el primer plato*, - dijo Sr. Donner. Unos camareros pusieron cuencos de fino caldo y sirvieron vino tinto en los vasos de Serena y de Jasper. —*Algunos venimos de muy lejos*, - continuó el Sr. Donner. —*Nos reunimos cada año. Nos juntamos para celebrar el triunfo del espíritu humano en situaciones de total adversidad. Todos somos viajeros, supervivientes de aventuras, expediciones calamitosas, de tragedias. Somos viudos y huérfanos, los supervivientes de matrimonios y naufragios. Este es el 143er Baile de los Supervivientes.*

—*Qué bonito*, - dijo Jasper.

Serena se retorció en su asiento. —*Parece tan familiar*, - le dijo ella al Sr. Donner. —*¿Nos hemos conocido antes?*

—*Uno conoce a tanta gente*, - dijo Sr. Donner. Dio un sorbo de vino. —*Estamos esperando a un grupo más. Llegan un poco tarde.*

—*¿Por eso dejáis las ventanas abiertas?* - preguntó Serena.

—*Confiamos en que escuchen tocar a la banda*, - dijo Sr. Donner. —*La música eleva los espíritus considerablemente, creo yo. Esperemos que encuentren su rastro sin mayores incidentes.*

—*Está hablando de los senderistas perdidos, ¿verdad?* - dijo Serena.

—*Había veintitrés senderistas*, - dijo Jasper. —*Sólo han puesto platos para siete.*

El Sr. Donner se encogió de hombros. —*Pruebe la sopa, Sr. Todd.*

Jasper dio un sorbito de sopa. Estaba caliente y salada y le quemó al tragarla.

—*Me muero de hambre, - dijo Serena. Les mostró su cuenco vacío. — Jasper se ha roto un diente, pero tiene miedo de ir al dentista.*

—*Estoy bien, - dijo Jasper. — Esperaré hasta que volvamos a Auckland.*

Tenía una imagen muy clara de un dentista de Auckland, que sería un hombre amable con un bigote bien cuidado. Un hombre educado con manitas diestras que creería en el uso del gas. O quizá en que el diente le crecería otra vez.

El segundo plato era un corte grasiento de carne marrón. Había un platillo de judías verdes y zanahorias gratinadas con azúcar moreno. El vapor subió hasta la nariz de Jasper, denso y dulce. Pescó una zanahoria y se la comió usando la cuchara.

—*No tengo mucha hambre. - dijo él.*

—*Después de cenar, - dijo el Sr. Donner, — nos sentamos y contamos historias delante del fuego. Espero que os gusten las historias.*

—*¡Historias de fantasmas! - dijo Serena. — Como en el campamento de Chicas Exploradoras. Me encantaban las hogueras.*

El vaso de vino de Jasper estaba lleno de nuevo. No recordaba haberse bebido el último. Para beberte mejor, querido mío, le dijo el diente. Aún tenía una sensación de que algo iba mal, un instinto que decía que lo más adecuado sería marcharse o quizá irse a dormir. Pero eso implicaría enfrentarse al túnel de nuevo o el pequeño ataúd... como la habitación con su triste cama endeble. Dio otro sorbo de vino para fortalecerse. La banda estaba tocando una nueva canción. La canción sonaba familiar. Podría haber sido *Hojas de Otoño*. Podría haber sido un himno.

—*¿Lleváis mucho tiempo viajando juntos? - preguntó Sr. Donner.*

—*Oh no, - dijo Serena. — Nos conocimos hace tres días en un bar de Queenstown. Hemos estado viajando por el mundo en direcciones opuestas. Yo vuelo hacia Hawaii el martes que viene y luego se suponía que iba a volver a casa de nuevo. Esta es sólo la segunda parada de Jasper.*

—*Quizá vuelva a casa contigo*, - dijo Jasper.

—*No seas ridículo*, - dijo ella pero, bajo la mesa, el pie de Serena subió por su pantorrilla, empujando entre las piernas de Jasper de un modo amistoso.

—*Intento mantenerme tan lejos de casa como pueda, durante tanto tiempo como pueda. Tampoco es que tenga una casa. Ardió hasta los cimientos.*

—*Qué triste*, - dijo el Sr. Donner, sonriendo.

—*En realidad no*, - dijo Serena remilgadamente. —*Fui yo quien le prendió fuego, pero no me gusta hablar de eso.*

Jasper miró por la mesa a la chica que había conocido en un bar. No parecía una chica que hubiera prendido fuego a su casa. Aunque no estaba muy seguro de cómo eran las chicas que prendían fuego a sus casas. ¿Cuál era el nombre del color de la barra de labios? Era algún nombre tonto, algo como CerézaMe, o Muerte Roja o quizá Delicia Roja. Quizá Golpe de Fuego.

—*¿Ves?* - dijo Serena. —*¿Aún quieres venir a casa conmigo?* - Bajo la mesa, su mano subía y bajaba por su muslo, pellizcando suavemente. —*Jasper no es de los que viajan a propósito*, - dijo ella al Sr. Donner. —*No es de los listos o cuidadosos con la clase de mujeres en bares que él recoge en bares, precisamente. Tiene que ser cuidadoso...* - dijo ella girándose hacia Jasper durante un momento, —*... con eso de recoger chicas en bares, cielo santo, ¿y si resulto que soy rara o algo? Pero no es cuidadoso. En su lugar es afortunado. Por ejemplo, ganó este viaje al rellenar un formulario en una agencia de viajes.*

—*Eres un joven con suerte*, - dijo el Sr. Donner.

Había una manchita de salsa de menta sobre el plato de Serena.

—*Cuando me contó en el bar cómo lo había ganado, pensé que sólo era una gran frase para ligar*. - dijo ella. —*El desenlace, la pregunta fue: ¿por qué quieres dar la vuelta al mundo? Y escribió: porque no se puede atravesar. ¿No es ridículo?*

—*Es cierto*, - dijo Jasper y tuvo cuidado de enunciar: —*Triste pero cierto.*

Serena le sonrió. —*Aunque no es que yo me queje. Es genial viajar con Jasper. Me regaló un dinosaurio de plástico. Un estegosaurio. Gracias, Jasper,* - dijo ella.

—*No hay de qué,* - dijo Jasper.

Quiso decir algo para explicar que viajar era importante para él, que algún día, sabía él, si viajaba el tiempo suficiente, llegaría eventualmente a un lugar maravilloso... mágico. El dolor del diente casi había desaparecido, sólo una muy lejana punzada. Prácticamente en otro país. Algún lugar donde él se había quedado durante un tiempo. Miró más allá de Serena, a la ventana deslizante. Las antorchas estaban ahora en la base del sendero. Se mecían de un lado al otro, iluminando el gran tronco de un árbol kauri, un gran brote de helechos sobre el césped delante del hotel.

—*Mirad,* - dijo Sr. Donner, —*aquí vienen. Justo a tiempo para el postre.*

La habitación entera se levantó de sus sillas, aplaudiendo. Cinco hombres y dos mujeres entraron en la habitación. Se pararon justo pasado el umbral como inciertos por su bienvenida. Miraban con anhelo a la chimenea, a los platos vacíos apilados sobre las mesas sucias, pero no se movieron. En vez de eso, la multitud les alcanzó.

—*Disculpad,* - dijo Serena.

Se levantó y fue con los demás. Jasper la observó alejarse: el pelo negro cayendo sobre sus hombros de nuevo, un mechón metido en su boca pintada, las largas piernas en las medias púpuras. Unos camareros iban de un lado al otro entre las mesas apagando velas. Jasper observó cómo pellizcaban las llamas entre sus dedos. Pronto, la única luz era la roja de las chimeneas. Las bombillas de los candelabros eran tan tenues como la luz de las estrellas, brillando hacia la oscuridad.

En el extremo opuesto de la habitación, junto a la ventanas, ya no podía ver a Serena o a los senderistas. La multitud era una masa coagulada e indistinta a la tenue luz. Se movía lentamente por la pista de baile, saliendo por la ventana como la sombra masiva de la negra montaña. Sentado junto a la pista de baile había un único violinista. Había apoyado el instrumento en

el suelo y se estaba embutiendo bolas de partituras musicales dentro de la boca. Las masticaba despacio, sus manos tomaban las blancas páginas del aire a su alrededor como si estuvieran vivas. El viento apagó los candelabros, pero Jasper aún podía ver al músico, su boca y ojos húmedos y horribles.

—*¿Dónde están los otros senderistas?*

El Sr. Donner estaba mordiéndose el pulgar ferozmente, frunciendo el ceño en la mesa. —*A veces la gente hace cosas impensables para llegar a salvo a casa, - dijo él. —Cosas imposibles, cosas maravillosas. Y después, ¿crees que se van a casa? No. Descubres que es mucho, mucho mejor seguir viajando. Es difícil parar, en realidad.*

Las puertas deslizantes se habían cerrado... los senderistas que habían quedado separados del sendero y la montaña, deberían haber deseado volver. El fuego detrás de Jasper estaba agitado, proyectando más sombra que calor y aún así la habitación parecía cada vez más caliente.

Ya no le dolía el diente. El vino y el calor eran agradables.

—*Puedo asegurar que es usted un buen hombre, Sr. Donner. De lo contrario, mi diente me hubiera avisado. Nunca he tenido un dolor de diente como este. Nunca he estado en un lugar como este. Nunca he estado en una fiesta como esta. Pero su nombre es familiar. Mi diente me dice que su nombre es familiar.*

La multitud estaba volviendo por la pista de baile hacia ellos, hacia la mesa con siete platos, pero él no podía ver a Serena. Había sido engullida completamente. El violinista había terminado su música y, como un mago, levantó el arco de su instrumento y lo hizo descender hasta el interior de su amplia boca infeliz.

—*Quizá lo reconozcas, - dijo el hombre barbudo. —Pero, por otro lado, ¿qué es un nombre, hmm? Después de un tiempo, los nombres sólo son souvenirs. Lugares donde has estado. Déjame presentarte a algunos de mis amigos. - Saludó hacia la multitud que se acercaba —Sra. Gomorra, por*

ahí, Sr. Panza de la Ballena, Sra. Titanic, Srta A través del Espejo, Sr. y Sra. Vaya Mal Matrimonio, Sr. Por La Catarata en un Barril de Madera.

Fuera en la distancia, Jasper pudo oír aullar a un lobo. Lo cual era extraño. ¿Qué había dicho Serena? Sólo había marsupiales aquí. El lastimero ruido reverberaba en su diente.

El hombre barbudo estaba prácticamente rechinando sus dientes, sonriendo ferozmente.

—He visto nieve y he tenido hambre, y no he visto nada en mis viajes que sea tan malo como no estar vivo. Propongo un brindis, Sr. Todd.

Ambos alzaron sus vasos.

—Por el viaje, - dijo uno.

—Por la vida, - dijo el otro.

(...) Algunos parten este otoño hacia Texas, y más irán esta primavera hacia California y Oregon. Por mi parte, no tengo deseo de ir a ningún lugar. Ahora estoy muy lejos al oeste y creo que algunas personas podrían ir al oeste e incluso podrían haber dado la vuelta al mundo y nunca encuentran un lugar donde parar.

Elvira Power Hynes, Marzo de 1852

FIN

Capítulo 8

Relato 8 - Zapato y Matrimonio

(Shoe and Marriage. publicado en 4 Stories, 2000)

1. La zapatilla de cristal.

Él nunca encontró a la chica, pero aún sale a buscarla. Su esposa, la mujer con la que se casó, tiene una sonrisa muy hermosa, pero sus pies son demasiado grandes.

La chica le mira, pero no sonríe. Lleva demasiado maquillaje. Se ha puesto sombra de ojos como para pintar una casa, lápiz de labios, máscara, purpurina sexy por toda la cara y los hombros desnudos. Si la tocara, se le quedaría en los dedos, fina y arenosa y triste. Él no la toca. Las otras mujeres de la casa probablemente le han contado a ella cosas. Quizá ella le reconozca. A estas mujeres se les paga para ser discretas, aunque una vez una mujer le pidió un autógrafo. Trata de pensar en algo apropiado que escribir. Ella no tenía una hoja de papel de modo que, en su lugar, él escribió en el dorso de su menú para llevar. Escribió: *soy un hombre feliz. Amo mucho a mi esposa.* - Subrayó feliz.

Ambos están de pie incómodos en la salita de esta chica. La habitación es demasiado pequeña y la cama es demasiado grande. Ambos permanecen tan lejos de la cama como pueden. Hay una multitud en la pared. Hay carteles de famosos, fotos que esta chica ha recortado de periódicos y revistas de moda. Las personas de estas fotos están lustrosas como caballos. Parecen adinerados. Ve a su esposa con su hermosa sonrisa, les mira desde la pared. Si él mirara con atención, probablemente también se encontraría a sí mismo en la pared, con aspecto confortable y ya demasiado como en casa aquí. No mira a la pared. Mira a los pies de esta chica.

Él nunca ha sido un bailarín muy bueno. Lo que adoraba era a las mujeres con sus largas faldas amplias. Cuando bailaban, la pesada seda y tafetán se levantaba y se acampanaba y luego veías sus enaguas. Más seda, más tafetán... como si debajo fuera todo lo que había, seda y tafetán. Sus zapatos dejaban finas manchas grumosas por el suelo de mármol.

Nunca veía la clase de zapatos que ellas llevaban. Sólo los suyos. Quizá todas llevaban sandalias de cristal. Quizá las sandalias de cristal estuvieron de moda en su época. Los pies de esta chica deben de haber sido demasiado pequeños. Y era una chica alta. Ella se apoyó en sus brazos y él la levantó durante un rato. Podía oler su pelo. Estaba apilado en lo alto de su cabeza, todo fijado con una especie de nudo marinero, justo ahí bajo sus narices. Le hacía cosquillas en la nariz. Olía a caliente. Él era tan feliz. Debe de haberle mostrado la sonrisa más boba. El vestido bajaba hasta el suelo. Había diamantes en el dobladillo, que era de seda. El vestido hacía un sedoso ruido al resbalar por el suelo, como pequeñas garras. Sonaba como los ratoncillos.

De modo que estas eran las dos cosas que él aún se preguntaba. ¿Qué hay bajo esas faldas? Aquellas otras personas que bailaban... ¿eran ta felices como él?

En el jardín, el reloj marcó las doce y ella se fue... cuando se fue, ¿dónde fue? Él nunca encontró a esa chica. Encuentra otras chicas.

(Estas chicas) esta chica (no llevan) ella no lleva suficientes ropas. El color de madarina se ve a través de la camisa, falda corta toda rota hasta el muslo, carnosos pechos gruesos apretados en un sujetador negro, brazos de piel de gallina, largas piernas equilibradas sobre aquellos dos piececillos, encuentra el cuerpo extremadamente ameno. —*Primero de todo*, - le dice, —*echemos un vistazo a tu armario*.

En los armarios de los demás siempre se encuentra el tipo adecuado de vestido. Este vestido no es la clase de vestido que uno espera encontrar en un armario en este tipo de casa. Es un vestido de gala y suave, con lazo, largo y recatado. Es rosa. Esta chica, piensa él, huye de casa sobre sus piececillos con una mochila a la espalda, con estas cosas dentro: carteles de su estrella de rock favorita, sus vestido de fiesta de graduación y el tigre de

peluche con realistas ojos de cristal que él ve ahora encima de la colcha de terciopelo rojo sobre la cama.

—*¿Cuál es tu nombre?*

La chica cruza los brazos frente al pecho defensivamente. Se ha percatado de que sus pechos no son lo que interesa después de todo. Sus brazos tienen pecas y también, observa él, moratones, como si alguien la hubiera estado sujetando sin el debido cuidado.

—*Emily*, - dice ella. —*Emily Manzana*.

—*Emily*, - le dice, —*¿por qué no te pones este vestido?*

Cuando era pequeño siempre pasaba una de estas dos cosas: o le mimaban y le consentían o le ignoraban y le dejaban con sus propios asuntos. Cuando estaba solo lo que más le gustaba era sentarse en cosas. Le gustaba esconderse a plena vista, estar en medio de todo el mundo. Se sentaba debajo del piano en la sala de música. En los banquetes, arrastraba su enorme silla y se sentaba bajo la mesa con los perros de su padre. Le lamían la cara y los brazos con largas lenguas eficientes. Se escondía en la chimenea en el gran salón, detrás de las pantallas de hierro. En el verano había palomas en las chimeneas, lagartos y telas de araña, trocitos de cascarones rotos, plumas y huesos atrapados en las grietas. Las damas en espera se quedaban amodorradas a la fina luz solar polvorienta en las habitaciones de su madre y él gateaba bajo sus pesadas faldas y se sentaba en sus pies de lentejuelas, quieto como un ratón.

Ayuda a Emily Manzana a deslizarse en el precioso vestido rosa por encima de la cabeza.

Abotona la hilera de botones de su estrecha espalda. Le levanta el pelo, lo amontona y pasa fijadores a través de la viscosa masa cardada. Se sienta perfectamente quieto sobre la cama, los ojos de cristal del tigre le contemplan tras los pliegues de la falda. Trae agua en una palangaba y le lava y le empolva la cara. Encuentra un cierre entre un montón de ajorcas y fijadores de seguridad. Dentro hay una fotografía de una joven, quizá Emily Manzana o quizá no. La chica le mira. *¿Qué clase de chica piensas que soy?*

Él le aprieta el cierre alrededor del largo cuello de Emily Manzana. La cara de la chica está muy desnuda, es muy hermosa. Sus pecas destacan como puntitos de hollín sobre una sábana blanca. Luce como si fuera a un funeral o a una boda. Encuentran un par de guantes y los ponen en sus pecosos brazos. Sus dedos sobresalen donde los ratones han roído las puntas de los dedos de los guantes, pero el vestido baja todo el camino hasta el suelo. Ambos se sienten más cómodos ahora.

A veces le sorprende, todas estas chicas fugitivas... todas estas mujeres... con sus caras tristes y sus piececillos. ¿Cuánto tiempo ha sido suya esta casa? Cuando estuvo buscando a esa chica, visitó un montón de casas. Llamaba a las puertas delanteras. Anunciaba quién era. Estas eran chicas convenientes de buenas familias. Había damas. Le preguntó a las damas si también se pobrarían el zapato. Por la noche soñaba con los pies de las mujeres. Pero en esta casa nunca había estado.

Lleva casado nueve años. Quizá sea esta la clase de casa que sólo pueden encontrar los casados.

Esa chica, ¿a dónde ha ido? Aún la está buscando. No espera encontrarla, pero encuentra a otras chicas. Ama a su esposa, pero sus pies son demasiado grandes. No era lo que él esperaba, su vida, no era en absoluto lo que esperaba. Su esposa no es la que estaba buscando. Fue un sorpresa, rompió a reír, la zapatilla de cristal colgando de los dedos de los pies. Ella soltó una carcajada y el hollín cayó de su pelo. Él la ama y ella le ama, pero esa chica... él sólo bailó una vez con ella antes de que el reloj anunciase la medianoche y luego ella se dejó el zapato. Se suponía que él debía encontrarlo. Se suponía que debía encontrarla. Nunca la encontró, pero estas chicas, esta chica, Emily Manzana, las otras chicas en sus salitas: la mujer de escaleras abajo sabía exactamente la clase de chica que estaba buscando. En uno de esos armarios, piensa él, quizá haya (quizá hay) una zapatilla de cristal, la pareja de la que tiene en su bolsillo.

Algunas noches cuando llega a casa, lleva el zapato huérfano en el bolsillo de su abrigo. Cabe sin problemas. Así de pequeño es, así de imposiblemente pequeño. Su esposa le sonríe. Nunca le pregunta dónde ha estado. Se sienta en la cocina junto al fuego con sus pies metidos bajo los de él y él apoya la cabeza en su regazo. Ojalá sus pies no fueran tan grandes. Cuando estaba

buscando a la chica por primera vez, tenía que levantar un montón de faldas. Sólo la altura justa, en serio, no lo bastante alto. Se arrodillaba y probaba el zapato en cada pie. Pero nunca encajaba bien y él siempre se iba de nuevo con el zapato en el bolsillo.

Su esposa no era una de las chicas convenientes. Era una dama de cocina. Cuando la veía, ella estaba con la cabeza dentro de la chimenea de la cocina. Estaba barriendo con el plumero la chimenea, deshollinando. Iba negra de la cabeza a los pies por el hollín, negra como un escarabajo. Cuando ella estornudaba, el hollín se levantaba en una nube. Ella intentaba hacer una reverencia cuando le veía y el hollín caía como una capa negra.

Todos se habían amontonado en la cocina detrás de él: los soldados, la dama de la casa, sus hijas, las otras damas. Uno de los soldados leyó el edicto y la chica llena de hollín estornudó de nuevo. Las jóvenes damas convenientes parecían malhumoradas y las damas parecían arrogante, como si supieran lo que iba a pasar. No les gustaba ni una pizca, pero no estaban ni una pizca sorprendidas. La chica de la cocina desempolvó un taburete de cocina y sentó su hollinada persona sobre él, con los hollinados brazos en jarras. Los largos dedos prensiles de sus negros pies descalzos se aferraron a la piedra del suelo cuando él se arrodilló junto a ella. Sintió el pie de la chica caliente y arenoso en su mano y los largos dedos de los pies aletearon como si le estuvieran haciendo cosquillas. Dejó colgando las zapatillas de cristal sus dedos de los pies. El hollín cayó sobre sus dedos. Había hollín en los largos pliegues de su falda. Él quedó allí durante un rato, arrodillado en las cálidas cenizas a sus pies.

—*¿Qué tamaño de zapato usas?* - dijo él. Los pies de ella eran demasiado grandes.

—*¿Qué clase de chica crees que soy?* - dijo ella. Sonó como si estuviera regañándole. Cuando él alzó la vista hacia su cara, era muy hermosa.

Esta chica se sienta perfectamente inmóvil sobre la cama. Hay justo el espacio suficiente para que él se arrodille junto a la cama. Levanta su falda a la altura justa. Él recoge el piececito en su mano. ¿Cómo puede ser el pie de alguien tan pequeño? Cabe en la palma de su mano como un gatito o un huevo. Desearía ser así de pequeño, como un zapato. Desearía ser un

perfecto zapatito para acoger ese pie y esconderse bajo su falda para siempre. Saca la zapatilla y la desliza en su pie. Ambos bajan la vista a su pie, hermoso en la zapatilla de cristal, y la chica suspira.

—*Encaja bien*, - dice ella. Puesto que él no dice nada, ella dice —*¿Qué hacemos ahora?*

—*¿Qué clase de chica crees que soy?* - dijo esa chica llena hollín (su esposa).

Le dice a la chica sobre la cama: —*Quítate el zapato para que pueda ponértelo de nuevo.*

2. Miss Kansas en el Día del Juicio.

Estamos sentados en nuestra cama de luna de miel en la suite de luna de miel. Estamos en un estado de miel, en nuestro mes de miel. Estas palabras son tan dulces: luna de miel. Esta cama es tan grande que podríamos vivir en ella. Hemos estado felizmente desterrados... desterrados de miel... a esta cama durante días. Tengo puestos un par de calcetines y te has puesto tu ropa interior al revés. Es decir, esa es mi ropa interior, la que te has puesto al revés. Esto es perfectamente natural. Todo lo que tengo puesto ahora es la tuya. Mi ropa interior es tu ropa interior. Hemos hecho votos para tal efecto. Nuestra ropa interior nos queda tan graciosa.

Tiendo a ir hacia ti. El matrimonio ha afectado a las leyes de gravedad. Ahora orbitaremos el uno alrededor del otro. Ejercerás gravedad sobre mi y yo ejerceré gravedad sobre ti. Somos uno la Luna del otro. Me sujetas por los pies con ambas manos como si, de lo contrario, te pudieras caer de la cama. Creo que podría subir flotando y tocar el techo, aplastarme, si me dejas ir. Por favor no me sueltes.

¿Cómo nos conocimos? ¿Cuándo nos casamos? ¿Dónde estamos y cómo hemos llegado aquí? Un día, pensamos, tendremos hijos que nos harán esas preguntas. Nos inventaremos las cosas. Les hablaremos de este hotel. Nuestra habitación tiene vistas al océano. Tenemos un balcón, aunque no hemos llegado tan lejos, demasiado lejos.

¿Dónde estamos y cómo hemos llegado aquí? Estamos muy lejos de casa. Esta cama bien podría ser un país extranjero. Ambos echamos un poquito de menos el hogar, aunque no nos lo hemos confesado. Recordamos haber cortado la tarta. Nos servimos ponche el uno al otro, entrelazamos los brazos y apuramos la copa del otro. ¿Qué había en ese ponche?

Somos los únicos en luna de miel del hotel. Todos los demás son participantes de un concurso de belleza o acompañantes de un concurso de belleza. Hemos visto a los acompañantes en los salones, mujeres armadas con latas de laca y huevecitos con medias de emergencia, con aspecto fatigado pero completamente competentes. A través de las paredes, hemos oído a las concursantes de belleza hablando en sueños. Hemos puesto vasos en las paredes para oír lo que estaban diciendo.

Como pareja en luna de miel, somos buenos talismanes de la suerte. Como si nuestra felicidad, nuestra buena fortuna, pudiera obtenerse frotándonos. Las concursantes nos piden un poco: se rozan contra nosotros en los salones, arrancan hebras de pelo de nuestras ropas. Siempre que dejamos nuestra la cama, nuestra habitación... no sucede a menudo... dos o tres seguro que están acechando justo al otro lado de nuestra puerta. Pero hoy... esta noche... tenemos el hotel para nosotros solos.

La televisión está encendida, o quizá estemos soñando. Ahora que estamos casados, tendremos los mismos sueños. Estamos observando (soñando) el concurso de belleza.

En la televisión, Miss Florida está andando por el escenario. Es rubia y sabemos por los chismorreos en el bar del hotel que esto contará en nuestra contra. Las morenas ganan más a menudo. Tres morenas, Miss Hawaii, Miss Arkansas, Miss Pennsylvania, nos siguen detrás. Dan grandes pasos lentos y giran sus caderas con experiencia. Las luces de colores del escenario rebotan en sus relucientes vestidos de corazonitos. En las entrevistas televisivas, supimos que Miss Arkansas es disléxica, o quizá era Miss Arizona. Tenemos esperanzas en Miss Arkansas, que tiene un largo cabello liso marrón que le cae recorriendo toda la espalda.

Tú dices que si no estuviéramos casados, te casarías con Miss Arkansas. Aún cuando no sabe deletrear, sí puede sentarse sobre su propio cabello. Un

amante treparía por ese pelo como por una cuerda de gimnasio. Es cabello de cuento de hadas, el pelo de Rapunzel. La vemos practicar para el concurso en la sala de fiestas del hotel con dos cerdos salvajes, su pelo trenzado con lazos hacia dentro. Le escuchamos decir en su entrevista que no se ha cortado el pelo desde que tenía doce años. Podemos saber que es una chica pasada de moda. Por favor, no me sueltes los pies.

Tenemos que admitir que estamos impresionados con el vestido de Miss Pennsylvania. En su entrevista, descubrimos que ella se hace toda su propia ropa. Este vestido tiene cuarenta mil lentejuelas cosidas a mano. Le llevó un año y un día zurcirlas todas, que se suponía que debían verse desde una distancia como la de ese cuadro de Seurat: *Tarde de Domingo en la Pasarela*. - Es ciertamente una obra de arte. Su madre y sus padre ayudaron a Miss Pennsylvania a clasificar las lentejuelas por colores. Ella tiene tres hermanos más jóvenes, jugadores de fútbol y todos la ayudaron también. Imaginamos las agujas de lentejuelas brillando en las grandes manos de sus hermanos. Sus hermanos están entre la audiencia esta noche, extremadamente orgullosos de su hermana, Miss Pennsylvania.

Estamos orgullosos de Miss Pennsylvania también, pero somos volubles. Miss Kansas sale a escena y nos enamoramos de sus pies. No me sueltes los pies. Ambos nos casaríamos con Miss Kansas. Me estrujas el pie demasiado fuerte cuando ella sale a escena en su vestido azul a cuadros, con la banda azul en su pelo. Viste calcetines azules hasta los tobillos y zapatos de charol rojos. Practicamente brinca por el escenario. No mira a la derecha y no mira a la izquierda. Mira como si fuera a alguna parte. Cuando Miss Kansas sale del escenario, al instante deseamos que regrese de nuevo.

Ojalá tuviera un par de zapatos como esos, dices. Te digo que tus pies son demasiado grandes. Pero si yo tuviera un par como ese, te dejaría ponértelos. Ahora que estamos casados, nuestros pies serán del mismo tamaño.

Estamos orgullosos de Miss Pennsylvania, amamos a Miss Kansas y tenemos miedo de Miss New Jersey, que se ha peinado el cabello rojo en cuernos curvados hacia dentro. Tiene largas uñas rojas y lleva un vestido rojo caramelo que le sube hasta los pezones. Puedes ver que no lleva medias. Miss New Jersey ni siquiera se ha afeitado las piernas. ¿En qué

estaba pensando su acompañante? (Hemos oído rumores en el salón de que Miss New Jersey se comió a su acompañante. Ciertamente nadie ha visto al acompañante en algunos días.) Cuando ella sonrío puedas ver todos sus dientes puntiagudos.

La complexión de Miss New Jersey es verdusca. Tiene pechitos puntiagudos y un culo gordo y se menea de lado a lado. Tiene una cola. Menea el culo, azota con la cola, ambos nos quedamos con la boca abierta. Su cola es prénsil. Se rasca el gran culo con ella. Es algo indecente y estamos simultáneamente desmayados y excitados. Toda la audiencia está boquiabierta. Un juez se desmaya y uno de los otros jueces le remoja con un cubo de agua helada. Miss New Jersey pone morritos, saca la punta de la lengua, hace una pedorreta justo a la pantalla de la televisión y sale del escenario.

Bueno, bueno, decimos, impactados. Nos acurrucamos juntos sobre la enorme la cama. Por favor, no me sueltes, por favor, sujétame los pies.

Algunas de las otras concursantes: Miss Idaho quiere trabajar con niños. Miss Colorado cría ovejas. Puede esquilar una oveja en menos de un rato. El vestido que lleva ha sido tricotado, cardado y cosido por ella misma. El diseño es suyo propio. Este vestido de lana es tan elegante, tan fino, que nos parece que Miss Colorado, en realidad, no lleva nada en absoluto. De hecho, Miss Colorado es en realidad un hombre. Podemos ver el pene de Miss Colorado. Pero posiblemente sólo sea un truco de la luz.

Miss Nevada has sido abducida por aliens en numerosas ocasiones. Los focos del plató parecen ponerla extremadamente nerviosa y ocasionalmente se dirige a su entrevistador como Amo Estelar. Miss Alabama ha construido su propio dispositivo nuclear. Tiene una lista de demanda. Miss South Carolina quiere perseguir un carrera en Hollywood. Miss Norte Carolina se puede besar su propio codo. Intentamos besarnos los codos, pero es mucho más difícil de lo que parece en televisión. Por favor sujétame fuerte, creo que me voy a caer.

Miss Virginia y Miss Michigan son gemelas siamesas. Miss Maryland quiere estar en los musicales de Broadway. Miss Montana es una incendiaria. Está enamorada del fuego. Miss Texas es una asesina

professional. Realiza exorcismos en su tiempo libre. Dice que tiene a Miss New Jersey vigilada. La 9a. Miss Kansas quiere ser una chica del tiempo.

Miss Rhode Island tiene un gran cabello, todo de aspecto tentacular y acicalado y aseado. La parte superior se zangolotea cuando ella da vueltas sobre el escenario en una silla de ruedas de aspecto extremadamente ruinoso. Sólo tiene los dos brazos, pero parece tener demasiadas piernas. También demasiados dientes. La hemos visto practicar ballet acuático en la piscina del hotel. (Más tarde, durante el show de talentos, actuará en un tanque hecho de cristal especialmente tratado.) Tenemos que admitir que Miss Rhode Island tiene talento pero tenemos problemas para decir su nombre. Demasiadas sibilantes. También, en el desayuno, su aliento huele a pescado crudo y por la noche el áspero murmullo de hechizos, encantamientos y nombres de los dioses antiguos que se oyen a través de la pared nos han causado pérdida de sueño.

El traje de baño de Miss Rhode Island está diseñado para destacar sus muchas piernas bien proporcionadas, que ondula y serpentea seductoramente para los jueces. Decidimos que nunca, nunca viviremos en Rhode Island. Quizá nunca dejemos el hotel: quizá simplemente nos quedemos a vivir aquí.

Nos comemos con los ojos a algunas de las concursantes en sus trajes de baño. Intentamos no mirar a las otras. Hemos construido una especie de tienda de campaña con la manta y nos sentimos perfectamente a salvo en el interior de nuestra tienda-manta. Mientras me estás sujetando. No sueltes.

Hay cinco jueces. Una de ellas, una Miss America oficial, lleva una tiara, todo su pelo metido bajo una tijereta. Es muy regia pero sus boca no es agradable. En su mano hay un espejo que consulta de vez en cuando durante la fase de puntuación, mientras reaplica barra de labios vigorosamente. De vez en cuando susurra, ¡Te cogeré, mi preciosa!

Otro de los jueces es un viejo borracho. Le vemos andando sobre la pasarela fuera del vestíbulo del hotel, llevando un cartel en sandwich y predicando a la masas. Se estaba mojando los pies. Su cartel en sandwich dice que el fin del mundo está cerca. Bajo esto alguien ha escrito en barra de labios ¡leones y tigres y osos, oh, dios!

Dos de los jueces están cogidos de las manos debajo de la mesa.

El último juez es notablemente tímido de la publicidad, aunque es grande y poderoso. Una cortina verde semitransparente se ha erigido alrededor de su silla. Especulamos que está desnudo o dormido o, posiblemente, no está ahí en absoluto.

Empieza el show de talentos. Hay toda clase de actuaciones usuales, claqué, baile, mimo y encantamiento de serpientes. Miss West Virginia habla varias lenguas. Algunos entendemos lo que dice. Dice que el mundo terminará pronto, que tendremos seis hijos y todos tendrán buenos dientes, que siempre seremos tan felices como lo somos en este mismo momento mientras que no nos soltemos. No sueltes. Miss Texas entonces sale al escenario y exorciza lentamente a Miss West Virginia. La audiencia aplaude con incertidumbre.

Miss Nebraska sale sobre el escenario y hace algunos trucos de magia con cartas. Luego sierra a Miss Michigan y Miss Virginia por la mitad.

Miss Montana construye su propia pira con canela y otras especias de la casa. Construye un trampolín con mondadientes y terrones de azúcar, los pega con laca. Se pone de pie sobre él durante un momento, espléndida y sin temor. Después extiende sus alas y salta. Los bomberos permanecen al otro lado del escenario, preparados para apagarla. Ella emerge del fuego, renovada y rosa y reluciente, incluso más hermosa que antes. Los bomberos la cargan sobre sus anchos hombros.

El tanque de un millón de litros se llena ante nuestros ojos durante un interludio musical. Nosotros nos besamos, retozones como adolescentes. Así nos sentimos, siempre nos sentiremos así. Siempre estaremos sujetándonos el uno al otro de este modo. Cuando miramos la televisión de nuevo, Miss Oregon está andando sobre el agua. Estamos seguros de que eso se hace con espejos.

Miss Rhode Island realiza su danza acuática, un tributo a Esther Williams, sólo que con más piernas. Puede aguantar la respiración durante mucho tiempo. La primera fila del público lleva chubasqueros y paraguas. Miss Rhode Island los remoja como velas. Durante el clímax de su actuación hay

una breve e inexplicable lluvia de ranas. Miss Texas aparece sobre el escenario de nuevo.

Te quise la primera vez que te vi. Espantapájaros, mi querido espantapájaros, te quiero más que a todos. ¿Quién habría predicho que acabaríamos aquí en el hotel? Parece como el comienzo del mundo. Esta vez, nos decimos que las cosas van a ir exactamente según lo planeado. Hemos evitado la manzana en la cesta de la fruta seductora. Cuando la serpiente se enrolló, la alcachofa de la ducha me habló, Llamé al servicio de habitaciones y Miss Ohio, la encantadora de serpientes, vino y se la llevó. Cuando me sujetas, no siento nostalgia de casa en absoluto.

Miss Alaska levanta a los muertos. Esto más tarde probará tener serias repercusiones, pero los jueces han tomado una decisión y a Miss Texas no se le permite subir al escenario de nuevo. Se ha entendido que ella ha ido demasiado lejos, demasiado ansiosa para hacer un espectáculo de sí misma. Ha perdido puntos de los jueces y del público.

Me pides que me ponga el vestido de boda. Me haces una corona con el papel del champán y ese papelillo que va alrededor del asiento del retrete. Nos sentamos en el borde de la inmensa cama, mis pies en tu regazo, tus pies colgando peligrosamente. Ojalá tuviéramos un par de zapatillas mágicas. Te has puesto tu chaqueta del traje y mi ropa interior. O sea, tu ropa interior. Deberíamos haber traído más ropa interior. ¿Y si nunca llegamos a casa otra vez? Tienes un brazo alrededor de mi cuello tan apretado que apenas puedo respirar. Puedo olerme a mí mismo sobre tu dedos.

¿Dónde iremos ahora? ¿Cómo encontraremos nuestro camino a casa de nuevo? Deberíamos habernos cargado los bolsillos de piedras. Quizá vivamos aquí para siempre, en el mes de miel, sobre la cama de miel. Viviremos como reyes y reinas y llamaremos al servicio de habitaciones cada noche y nos haremos viejos juntos.

En la televisión, los escenógrafos han remplazado el tanque de agua con un trampolín. No nos importaría tener un trampolín como ese. Aparece Miss Kansas, sus pelo en dos coletas, sus zapatos rojos haciendo daño a nuestros corazones. No lleva ni un puntada de ropa. No necesita vestir nada más.

Coloca las dos manos sobre el borde del trampolín y se impulsa hacia arriba de modo que queda boca abajo sobre el marco, sus dos trenzas apuntan hacia abajo, sus zapatos apuntan rectos hacia arriba. Choca sus talones con gracia y salta sobre el trampolín. Mientras surca el aire, con sus pechos rechonchos y nalgas botando, sus brazos se agitan en el aire y empieza a cantar. Su fuerte voz hogareña la impulsa a través del aire, sus fuertes piernas golpean en la resistente piel del trampolín como si nunca tuviera intención de aterrizar.

Sabemos que reconocemos esta canción.

Rebotamos en el borde de la cama experimentalmente. Las lágrimas caen por nuestra caras. Los jueces sollozan abiertamente. Esa canción suena tan familiar. ¿La tocaron en nuestra boda? Miss Kansas rueda en el aire, mete las rodillas bajo sus brazos y cae como una piedra. Se alza de nuevo y ya no baja, el aire la hace flotar igual que tú me sujetas desnuda como un ruiseñor, ella se suspende equilibrada en el aire, el terrible y ruidoso aire rompehuesos: nos sujetamos con fuerza el uno al otro. El viento está arreciando. Si fueras a soltarme... no me sueltes...

3. La esposa del dictador.

La esposa del dictador vive en el museo del zapato. Durante las horas de visita, ella se acuesta en la cama de la planta de abajo con el resto de las exposiciones. Cuando entras, no consigues verla pero puedes oirla. Está hablando de su marido.

—Adora comer fresas. A mí no me gusta comer fresas. Me saben a gente muerta. Prefiero beber sopa de piedras. Nos comimos los más hermosos platos cada noche. No sé a quién pertenecían. Sólo seguí la pista de los zapatos.

El museo es un laberinto de cajones. Los visitantes deambulan por los estrechos pasillos con los codos pegados al cuerpo para que no rocen el cristal de los expositores. Vagan hacia el centro de la sala de exposiciones, hacia la voz de la anciana dama, hasta que llegan hasta la cama. Las cajas de cristal se apilan en altas hileras que rodean la cama por todos lados. En las cajas hay pares de zapatos. En la cama está la esposa del dictador,

tapada hasta la barbilla con la manta. Los visitantes se detienen y se quedan mirando a la esposa del dictador.

Ella le mira, vetusta y frágil. Es desconcertante, eso de ser observado por esta anciana. En los museos decentes vas a contemplar exposiciones, no a que te contemplen ellas a ti. La esposa del dictador está arrugada como unos de esos perros. Lleva una peluca negra que le queda demasiado pequeña para su cabeza. Sus dientes falsos están en un vaso de recuerdo junto a la cama. Se coloca los dientes.

La esposa del dictador siempre se queda mirando los zapatos de los visitantes hasta que los visitantes bajan la vista para mirarlos también, preguntándose si tienen un cordón desatado.

Otra dama anciana, pero no tan anciana, permite entrar a los visitantes. Los martes limpia el polvo de las cajas con un viejo vestido de seda. —*Hoy hay Entrada Libre*, - dijo ella. —*Quedéense cuanto quieran*.

—*Mis zapatos*, - dice la esposa del dictador a un visitante que se ha parado a contemplarla. Ella dice esto de igual modo que algunos dicen: Mi hijo. Se nota un acento en su voz o quizá es que los dientes no le encajan bien.

—*Las personas no piensan en los zapatos tanto como deberían. ¿Qué les pasa a tus zapatos cuando te mueres? Cuando estás muerta, ¿para qué necesitas zapatos? ¿Es que planeas ir a algún sitio?* - dice la esposa del dictador —*Siempre que mi marido hizo que mataran a alguien, fui a la familia de la persona y pedí un par de sus zapatos. A veces no quedaba nadie a quién pedirlos. Mi marido era un hombre que sospechaba mucho.* - De vez en cuando su mano derecha desaparece bajo su peluca como si estuviera buscando algo allí arriba. —*Una familia se sienta para desayunar. La esposa podría hablar del tiempo. Alguien podría pasear cerca y oír a la esposa hablar del tiempo. Luego los soldados acudían y se los llevaban, marido, esposa, hijos. Les daban palas. Cavaban un agujero enorme junto a otras personas que cavaban otros agujeros. Luego los soldados los ponían en fila, padres, madres, hijos, y les disparaban. En este país piensas que hablar del tiempo es seguro pero no lo es. Tampoco el desayuno es seguro. Soborné a los soldados. Me trajeron los zapatos de la gente que habían disparado. Eventualmente, había tantos pozos llenos de gente*

muerta en nuestro país que no se podía tener un huerto de hortalizas sin desenterrar a alguien. Era un país pequeño pero los muertos ocupan un montón de espacio. Yo tenía armarios especiales para todos los zapatos. A veces sueño en todos esos muertos. Nunca dicen nada. Sólo están ahí, descalzos, mirándome.

Bajo la manta, la esposa del dictador parece un bodegón de copas y huesos, cuchillos y palos. El visitante no puede saber si ella lleva zapatos o no. A los visitantes no les gusta pensar en los zapatos de la esposa del dictador, brillantes y negros como ataúdes, ocultos bajo las sábanas. El visitante podría no querer pensar en los pies fríos de la esposa del dictador descalzos. Y esa cama... ¿quién sabe lo que hay debajo? Gente muerta, puesta en fila en parejas como las zapatillas en el dormitorio.

—Cuando me casé con él yo tenía quince años.... - dice la esposa del dictador. —... yo era considerada la chica más hermosa del país (recuerda que no es un país muy grande). Mis fotos estaban en todos los periódicos. Mi padres querían que me casara con un hombre mayor que yo que tenía un gran patrimonio. Este hombre tenía dientes horrorosos pero los ojos eran amables. Creí que sería un buen marido, así que les dije que sí. Mi vestido era tan hermoso. La cola era de tres metros de largo y tenía dos docenas de chicas de buenas familias para sostenerla en el aire detrás de mí cuando caminamos hacia el altar. La sastre me dijo que parecía una estrella de cine o una santa. El día de mi boda, el dictador me vio viajando en el coche de mi padre. Me siguió hasta la iglesia y me ofreció una elección. El dictador dijo que se había enamorado de mí. Dijo que podía casarse él en su lugar o sino harían que fusilasen a mi prometido. El dictador no había estado en el poder desde hacía mucho tiempo. Había rumores. Nadie los creía. Mi prometido dijo que el dictador debería salir fuera con él y hablar de hombre a hombre o ponerse a pelear. Pero el dictador asintió a uno de sus soldados y arrastraron a mi prometido fuera y le dispararon.

—Después el dictador dijo que podría casarme con él o dispararía a mi padre. Mi padre era un hombre influyente. Pienso que él creía que el dictador no se atrevería a dispararle. Pero le llevaron fuera y le dispararon justo en la puerta de la iglesia, aunque yo estaba rogándoles que no lo

hicieran. Entonces mi madre dijo que tendría que dispararla a ella también porque no tenía sentido seguir viviendo más tiempo. Ella estaba temblando. El dictador pareció muy decepcionado. Ella no estaba siendo razonable. Ella me miró mientras nos llevaban, pero no dijo nada. Se cayó uno de sus zapatos. No pararon para dejarnos recogerlo.

—Yo tenía una hermana gemela, un año mayor que yo. Cuando los soldados se llevaron a mi madre, mi hermana corrió tras ellos. Los soldados le dispararon cuando cruzó la puerta. Creí que, en lo siguiente, el dictador haría que me sacaran fuera, pero mi hermana Effie empezó a sollozar. Todas las damas de honor también estaban llorando. Effie dijo que ella no quería morir y que tampoco quería que yo muriera. Ella era muy joven, así que le dije que me casaría con el dictador. Los soldados nos escoltaron fuera. En la puerta, el dictador se agachó. Recogió el zapato de mi madre y me lo dio como si fuera una muestra de amor. Un souvenir.

—Al día siguiente, Effie y yo enterramos a mis padres y mis hermanos y mi prometido. Lavamos sus cuerpos y los vestimos. Les colocamos en buenos féretros acolchados y los enterramos, pero los enterramos descalzos. Llevé los zapatos de mis padres y de mi prometido a la casa del dictador durante mi trousseau, pero dejé a una tía nuestra al cuidado Effie.

Bajo la despeinada peluca, la cara de la esposa del dictador parece la cara de un anciano malvado y, solo durante un rato, el visitante puede pensar que no es la esposa del dictador en absoluto, tumbada ahí en la cama de la anciana, sino el mismo dictador disfrazado con una sucia peluca vieja.

—Yo era demasiado hermosa, - dice la esposa del dictador. Maté muchos hombres. —El dictador mataba a cualquiera... hombres y mujeres... que me mirara demasiado rato. Mató mujeres porque oyó a alguien decir que eran más hermosas que su esposa. Mató a mi peluquero porque le pedí que me cortara el pelo. Yo no quería que la gente me mirase. Pensé que si no tenía pelo, nadie me miraría porque no sería hermosa. Mi pelo nunca volvió a crecer. Llevo pelucas hechas con el pelo de mujeres muertas. Tenía armarios llenos de zapatos de los muertos. Iba y me sentaba frente a los armarios a veces para probarme zapatos. Solía pensar todo el tiempo en matarle. Pero era complicado. Había niños que sentaban a la mesa con nosotros y catában su comida. Cada noche antes de irme a dormir, sus

soldados me registraban. Él dormía con un chaleco antibalas. Él Había a charm hecho para él por brujas. Yo era joven. Tenía miedo de él. Nunca dormía sola con él... Durante mucho tiempo pensé que así funcionaba el matrimonio, un hombre y su esposa en una habitación con un guardaespaldas para observar lo que hacían. Cuando el dictador se quedaba dormido, el guardaespaldas estaba despierto. Se quedaba frente a la cama para observarme. Aquello solía hacerme sentir segura. En realidad no quería estar en una habitación a solas con el dictador. No sé por qué mataba gente. Él tenía pedadillas. Una adivina solía venir a la casa del dictador para explicarle los sueños de este. Se quedaban a solas durante horas. Entonces yo entraba para contarle mis sueños. Él se quedaba justo fuera de la habitación escuchando mis sueños. Podía olerlo allí de pie. Nunca soñé con el dictador. Yo tenía los sueños más maravillosos. Estaba casada. Mi marido era guapo y amable. Vivíamos en una casita. Discutíamos por tonterías. Qué nombre tendrían nuestros hijos. A quién le tocaba hacer la cena. Si yo era tan guapa como una estrella de cine.

—Una vez tuvimos una discusión y le lancé la tetera. Fallé. Me quemé la mano. Después de eso, yo siempre estaba soñando, Me quedó una cicatriz en la mano. Una quemadura. En los sueños mi marido solía besarla. La adivina nunca decía nada cuando le contaba mi sueños. Pero ella se quedaba cada vez más delgada. Creo que era por la mala dieta, los sueños del dictador y de su esposa, como comer piedras. Soñaba que yo engordaba al tener hijos. Cada noche mi sueño era la historia más maravillosa que me contaba a mí misma. Me quedaba dormida en la misma cama que el dictador. El guardia nos vigilaba y toda la noche sueñaba con mi casa y mi marido y mis hijos. Aquí viene lo extraño. En mi sueño, todos nuestros hijos llevaban zapatos. Yo sólo traía al mundo zapatos.

El visitante puede coincidir en que esto es extraño. En los sueños del visitante los niños son siempre más jóvenes de lo que realmente son. Puedes recogerlos en la palma de la mano, a todos ellos, como piedrecillas. En la lluvia, o en la ducha, se hacen transparentes, sólo sus perfiles son vagamente visibles.

—Mi vida era extraña, - dice la esposa del dictador. —¿Por qué no iban a serlo mis sueños? Pero yo amaba a aquellos hijos. Eran buenos hijos.

Lloraban a veces por la noche, igual que bebés de verdad. A veces lloraban tanto que me despertaba sin saber dónde estaba hasta que alzaba la vista y veía al guardaespaldas del dictador mirándome. Luego no podía volver a dormir. Una noche, el dictador tuvo un sueño. No sé cuál. Se movía y giraba toda la noche. Cuando se despertó, hizo que le trajeran a la adivina. Era por la mañana temprano. El sol aún no había salido. Fui y me escondí en mi armario. Él le dijo algo a la adivina. No sé el qué. Entonces sus soldados vinieron y pude oírles arrastrando a la adivina escaleras abajo y fuera al jardín. Le dispararon y un ratito después salí al jardín y le quité los zapatos. Yo estaba feliz por ella. Nunca le pregunté por qué la mató o por qué mató a todo el mundo. Cuando estuvimos casados, nunca le hice una pregunta. Yo era como la adivina. Nunca decía nada a menos que él preguntara. Nunca le miraba a la cara. Solía mirarle los zapatos en su lugar. Creo que él pensaba que yo miraba sus zapatos porque no estaban limpios o lo bastante brillantes. Los hacía pulir hasta que podía verme la cara en ellos. Su talla de zapato era ocho y medio. Me probé sus zapatos una vez pero me apretaban por los lados. Tengo pies de campesina. Sus zapatos eran estrechos como ataúdes.

Las lágrimas se deslizan por la cara de la esposa del dictador y ella las lame.

Dice: —tuve una hija. ¿Te lo conté? La noche antes de que naciera, el dictador tuvo otro sueño. Se despertó con un grito y me agarró el brazo. Me contó su sueño. Dijo que había soñado que nuestra hija se haría mayor y que le mataría.

Ella no dice nada durante un tiempo. Los visitantes pueden empezar a impacientarse, apartó la mirada hacia la hilera de zapatos en las cajas de cristal. La cama y la esposa del dictador se reflejaban en cada pane de cristal.

—Cuando nació mi hija...dice la esposa del dictador... ellos la colocaron en una caja. Lanzaron la caja por el puerto y la caja se hundió. Nunca le puse un nombre. Ella nunca llevó zapatos. Era calva como yo.

La esposa del dictador queda en silencio de nuevo. En el silencio, las cajas de cristal parecen vibrar levemente. Hay un olor como si alguien estuviera

cerca. Toda la gente bajo la cama está escuchando. Muy lejos, las otras ancianas canturrean mientras ella saca el polvo a las cajas.

En este punto, el visitante pregunta, dudando, —*¿y cómo creció y mató al dictador?*

—*Estaba muerta, de modo que no podía.* - dice la esposa del dictador.—*Un día el dictador estaba recogiendo fresas en su jardín. Pisó un pedazo de metal. Le atravesó el zapato. Al dictador se le infectó el pie. Se marchó a la cama y se murió allí seis días más tarde.*

La voz de la esposa del dictador se hace raspada y pequeña. Ella bosteza. —*Nadie sabía lo que hacer. Algunos creían que yo debía ser ejecutada. Otros creían que yo era una heroína. Querían ofrecirme una oficina. Yo quería morir y no quería quedarme allí, así que hice la maleta y la llené de zapatos. Metí cada uno de los zapatos. Me fui con mi tía y ella hizo la maleta de Effie. ¡Effie había crecido tanto! Estaba paseando fuera sin el sombrero puesto, como si la luz del sol no le hiciera daño. No nos reconocimos una a la otra. Subimos a un barco y viajamos lo más lejos como pudimos. Y aquí llegó. Yo tenía noventa y cuatro baúles y no había nada en ellos salvo zapatos.*

La esposa del dictador deja de hablar. Contempla con ansia al visitante como si el visitante fuese delicioso. Mira como si le gustara comerse al visitante. Mira como si le gustara comerse al visitante de un mordisco, escupir los zapatos del visitante como piedras. El visitante puede oír a Effie acercarse por el pasillo, pero la esposa del dictador no dice una palabra. Simplemente se queda sobre la cama y se quita los dientes de nuevo, los pone en el vaso junto a la cama.

Effie se mueve para que el visitante la siga. Cada caja tiene un nombre impreso en una tarjetita. No puede ver por encima de las cajas apiladas, pero puede ver a través de ellas. La luz se ha concentrado en las cajas y el cristal está caliente.

Effie dice: —*Toma. Estos zapatos pertenecían a un famoso cantante de ópera.*

Los zapatos del cantante de ópera tienen tacones altos verdes. Tienen botones de marfil por todo el lateral. El visitante examina los pies de Effie. Lleva sandalias de madera Dr. Scholl con gruesas hebillas de cuero. Sus uñas son rojas a juego con las hebillas. Cuando ve que el visitante los mira, ella se agacha y gira una llavecilla en el lateral del zapato. Unas ruedas rojas salen de las suelas de las Dr. Scholls. Gira la llave del otro zapato, y luego se endereza. ¡Qué alta es ahora!

Ella frota una caja de cristal con el vestido viejo una vez más y después lo frota con fuerza. Suena como una campana. —*El museo está cerrado ahora*, - dice ella al visitante. —*Hay una sesión matiné a las tres en punto con un final feliz. Quiero verla*. - Se aleja patinando por el estrecho pasillo de cristal, con precario equilibrio sobre sus espléndidos zapatos.

4. Final feliz.

El hombre y la mujer están cogidos de las manos. Se van a casar pronto. Si miraras bajo la mesa, verías que no llevan zapatos. Sus zapatos están encima de la mesa en su lugar. La adivina dice, —*Os habéis encontrado por suerte, ¿sabéis?. La mayoría de la gente no es tan afortunada*. - Ella está observando los zapatos, un par de botas negras, un par de zapatillas de tela, como si nunca hubiera visto tales espléndidos y sorprendentes pares de zapatos. Nadie se le ha presentado nunca con tales pares de zapatos. Esa mirada en su rostro dice.

—*Vas a recibir un montón de regalos de boda bonitos*. - dice ella. —*No quiero arruinar ninguna sorpresa, pero te darán dos cafeteras. Probablemente deberías quedarte con ambas. Se te podría romper una*.

—*¿Qué más?* - dice el hombre.

—*¿Quieres saber si tendréis hijos, ¿verdad? Sí, tendréis hijos, un par. Chicos listos. Nietos listos también. Pelirrojos. ¿Tenéis un jardín?*

El hombre y mujer intercambian miradas. Se encogen de hombros.

—*Bueno, veo un jardín*, - dice la adivina. —*Sí, un jardín, definitivamente. Tendréis rosas. Rosas y tomates. Moisés supone que los dedos de los pies*

son rosas. Pero Moisés supone erróneamente. ¿Conoces esa canción? Squashes, ¿era esa?

—*Cole Porter. Squash, - dice el hombre. —Squashes es el plural de squash.*

—*Vale, - dice la adivina. —Squash plural, no singular y tomates y rosas. Eso será cuando seáis más viejos. ¿Qué más queréis saber?*

—*¿Envejecemos juntos? - dice la mujer.*

—*Bueno, eso parece, - dice la adivina, —um, a mí me parece bien. Sí. Envejecéis juntos. Canas y todo. Plantais cosas en el jardín, vuestros nietos van a veros, tenéis amigos que también van a veros. Es una fiesta por las noches. - Gira la bota y se abotona la caña. —Uh.*

—*¿Qué? - dice la mujer.*

—*La forma en que os habéis conocido, es bonito. Mirad aquí. - La adivina señala a la hebra gastada. —Fue una cita a ciegas. ¿Véis lo que decía sobre la suerte?*

—*Puedes ver eso en tu zapato? - le dice hombre.*

—*Sí, - dice la adivina. —Todo muy claro. El jardín y los nietos. La cita a ciegas, el primer beso, ¡oh! La cita de después, ella te invitó a cenar. Lavó primero las sábanas. ¿Quieres que siga?*

—*¿Dónde viviremos? - dice la mujer. —¿Nos peleamos por el dinero? ¿Aún roncará cuando se haga viejo? Su sentido del humor... ¿aún contará los mismos chistes malos?*

—*Mira, - dice la adivina, —Tendréis una buena vida. No querrás todos los detalles, ¿verdad? Id a casa, haced planes de boda, casaos. Probablemente deberíais casaros en interiores. Creo que podría llover. No se me da bien el clima. Seréis felices, lo prometo. Se me da bien la parte feliz. Es lo que mejor veo. Si queréis saber sobre ronquidos o cáncer de mama o hipotecas, iros a ver a la mujer de la puerta de al lado que lee hojas de té.*

Ella dice, —*Envejeceréis juntos. Estaréis cómodos juntos. Lo prometo. Fiáros de mí. puedo veros, luego, los dos, estaréis sentados en vuestro jardín. Hay tierra bajo vuestras uñas. Estáis bebiendo limonada. No consigo saber si es casera, pero es perfecta. No demasiado dulce. Estáis recordando que ya os lo dije. Recordáis que os dije esto. ¡Qué suerte habéis tenido de encontraros! Estaréis cómodos juntos, como un viejo par de zapatos.*

FIN

Capítulo 9

Relato 9 - La Mayoría de Mis Amigos son Dos Tercios Agua

Most of My Friends Are Two-Thirds Water. 1998

"Vale, Joe. Como estaba diciendo, nuestras mujeres marcianas van a ser rubias porque, bueno, porque sí."

RAY BRADBURY, *La Hormigonera*.

Hace algunos años, Jack quitó la C de su nombre y se convirtió en Jak. Me llamó en el desayuno una mañana para decirme eso. Dijo que estaba friendo beicon para el desayuno y que todos sus compañeros de habitación se habían ido. Dijo que estaba andando por ahí desnudo. Podía haber estado diciendo la verdad, no sé. Podía oír algo de fondo bufando y siseando que podía haber sido beicon, o quizá sólo era estática en la línea.

Jak lleva un diario en el que escribe los sueños que tiene sobre hacer el amor con su exnovia Nikki, que se parece a Sandy Duncan. Nikki está ahora casada con otro. En el sueño más reciente, dice Jak que Nikki tenía una pierna de madera. Sandy Duncan tiene un ojo de cristal en la vida real. Jak me llama para contarme ese sueño. También llama para decirme que está enamorado de la mujer que hace el anuncio de la cafetera Braun, la rubia del pelo corto, como Nikki, y ojos somnolientos y un poco separados. No puede saber a partir del anuncio si ella tiene una pierna de madera, pero pone la TV cada noche con la esperanza de verla de nuevo.

Si yo fuera rubia, podría enamorarme de Jak.

Jak me llama con la primera línea de una historia. La mayoría de mis amigos son dos tercios agua, me dice, y le digo que eso no me sorprende.

Me dice que no, que esta es la primera línea. Hay una novela de Philip K. Dick, le digo, que tiene una primera línea como esa, pero no exactamente esa y no consigo recordar el nombre de la novela. Le escucho mientras limpio la nevera de mi padre. El nombre de la novela de Philip K. Dick es Confesiones de un Artista de Mierda, le digo a Jak. ¿Qué novela?, me dice.

Me dice que siguió a una mujer hasta su casa desde el metro, accidentalmente. Me dice que estaba sentada frente a él en el Número 1 que va a las afueras y que él le sonrió. Le digo que esto no es bueno hacerlo en Nueva York cuando no hay nadie más en el vagón de metro, viajando a las afueras más allá de la 116th Street, cuando es la una en punto de la madrugada, aún cuando sea asiático y no mucho más alto que ella, aún cuando fuera ella quien hiciera contacto visual primero, que es lo que dice Jak que ella hizo. De todas formas, él le sonrió y ella apartó la mirada. Ella se bajó en la siguiente parada, la 125th, y lo mismo hizo él. La 125th es su parada. Ella miró hacia atrás y cuando le vio, su cara cambió y empezó a andar más rápido.

¿Era rubia?, le pregunto casualmente. No me acuerdo, dice Jak. Llegaron hasta Broadway, Jak iba justo a pocos pasos detrás de ella y entonces ella miró atrás hacia él y cruzó al lado este. Él se quedó en lado oeste para que ella no pensara que la estaba siguiendo. Ella caminaba rápido. Él aminoraba el paso. Estaba a una manzana por delante cuando la vio cruzar La Salle, hacia él, hacia Claremont y Riverside, donde Jak vive en la quinta planta de un edificio de desgastada fachada de piedra de arenisca parda. Yo solía vivir en ese edificio antes de dejar la escuela. Ahora vivo en el garaje de mi padre. La mujer en Broadway miró atrás y vio que Jak aún la estaba siguiendo. Caminó más rápido. Me dice que él caminó incluso más despacio.

Para cuando Jak llegó al mercado de la esquina en Riverside, el que permanece abierto toda la noche, no podía verla. Compró un cubo de helado y papel del váter. Ella estaba delante él en el mostrador pagando por un cartón de leche y una caja de detergente. Cuando le vio, pensó que ella iba a decirle algo al cajero, pero en su lugar recogió su cambio y salió corriendo de la tienda.

Jak dice que las luces de Claremont son siempre un poco lúgubres y efervescentes, y los sonidos son apagados como si la calle estuviera bajo el agua. En el verano, el aire es más denso y oscuro por la noche, como el agua sobre la piel. Le digo que recuerdo eso. Me dice que por delante de él, la mujer estaba parpadeando bajo la farola como una bombilla. ¿Qué quieres decir, como una bombilla? le pregunto. Puedo oírle encogerse de hombros por teléfono. Parpadeaba, me dice, como una bombilla. Me dice que se giró para mirarle y luego apartó la mirada de nuevo. Su cara estaba pálida y parpadeaba.

En este punto, me dice que ya no estaba avergonzado. Ya no estaba preocupado. Casi sentía como si se conocieran. Podría haber sido un juego que estaban jugando. Me dice que no se sorprendió cuando ella paró delante de su edificio y entró. Cuando ella cerró de un portazo la puerta de seguridad detrás de ella, se quedó de pie durante un rato mirándole a través del cristal. Me dice que ella le miraba exactamente como Nikki le miraba, cuando aún salía con él, cuando se enfadaba con él por llegar tarde o por algún malentendido. La mujer detrás del cristal apretó los labios y miraba a Jak.

Me dice que cuando él sacó su llave del bolsillo, ella se giró y subió corriendo las escaleras. Él subió el primer vuelo de escaleras y luego ya no pudo verla. Entró en el ascensor y subió hasta la quinta planta. En la quinta planta, cuando estaba saliendo del ascensor, me dice que la mujer que se parecía a Nikki estaba dando un portazo en un apartamento justo frente al suyo. Oyó pasar la cadena por la cerradura.

¿Ella vive en frente?, le digo. Me dice que cree que acaba de mudarse. No hay nada como conocer a los nuevos vecinos, le digo. Al fondo de la nevera, detrás de arrugadas zanahorias y tarros de cebollas en escabeche y rábano de caballo, encuentro una botella de salsa de mantequilla de azúcar. No la he comprado yo, le digo a Jak por teléfono. ¿Quién ha comprado esto? Mi padre es diabético. Sé que tu padre es diabético, me dice.

Conozco a Jak desde hace siete años. Nikki lleva casada tres meses ahora. Él estaba en Ankara en una excavación arqueológica cuando rompieron, sólo que él no sabía que habían roto hasta que volvió a Nueva York. Ella le llamó y le dijo que estaba prometida. Le invitó a la boda y le desinvitó

algunas semanas después. Yo también estaba invitada a la boda, pero en su lugar fui a Nueva York y pasé el fin de semana con Jak. No dormimos juntos.

El sábado por la noche, que era cuando se suponía que Nikki se estaba casando, vimos un episodio de Los Vigilantes de la Playa en el que el actor David Hasselhoff casi se casa con la guapa socorrista rubia, pero al final no se casa porque tiene que salvar a unos turistas cuyo bote de pesca se ha prendido fuego. Luego vimos La Princesa Prometida. Bebimos un montón de whisky escocés y vomité en el fregadero de Jak mientras él se quedaba al otro lado de la puerta del baño cantando una canción que había escrito sobre Nikki casándose. Como yo no salía del baño, me dio las buenas noches a través de la puerta.

Yo me incliné sobre el fregadero, me lavé los dientes y me fui a dormir sobre un duro futón plegable. Soñé que estaba en la fiesta de boda de Nikki. Todos eran rubios en mi sueño, la madrina, el padrino, la madre de la novia, la chica de las flores, todo el mundo se parecía a Sandy Duncan menos yo. Por la mañana me levanté y conduje el coche de mi padre de vuelta hasta Virginia y hasta el garaje de mi padre y Jak se fue a trabajar a VideoArt, donde tiene un empleo a tiempo parcial relacionado con vídeos técnicos sobre escuelas de belleza y la Guerra del Golfo y cosas así. Mayormente edita, pero una vez le vi mirando un comercial de madrugada en el que unas manos llamaban a un número para pedir un videocalendario con bellezas exóticas. Mujeres, no flores. Yo casi pido el calendario por error.

No he hablado con Nikki desde antes de que Jak fuera a Turquía y ella se prometiera.

Cuando me mudé por primera vez al garaje de mi padre, tenía un empleo en la fábrica textil donde mi padre ha trabajado durante los últimos veinte años. Yo atendía llamadas de teléfono. Escuchaba a los hombres contar chistes de rubias. Me llevaba a casa paquetes gratis de ropa interior masculina. Mi padre y yo fingíamos que no nos conocíamos. Tras un tiempo, yo ya tenía toda la ropa interior masculina que necesitaba y me sabía todos los chistes al dedillo. Le dije a mi padre que me iba a tomar un tiempo sabático de mi tiempo sabático, sólo durante un tiempo y que iba a escribir un libro. Creo que quedó muy aliviado al oír esto último.

Jak me llama para preguntarme cómo le va a mi padre. Mi padre adora a Jak. Se escriben cartas un par de veces al año en las que mi padre le dice a Jak cómo me va y con quién estoy saliendo. Tienden a ser cartas muy cortas. Jak le envía artículos a mi padre sobre religión, insectos y países extranjeros donde él ha estado desenterrando cosas.

Mi padre y Jak no se parecen mucho, al menos eso creo, pero se caen bien. Jak es el hijo que mi padre nunca tuvo, el yerno que nunca tendrá.

Le pregunto a Jak si se ha vuelto a encontrar con la nueva vecina, la rubia y hay un breve silencio. Dice que sí, que ella llamó a su puerta algunos días más tarde para pedirle prestada una taza de azúcar. ¡Qué original!, le digo. Dice que ella pareció reconocerle y que por eso no sacó el tema. Dice que ha notado que parece haber un porcentaje usualmente alto de rubias en su edificio de apartamentos.

Huyamos a Las Vegas, le digo en un impulso. Me pregunta por qué Las Vegas. Podríamos casarnos, le digo, y al día siguiente podríamos divorciarnos. Siempre he querido un exmarido, le digo. Eso haría a mi padre muy feliz. Me hace una contraoferta: podríamos ir a Nueva Orleans y no casarnos. Le indico que ya hemos hecho eso. Le digo que quizá deberíamos probar algo nuevo, pero al final decidimos que debería venir a Charlottesville en mayo. Voy a dar una lectura en mayo.

A mi padre le gustaría que Jak se casara conmigo, pero no necesariamente en Las Vegas.

La vez que fuimos a Nueva Orleans, estuvimos despiertos toda la noche en el vestíbulo de un hostel, jugando a Corazones con una chica de Finlandia. Cada vez que Jak sacaba un corazón, sin importar lo que hubiera en su mano, sin importar si alguien ya hubiera anotado un punto o no, intentaba *alcanzar la luna*. Podríamos haberlo hecho, creo, podríamos habernos enamorado en Nueva Orleans, pero no delante de la chica de Finlandia, que era rubia.

Un año más tarde, Jak encontró un anuncio de unos pasajes para Paris, noventa y nueve dólares ida y vuelta. Esto fue mientras aún íbamos a la escuela. Fuimos durante el Día de San Valentín porque que era una de las

condiciones de la oferta promocional. Nikki estaba pasando un semestre en Escocia. Estaba estudiando la enfermedad de las vacas locas. Quedaron en dejar de verse mientras ella estuviera fuera y, en cualquier caso, ella estaba fuera, de modo que fui con Jak a Paris durante el Día de San Valentín. ¿No es romántico?, le dije, vamos a estar en Paris en el Día de San Valentín. Quizá conozcamos a alguien, dijo Jak.

He mentido. No fuimos a Paris durante el Día de San Valentín, aunque Jak sí que encontró el anuncio en el periódico y los pasajes sí costaban sólo noventa y nueve dólares ida y vuelta. No fuimos y él nunca me lo pidió y, de todos modos, Nikki llegó a casa más tarde ese mes y volvieron juntos de nuevo. Aunque fuimos a Nueva Orleans. Eso no creo que me lo inventara.

Me doy cuenta de que hay un problema con Las Vegas, hay un montón de rubias allí.

Probablemente te estarás preguntando por qué estoy viviendo en el garaje de mi padre. Mi padre probablemente se estará preguntando por qué estoy viviendo en su garaje. Le preocupan los vecinos.

Jak llama para decirme que está dejando su empleo en VideoArt. Ha recibido mucho dinero, que no sólo cubrirá el resto de su año escolar, sino que también le permitirá pasar otro verano en Turquía. Le digo que me alegro por él. Me dice que pasó algo extraño cuando fue a recoger su último cheque. Entró en un ascensor con siete rubias que se parecían todas a Sandy Duncan. Dejaron de hablar cuando él apareció y el ascensor estaba tan silencioso que podía oírlas respirar a todas. Me dice que estaban respirando todas en perfecto unísono. Me dice que todos sus diafragmas subían y bajaban al unísono como si hubieran estado corriendo, como una especie de evento olímpico de pecho sincronizado. Me dice que olía de maravilla, el ascensor olía como una caja de jabón detergente de Alegría de Limón Fresco. Jak salió en la trigésima planta y se quedaron todas en el ascensor, aunque se comunicaban telepáticamente entre ellas y se decían que deberían todas salir con él, que las siete deberían pasar el día con él, que podían ir todas al Zoo de Central Park, que sería maravilloso.

Pero ninguna salió, aunque pensó que parecían estar deseándolo cuando él lo hizo. Se quedó de pie en el pasillo y la puerta del ascensor se cerró.

Observó los números y el ascensor se paró en la planta cuarenta y cinco, la de arriba del todo. Tras recoger su cheque, subió a la planta cuarenta y cinco y aquí viene lo extraño, me dice.

Me dice que cuando se abrieron las puertas y salió del ascensor, la planta estaba completamente desierta. Había plástico por todas partes y envoltorios y latas de pintura y pedazos de molde por el suelo, como si el suelo entero hubiera sido renovado. Habían quitado un trozo del techo y podía ver las vigas y el cielo a través de las vigas. Todas las puertas de oficina estaban abiertas y caminó un rato por ahí, pero me dice que no vio a nadie, nadie en absoluto. ¿Dónde fueron las mujeres?, me dice. Quizá eran obreras de la construcción, le digo. No olían como obreras de la construcción, me dice.

Si digo que algunos de mis amigos son dos tercios agua, entonces notarás que algunos de mis amigos no lo son, que algunos probablemente son más y otros probablemente menos de dos tercios, que quizá algunos son dos tercios y otra cosa, además de agua, quizá algunos son dos tercios de Alegría de Limón Fresco. Cuando digo que algunas mujeres son rubias, notarás que probablemente no lo soy, Que probablemente no estoy enamorada de Jak.

He estado viviendo en el garaje de mi padre durante un año y medio. Mi cama está rodeada de cajas con adornos de árbol de Navidad (suyas) y cajas de libros de la facultad (mías). Fingimos que estoy escribiendo una novela. No pago alquiler. La novela irá dedicada a él. Hasta ahora he terminado la página de la dedicatoria y los tres primeros capítulos. En realidad, lo que hago es dormir hasta tarde hasta que se va a trabajar y luego camino tres millas hasta el cine del centro con películas de un dólar que solía ser un cine porno. Pero es la librería donde me quedo y leo novelas románticas baladíes en el pasillo. A veces voy al coffeeshop donde, en algunos meses, se supone que tengo que dar una lectura. La dueña es una amiga de mi padre y me da café. Me siento en la ventana y escribo cartas. Me voy a casa, preparo la cena para mi padre y luego a veces escribo. A veces veo la TV. A veces salgo de nuevo. Voy a bares y juego al billar con gente que no podría llevar a casa de mi padre. A veces los llevo a su garaje en su lugar. Les atraigo hasta casa con promesas de ropa interior gratis.

Jak me llama a las tres de la mañana. Me dice que tiene una idea estupenda para una historia de ciencia ficción. Le digo que no quiero oír una idea para una historia de ciencia ficción a las tres de la mañana. Luego me dice que en realidad no es una idea para una historia, que es cierto. Que le sucedió y tiene que hablar con alguien de ello, así que le digo vale, cuéntamela.

Me tumbo en la cama escuchando a Jak. En la cama junto a mi hay un hombre tumbado que conocí en un bar algunas horas atrás. Tiene un botón en su pene. Esto es un poco decepcionante, no que tenga un botón en el pene, sino el botón mismo. Es muy pequeño. No es como un pendiente. Cuando me lo dijo en el bar, yo había visualizado algo más barroco, un enorme broche llamativo, como los que llevan las abuelas. Hice que el hombre en mi cama se quitara el botón cuando tuvimos sexo, pero se lo puso de nuevo después porque de lo contrario el agujero se cerraría. Fue justo hace tres semanas cuando se hizo el piercing en el pene y tener sexo probablemente no era una buena idea para ninguno de los dos, aunque yo ni siquiera me había perforado las orejas. Lo identifiqué en el bar de inmediato. Estaba sentado recatadamente con las piernas separadas. Cuando se levantó para invitarme a una cerveza, caminó como si andar fuese algo que acababa de aprender.

No consigo recordar su nombre. Duerme con la boca abierta y con las manos cubriendo su pene, protegiéndolo. Las sábanas están enredadas en sus tobillos. No consigo recordar su nombre pero creo que empezaba por C.

Espera un minuto, le digo a Jak. Desenrollo el cable del teléfono tan lejos como puedo hasta que estoy en la acera fuera del garaje de mi padre, cerrando la puerta suavemente detrás de mí. Mi padre nunca se despierta cuando suena el teléfono en mitad de la noche. Me dice que nunca se despierta. El hombre en mi cama, cuyo nombre probablemente empieza por C, o aún sigue dormido o finge estarlo. Fuera, el asfalto es áspero y húmedo debajo de mí. Estoy desnuda, le digo a Jak, hace demasiado calor para llevar algo de dormir. No, no lo estás, dice Jak. Llevo la parte de abajo de un pijama a rayas azules y blancas pero le miento de nuevo y le digo que ciertamente no llevo ropa. Pruébalo, me dice. Le pregunto que cómo voy a probar por teléfono que estoy desnuda. Fíate de mi palabra, simplemente lo estoy. Pues yo también, me dice.

Bueno, ¿cuál es tu genial idea para una historia de ciencia ficción?, le pregunto. Las rubias, me dice, en realidad son extraterrestres. ¿Todas?, le pregunto. La mayoría de ellas, dice Jak. Me dice que todas las que se parecen a Sandy Duncan son definitivamente alienígenas. Le digo que no estoy segura de que tal cosa sea una idea genial para una historia. Me dice que no es una idea para una historia, que es cierto. Tiene pruebas. Me habla sobre la mujer que vive en el apartamento frente al suyo, la mujer que se parece a Nikki, que se parece a Sandy Duncan. La mujer que siguió accidentalmente hasta su casa desde el metro.

Según Jak, esta mujer le invitó a pasarse a tomar una copa porque un tiempo atrás él le había prestado una taza de azúcar. Le digo que me acuerdo de la taza de azúcar. Según Jak, se sentaron en el sofá, que estaba hundido y empeluchado y olía a Alegría de Limón Fresco y se bebieron la mayoría de una botella de whisky escocés. Charlaron sobre la escuela de graduación, me dice que le dijo que era una estudiante de segundo año de empresariales, que tenía un leve acento, me dice. Que ella era de Luxemburgo y que luego le besó. De modo que él también la besó durante un tiempo y después le metió la mano bajo el elástico de su falda. Me dice que lo primero que notó fue que ella no llevaba ropa interior. Me dice que lo segundo que notó fue algo demasiado liso allí abajo, como una muñeca Barbie. No tenía vagina.

Le interrumpo en este punto y le pregunto lo que quiere decir exactamente con eso. Jak dice que quiere decir exactamente lo que ha dicho, que ella no tenía vagina. Me dice que su piel era cálida normal, caliente en realidad. Que ella movió su mano hacia abajo y le apartó suavemente la mano. Me dice que en ese punto estaba un poco bebido y un poquillo confundido, pero aún no lo bastante para abandonar toda la esperanza. Me dice que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había dormido con una mujer, pensó que quizá se había olvidado exactamente de dónde estaba qué.

Me dice que la rubia, cuyo nombre es o Cordelia o Annamarie (ha olvidado cuál), le desabrochó los pantalones, le bajó los boxers y se metió el pene en la boca. Le digo que me alegro por él, pero que estoy más interesada en lo que ha dicho sobre que no tenía vagina.

Me dice que está bastante seguro de que se reproducen por partenogénesis. ¿Quién se reproduce por partenogénesis?, le pregunto. Los aliens, me dice, las rubias. Que por eso hay tantas. Por eso son todas parecidas. ¿No van al baño?, le pregunto. Me dice que todavía no ha averiguado esa parte. Me dice que está bastante seguro de que Nikki es ahora un alien, aunque solía ser humana cuando salían juntos. ¿Estás seguro?, le digo. Tenía vagina, me dice. Le pregunto por qué se casó Nikki entonces si es un alien. Camuflaje, me dice. Le digo que espero que a su prometido, es decir, a su marido, no le importe. Jak dice que Nueva York está lleno de rubias que se parecen a Sandy Duncan y la mayoría de ellas son indudablemente aliens, que esto es algún tipo de invasión. Después llegó en Chloe o en la boca de Annamarie, probablemente ni su nombre es un nombre real. Me dice que le dijo que esperaba que pudieran verse de nuevo y le dejó salir de su apartamento. ¿Y qué quieren los aliens de ti?, le pregunto. No sé, dice Jak y cuelga.

Trato de llamarle pero ha dejado el teléfono descolgado. Así que vuelvo dentro y despierto al hombre en mi la cama y le pregunto si ha hecho el amor alguna vez con una rubia y si notó algo inusual en su vagina. Me pregunta si esto es una de esas bromas y le digo que no lo sé. Intentamos tener sexo, pero no funciona, así que, en su lugar, abro una caja de adornos de árbol de Navidad de mi padre. Saco relumbrón y cuerdas de luces y frutas de cristal decorativas. Cuelgo la fruta en los dedos de sus manos y pies y le digo que no se mueva. Coloco el relumbrón y las luces alrededor de sus brazos y piernas y lo enchufo. Se queja un poco pero le digo que se esté callado o va a despertar a mi padre. Le digo lo guapo que está, todo iluminado como un árbol de Navidad (o un platillo volante). Pongo su pene en mi boca y finjo que soy Courtney (o Annamarie o como sea su nombre), finjo que soy rubia, que soy un alien. El hombre cuyo nombre empieza por C no parece notarlo.

Me estoy quedando dormida cuando el hombre me dice, creo que te quiero. ¿Qué hora es?, le digo. Creo que es mejor que te vayas antes de que mi padre despierte. Me dice que ni siquiera son las cinco en punto todavía. Mi padre se despierta temprano, le digo. Se quita el relumbrón y las luces de Navidad y la fruta ornamental. Se viste y nos estrechamos las manos y le dejo salir por la puerta lateral del garaje.

Algunos chistes sobre rubias. ¿Por qué la fábrica M&M despidió a la rubia? ¿Por que no paraba de tirar las Ws.¿Por qué se queda la rubia mirando la botella de zumo de naranja? Porque pone Concentrada. Una rubia y una morena trabajan en la misma oficina y un día la morena recibe un ramo de rosas. Oh, genial, dice ella, Supongo que esto significa que voy a pasar el fin de semana tumbada sobre mi espalda con las piernas en el aire. ¿Por qué, dice la rubia, no tienes florero?

Nunca he descubierto el nombre del hombre en mi cama, el del botón en el pene. Probablemente sea mejor así. Mi lectura se acerca y tengo que concentrarme en eso. Toda la semana dejo mensajes en el contestador de Jak, pero no me devuelve las llamadas. El día que se supone que tengo que ir al aeropuerto a recogerle; el día antes de que se supone que doy una lectura, aunque no he escrito nada nuevo durante más de un año; Jak me llama, por fin.

Me dice que lo siente pero que no va poder venir a Virginia después de todo. Le pregunto por qué. Dice que entró en el bus hacia Carey en la Estación Grand Central y que una rubia se sentó a su lado. Déjame adivinar, le digo, no tenía vagina. Me dice que no tiene ni idea de si tenía vagina o no, que sólo se sentó a su lado, leyendo romances baladíes de Catsusine Cookson. Le digo que yo nunca he leído a Catsusine Cookson, pero estoy mintiendo. Leí una novela suya una vez. Se me ocurre que el acto de leer a Catsusine Cookson podría probar que la mujer o tenía vagina o no, que la rubia que se sentó a su lado podría haber sido un alien o incontrovertiblemente una humana, pero no estoy segura de cuál. En realidad, podría afirmar una cosa u otra. Jak dice que el verdadero problema fue cuando el bus paró en la terminal de LaGuardia y él fue a la puerta de embarque. La mujer detrás del mostrador era rubia, igual que toda mujer detrás de él en la fila y cuando se giró, me dice que se dio cuenta de que lo que tenía era un pasaje sólo de ida para la Tierra de Sandy Duncan, que si no volvía directamente a Manhattan, terminaría en algún planeta poblado por rubias con lisas entrepiernas de Barbie. Me dice que Manhattan puede estar sufriendo una especie de infestación alien, pero que ha llegado a términos con eso. Me dice que puede vivir en un apartamento lleno de ratas o en un edificio lleno de mujeres sin vaginas. Me dice que por ahora es lo más seguro.

Me dice que cuando llegó a casa, la mujer del apartamento de la quinta planta estaba espiándole por la cerradura. ¿Cómo lo sabes?, le digo. Me dice que pudo olerla de pie junto a la puerta. El pasillo entero estaba caliente por el modo en que ella estaba observando, que el pasillo entero olía a Alegría de Limón Fresco. Me dice que lo siente pero que no puede venir a Virginia para mi lectura, que así están las cosas. Me dice que cuando se vaya a Ankara este verano, puede que ya no regrese. No hay tantas rubias allí, me dice.

Cuando doy la lectura, mi padre está allí y la dueña del coffeeshop, y otras tres personas. Leo una historia que escribí algunos años atrás sobre un chico que aprende a volar. No le hace muy feliz al chico. Después mi padre me dice que tengo una extraña imaginación. Eso es lo que dice siempre. Su amiga me dice que tengo una voz de lectura bien clara, que enuncio muy bien. Le digo que he estado practicando mi enunciación. Dice que le gusta el color de mi pelo.

Creo que estoy a punto de llamar a Jak y decirle que estoy pensando en teñirme el pelo. Creo que estoy a punto de decirle que podría no ser necesario, que cuando me despierto por las mañanas estoy encontrando pelos rubios sobre mi almohada.

Si le llamara y le dijera esto, podría estar inventándolo. Podría estar diciendo la verdad. Antes de llamarle, estoy esperando para ver lo que ocurre después. Estoy aquí sentada sobre el sofá del salón de mi padre, que huele a Alegría de Limón Fresco, viendo un comercial en el que las manos de alguien están llamando al número para pedir un videocalendario de bellezas exóticas. Estoy comiendo mantequilla de azúcar de un tarro. Estoy esperando a que suene el teléfono.

FIN

Capítulo 10

Relato 10 - El Fantasma de Louise

Louise's Ghost, 1998

Dos mujeres y una niña se encuentran en un restaurante. El restaurante es bonito, hay ventanas por todas partes. La mujeres han estado aquí antes. Es toda esa luz la que hace buena la comida. La niña viste todo de verde, jersey verde, camiseta verde, pantalones de pana verde y zapatillas sucias con cordones verdes y negros. Ella es pequeña pero tiene una nariz grande. Podría oler la comida que está comiendo la gente. Podría oler la cálida luz que se posa encima de todo.

Ninguno de su verdes coincide excepto, por supuesto, en que todos son verdes.

—*Louise*, - le dice una mujer a la otra.

—*Louise*, - dice la otra mujer.

Se dan dos besos.

El maitre se acerca hasta ellas. Le dice a la primera mujer, —*Louise*, *me alegro de verte. ¡Y mira a Anna! Qué mayor estás. La última vez que te vi eras tan pequeñita. Así de pequeñita.* - Junta el índice y el pulgar como si fuera a pellizcar sal. Mira hacia la otra mujer.

—*Esta es mi amiga, Louise. Mi mejor amiga desde el campamento de Chicas Exploradoras. Louise.* - dice Louise.

El maitre sonrío hacia ella. —*Sí, Louise. Pues claro. ¿Cómo podría olvidarla?*

Louise se sienta frente a Louise. Anna se sienta entre ellas. Tiene un cuadernillo de papel verde y una barra de pastel verde. Está dibujando algo, sólo que es difícil de ver qué, exactamente. Quizá sea una casa.

—*Perdona por ya sabes quién. Es el día de los profesores. La niñera canceló en el último minuto. ¡Y tenía tanto que contarte! Sobre, ya sabes, el número ocho. Oh, chico, Creo que estoy enamorada. Bueno, enamorada no.*
- dice Louise

Está sentada frente a la ventana y toda esa abundante luz cae encima de ella. Parece cremosa de felicidad, como tallada a partir de un bloque de mantequilla. La luz adora a Louise, piensa la otra Louise. Pues claro que adora a Louise. ¿Y quién no?

Ese es el asunto con Louise. No le gusta dormir sola. Dice que su cama es demasiado grande. Hay demasiado espacio. Necesita a alguien con el que chochar cuando rueda o se pasa rodando toda la noche. Algunas mañanas se despierta en el suelo. Mayormente se despierta con otra persona.

Cuando Anna era más joven, dormía en la misma cama que Louise. Pero ahora tiene su propia habitación, su propia cama. Han pintado las paredes de verde. Sus sábanas son verdes. Las hojas de papel verde con dibujos verdes cuelgan de la pared. Hay un osito verde de peluche y un pato verde sobre la cama verde. Tiene una lámpara verde con una pantalla verde. Louise ha estado en esa habitación. Le ayudó a Louise a pintarla. Llevó gafas de sol mientras la pintaba. Esta pasión por el verde, piensa Louise, este anhelo por toda una variación de un tema, podría ser hereditario.

Esto es el segundo asunto sobre Louise. A Louise le gustan los violonchelistas. Durante cuatro años, ha estado durmiendo con un violonchelista. No con el mismo violonchelista. Con violonchelistas diferentes. Pero no con todos a la vez, por supuesto, son violonchelistas consecutivos. El número ocho es el violonchelista más reciente de Louise. Los números de uno a siete también eran violonchelistas, aunque no el padre de Anna. Eso fue antes de los violonchelistas: a. de C. En cualquier caso, según Louise, los violonchelistas generalmente tienen baja cuenta de esperma.

Louise se reúne con Louise para almorzar cada semana. Van a buenos restaurantes. Louise conoce a todos los maitres. Louise le habla a Louise sobre los violonchelistas. Los violonchelistas son misteriosos. Louise aún no los entiende muy bien. Es por el modo en que se sientan con las piernas abiertas y sus brazos curvados, todo encogidos sobre sus chelos. Dice que parecen sólidos pero atractivos. Como una puerta. Se abre y entras andando..

Las puertas son sexys. La madera es sexy y los arcos tocan el chelo con pelo real. También es porque los chelos no tienen válvulas. dice Louise, las válvulas no son sexys.

Louise está en relaciones públicas. Es una recaudadora de fondos para la sinfónica. Es buena en lo que hace. Es difícil decirle que no a Louise. Saca a cenar a la gente rica. Conoce la clase de vino que les gusta beber. Programa subastas de caridad y fiestas de disfraces. Trae patrocinadores a la sinfónica para que se sienten en el escenario y observen los ensayos. Se lleva a casa a los violonchelistas después.

Louise se parece un poquito a un chelo. Es marrón, alta y con curvas Tiene un largo cuello y su brillante cabello está peinado durante todo el día. Louise cree que los violonchelistas deben de despeinarlo por la noche, el pelo de Louise, lenta, feliz, gentilmente.

En el campamento, Louise solía cepillar el pelo de Louise.

Louise no es perfecta. Louise nunca afirmaría que su amiga es perfecta. Louise es un poco patizamba y tiene pies diminutos. Viste largas faldas de seda. Nunca lleva pantalones, nunca nada floral. Tiene un modo propio de girar la cabeza para mirarte, muy despacio. No importa que sea patizamba.

Los violonchelistas quieren dormir con Louise porque ella quiere que lo hagan. Los violonchelistas no se enamoran de ella porque Louise no quiere que se enamoren de ella. Louise siempre consigue lo que quiere.

Louise no sabe lo que ella quiere. Louise no quiere querer cosas.

Louise y Louise han sido amigas desde el campamento de Chicas Exploradoras. ¿Qué edad tenían? Pues demasiado jóvenes para estar fuera de casa durante mucho tiempo. Eran tan pequeñas que algunos de sus dientes todavía no estaban allí. Eran tan jóvenes que mojaban la cama por nostalgia del hogar, por soledad. Louise dormía en la litera encima de Louise. El campamento de Chicas Exploradoras olía a pis. El campamento de verano es donde Louise supo que Louise es patizamba. En el campamento de verano cada una vestía sus propias ropas.

Aquí viene otra cosa sobre Louise, un secreto. Louise es la única que lo sabe. Ni siquiera los violonchelistas lo saben. Ni siquiera Anna.

Louise es sorda tonal.

A Louise le gusta observar a Louise en los conciertos. Tiene un modo especial de mirar a los músicos. Se le abren los ojos y no parpadea. Tiene esa sonrisa en su cara como si le hubieran presentado a alguien cuyo nombre no ha entendido bien. Louise cree que esa es la verdadera razón por la que Louise termina durmiendo con ellos, con los violonchelistas. Es porque no sabe en qué otra cosa son buenos. Louise odia que las cosas se echen a perder.

Una mujer se acerca a su mesa para tomarles nota. Louise pide el pollo a la plancha y una ensalada de la casa y Louise pide salmón con mantequilla al limón. La mujer le pregunta a Anna lo que le gustaría pedir. Anna mira a su madre.

—*Tomará lo que sea mientras sea verde, dice Louise.—. El Brocoli está bien. Guisantes, judías, lechuga iceberg. Sorbete de lima. Panecillos. Puré de patatas.*

La mujer baja la vista hacia Anna. —*Veré lo que podemos hacer - dice ella.*

Anna dice, —*Las patatas no son verdes.*

—*Espera y verás. -dice Louise*

—*Si yo tuviera un niño... - dice Louise.*

—*Pero no tienes un niño.* - dice Louise. Ella no lo dice con mala intención. Louise nunca es mala, aunque a veces no es amable.

Louise y Anna intercambian miradas. Nunca se han gustado las dos. Son educadas delante de Louise. Es humillante, piensa Louise, odiar a alguien mucho más joven. La hija de una amiga. Debería sentir lástima por ella. No tiene un padre y muy pronto crecerá. Pechos. Tira cómica Zits. Chicos. Verá fotos antiguas de sí misma y se avergonzará. Es bajita y viste como un elfo de los cereales Keebler. ¡Ni siquiera sabe leer todavía!

—*En cualquier caso, es más fácil que la última. Cuando sólo comía comida de perro.* - dice Louise.

Anna dice, —*Cuando yo era un perro...*

Louise dice, odiándose a sí misma. —*Tú nunca has sido un perro.*

Anna dice, —*¿Cómo lo sabes?*

Louise dice , —*Porque estaba allí cuando naciste. Cuando tu madre estaba embarazada. Te conozco desde que eras así de grande.* - Ella junta sus dedos en pinzas como lo hizo el maitre, sólo que más apretadas.

Anna dice, —*Pasó antes de eso. Cuando yo era un perro.*

Louise dice, —*Dejad de pelear las dos. Louise, cuando Anna era un perro, tú estuviste fuera. En Paris. ¿Recuerdas?*

—*De acuerdo,* - dice Louise. —*Cuando Anna era un perro, yo estaba en Paris.*

Louise es una agente de viajes. Organiza paquetes turísticos para ciudadanas senior. Viajes para ancianas. A Las Vegas, Roma, Belize, cruceros por el Caribe. Viaja con frecuencia y se hospeda en hoteles de tres estrellas. Trata de imaginar que es una anciana, imaginar lo que querría.

La mayoría de los maridos de esas mujeres están internados o muertos o viviendo con mujeres más jóvenes. Las ancianas duermen en parejas en cada habitación. Les gustan los hoteles con buffet de almuerzo y saunas,

almohadas limpias que huelan bien, chocolates sobre las almohadas, colchones firmes. Louise puede verse queriendo esas cosas. A veces Louise imagina ser mayor, paseando por las mañanas en países desconocidos, extraños climas, camas extranjeras. Louise duerme en la cama junto a la suya.

La última noche que Louise se despertó, eran las tres de la mañana. Había un hombre tumbado en el suelo junto a la cama. Estaba desnudo. Yacía sobre su espalda y mirando al techo, con los ojos abiertos, su boca abierta, sin decir nada. Era calvo. No tenía pestañas ni pelo en los brazos o piernas. Era grande, no gordo sino sólido. Sí, era sólido. Era difícil saber su edad. Estaba oscuro, pero Louise no pensaba que estuviera circuncidado. —*¿Qué estás haciendo aquí?* - dijo ella bien alto.

El hombre ya no estaba allí. Ella encendió las luces. Miró bajo la cama. Le encontró en el baño, encima de la bañera, aplanado contra el techo, mirando hacia abajo con las manos y pies pegados al techo, el pene colgando, aparentemente la única parte de él que obedecía las leyes de la gravedad. Parecía más bajito ahora. Desinflado. No estaba asustada. Estaba furiosa.

—*¿Qué estás haciendo?* - dijo ella. Él no respondió.

De acuerdo, pensó ella. Fue a la cocina a por una escoba. Cuando volvió, se había ido. Miró bajo la cama de nuevo, pero se había ido de verdad. Miró en cada habitación, comprobó para asegurarse que la puerta delantera estaba cerrada con llave. Lo estaba.

Se le erizó la piel de los brazos. Sintió mucho frío. Llenó su bolsa de agua caliente y se metió en la cama. Dejó la luz encendida y se quedó dormida sentada. Cuando se despertó por la mañana, podría haber sido un sueño, excepto por la escoba que estaba sujetando.

La mujer les trae la comida. A Anna le sirve un platito de guisantes, brotes de bruselas y berzas verdes. Puré de patatas y pan. El plato es verde. Louise saca de su bolso un vial de colorante alimenticio verde. Añade tres gotas al puré de patatas. —*Remuévelo*, - le dice a Anna.

Anna remueve el puré de patatas hasta que es de un verde cerúleo. Louise mezcla más colorante alimenticio verde en un poco de mantequilla y la extiende sobre el panecillo.

—*Cuando era un perro, - dice Anna, —Vivía en una casa con piscina. Y había un árbol en el salón. Crecía justo a través del techo. Yo dormía en el árbol. Pero no me permitían nadar en la piscina. Era demasiado peludo.*

—*Tengo un fantasma, - dice Louise.*

No está segura de haber querido decir eso. Pero si Anna puede evocar su forma de vida como perro entonces, seguramente a ella, a Louise, se le permita mencionar a su fantasma. —*Creo que es un fantasma. Estaba en mi dormitorio.*

Anna dice, —*Cuando era un perro mordía a los fantasmas.*

Louise dice, —*Anna, guarda silencio durante un minuto. Cómete la comida verde antes de se enfríe. Louise, ¿a qué te refieres? Creí que tenías mariquitas.*

—*Eso fue hace tiempo, - dice Louise.*

El mes pasado se despertó porque la gente estaba susurrando en las esquinas de su habitación. Unas hojas muertas le subían por la cara. Las paredes de su dormitorio estaban vivas. Se hinchaban y goteaban algo rojo. —*¿Qué?* - dijo ella, y una mariquita le entró andando en la boca, amarga como el jabón. El suelo crujía cuando ella andaba por él, como celofán rojo. Abrió las ventanas del todo. Limpió todas las mariquitas de su habitación con la aspiradora. Otras entraron volando por la ventana, por la chimenea. Se mudó durante tres días. Cuando volvió, las mariquitas se habían ido... mayormente... aún las encuentra metidas en sus zapatos, en los pliegues de su ropa interior, en los cuencos de cereales y los vasos de vino y entre las páginas de sus libros.

Antes fueron polillas. Y antes de las polillas, una zarigüeya. Se le subió a la cama y le siseó cuando la acorraló en la alacena. Llamó a un albergue de animales y un hombre que llevaba una chaqueta de toско algodón y guantes

gruesos acudió y le disparó un dardo tranquilizante. La zarigüeya se adormiló y cerró los ojos. El hombre la recogió por la cola y se quedó en esa pose durante un momento. Quizá se suponía que Louise tenía que sacarle una foto: Hombre con Zarigüeya. Ella olisqueó. El tipo no estaba casado. Todo lo que olía era la zarigüeya.

—*¿Cómo ha entrado?* - dijo Louise.

—*¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí?* - preguntó el hombre.

Las cajas de menaje y libros de Louise aún estaban apiladas contra las paredes de las habitaciones escaleras abajo. Aún no había montado las patas de la mesa del comedor de su madre. Yacía plana sobre el suelo, amputada.

—*Dos meses,* - dijo Louise.

—*Bueno, probablemente lleva viviendo aquí más que usted,* - dijo el hombre del albergue. Acunó a la zarigüeya como un bebé. —*En las paredes o en el ático. Quizá en la chimenea. Como Santa Miaus. ¿eh?* - soltó una carcajada por su propio chiste. —*¿Lo pillas?*

—*Saque esa cosa de mi casa,* - dijo Louise.

—*¿Su casa!* - dijo el hombre. Hizo ademán de tenderle la zarigüeya como si pudiera querer reconsiderarlo. —*¿Sabe lo que creía ella? Creía que esta era su casa.*

—*Es mi casa ahora,* - dijo Louise.

—*¿Un fantasma?* - dice Louise, —*Louise, ¿es alguien que conoces? ¿Está bien tu madre?*

—*¿Mi madre?* - dice Louise. —*No era mi madre. Era un hombre desnudo. Nunca lo había visto antes en toda mi vida.*

—*¿Cómo de desnudo?* - dice Anna. —*¿Un poco o un montón?*

—*Eso no es asunto tuyo,* - dice Louise.

—*¿Era verde?* - dice Anna.

—*Quizá era alguien con el que salías en el instituto,* - dice Louise. —*Un antiguo amante. Quizá se acababa de suicidar o sucedió en un horrible accidente de coche. ¿Estaba cubierto de sangre? ¿Dijo algo? Quizá quiere avisarte de algo.*

—*No dijo nada,* - dice Louise, —*Y luego desapareció. Primero se hizo más bajito y luego desapareció..*

Louise se estremece y luego lo hace Louise. Por primera vez se siente asustada. El fantasma de un hombre desnudo ha estado levitando en su bañera. Podría estar en cualquier parte. Quizá mientras duerme esté flotando encima de la cama. Justo encima de sus narices, vigilando su sueño. Tendrá que dormir con la escoba a partir de ahora.

—*Quizá no vuelva,* - dice Louise, y Louise asiente. *¿Y si vuelve? ¿A quién va a llamar? ¿Al grosero de los guantes gruesos?*

La mujer se acerca a la mesa de nuevo. —*¿Algo de postre?* - quiere saber. —*¿Café?*

—*Si tuviera un fantasma,* - le dice Louise, —*¿Cómo se desharía de él?*

Louise le da una patada a Louise bajo la mesa.

La mujer piensa durante un rato. —*Iría a ver a un psiquiatra,* - dice ella. —*A que me prescriba algo.. ¿Café?*

Pero Anna tiene que ir a su clase de volteretas. Está aprendiendo a sostenerse con la cabeza. A caerse y no hacerse daño. Louise le pide a la mujer que ponga los restos del puré de patatas verde en un recipiente y envuelve los panecillos en una servilleta y los guarda en su bolso junto con algunos sobrecitos de azúcar.

Salen del restaurante juntas, Louise primero. Tras ellas, Anna le susurra algo a Louise.

—*¿Louise?* - dice Anna.

—*¿Qué?* - dice Louise, girándose.

—*Tienes que andar detrás de mí,* - dice Anna. —*No puedes ir primera.*

—*Vuelve y háblame,* - dice Louise, tocando el aire. —*Da las gracias, Anna.*

Anna no dice nada. Camina ante ellas lentamente para que tengan que andar despacio también.

—*Bueno, ¿que debería hacer?* - dice Louise.

—*¿Sobre el fantasma? No sé. ¿Es guapo? Quizá se arrastre hasta la cama contigo. Quizá sea tu amante demonio.*

—*Oh, por favor,* - dice Louise. —*Eeegh.*

Louise dice: —*Perdona. Deberías llamar a tu madre.*

—*Cuando tuve el problema con las mariquitas,* - dice Louise, —*me dijo que se irían si les cantaba esa rima de la guardería. Mariquita, mariquita, vuela hasta tu casita.*

—*Bueno,* - dice Louise, —*se fueron, ¿no?*

—*No hasta que me marché yo primero,* - dice Louise.

—*Quizá sea alguien que solía vivir en la casa antes de que te mudaras. Quizá está enterrado bajo el suelo de tu dormitorio o en la pared o algo.*

—*Como la zarigüeya,* - dice Louise. —*Quizá sea Santa Claus.*

La madre de Louise vive en una comuidad de jubilados a dos estados de distancia. Louise vació el sótano y el garaje de su madre, puso el mobiliario de su madre en un almacén, vendió la casa de su madre. Su madre quiso todo eso. Le dio a Louise el dinero de la venta de la casa para que Louise pudiera comprar la suya propia. Pero no visita a Louise en su nueva casa. No permite que Louise le envíe un paquete turístico de vacaciones. A veces finge no reconocer a Louise cuando Louise llama. O quizá no la reconoce de verdad. Quizá por eso viajan los clientes de Louise. Te instalas en un

lugar y te haces perezosa. No consigues recordar las cosas, como darte un baño o el nombre de tu hija.

Cuando viajas, todo siempre es nuevo. Si no hablas el idioma, tampoco importa mucho. Nadie espera que entiendas todo lo que dicen. Puedes llevar las mismas ropas todos los días y el resto de viajeros quedará impresionado con tu cuidadoso equipaje de mano. Cuando despiertas y no estás segura de dónde estás, hay una perfecta buena razón para eso.

—*Hola, mamá,* - dice Louise cuando su madre descuelga el teléfono.

—*¿Quién es?* - dice su madre.

—*Louise,* - dice Louise.

—*Oh sí,* - dice su madre. —*Louise, qué alegría hablar contigo.*

Hay una incómoda pausa y luego su madre dice, —*Si llamas es porque es tu cumpleaños, Lo siento. Lo olvidé.*

—*No es mi cumpleaños,* - dice Louise. —*Mamá, ¿recuerdas las mariquitas?*

—*Oh sí,* - dice su madre. —*Me enviaste fotos. Eran adorables.*

—*Tengo un fantasma...* - dice Louise, —*... y estaba esperando que supieras cómo deshacerse de él.*

—*¡Un fantasma!* - dice su madre. —*¿No será tu padre, verdad?*

—*¡No!* - dice Louise. —*Este fantasma no tiene puesta la ropa, mamá. Está desnudo y lo vi durante un minuto y luego desapareció y luego lo vi de nuevo en mi bañera. Bueno, más o menos.*

—*¿Estás segura de que era un fantasma?* - dice su madre.

—*Sí, afirmativo.* - dice Louise.

—*¿Y no es tu padre?*

—No, no es papá. No se parece a nadie que haya visto antes.

Su madre dice, —Lucy... tu no la conoces... el marido de la Sra. Peterson murió hace dos noches. ¿Es un gordo bajito con un bigote feo? ¿De tez oscura?

—No es el Sr. Peterson, - dice Louise.

—¿Le has preguntado lo que quiere?

—Mamá, me da igual lo que quiere, - dice Louise. —Sólo quiero que se vaya..

—Bueno, - dice su madre. —Prueba con agua caliente y sal. Friega todo el suelo. Deberías pulirlo con aceite de limón después o se quedará pegajoso. Lava las ventanas también. Lava toda la ropa de cama y sacude las alfombras. Y vuelve a poner las sábanas sobre la cama del revés. Y pon toda tu ropa del réves en las perchas. Limpia el baño.

—Al revés, - dice Louise.

—Al revés, - dice su madre. —Los confunde.

—Creo que ya está bastante confundido. Sobre las ropas, al menos. ¿Estás segura de que eso funciona?

—Afirmativo, - dice su madre. —Por aquí siempre tenemos infestaciones sobrenaturales. A veces es difícil saber quién está vivo y quién muerto. Si limpiar la casa no funciona, prueba a colgar ajo en las cuerdas. Los fantasmas odian el ajo. O les gusta. Es o una cosa o la otra, o lo adoran o lo odian. ¿Y qué más pasa? ¿Cuando vienes de visita?

—He almorzado hoy con Louise, - dice Louise.

—¿No eres demasiado mayor para tener una amiga imaginaria? - dice su madre.

—Mamá, conoces a Louise. ¿Recuerdas? ¿De las Chicas Exploradoras? ¿La universidad? ¿Que tiene una hija pequeña, Anna? ¡Louise!

—*Pues claro que recuerdo a Louise, - dice su madre. —Es mi propia hija. Y es una persona muy grosera.* - Le cuelga el teléfono.

Sal, piensa Louise. Sal y agua caliente. Debería apuntar estas cosas. Quizá pudiera enviarle a su madre una grabadora. Se sienta en el suelo de la cocina y llora. Eso es un tipo de agua salada. Luego friega el suelo, sacude alfombras, lava las sábanas y mantas. Lava las ropas y las vuelve a colgar al revés. Mientras trabaja, el fantasma yace medio metido bajo la cama con los pies y genitales señalándola acusadoramente. Friega alrededor de aquello. De él. Eso.

Está siendo quisquillosa, piensa Louise, temerosa de tocarlo. Y eso la pone furiosa, así que recoge su escoba. Toca con el extremo del palo los muslos carnosos y el fantasma le bufaba bajo la cama como un gato enfadado. Ella da un salto hacia atrás y después aquello ya no está allí. Pero ella duerme en el sofá del salón. Deja todas las luces encendidas en todas las habitaciones de la casa.

—*¿Y bien?* - dice Louise.

—*No se ha ido, - dice Louise, que acaba de volver a casa desde el trabajo. —Simplemente no sé donde está. Quizá esté arriba en el ático. Podría estar detrás de mí ahora mismo, hasta donde sé, mientras hablo contigo por teléfono y cada vez que me doy la vuelta se desvanece. Salta dentro del espejo o donde sea que se vaya. Le puedes oír gritar, pero para cuando llegas allí, es demasiado tarde.*

—*Cariño, - dice Louise. —estoy segura de que no puede hacerte daño.*

—*Me siseó, - dice Louise.*

—*¿Sólo te siseó o hiciste algo primero?* - dice Louise. —*Las teteras sisean. Sólo indican que el agua está hirviendo.*

—*¿Qué hay de las serpientes?* - dice Louise. —*Me parece que es más como una serpiente que un cazo para el té.*

—Podrías pedirle a un sacerdote que le hiciera el exorcismo... si fueras católica. O podrías ir a la biblioteca. Quizá tengan un libro. Exorcismo para Dummies. ¿Puedes venir a la sinfónica esta noche? Tengo entradas de sobra.

—Siempre tienes entradas de sobra. - dice Louise.

—Sí, pero te vendrá bien. - dice Louise. —Además, no te he visto en dos días.

—Esta noche no puedo, - dice Louise. —¿Qué tal mañana por la noche?

—Bueno, vale, - dice Louise. —¿Has probado a leerle la Biblia?

—¿Qué parte de la Biblia le leería?

—¿Qué te parece la parte de la creación? Eso suena oficial, - dice Louise.

—¿Y si cree que estoy flirteando? El tipo de la gasolinera hoy me dijo que debería escupir en el suelo cuando le vea y decir: 'En el nombre de Dios, ¿qué es lo que quieres?'

—¿Lo has probado?

—No me convence lo de escupir en el suelo, - dice Louise. —Acabo de limpiarlo. ¿Y si quiere algo asqueroso, como mi ojos? ¿Y si quiere que mate a alguien?

—Bueno, - dice Louise, —eso depende de a quién quiera que mates.

Louise va a cenar con su amante casado. Después de cenar irán a un motel y follarán. Luego él se dará una ducha y se irá a casa y ella pasará la noche en el motel. Esa es la economía de estado para Louise.

Le hace sentir un poco más virtuosa. El fantasma tendrá toda la casa para él solo.

Louise no le cuenta a Louise nada de su amante. Le pertenece a ella, y a su esposa, por supuesto. No queda bastante de él que compartir. Lo conoció en

el trabajo. Antes de ese hubo otro amante, otro hombre casado. A ella le gustaría creer que esto es una extravagancia encantadora, como ser patizamba o dormir con violonchelistas. Pero quizá sea un defecto de carácter, como ser sorda tonal o negarse a comer comida que no sea verde.

Esto es lo que Louise le contaría a Louise si se lo dijera. Sólo le tomo prestado. No quiero que deje a su esposa. Me alegro de que esté casado. Que otra cuide de él. Es por el modo en que huele, el modo en huelen los hombres casados. Puedo oler cuando un hombre felizmente casado entra en una habitación, y ellos me pueden oler también, creo. Igual que las esposas... por eso tiene que darse una ducha cuando me deja.

Pero Louise no le cuenta a Louise nada sobre sus amantes. No quiere sonar como si estuviera compitiendo con los violonchelistas.

—*¿Qué estás pensando?* - dice su amante. El vino le ha dejado rojos los dientes.

Es la culpabilidad lo que los destapa. La culpa los hace saber tan dulce, piensa Louise.

—*¿Crees en fantasmas?* - dice ella.

Su amante se rie. —*Pues claro que no.*

Si este fuese su marido, dormiría en la misma cama todas las noches. Y si ella se despertara y viera al fantasma, despertaría a su marido. Ambos verían al fantasma. Compartirían la responsabilidad. Sería un pedacito de su matrimonio, una parte de las cosas que ella no tiene (no puede tener) ahora, como el desayuno o vacaciones de ski o peleas por la pasta de dientes. O quizá él la culpara a ella. Si ella le dice ahora que ha visto a un hombre desnudo en su dormitorio, él podría decir que es culpa suya.

—*Ni yo,* - dice Louise. —*Pero si creyeras en fantasmas porque has visto uno, ¿qué harías? ¿Cómo te desharías de él?*

Su amante piensa durante un minuto. —*No me desharía de él,* - le dice. —*Le cobraría la estancia. Me haría famoso. Saldría en el programa de*

Oprah. Harían una película. Todo el mundo quiere ver un fantasma.

—Pero, ¿y si hay un problema... - dice Louise. —... como... ¿y si el fantasma está desnudo?

Su amante dice, —Bueno, eso sería un problema. A menos que fueras el fantasma. En tal caso, a mí me gustaría ir desnudo a todas horas.

Pero Louise no puede dormir en la habitación del motel. Su amante se ha ido a casa, lo cual no es algo encantador. Ha ido con su esposa, que no sabe nada de Louise. Louise es tan irreal para ella como un fantasma. Louise yace despierta y piensa en su fantasma. Lo oscuro no es oscuro, piensa ella y hay algo de ello en su habitación de motel. Algo que su amante ha abandonado allí. Algo toca su cara. Hay algo amargo en su boca. En la habitación de la puerta de al lado alguien está andando de un lado a otro. Un bebé está llorando en alguna parte, o un gato.

Ella se viste y conduce hasta casa. Necesita saber si el fantasma aún está allí o si la receta de su madre ha funcionado. Ojalá hubiera sacado una foto.

Examina por toda la casa. Saca la ropa de las perchas del armario y las cuelga otra vez del revés. El fantasma no aparece en ninguna parte. No consigue encontrarle. Incluso mete la cara por la chimenea.

Encuentra al fantasma acurrucado en el cajón de su ropa interior. Está tumbado bocabajo con las manos abiertas y laxas. Está desnudito y todo peludo como un bebé mono.

Louise escupe en el suelo, sintiéndose aliviada.

—En el nombre de Dios, - dice ella, —¿Qué quieres?

El fantasma no dice nada. Yace allí, pequeñito, peludo y desamparado, bocabajo entre su ropa interior. Quizá no sepa lo que quiere más que ella.

—¿Ropas? - dice Louise. —¿Quieres que te consiga algo de ropa? Sería más fácil si tuvieras siempre el mismo tamaño.

El fantasma no dice nada. —*Bueno*, - dice Louise. —*Piensa en ello. Házme lo saber*. - Ella cierra el cajón.

Anna está en su cama verde. La luz verde está encendida. Louise y el que hace de niñera se sientan en el salón mientras Louise y Anna charlan. —*Cuando era un perro...* - dice Anna, —... *odiaba las rosas, la carne cruda y el borscht. Llevaba vestidos de seda.*

—*Cuando eras un perro...* - oye Louise decir a Louise, —... *tenías unas grandes orejas sedosas, cuatro grandes zarpas y una larga cola, y llevabas un collar de seda y un vestido de seda con un agujero para la cola.*

—*Un vestido verde*, - dice Anna. —*Y yo podía ver en la oscuridad.*

—*Buenas noches, mi chica de verde*, - dice Louise, —*buenas noches, buenas noches.*

Louise entra en el salón. —*¿No está guapa Louise?*, - dice ella, apoyándose en la silla de Louise y mirándose en el espejo. —*Las dos. Louise y Louise... y... Louise y Louise. Todas, las cuatro.*

—*Espejito, espejito en la pared*, - dice el que hace de niñera, —*¿quién es la Louise más hermosa de todas?* - Patrick, el que hace de niñera, no deja que Louise le pague. Acepta entradas para la sinfónica en su lugar. Él toca la guitarra clásica y compone música. A Louise y a Louise le gustaría oír sus composiciones, pero es demasiado tímido para tocar delante de ellas. Trae su guitarra a veces, toca para Anna. Le está enseñando acordes sencillos.

—*¿Cómo está tu fantasma?* - dice Louise. —*Louise tiene un fantasma*, - le dice a Patrick.

—*Más pequeño*, - dice Louise. —*Más peludo*. - A Louise, en realidad, no le gusta Patrick.

Él está enamorado de Louise. Avergüenza a Louise el modo desesperado con que mira a Louise. Probablemente escribe canciones de amor para ella. Es amistoso con Anna. Como si eso le llevara a alguna parte.

—¿Has probado el ajo? - dice Louise. —¿Escupir? ¿Agua bendita? ¿La biblioteca?

—Sí, - dice Louise, mintiendo.

—¿Has probado música country? - dice Patrick. —¿Johnny Cash, Patsy Cline, Hank Williams?

—¿Música Country? - dice Louise. —¿Es como el agua bendita?

—Leí algo sobre ello, - dice Patrick. —En la revista *El Nuevo Científico* o en *Guitarra* o quizá fue en *Martha Stewart Vive*. Decía algo acerca del tono, las frecuencias. Ese yodelei parecido al canto tirolés se supone que es efectivo. Tiene sentido si piensas en ello.

—Estaba pensando en el campamento de verano, - dice Louise a Louise. —¿Te acuerdas cuando las consejeras solían contarnos historias de fantasmas?

—Sí, - dice Louise. —Hacían ese truco con la linterna. Me obligabas a acompañarte al baño en mitad de la noche. Tenías miedo de ir tú sola.

—No tenía miedo, - dice Louise. —Eras tú la que tenía miedo.

En la sinfónica, Louise observa a los violonchelistas y Louise observa a Louise. Los violonchelistas observan al director y de vez en cuando miran detrás de él a Louise. Louise puede sentirles mirando a Louise. La música viene de todas partes, como la luz y, como la luz, la música adora a Louise. Louise no sabe cómo lo sabe, simplemente puede sentir la música envolviéndose alrededor de Louise, insinuándose en sus hermosos oídos, en sus labios, acumulándose en su pelo y en el huequecito entre sus piernas. ¿Y de que le sirve eso a Louise?, piensa Louise. Los violonchelistas bien podrían estar tocando con taladradoras hidráulicas y cucharas.

Bueno, quizá no sea enteramente cierto. Louise puede que sea sorda tonal, pero le ha explicado a Louise que eso no significa que no le guste la música. La siente en sus huesos y detrás de su mandíbula. Rasca el

picorcillo. Dice que es como un crucigrama. Louise está intentando descifrarla y justo a su lado, Louise está intentando descifrar a Louise.

La música se detiene y empieza y se detiene de nuevo. Louise y Louise aplauden en el intermedio y luego las luces se encienden y Louise dice, — *He estado pensando mucho sobre algo. Quiero otro bebé.*

—*¿Qué dices?* - dice Louise, atónita. —*Quieres decir... ¿cómo Anna?*

—*No sé,* - dice Louise. —*Otro. Tú también deberías tener un bebé. Podríamos ir juntas a clases de Lamaze. Podrías llamarla Louise como yo y yo podría llamar a la mía Louise como tú. ¿No sería divertido?*

—*Anna se pondría celosa,* - dice Louise.

—*Creo que me haría feliz,* - dice Louise. —*Fui tan feliz cuando Anna era un bebé. Todo tenía buen sabor, incluso el aire. Hasta me gustaba estar embarazada.*

—*¿No eres feliz ahora?* - dice Louise

—*Pues claro que soy feliz. Pero, ¿no entiendes lo que quiero decir? ¿Ser feliz de este modo?'* - dice Louise.

—*Más o menos,* - dice Louise. —*Como cuando éramos pequeñas. Quieres decir como en el campamento de Chicas Exploradoras.*

—*Sí,* - dice Louise. —*Como eso. Tendrías que deshacerte del fantasma primero. No creo que un fantasma sea muy higiénico. Puedo presentarte a un hombre muy simpático. Un violonchelista. Quizá no tenga el récord de cuenta de esperma, pero es muy simpático.*

—*¿Qué número es?* - dice Louise.

—*No quiero que tengas prejuicios* - dice Louise. —*No le conoces. No estoy segura de que debas pensar en él como un número. Te lo señalaré. Oh, y al número ocho también. Tienes que conocer a mi hermoso chico, el número ocho. Tenemos que salir a comer para que pueda hablarte de él. Está coladito. Lo tengo coladito.*

Louise va al baño y Louise se queda en su asiento. Ella piensa en su fantasma. ¿Por qué no puede ella tener un fantasma y un bebé? ¿Por qué se supone que tiene que ceder algo? ¿Por qué no puede compartirse con otra gente?

¿Por qué quiere Louise tener otro bebé, por cierto? ¿Y si este nuevo bebé odia a Louise tanto como lo hace Anna? ¿Y si era un perro antes? ¿Y si su propio bebé odia a Louise?

Cuando los músicos han vuelto al escenario, Louise se inclina y le susurra a Louise, —*Ahí está. El de las manos grandes, a la derecha.*

No está claro para Louise a qué violonchelista se refiere Louise. Todos tienen manos grandes. ¿Y qué violonchelista se supone que está buscando? ¿El violonchelista simpático en el que no debería estar pensando como un número o el número ocho? Echa un vistazo más de cerca. Todos los violonchelistas son guapos desde donde se sienta Louise. Qué frágiles parecen, piensa ella, en esas serias ropas negras, dejando que la música recorra las cuerdas así y que se derrame entre sus dedos abiertos. Qué descuido por parte de ellos. Tienes que aferrarte a las cosas.

Hay seis violonchelistas en el escenario. Quizá Louise haya dormido con todos. Louise piensa: si me hubiera acostado con ellos, con cualquiera de ellos, reconocería su sabor, las cosas que les gustan y el modo en que les gustan. Sabría qué número son. Pero ellos no me conocerían.

El fantasma ha crecido otra vez. Es todo espinoso por todo el cuerpo. Está erizado de pelo. El pelo es marrón rojizo y de aspecto afilado. Louise no piensa que sea una buena idea tocar al fantasma ahora. Se mueve de un lado a otro delante de su cama toda la noche, resbalando sobre su panza como una serpiente. Mete los dedos entre las tablas del parqué y se impulsa hacia adelante con los dedos de los pies. Su boca se queda abierta como si se comiese el aire.

Louise va a la cocina. Abre una lata de judías, una lata de peras y corazones de palma. Pone las diferentes cosas en un plato y coloca el plato delante del fantasma. Él se mueve rodeándolo. Quizá sea como Anna... tiquismiquis. Louise no sabe lo que quiere. Louise se niega a dormir en el salón de nuevo.

Es su dormitorio después de todo. Se tumba despierta y escucha al fantasma apretarse contra su limpio suelo, moviéndose adelante y atrás frente al pie de la cama durante toda la noche.

Por la mañana, el fantasma está dentro del armario, cabeza abajo contra la pared. Se acabó, piensa ella, y se va al centro comercial a comprar una pila de CDs. Patsy Cline, Emmylou Harris, Hank Williams, Johnny Cash, Lyle Lovett. Le pregunta al dependiente si puede recomendarle algo con yodeleis al estilo tirolés, pero el chico es joven y no muy útil.

—*Olvídalo*, - dice ella. —*Me llevaré estos*.

Mientras el chico pasa la tarjeta de crédito, ella dice, —*Espera. ¿Has visto alguna vez un fantasma?*

—*¿Y a usted qué le importa, señora?* - le dice. —*Pero si lo hubiera visto, le obligaría a enseñarme dónde ha enterrado su tesoro. Y luego desenterraría el tesoro y sería rico y no estaría aquí vendiendo esta estúpida mierda Country. A menos que el tesoro tuviera una maldición.*

—*¿Y si no hubiera ningún tesoro?* - dice Louise.

—*Entonces metería el fantasma en una botella y lo vendería a un museo*, - dice el chico. —*Un verdadero fantasma vivo. Eso tiene que valer algo. Me compraría una moto y cabalgaría hasta California. Haría mi propia música y no habría ningún maldito yodelei tirolés en ella.*

Al fantasma parece gustarle Patsy Cline. Tampoco es que se lo haya dicho. Pero no desaparece. Sale del armario. Se tumba en el suelo y Louise tiene que andar esquivándolo. Está más delgado ahora, más sólido. Quizá era un fan de Patsy Cline cuando estaba vivo. Se le eriza el pelo por todo el cuerpo y se le mueve suavemente, como si soplara una brisa a través del pelaje.

A los dos les gusta Johnny Cash. Louise está complacida... ahora tienen algo en común.

—*I'm onto Jackson*, - canta Louise. —*You big talken man.*

Suena el teléfono en mitad de la noche. Louise se sienta derecha en la cama.

—*¿Qué?* - dice ella. —*¿Has dicho algo? ¿Es que estoy en la habitación de un hotel?,* piensa ella. Se orienta rápidamente. El fantasma está bajo la cama de nuevo sacando una mano como si llamara a un taxi en el dormitorio. Louise coge the teléfono.

—*El número ocho me acaba de decir la cosa más extraña,* - dice Louise. —*¿Has probado la música Country?*

—*Sí,* - dice Louise. —*Pero no funciona. Creo que le gusta.*

—*Menudo alivio,* - dice Louise. —*¿Qué haces este viernes?*

—*Trabajar,* - dice Louise. —*Y luego, no sé. Iba a alquilar un video o algo. ¿Quieres venir a ver el fantasma?*

—*Me gustaría llevar a algunas personas...* - dice Louise. —*... para después del ensayo. Los violonchelistas quieren ver el fantasma, también. En realidad quieren tocar para él. Es un poco complicado. Quizá podrías preparar la cena. Spaghettis va bien. Quizá una ensalada, algo de pan de ajo. Yo traigo el vino.*

—*¿Cuántos violonchelistas?* - dice Louise.

—*Ocho,* - dice Louise. —*Y Patrick está ocupado. Igual tengo que ir con Anna. Podría ser educativo. ¿Aún va desnudo el fantasma?*

—*Sí,* - dice Louise. —*Pero no pasa nada. Le ha crecido pelo. Puedes decirle que es un perro. Bueno, ¿qué va a pasar?*

—*Eso depende del fantasma,* - dice Louise. —*Si le gusta los violonchelistas, podría irse con uno de ellos. Ya sabes, meterse dentro de uno de los chelos. Parece que eso es muy bueno para la música. Y también es bueno para el fantasma. Como ocurre con esos pececillos que viven de los peces más grandes. Rémoras. El número ocho me lo ha explicado. Dijo que los instrumentos encantados no son sólo instrumentos. Que tienen un alma. Ya no es el músico el que toca el instrumento.*

—*No sé si cabe* - dice Louise. —*Es larguirucho. Al menos durante la mayor parte del tiempo.*

—*Parece que los chelos son mucho más grandes por dentro de lo que parecen por fuera. Además, tampoco es que tú lo necesites para nada.* - dice Louise.

—*Supongo que no,* - dice Louise.

—*Si esto se sabe, tendrás músicos llamando a la puerta día y noche, noche y día,* - dice Louise. —*Intentarán robártelo. No se lo cuentes a nadie.*

Gloria y Mary vienen al trabajo para ver Louise. Salen para Grecia con un grupo dentro de una semana. Van a ir a todas las islas. Han estado trabajando con Louise para organizar los hoteles, los tours, los pasaportes y autobuses. Aprecian muchísimo a Louise. Le hablan de sus hijos y le enseñan sus fotos. Piensan que ella debería casarse y tener un bebé.

—*¿Alguna de vosotras ha visto alguna vez un fantasma?* - dice Louise.

Gloria niega con la cabeza. Mary dice, —*Oh, cariño, los veía a todas horas cuando era pequeña. Se traspasa entre familias a veces, los fantasmas y cosas así. Hoy en día no pasa tanto, por supuesto. Mi vista no es tan buena ahora.*

—*¿Qué se hace con ellos?* - dice Louise.

—*No gran cosa,* - dice Mary. —*No te los puedes comer y no se puede hablar con la mayoría de ellos y no merecen mucho esa molestia.*

—*Yo jugué con la tabla Ouija una vez,* - dice Gloria. —*Con otras chicas. Le preguntamos si nos íbamos a casar y nos dijo algunos nombres. Me he olvidado. No recuerdo que acertara. Luego nos asustamos. Le preguntamos con quién estábamos hablando y deletreó Z... E... U... S. Y el resto fueron sólo un montón de letras. Un galimatías.*

—*¿Qué hay de la música?* - dice Louise.

—*Me gusta la música, - dice Gloria. —Me pongo a llorar a veces cuando oigo una canción bonita. Vi cantar a Frank Sinatra una vez. Tampoco era tan especial.*

—*Molestará a un fantasma, - dice Mary. —Algunos estilos de música lo revuelven. Algunos estilos de música tumban a un fantasma. Nosotras solíamos atrapar fantasmas en el violín de mi hermano. Era como pescar o cazar luciérnagas en un tarro. Pero mi madre siempre decía que los dejáramos en paz.*

—*Yo tengo un fantasma, - confiesa Louise.*

—*¿Le preguntaste algo? - dice Gloria. —Pregúntale cómo es estar muerto. Me gusta saber cómo es un lugar antes de ir allí. No me importa ir a algún lugar nuevo, pero me gusta saber cómo va ser. Me gusta tener alguna idea.*

Louise le pregunta al fantasma pero él no dice nada. Quizá no pueda recordar lo que era estar vivo. Quizá haya olvidado el idioma. Ahora está tumbado en el suelo del dormitorio, de espaldas con las piernas abiertas, mirándola como si ella fuera algo especial. O quizá está pensando en Inglaterra.

Louise hace spaghetti. Louise está al teléfono hablando con los del catering. —*Y me dices que no crees que tengamos suficiente champán, - dice ella. — Ya sé que es una gala, pero no quiero que se caigan al suelo. Sólo que estén un poco felices. La felicidad firma cheques. Caerse al suelo no me va bien. ¿Cuánto más piensas que hace falta?*

Anna se sienta en el suelo de la cocina y observa cómo Louise corta tomates. —*Tendrás que hacerme algo verde, - dice ella.*

—*¿Por qué no te comes tu pintura al pastel?, - dice Louise. —Tu madre no va a tener tiempo de hacerte comida verde cuando tenga otro bebé. Tendrás que comer comida normal como todo el mundo o comer hierba como las vacas.*

—*Pues haré mi propia comida verde, - dice Anna.*

—*Vas a tener un hermanito o una hermanita, - dice Louise. —Tendrás de comportarte. Tendrás que ser responsable. Tendrás que compartir tu habitación y tus juguetes... no sólo los normales, los verdes también.*

—*No voy a tener una hermanita, - dice Anna. —Voy a tener un perro.*

—*Tú sabes cómo funciona, ¿no? - dice Louise empujando los tomates goteantes en la bandeja de salsa. —Un hombre y una mujer se enamoran y se besan y luego la mujer tiene un bebé. Primero se pone gorda y luego va al hospital y vuelve a casa con un bebé.*

—*Estás mintiendo, - dice Anna. —El hombre y la mujer se pierden. Recogen un perro y traen el perro a casa y le dan de comer comida de bebé. Y luego un día todo el pelo del perro se cae y es rosa. Y aprende a hablar y tiene que ponerse ropas. Y ellos le dan un nombre nuevo, no un nombre de perro. Le dan un nombre de bebé y el bebé tiene que devolverle el nombre a un perro.*

—*Lo que tú digas, - dice Louise. —Yo voy a tener también un bebé. Y tendrá el mismo nombre que tu madre y el mismo nombre que yo. Louise. Louise será el nombre del bebé de tu madre, también. La única persona llamada Anna serás tú.*

—*El nombre de mi perro era Louise, - dice Anna. —Pero tú no tienes permiso para llamarme así.*

Louise entra en la cocina. —*Demasiado para los de caterin, - dice ella. — Bueno, ¿dónde está?*

—*¿Dónde está qué? - dice Louise.*

—*El ya sabes qué... - dice Louise, —... ya sabes..*

—*Hoy no lo he visto, - dice Louise. —Quizá esto no funciona así. Quizá prefiera vivir aquí.*

Louis había dejado la radio puesta todo el día, sintonizada en la emisora Country. Quizá el fantasma cogiera la indirecta y se ocultara en alguna parte

hasta que todo el mundo se fuera.

Llegan los violonchelistas. Siete hombres y una mujer. Louise no se molesta en memorizar sus nombres. La mujer es alta y delgada. Tiene largos brazos y una larga nariz. Se come tres platos de spaghetti. Los violonchelistas charlan entre sí. No dicen gran cosa sobre el fantasma. Hablan sobre música. Se quejan de la acústica. Le dicen a Louise que sus spaghetti son deliciosos. Louise simplemente sonrío. Se queda mirando a la mujer violonchelista, ve a Louise observándola. Louise se encoge de hombros y asiente. Levanta cinco dedos.

Louise y los violonchelistas parecen cómodos en la mesa. Bromean entre ellos. Se cuentan historias. ¿Lo saben? ¿Hablan sobre Louise? ¿Fanfarronean? ¿Comparan notas? ¿Cómo podrían conocer a Louise más que Louise? De pronto Louise se siente como si esta no fuera su casa después de todo. Pertenece a Louise y a los violonchelistas. El fantasma es de ellos, no suyo. Ellos viven aquí. Después de cenar, ellos se quedarán y ella se irá.

El número cinco es la única a la que le gustan las películas extranjeras, recuerda Louise. La única con el pez de colores. Louise decía que el número cinco tenía un gran sentido del humor.

Louise se levanta y va a la cocina a por más vino, dejando a Louise sola con los violonchelistas. El que está sentado al lado le dice a Louise, —*Tienes los ojos más bonitos que... ¿te he visto en el público alguna vez?*

—*Puede ser*, - dice Louise.

—*Louise habla de ti a todas horas*, - dice el violonchelista.

Es joven, quizá veinticuatro o veinticinco. Louise se pregunta si es el que tiene las manos grandes. Tiene ojos bonitos, también. Ella se lo dice.

—*Louise no lo sabe todo sobre mí*, - dice ella, flirteando.

Anna está escondida bajo la mesa. Gruñe y finge morder a los violonchelistas. Los violonchelistas conocen a Anna. Están acostumbrados.

Probablemente piensan que es mona. Le pasan sus trozos de brocoli y lechuga.

El salón está lleno de chelos en maletas negras que los violonchelistas han traído, como sarcófagos sobre ruedas. Sarcofabuses. Carruajes para bebés muertos. Después de cenar, los violonchelistas llevan sus sillas al salón. Sacan sus chelos y los afinan. Anna se presenta entre los chelos, merodeando detrás de las sillas. La casa se llena de ruidos.

Louise y Louise se sientan en sillas en el recibidor y atienden. No pueden hablar. Hay demasiado ruido. Louise abre el bolso y saca un paquete de tapones para los oídos. Le da dos a Anna, dos a Louise y se queda dos para ella. Louise se pone los tapones. Ahora los violonchelistas suenan como si estuvieran bajo tierra, en el fondo de algún lago subterráneo o en una cueva. Louise se mueve nerviosa.

Los violonchelistas tocan durante casi una hora. Cuando se toman un descanso, Louise se siente sensible, como si los violonchelistas hubieran estado tirándole cosas. Diminitos grumos de sonido. Ella casi espera ver hematomas en sus brazos.

Los violonchelistas salen fuera para fumar cigarrillos. Louise lleva a Louise aparte.

—*Si no hay ningún fantasma, deberías decírmelo ahora,* - dice ella. —*Les diré que se vayan a casa. Te prometo que no se enfadarán.*

—*Hay a un fantasma,* - dice Louise.

—*No me digas.* - Pero ella no intenta sonar convincente.

Lo que no le ha dicho a Louise es que ha metido un Walkman en su armario. Tiene puesto un CD de Patsy Cline en modo repetición con el volumen al mínimo.

—*Bueno, te ha hablado durante la cena. ¿Qué piensas?* - dice Louise.

—*¿Quién?* - dice Louise. —*¿Él? Fue muy simpático*

Louise suspira. —*Sí. Yo también creo que es muy simpático.*

Los violonchelistas vuelven al interior. El joven violonchelista de las gafas y las manos grandes las examina a las dos y sonríe con una gran sonrisa mordaz. Quizá no eran cigarrillos lo que estaban fumando.

Anna se ha quedado dormida en el interior de una caja de chelo como un gordo guisante verde en un ataúd.

Louise prueba a imaginar a los violonchelistas sin ropa. Intenta visualizarlos desnudos y follando con Louise. No follando con Louise, follando con ella en su lugar. ¿Cuál es el número cuatro? ¿El de la barba? Al número cuatro, recuerda ella, le gusta que Louise se siente encima y bote arriba y abajo. Es ella quien hace todo el trabajo mientras él mueve la mano. La dirige. Louise cree que eso es divertido.

Louise imagina a todos los violonchelistas desnudos y en la misma cama. Es ella quien está en la cama. Primero con el de la barba. Túmbate boca arriba, le dice ella. Cierra los ojos. No te muevas. Aquí mando yo. Yo dirijo esto. Y al de las piernas delgaduchas y al de barriga prominente. El joven de pelo negro rizado se dobla sobre su chelo como si fuera a caerse dentro. Es el que ha estado flirteando con ella. Haz esto, le dice al violonchelista. Haz aquello, le dice al otro. Ella no consigue averiguar lo que hacer con la mujer. El número cinco. Ella ni siquiera puede averiguar cómo quitarle la ropa al número cinco. El número cinco se sienta en el borde de la cama con las manos bajo las nalgas. Aún lleva sujetador y ropa interior.

Louise piensa en la ropa interior durante un minuto. Tiene florecillas. Vincapervincas. El número cinco espera a que Louise le diga lo que hacer. Pero a Louise le está costando mucho averiguar donde van todos los demás. Una boca se ha apresurado sola sobre sus pechos. Alguien le está tirando del pelo. Ella está sujetando el pene de alguien con ambas manos, el pene de otro se está frotando contra su coño. Hay penes por todas partes. Espera tu turno, piensa Louise, se paciente.

El número cinco ha sacado un chelo de su ropa interior. Está tocando una triste tonadilla con él. Está distraído. No es sexy en absoluto. Otro violonchelista se pone de pie sobre la cama, salta arriba y abajo. Pronto

todos están haciendo lo mismo. La cama cruje y se queja, y la mujer toca el chelo más rápido y más rápido. ¡Para...!, piensa Louise, ¡...vas a despertar al fantasma!

—*¡Mierda!* - dice Louise, esa está desatada. Un tapón para los oídos de Louise se ha salido, cae en el regazo de Louise.

—*Aquí está, bajo tu silla. ¡Mira, Louise, de verdad tienes un fantasma!*

Los violonchelistas no miran. Ni la mantequilla se derritiría en sus bocas. Están follando sus chelos con sus dedos, acariciando a la música, prometiendo al fantasma yodeleis tiroleses y Patsy Cline y marchas fúnebres y ciudades enteras de música y música para comer y música para beber y música para ponerse y lucir como si fuera ropa. No es música que Louise haya oído antes. Suena como una canción de cuna y luego suena como una manada de lobos y luego suena como un matadero, y luego suena como una habitación de motel y un hombre casado diciendo Te quiero y la ducha está corriendo al mismo tiempo. Hace que le duelan los dientes y le acelera el corazón.

Suena como el color verde. Anna se despierta. Está sentada en la funda del chelo tapándose los oídos con las manos.

Esto es demasiado alto, piensa Louise. Los vecinos se van a quejar. Ella se agacha y ve al fantasma, pequeño e incuestionablemente como un perrillo faldero, tumbado bajo su silla. Oh, mi pobre bebé, piensa ella. Que no te engañen. No por la canción. Ellos no quieren ser malos..

Pero algo le sucede al fantasma. Tirita y se retuerce y jadea. Sale de debajo de la silla. Deja todo el pelo detrás bajo la silla en un montoncito ordenado. Se arrastra por el suelo con sus fuertes y hermosas manos, haciendo movimiento de tijera con las piernas por el suelo como un nadador. Está planeando cambiar, abandonarla y marcharse. Louise se quita el otro tapón. Va a darles un fantasma. —*Quédate aquí*, - dice ella en voz alta, —*quédate aquí conmigo y con la verdadera Patsy Cline. No te vayas.* - Ella no puede oír ni su propia voz. Los chelos rugen como leones en sus jaulas y lenguas de fuego. Louise abre la boca para decirlo más alto, pero el fantasma se ha ido. De acuerdo, vale, vete a peinar el pelo. Como si me importara.

Louise y Louise y Anna observan cómo el fantasma sube dentro de un chelo. Se impulsa hacia arriba, se sacude el aire como gotitas de agua. Se hace más corto. Se hace más transparente. Se funde en el chelo como leche derramada. Todos los demás violonchelistas hacen una pausa. El violonchelista que ha atrapado el fantasma de Louise toca una escala.

—*Bien*, - dice el violonchelista.

A Louise no le suena diferente, pero todos los otros violonchelistas suspiran.

Es el violonchelista barbudo quien ha atrapado al fantasma. Sostiene su chelo como si pudieran crecerle piernas y escapar corriendo si lo dejara suelto. El hombre parece como si hubiera descubierto América. Toca un poco más. Algo pasado de moda, piensa Louise, una preciosa tonada pasada de moda y ella quiere llorar. Se vuelve a poner los tapones. El violonchelista alza la vista hacia Louise mientras toca y sonrío. Me debes una, piensa ella.

Pero es el violonchelista más joven, el que Louise piensa que tiene ojos bonitos, el que se queda. Louise no está segura de cómo sucede esto. No está segura de si tiene al violonchelista correcto. No está segura de que el fantasma haya entrado en el chelo correcto. Pero los violonchelistas guardan sus chelos y le dan gracias y se marchan en sus coches, dejando los platos apilados en el fregadero para que Louise los lave.

El violonchelista más joven aún está sentado en su salón. —*Creí que ya lo tenía*. - le dice. —*Creí con seguridad que podría tocar ese fantasma*.

—*Me marchó*, - dice Louise. Pero no se marcha..

—*Buenas noches*, - dice Louise.

—*¿Quieres que te lleve?* - dice Louise al violonchelista.

—*Pensé que podría quedarme un rato. Ver si hay otro fantasma aquí dentro. Si a Louise no le importa*, - le dice.

Louise se encoge de hombros. —*Pues buenas noches*, - dice ella a Louise.

—*Bueno*, - dice Louise, —*buenas noches*.

La otra Louise coge a Anna en brazos, que ha caído dormida sobre el sofá. A Anna no le ha impresionado el fantasma. No era un perro y no era verde.

—*Buenas noches*, - dice el violonchelista, y se oye un portazo detrás de Louise y Anna.

Louise inhala. No está casado, no es ese olor. Pero le recuerda a algo.

—*¿Cuál es tu nombre?* - dice ella, pero antes de que pueda responder, ella se pone los tapones de nuevo.

Follan en el armario y luego en la bañera y luego él se tumba en el suelo del dormitorio y Louise se sienta encima de él. Para exorcizar el fantasma, piensa ella. Más caliente que en un brote de chilly.

La boca del violonchelista se mueve cuando llega. Parece que está diciendo, —*Louise, Louise*, - pero ella le da el beneficio de la duda. Bien podría estar diciendo su nombre.

Ella asiente inspiradoramente. —*Eso es*, - dice ella. —*Louise*.

El violonchelista cae dormido en el suelo. Louise le lanza una manta encima. Le observa respirar. Ha pasado un tiempo desde la última vez que observó dormir a un hombre. Se da una ducha y lava los platos. Saca las sillas del salón. Coge un sobre y recoge un puñado de pelo del fantasma. Lo mete en el sobre y barre el resto. Se quita los tapones pero no los tira.

Por la mañana, el violonchelista le prepara tortitas. Se sienta a la mesa mientras ella se levanta. Ella se acerca caminando hacia él y le huele el cuello. Reconoce ese olor ahora. Huele a Louise. A caramelo de azúcar y zumo de naranja y polvos de talco. Se da cuenta de que ha cometido un horrible error.

Louise esta furiosa. Louise no sabía que Louise sabía cómo estar enfadada. Louise cuelga cuando Louise llama. Louise conduce hasta la casa de Louise

y nadie sale a la puerta. Pero Louise puede ver a Anna mirando por la ventana.

Louise escribe una carta a Louise. —*Lo siento, - escribe ella. —Debería haberlo imaginado. ¿Por qué no me lo dijiste? Él no me ama. Sólo estaba ebrio. Quizá se confundió. Por favor, por favor, perdóname. No tienes que perdonarme inmediatamente. Dime qué puedo hacer.*

Abajo, ella escribe, —*P.D: no estoy embarazada.*

Tres semanas más tarde, Louise está guiando a un grupo de patrocinadores de la sinfónica por el escenario. Todos acaban de comer. Han bebido vino. Ella está destacando detalles arquitectónicos, hileras de focos frontales. Habla de espaldas al anfiteatro. Señala hacia arriba, da un paso hacia atrás en el aire. Cae fuera del escenario.

Un hombre, un abogado, llama a Louise al trabajo. Al principio ella piensa que es su madre la que se ha caído. El abogado le explica. Louise es la que está muerta. Se ha roto el cuello.

Mientras Louise está ocupada tratando de entender esto, el abogado, el Sr. Bostick, dice algo más. Louise es la tutora de Anna ahora.

—*Espera, espera, - dice Louise. —¿Qué quiere decir? ¿Louise está en el hospital? ¿tengo que cuidar de Anna durante un tiempo?*

—*No, - dice el Sr. Bostick. —Louise está muerta. En caso de muerte, Louise quería que usted adoptase a su hija Anna Geary. Yo había asumido que mi cliente Louise Geary ya había discutido esto con usted. Ella no tiene familia viva. Louise me dijo usted era su familia.*

—*Pero yo me acosté con su violonchelista, - dijo Louise. —No quise hacerlo. No me di cuenta del número que era. Ni siquiera sé su nombre. Aún sigo sin saberlo. Louise está tan enfada conmigo.*

Pero Louise ya no está enfadada con Louise. O quizá ahora esté siempre enfadada con Louise.

Louise va a recoger a Anna a la escuela. Anna está sentada en una silla en la oficina del colegio. No mira hacia arriba cuando Louise abre la puerta. Louise entra y se queda delante de ella. Baja la vista hacia Anna y piensa, ella es todo lo que me queda de Louise. Ella es todo lo que tengo ahora. Una niñita a la que sólo le gustan cosas que son verdes, que solía ser un perro.

—*Vamos, Anna,* - dice Louise. —*Te vienes a vivir conmigo.*

Louise y Anna viven juntas durante una semana. Louise evita a su amante casado en el trabajo. Ella no sabe cómo explicarle las cosas. Primero un fantasma y ahora una niñita. Eso es el fin de las habitaciones de motel.

Louise y Anna van al funeral de Louise y tiran tierra al ataúd de Louise. Anna lanza su tierra con fuerza como si estuviera apuntando a algo. Louise sujeta su puñado demasiado fuerte. Cuando lo suelta, hay tierra bajo sus uñas. Se mete un dedo en la boca. Todos los violonchelistas están allí. Parecen amputados sin sus chelos, más bajitos, infantiles. Anna, en su ropa funeral verde, parece mayor que ellos. Ella coge la mano de Louise a regañadientes. Louise le ha prometido a Anna que puede tener un perro. Se acabaron los moteles para siempre. Tendrá que comprar una casa más grande, piensa Louise, con un patio. Venderá su casa y la casa de Louise y pondrá el dinero en un banco para Anna. Hace esto por su madre... esto es lo que hay que hacer por la familia.

Mientras el reverendo aún está hablando, el número ocho se tira al suelo junto a la tumba. Dos violonchelistas junto a él le cogen del brazo cada uno y le levantan de nuevo. Louise ve que su nariz está moqueando. Él no la mira y no se limpia la nariz tampoco. Cuando los dos violonchelistas le apartan caminando, hay tierra de la tumba en sus pantalones.

Patrick está allí. Tiene los ojos rojos. Saluda a Anna con los dedos, pero se queda donde está. La pérdida es contagiosa... se mantiene a distancia segura.

La mujer violonchelista, el número cinco, se acerca a Louise después del funeral. Abraza a Louise y a Anna. Les dice que se ha organizado un concierto memorial especial. Incrementará los fondos. Van a llamar a uno

de los salones de concierto más pequeños Salón en Memoria de Louise Geary. Louise está de acuerdo en que Louise estaría agradecida. Ella y Anna se marchan antes de que el resto de violonchelistas puedan decirles cuánto lo sienten, cuánto echarán de menos a Louise.

Por la noche Louise llama a su madre y le dice que Louise está muerta.

—*Oh, cariño, - dice su madre. —Lo siento tanto. Era una chica estupenda. A mi siempre me gustaba oirla reír.*

—*Estaba furiosa conmigo, - dice Louise. —Su hija Anna se va a quedar conmigo ahora.*

—*¿Qué hay del padre de Anna? - dice su madre. —¿Te has deshecho del fantasma? No estoy segura de que sea una buena idea tener un fantasma en la misma casa que una niña pequeña.*

—*El fantasma se ha ido, - dice Louise.*

Hay un click en la línea —*Alguien está escuchando, - dice su madre. —No digas nada... podrían estar grabándonos. Vuelve a llamarme desde un teléfono diferente.*

Anna ha entrado en la habitación. Se queda detrás de Louise y dice, —*Quiero ir a vivir con mi padre.*

—*Es hora de ir a dormir, - dice Louise. Quiere quitarse las ropas de funeral e irse a la cama. —Podemos hablar de eso por la mañana.*

Anna se cepilla los dientes y se pone su pijama verde. No quiere que Louise le lea nada. No quiere un vaso de agua. Louise dice: —*Cuando era un perro...*

Anna dice, —*Tú nunca has sido un perro... - y tira de la manta, que no es verde, para taparse la cabeza y no dice nada más.*

El Sr. Bostick sabe dónde está el padre de Anna. —*Él no sabe nada de Anna, - le dice a Louise. —Su nombre es George Candle y vive en Oregón.*

Está casado y tiene dos hijos. Es dueño de su propia compañía... algo relacionado con producción orgánica, creo, o quizá fuera construcción.

—Creo que sería mejor para Anna si ella quisiera vivir con su verdadero padre, - dice Louise. —Más sencillo. Alguien que sepa algo sobre hijos. Yo no estoy preparada para esto.

El Sr. Bostick está de acuerdo en contactar con el padre de Anna. *—Puede no querer admitir que conocía a Louise, - le dice. —Puede que esto no le parezca bien.*

—Dígale que es una niña fantástica, - dice Louise. —Dígale que es igual que Louise.

Al final, George Candle accede a venir a recoger a Anna. Louise se encarga de sus pasajes de avión y de la habitación del hotel. Reserva dos pasajes de regreso para Portland para Anna y su padre y se asegura de que Anna tenga un asiento con ventanilla.

—Te gustará Oregón, - le dice a Anna. —Es verde.

—Te crees que eres más lista que yo, - dice Anna. —Te crees que lo sabes todo de mí. Cuando era un perro, yo era diez veces más lista que tú. Sabía quiénes eran mis amigos por cómo olían. Yo sé cosas y tú no.

Pero no le dice qué cosas son esas. Louise no pregunta.

George Candle llora cuando se encuentra a su hija. Es casi tan peludo como el fantasma. Louise puede oler su matrimonio. Se pregunta lo que olerá Anna.

—Yo quería tanto a tu madre, - le dice George Candle a Anna. —Era una persona muy especial. Tenía un alma hermosa.

Van a visitar la tumba de Louise. La hierba allí es más verde que el resto de la hierba. Puedes ver donde ha sido cubierta, como la etiqueta de un libro. Louise fantasea brevemente sobre su propio funeral, su propia lápida, su propio amante casado de pie junto a su lápida. Ella sabe que él se iría

directo a casa después del funeral para darse una ducha. Si es que iba al funeral en primer lugar.

La casa sin Anna está más vacía de lo que Louise está acostumbrada. Louise no esperaba echar de menos a Anna. Ahora no tiene mejor amiga ni fantasma ni perro formal adoptado. Su amante está en casa con su esposa, malhumorado y ahora mismo George Candle está volando a casa hacia su esposa. ¿Qué pensará ella de Anna? Quizá Anna eche de menos a Louise, aunque sólo sea un poquito.

Esa noche Louise sueña con Louise cayendo interminablemente del escenario. Cae y cae y cae. Mientras Louise cae, se deshace en pedazos lentamente. Sus trocitos se alejan volando. Está hecha de mariquitas.

Anna viene y se sienta sobre la cama de Louise. Es mucho más peluda que cuando vivía con Louise. —*Ni siquiera eres un perro*, - dice Louise.

Anna le muestra unos dientes de zarigüeya. Está sosteniendo una pieza de okra.

—*El mundo sobrenatural tiene ciertas características*, - dice Anna. —*Puedes reconocerlas por su color, que es el verde, y por su textura, que es hirsuta. Esas son sus cualidades. Dentro del mundo sobrenatural las cosas se hacen viscosas pero tú nunca llegas al interior de las cosas, Louise. ¿Sabías que George Candle es un hombre lobo? Ten cuidado de los hombres peludos, Louise. ¿O me refiero a los hombres casados? Los demás aspectos del mundo verde incluyen la música y el olor.*

Anna se baja los pantalones y se agacha. Mea sobre la cama, un largo chorro acre que hace llorar los ojos de Louise.

Louise se despierta sollozando. —*Louise*, - susurra Louise. —*Por favor ven y tumbate en mi suelo. Por favor ven a atormentarme. Pondré a Patsy Cline para ti y te peinaré el pelo. Por favor no te vayas.*

Guarda vigilia durante tres noches. Pone a Patsy Cline. Se sienta junto al teléfono por si quizá Louise quisiera llamar. Louise nunca ha tardado tanto tiempo en llamar. Si Louise no la perdona, entonces puede venir y ser un

fantasma furioso. Puede romper los platos o hacer que salga sangre de los grifos. Puede provocarle pesadillas a Louise. Louise estaría agradecida por las cosas rotas y la sangre y las pesadillas. Toda la ropa de Louise está colgada del revés en las perchas. Louise saca platitos de flores, platos con velas y dulces. Llama a su madre para preguntarle cómo hacer que aparezca un fantasma, pero su madre se niega a decírselo: la línea puede estar pinchada. Louise tendrá que acercarse en persona, dice ella, y así se lo explicará.

Louise lleva el mismo vestido que llevaba en el funeral. Se sienta en el balcón. Hay enormes cuadros de Louise en el escenario. Gente influyente sube al escenario y cuenta historias divertidas sobre Louise. Miembros de la orquesta hablan sobre Louise. Su encanto, su belleza, su amor por la música. Louise mira por sus binoculares de ópera hacia los violonchelistas. Está el joven, el número ocho, el que causó todo el problema. Está el violonchelista de la barba que atrapó al fantasma. Ella observa su chelo. Su fantasma recorre el cuello del chelo arriba y abajo, jugueteando. Se enrolla alrededor de las cuerdas, cuelga bocabajo de una clavija.

Ella examina la cara del número cinco durante largo tiempo. ¿Por qué tú?, piensa Louise. Si ella quería dormir con una mujer, ¿por qué durmió contigo? ¿Le contaste chistes graciosos? ¿Fuisteis de compras juntas a mirar ropa? Cuando la viste desnuda, ¿viste que era patizamba? ¿Te pareció hermosa?

El violonchelista junto al número cinco sostiene su chelo con mucho cuidado. Recorre las cuerdas con los dedos como si estuvieran enredadas y las estuviera peinando. Louise mira por los prismáticos de ópera. Hay algo en su chelo. Algo pequeño y descolorido la está mirando a través de las cuerdas. Louise mira a Louise y luego se escurre de vuelta al interior del agujero, como un pez.

Están en el bosque. El fuego es bajo. Es de noche. Todas las chicas están en sus sacos de dormir. Se han lavado los dientes y escupido, se han lavado las caras con agua de la tetera, han cerrado las cremalleras de sus sacos de dormir.

Una consejera llamada Charlie esta diciendo, —*Soy el fantasma tuerto del ojo negro, Soy el fantasma tuerto del ojo negro.*

Charlie sostiene una linterna bajo la barbilla. Sus ojos son dos agujeros negros en su rostro. Su boca bosteza, la luz brilla a través de sus dientes. Su sombra devora el tronco del árbol bajo el que está sentada.

Durante el día, Charlie enseña equitación. No es mucho mayor que Louise o Louise. Es guapa y les deja montar en los caballos de espaldas a veces. Pero eso es la Charlie de día. Por la noche, Charlie es la que se sienta junto al fuego. La Charlie de noche es la que cuenta historias.

—*¿Tienes miedo?* - dice Louise.

—*No,* - dice Louise.

Se cogen las manos. No se miran una a la otra. Tienen los ojos fijos en Charlie.

—*¿Tienes miedo?* - dice Louise.

—*No,* - dice Louise. —*No mientras tú estés aquí.*

FIN

Capítulo 11

Relato 11 - La Chica Detective

The Girl Detective. publicado en Event Horizon, 1999

*«La chica detective miró su reflejo en el espejo.
Aquella era una chica diferente.
Aquella era una chica que masticaría chicle.»*
(DORA KNEZ, de una conversación.)

La madre de la chica detective ha desaparecido.
La madre de la chica detective lleva desaparecida mucho tiempo.

EL INFRAMUNDO.

Piensa en el inframundo como el fondo de tu armario, detrás de todas esas filas de ropa que ya no te pones. Las cosas siempre se empujan allí al fondo y se olvidan. El inframundo está lleno de cosas de las que te has olvidado. Algunas de ellas, si pudieras recordarlas, podrías querer recuperarlas. Los viajes al inframundo siempre son muy nostálgicos. Está más oscuro ahí dentro. Las estaciones no coinciden. La mayoría de la gente acaba allí por accidente o porque al final no había otro sitio donde ir. Sólo los héroes y las chicas detective van al inframundo a propósito.

HAY TRES CLASES DE COMIDA.

Una es la comida que tu madre hace para ti. Otra es la clase de comida que comes en restaurantes. Y otra es la clase de comida que comes en sueños. Hay otro tipo de comida, pero sólo puedes conseguirla en el inframundo y no es comida de verdad. Es más como baliar.

LA CHICA DETECTIVE COME SUEÑOS.

La chica detective no se come la cena. Su padre y el ama de llaves han probado todo lo que se les ha ocurrido. Su padre la lleva fuera para comer. Restaurantes chinos, una vez incluso a una vía de servicio donde aparcan camiones a dos estados de distancia para comer filete de pollo frito. A la chica detective solía encantarle el filete de pollo frito. Su padre ha engordado cinco kilos, pero la chica detective sólo toma un vaso de agua, ni siquiera una rodaja de limón. Los vi una vez en ese nuevo restaurante del centro y la chica detective estaba doblando su servilleta mientras su padre comía. Pasé por su mesa después de que se marcharan. Había doblado su servilleta en forma de cisne. Me la guardé en el bolsillo, junto con su panecillo y un paquete de azúcar. Creí que estas cosas podrían ser pistas.

El ama de llaves cocina toda la comida que a la chica detective solía gustarle. Judías verdes, macarrones con queso, pastinacas, estofado a la pera. La chica detective solía incluso comer todos los vegetales. A la chica detective solían encantarle los vegetales. Ella siempre limpiaba el plato. Ojalá su madre aún estuviera aquí, dice el ama de llaves, y suspirara. El padre de la chica detective suspira. ¿No tienes ni la más remota hambre? le pregunta. ¿No quieres comer ni un bocadito? Pero la chica detective se va a la cama con hambre.

Hay cierto debate sobre si la chica detective no necesita comer comida en absoluto. ¿Es posible que ella esté comiendo en secreto? ¿Es anoréxica? ¿Bulímica? ¿Protesta por algo? ¿Que podemos cocinar para tentarla?

Estoy haciendo todo lo que puedo para responder estas mismas preguntas. Estoy investigando a la chica detective. Me siento en un árbol a una calle de distancia de su ventana y esto es lo que veo. La chica detective se va a la cama con hambre, pero ella se come nuestros sueños mientras dormimos. Se ha comido mis sueños. Se ha comido tus sueños, uno después de otro, como si fueran uvas u ostras. La chica detective está engordando con los sueños de otras personas.

EL CASO DE LAS BAILARINAS DE CLAQUÉ ATRACADORAS DE BANCOS.

Sólo hace algunos días vi esto en las noticias. Recuerda ese banco en el centro. Quizá estabas en la cola del cajero, esperando para hacer un ingreso.

Quizá las vieras entrar. Tenían largas, largas piernas y llevaban lentejuelas. Plumas. No mucho más. Llevaban pequeños dominos negros, el pelo recogido en altos tirabuzones y sus bocas eran anchas y rojas. Sus ojos brillaban.

Te estaban entrevistando para las noticias. —*Todos pensamos que alguien en el banco debía de estar celebrando un cumpleaños, - dijiste. —Iban con esos escasos atuendos, estaba sonando música.*

Giraban. Se pavoneaban. Pateaban. Llevaban bolsos y sacaron pistolitas negras de ellos. Siéntate en el suelo, te dijo una de ellas. Tú te sentaste en el suelo. Al sentarte en el suelo se podía mirar desde abajo al vuelo de sus minifaldas. Podías ver su ropa interior. Era satén y tenían bordados los días de la semana. Había doce atracadoras de banco: Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado, Domingo y, luego, Mayday, Día de Paga, Ayer, Algún Día, y Cumpleaños. El que te había hablado era Cumpleaños. Parecía ser la líder. Fue hasta a un cajero y le apuntó con la pistolita. Hablaban seriamente. Se marchó por una puerta lateral. Todas las atracadoras salieron con ella excepto Miércoles y Jueves, que mantenían un ojo en ti. Se cambiaban de sitio a veces en el suelo de mármol mientras esperaban. Hicieron un par de pliés. No dejaban de apuntar al guarda de seguridad, que se había quedado dormido en una silla junto a la puerta. Estaba dormido.

En un minuto, el resto de atracadoras regresó por la puerta de nuevo con el cajero. Parecían satisfechas. El cajero parecía confuso y se sentó en el suelo a tu lado. Las atracadoras se marcharon. Los testigos dicen que se metieron en una furgoneta roja con algo escrito en oro en el lateral y se alejaron. La conductora era una mujer de más edad. Parecía severa.

La policía está tras la pista de esta mujer, de esta furgoneta. Cuando llegaron, ¿qué fue lo que encontraron en el interior de la caja fuerte? Pues que no faltaba nada. De hecho, aparacieron cosas que se habían dejado allí. Varias toneladas de calcetas desparejadas, varios centenares de gafas graduadas, *golden retrievers*, una boa de dos metros de largo, enrollada decorativamente alrededor del dial de bronce de la caja fuerte. También una mujer que afirmaba ser Amelia Earhart. Cuando la policía interrogó a esta mujer, ella declaró recordar muy poco. Recuerda un lugar, la policía sospecha que fue retenida allí como rehén junto a las atracadoras. Estaba

tan oscuro, dijo ella, y la gente estaba bailando. La comida era bastante buena. La policía tiene a la mujer en custodia preventiva, donde ha recibido serias propuestas de hombres solteros y casas de publicaciones importantes.

En los últimos dos meses, las atracadoras bailarinas de claqué se han mantenido ocupadas. ¿Quiénes son estas mujeres enmascaradas? La especulación es abundante. Todo bailarín, moderno, clásico, incluso estudiante de ensayos, está bien enterado. Los bancos se han vuelto lugares populares para tener citas o quedar en un día entre semana para almorzar. Algunas personas traen rosas para lanzar. La chica detective está oficialmente trabajando en el caso.

ORÍGENES SECRETOS DE LA CHICA DETECTIVE.

Algunas personas dicen que no existe. Alguien sugirió una vez que yo era la chica detective, pero yo nunca he sabido si hablaban en serio. Al menos, yo no creo ser la chica detective. Si fuese la chica detective, seguramente lo sabría.

PASAN COSAS.

Cuando la chica detective deja la casa de su padre una mañana, un hombre está acechando fuera. He estado observándole durante un tiempo desde mi árbol. Estoy un poco rígido, pero estoy feliz de estar aquí. Es un gordo con bellos ojos con ojeras. Suspira pesadamente algunas veces. Coge a la chica detective del brazo. ¿Puedo contarte una historia?, le dice.

De acuerdo, dice la chica detective educadamente. Ella recupera su brazo y se sienta en los escalones delanteros. El hombre se sienta junto a ella y enciende un oloroso puro.

LA CHICA DETECTIVE SALVA EL MUNDO.

La chica detective ha salvado al mundo al menos en tres ocasiones separadas. Tampoco es que se jacte de ello.

A la chica detective le trae sin cuidado la ficción.

La chica detective en realidad no lee mucho. No tiene tiempo. Su padre solía leerle cuentos de hadas cuando era pequeña. A ella no le gustaban. Por ejemplo, las doce princesas bailarinas. Si su padre quería en realidad detenerlas, ¿por qué simplemente no le prohíbe al zapatero real hacerles más zapatos de baile? ¿Por qué tienen que ir bajo tierra para bailar? ¿No tienen un salón de fiestas? ¿Les gustaba bailar o quedan aliviadas secretamente cuando las pillan? ¿Quién les enseñó a bailar?

La chica detective ha pensado mucho en las doce princesas bailarinas. Ella y las princesas tienen algunas cosas en común. Por ejemplo, zapatos de cuero. Posiblemente la ropa interior. Tampoco tienen madre. Esto es otra cosa acerca de la ficción, los cuentos de hadas en particular. La madre normalmente ha desaparecido. La chica detective imagina, de pronto, todas esas cosas. Todas están en el mismo lugar. Están muy lejos, en algún lugar donde no se pueden encontrar. Eso la enfurece. ¿Qué están tramando todas esas madres?

LA HISTORIA DEL GORDO.

Este hombre tiene doce hijas, dice el gordo. Todas ellas vistosas. Bonitas encías. Es un hombre rico pero no tiene esposa. Tiene que cuidar de todas las chicas él solo. Hace lo mejor que puede. La de más edad aún está viviendo en casa mientras la más joven se gradúa en el instituto. Esto hace feliz a su padre. ¿Cómo va a cuidar de ellas si se mudan fuera de casa?

Pero empiezan a suceder cosas extrañas. Todas las chicas duermen en el mismo dormitorio, lo cual está bien, no hay problema porque todas se llevan genial. Pero entonces las chicas empiezan a dormir todo el día. Él no puede despertarlas. Es como si las hubieran drogado. Él trae especialistas. Todos los especialistas niegan con la cabeza.

Por la noche, las chicas despiertan. Están mimosas. Afectivas. Se ponen maquillaje. Susurran y sueltan risitas. Cenan con su padre y todo el mundo finge que todo es normal. A la hora de dormir van a su habitación y cierran la puerta con llave y; por la mañana cuando su padre llama a la puerta para despertarlas, suavemente al principio, dando golpecitos, luego más fuerte, rogándoles que abran la puerta; junto a cada cama hay un par de gastados zapatos de baile.

Aquí está la cosa. Él ni siquiera les ha pagado nunca lecciones de baile. Todas han tenido clases de equitación, tenis y todas esas clases donde aprendes a hacer mobiliario para las casitas de muñecas a partir de paquetes de tabaco y galletas.

Así que él contrata a un detective. Yo, dice el gordo, no lo parece, pero solía ser joven y guapo y diestro sobre mis pies. Solía ser un apuesto buen bailarín..

El hombre chupa el puro. ¿Estás anotando todo esto? me grita la chica detective hacia donde estoy sentado en el árbol. Yo asiento. ¿Por qué no das una vuelta?, dice ella.

POR QUÉ AMAMOS A LA CHICA DETECTIVE.

Amamos a la chica detective porque nos recuerda a las hijas que deseamos tener. Es valiente, pero también intrépida. Desprecia la injusticia, es pasional pero de novio estable. Ordena su habitación pero no demasiado. Da de comer a su pez de colores. Sacará buenas notas, respetará su toque de queda siempre que no interfiera con su lucha contra el crimen. Vendrá a casa los fines de semana desde alguna facultad de la Ivy League para hacer su colada.

Nos recuerda a la chica con la que esperamos casarnos un día. Si se lo pedimos, cuidará de nosotros, nos cocinará comidas nutritivas, encontrará nuestras llaves del coche cuando las hayamos perdido. La chica detective es buena encontrando cosas. Equilibrará las cuentas, los planes de vacaciones y ocasionalmente nos recibirá en la puerta cuando volvamos a casa después del trabajo sin vestir nada más que una banda azul en el pelo. Llenará nuestros ojos. Enterrará nuestras caras en su oscuro, luminoso, sedoso, rizado, cuidado, corto, reluciente, suave, brillante cabello. El color de su pelo siempre nos inflama.

Nos recuerda a nuestras madres.

BAILA CON CHICAS HERMOSAS

El padre me esconde en el armario una noche y espero a que todas las chicas vengan a dormir. Es un armario grande y huele bien, a sudor de chica, clavo y naftalina. Me agarro a la manga del vestido de alguien para equilibrarme mientras espío por la cerradura. No creas que no rebusco en todos los bolsillos. Pero todo lo que encuentro es una canica y una baraja de cartas a la que le falta la Reina de Espadas, quizá una servilleta doblada en un cisne y una caja de cerillas de un restaurante chino.

Espío por la cerradura, quizá espero ver una o dos de ellas quitarse la ropa, pero en su lugar cierran con llave la puerta del dormitorio y mueven una de la camas, llaman en el suelo y, adivina qué, hay un pasadizo secreto. Abajo que van, una detrás de otra. Parecen tan remilgadas como si fueran a la Escuela Dominical.

Espero un poco y luego las sigo. El pasadizo primero es de masilla y ladrillos y luego es tierra con paredes de aglomerado. Las paredes están muy separas y podríamos estar andando todos nosotros cogidos de las manos si quisiéramos. Está bastante oscuro pero cada chica lleva una linterna. Sigo los doce pares de pies en doce nuevos pares de zapatos de baile, cada uno dentro de su charquito de luz. Estiro el brazo hacia arriba y me apoyo sobre los dedos de los pies, pero no consigo tocar el techo del túnel. Hay una brisa que sube por el vello de mi nuca.

Hasta entonces creía que conocía esta ciudad bastante bien, pero bajamos y bajamos, yo voy después de la última chica, la más joven, y cuando por fin se nivela el pasadizo, estamos en un bosque. Hay un musgo sobre los troncos de los árboles que reluce. Parece el paraíso con esa luz del musgo. La tierra es blanda como de terciopelo y el aire sabe bien. Creo que debo de estar soñado, pero alargo el brazo hacia arriba y rompo una ramita.

La chica más joven oye el chasquido de la ramita al romperse y se da la vuelta, pero yo me escondo detrás un árbol. Así que ella continúa y seguimos todos andando como antes.

Luego llegamos a un río. Abajo junto a un banco hay doce hombres jóvenes, orientales, gángsters parecen todos, pelo negro engominado hacia atrás, caras lisas a la tenue luz y veo que todos llevan armas bajo sus elegantes chaquetas de traje. Me quedo atrás en los árboles. Creo que quizá

sea un comercio de trata de blancas, pero las chicas hablan apaciblemente y sonríen y sueltan risitas junto a sus acompañantes, así que me quedo atrás en los árboles y pienso un poco. Cada hombre rema con una de la chicas por el río en una canoa. Yo espero un tiempo y luego me meto en una canoa y empiezo a remar para cruzar el río lo más silenciosamente que puedo. El agua es negra y hay una pequeña corriente como si supiera dónde va. No me fío mucho de este agua. Me acerco al último bote que lleva a la chica más joven y el agua de mi remo salpica en su cara, supongo que es así, porque ella le dice al hombre, alguien está ahí fuera.

Cocodrilos, quizá, le dice él, y juro que el tipo es igualito al camarero que me trajo pollo al limón en ese nuevo restaurante del centro. Estoy tan cerca que juraría que pueden verme, pero no parecen verme. O quizá sólo están siendo educados.

Salimos todos al otro lado del río y hay un club nocturno todo iluminado con linternas de papel sobre la veranda. Hombres y mujeres charlan de pie en el porche y hay una banda que toca en el interior. Es el tipo de música que te hace empezar a dar golpecitos con el pie. Se mete dentro de mí y empieza a llamar a la puerta de mi cabeza. A estas alturas, creo que la chicas deben de haberme visto, pero no me miran a mí. Parecen ignorame.

—*Bueno, aquí estáis*, - dice una mujer. —*Hola, chicas*.

Es alta y tan hermosa que parece una estrella de cine, pero también tiene una mirada severa, probablemente interpreta a las villanas. Lleva uno de esos vestidos ajustados de seda con dragones, pero ella no es oriental.

—*Ahora, vamos a empezar*, - dice ella. En la puerta del club nocturno hay un letrero. BAILA CON CHICAS HERMOSAS. Entran y espero un poco antes de entrar también.

Bailo con la de más edad y bailo con la más joven y por supuesto, fingen que no me conocen, pero opinan que bailo muy bien. Bailamos el shimmy y el grind, el bump y el charleston. Una chica abre en alto las piernas para mí pero ha bajado las manos en una X, y luego junta las rodillas otra vez y sus brazos vuelan como si fuera a agarrarme y luego sus manos se cruzan y vuelve a sus rodillas de nuevo. La levanto en el aire por las axilas y su falda

vuela. Queda suspendida en el aire como si fuera tan sólida como la pista de baile y cuando la bajo y sus pies tocan el suelo, ella se mueve como el aire. Simplemente flota. Sus pies zapatean todo el tiempo y las chispas salen volando de sus zapatos y de mis zapatos y de los zapatos de todo el mundo. Bailo con muchas chicas y todas son hermosas como dice el letrero, incluso las que no lo son. Y cuando la banda empieza a sonar cansada, me cuelo por la puerta y vuelvo al río, regreso al bosque, subo el pasadizo secreto y entro en el dormitorio de las chicas.

Regreso al interior del armario y me seco la cara en el vestido de alguien. El sudor me cae a chorros. Muy pronto, las chicas también han vuelto a casa, cojeando un poquito pero sonrientes. Se sientan en sus camas y se quitan los zapatos. Seguramente, sus zapatos se han desgastado bastante. Los míos no están mucho mejor.

En ese momento es cuando salgo del armario y mientras todas gritan, lamentan, chillan, vocean, maldicen, abro la puerta del dormitorio y dejo entrar a su padre. Ha estado esperando allí toda la noche. Hay círculos bajo sus ojos. ¿Las has seguido? me dice.

Sí, le digo.

¿Te pegaste a ellas?, me dice sin mirarlas en ningún momento..

Sí, le digo. Le doy la ramita. Un poquillo más tarde, cuando llego a conocer mejor a la chica de más edad, nos casamos. Salimos a bailar casi todas las noches, pero yo nunca veo ese club de nuevo.

HAY DOS CLASES DE NOMBRES.

La chica detective ha aprendido a desconfiar de ciertas personas. Las que no parpadean lo suficiente, por ejemplo. Las que no se amilanan. Las que bailan demasiado bien. Las que están demasiado gordas o delgadas. Las que lloran y no necesitan sonarse las narices después. Las personas con ciertas clases de nombres tienden al comportamiento loco y extravagante. A veces escogen la vida del crimen. Ojalá sus padres hubieran sido más cuidadosos. Estas personas tienen nombres como Bernadette, Sylvester, Arabela, Apocolopus, Thaddeus, Gertrude, Gomez, Xavier, Xerxes. Flora.

Llevan siniestras barras de labios, planean la destrucción del mundo, corren delante de los perros, se inician en el tiro con arco en lugar de los bolos. Roban herencias, llevan dientes falsos, esconden voluntades, mangan en las tiendas, planean asesinatos, se quitan la ropa y bailan encima de las mesas en bares atestados justo después de que todo el mundo ha salido del trabajo.

Por otro lado, esto no hace confiar en gente llamada George o Maxine o Sandra o Bradley. Las personas con nombres como estos, obviamente, ocultan algo. Hombres que cojean. O que tienen demasiados dientes o los tienen torcidos. Las personas que no tiran de la cadena. Las personas tacañas o que dejan propinas exageradas. Las personas que no se lavan las manos después de ir al baño. Las personas que desean cosas demasiado. El mundo es un lugar peligroso, lleno de gente que no confía en los demás. Por eso me quedo arriba en este árbol. No bajaría aún cuando ella me lo pidiera.

La chica detective está buscando su madre.

La chica detective ha estado buscando a su madre desde hace mucho tiempo. No espera que su madre sea fácil de encontrar. Después de todo, su madre es también una maestra del disfraz. Si fracasamos al reconocer a la chica detective cuando viene a encontrarnos, ¿cómo reconocerá la chica detective a su madre?

Ella la ve a veces en los sueños de otras personas. Analiza el modo en que esta mujer está soñando con peces de colores, le dice su madre. Y la chica detective saborea los peces de colores y algo se le revela. Quizá un corazón roto, quizá algo sobre el dinero, o unas vacaciones que la mujer está a punto de coger. Quizá la mujer está a punto de ganar la lotería.

A veces la chica detective cree que tiene sentido que su madre haya desaparecido. Quizá el asunto es que lo que debería estar aprendiendo no trata sobre las vacaciones ni corazones rotos ni loterías ni voluntades perdidas ni nada de esas cosas. Quizá su madre está intentando decirle a la chica detective cómo llegar hasta donde ella está. Mientras tanto, la chica detective acumula pistas de los sueños de otras personas y le pedimos que encuentre a nuestras mascotas perdidas, que nos diga si nuestras esposas están siendo honestas con nosotros, que nos diga quiénes son nuestros amigos en realidad y que mantenga vigilado el mundo mientras dormimos.

Sobre las tres en punto de esta mañana, la chica detective subió la ventana y me miró. Parecía que no había dormido mucho.—*¿Aún estás ahí arriba en ese árbol?*

POR QUÉ TEMEMOS A LA CHICA DETECTIVE.

Nos recuerda a nuestras madres. Se come nuestros sueños. Sabe lo que hemos estado tramando, lo que buscamos. Sabe de lo que somos capaces y de lo que no. Ella está buscando algo. Tememos que nos esté buscando. Tememos que no nos esté buscando. ¿Quién nos encontrará, si la chica detective no lo hace?

LA CHICA DETECTIVE HACE ALGUNAS PREGUNTAS.

—*Creo que he oído esta historia antes*, - le dice la chica detective al gordo.

—*Es una vieja historia*. - El hombre la mira con tristeza y ella lo mira también.

—*Pues, ¿por qué me la cuenta?*

—*Yo que sé*, - le dice. —*Mi esposa desapareció hace algunos meses. Es decir, falleció, murió. No consigo encontrarla, es lo que quiero decir. Pero creí que quizá si alguien pudiera encontrar ese club de nuevo, ella podría estar allí. Pero soy viejo y la casa de su padre se quemó hace treinta años. Ya ni siquiera puedo encontrar ese restaurante chino.*

—*Aún cuando encontrara ese club*, - dice la chica detective, —*si está muerta, probablemente no estará allí. Y si está allí, puede que no quiera volver.*

—*Supongo que también sé eso, chica*, - le dice. —*Pero hablar de ella, cómo la conocí y cosas así, ayuda. Además, no lo sabes. Podría estar allí. Nunca se saben esas cosas.*

Le da una fotografía de su esposa.

—*¿Cuál era el nombre de su esposa?* - dice la chica detective.

—*He estado intentando recordarlo, - le dice.*

ALGUNAS COSAS QUE ENCONTRÓ RECIENTEMENTE EN CAJAS FUERTES BANCARIAS.

Mascotas perdidas. La tripulación y pasajeros del Mary Celeste. Más calcetines. Varias cajas de adornos de árbol de Navidad. Una obra de Shakespeare sobre amantes traidores, no termina bien. Anillos de boda. Algunos cocodrilos albinos. Varios toneladas de deberes escolares de séptimo. Misiles balísticos. Una zapatilla de cristal. Algunos exploradores africanos. Un grupo completo de montañeros himalayos. Infantes cuyas caras conocía de los cartones de leche. El resto de ese poema de Coleridge. También unas galletas de la suerte.

MÁS ORÍGENES SECRETOS DE LA CHICA DETECTIVE.

Algunas personas dicen que ella era la hija de los misioneros, que fue criada por lobos, que ella es la princesa Anastasia, la última de los Romanov. Algunas personas dicen que en realidad es un hombre. Algunas personas dicen que llegó aquí de otro planeta y que algún día, cuando encuentre lo que está buscando, se irá a casa. Algunas personas confían en que les lleven con ella.

Si les preguntas lo que está buscando, se encogen de hombros y dicen, — *Pregunta a la chica detective.*

Algunas personas dicen que tiene dos mil años.

Algunas personas dicen que no es una chica sino muchas... o sea, que es en realidad una sociedad secreta de Chicas Exploradoras o puede que una subrama del FBI.

¿A QUIÉN AMA LA CHICA DETECTIVE?

¿Te acuerdas de ese chico, Fred o Nat? Algo así. Estaba enamorado de la chica detective, aún cuando ella era más lista que él, aún cuando él nunca consiguió rescatarla ni una sola vez de los malos, o si lo hizo, en realidad ella le estaba dejando hacerlo. Él era un buen chico con un buen sentido del

humor, pero solía tener un sueño recurrente en el que era un peludo *golden retriever*. La chica detective lo sabía, por supuesto, ella conoce todos nuestros sueños. ¿Cómo iba ella a salir en serio con un chico que soñaba que era un *retriever*?

Todo el mundo ha visto los titulares. —*Chica Detective Rechaza ser Jefa de Estado.*—*Sorprendí a Mi Marido en la Cama con la Chica Detective.*—*Marido Veinte Años Casado y Padre de Cuatro, Es la Chica Detective.*

Yo mismo fui el amante de la chica detective durante tres felices meses. Nos encontrábamos los Jueves por la noche en la cabaña de verano de una amiga junto a un lago. Se presentó como Pomegranate Buhm. Yo estaba embelesado con ella, sus largas piernas tan pálidas que parecían dos haces de luz lunares. Me encantaba el tamaño de sus pies, su pelo negro que siempre olía a uva. Cuando hacíamos el amor, ella pegaba el chicle detrás del cabezal de la cama. Su ropa interior estaba bordada con los días de la semana.

Siempre nos veíamos los jueves, como he dicho, pero según su ropa interior, también nos veíamos los sábados, los miércoles, los lunes, martes, y una vez, que fue memorable, un viernes. Ese viernes, o mejor dicho, ese jueves, ella tenía un tatuaje de un carrillón del abuelo bajo su pecho derecho. Lo lamí, metódicamente, pero no se borraba. El jueves anterior (lunes según la ropa interior) había estado bajo su pecho izquierdo. Creo que empecé a sospechar entonces, aunque no le dije nada y ella tampoco.

Al jueves siguiente, el tatuaje había vuelto, metido discretamente bajo el pecho izquierdo, pero era demasiado tarde. Todo terminó cuando me dormí soñando con la camarera de Mariscos Tierra Adentro Frank, la que libraba los lunes por la noche, la del huequecito entre los dientes y pecas en el culo. Estaba soñando que ella y yo íbamos en un bote por el medio del lago. Había un agujero en el fondo del bote. Yo estaba poniendo algo encima para evitar que entrara el agua cuando fui consciente de que había otra mujer observándonos, una anciana, alta y con expresión severa. Estaba de pie sobre el agua como si estuviera en una pista de baile.

—*¿Crees que ella no lo va a descubrir?* - dijo ella.

La camarera me dio un empujón y se puso la ropa interior de nuevo. El bote se balanceó. Esta ropa interior de la camarera tenía una palabra bordada: Día de Paga.

Me desperté y la chica detective estaba sentada junto a mí sobre la cama, toda desnuda y chorreando a mares. La ducha aún estaba corriendo. Tenía una extraña expresión en la cara, como si hubiera comido mucho de algo que no le gustaba.

—*Puedo explicarlo todo*, - le dije.

Ella se encogió de hombros y se puso de pie. Salió andando de la habitación, desnuda y la siguiente vez que la vi, dos años más tarde, iba disfrazada de Ejecutiva en un bufet de abogados del centro de Tokio, pulsando código Morse sobre el mostrador con una larga uña rosa con un pétalo. Era algo relacionado sobre cuentas de gastos o un poema *limerick* - obsceno. Me guiñó un ojo y me enamoré otra vez del todo.

Pero nunca volví a ver a la camarera.

LO QUE CENA LA CHICA DETECTIVE.

La chica detective se tumba en la cama y cierra los ojos. Es posible que la chica detective haya aceptado el caso del gordo. Es posible que sólo esté cansada. O curiosa.

Por toda la ciudad, por todo el mundo, la gente está dormida. Sentado arriba en mi árbol, me estoy hartando de pensar en ellos. Están soñando con sus hijos, con sus madres, con sus amantes. Sueñan que pueden volar. Sueñan que el mundo es redondo como un plato. Algunas de ellas se caen del mundo en sus sueños. Algunas sueñan con comida. La chica detective pasea a través de estos sueños. Recoge una manzana de un árbol del sueño de alguien. Otro está soñando con la casa en la que vivía de pequeño. La chica detective rompe un pedazo de su casa. Se derrite en su boca como la miel.

La mujer al final de la calle está soñando con su tercer marido, el que se marchó con su secretaria. Eso es lo que ella piensa. El tipo se marchó a recoger comida china una noche hace cinco años y nunca volvió. Fue hace

mucho tiempo. Su secretaria le dijo a la mujer que no sabía nada de ello, pero la mujer sabía que la secretaria estaba mintiendo. O quizá el tipo huyó y se unió a un circo ambulante.

Hay un hombre que vive en su sótano, aunque la mujer no lo sabe. Ha bajado una televisión allí, una neverita y un sofá en el que duerme. Lleva viviendo allí desde los últimos dos años, muy silencioso. Sube de noche a por aire. La mujer no reconocería a este hombre si se lo encontrara por la calle. Estuvieron casados hace veinte años y luego él salió a recoger mein y wontons y arroz frito con gambas y le llevó un tiempo regresar a casa. Aún tenía su juego de llaves. Lleva en el sótano todos estos años. A ella le resulta difícil bajar las escaleras.

El hombre también está soñando. Está reuniendo valor para subir las escaleras y salir por la puerta delantera. En su sueño, sale andando a la calle y luego da la vuelta. Regresa andando justo hasta la puerta delantera y toca el timbre. Quizá se casen de nuevo algún día. Quizá ella nunca se divorció de él. Está soñando con su luna de miel. Saldrán a cenar. O bajarán al sótano, bajará a través de la trampilla al inframundo. Él le mostrará las vistas. La llevará a bailar.

La chica detective da un mordisco al inframundo.

RESTAURANTES CHINOS.

Solía comer fuera a menudo. Yo tenía un restaurante favorito que servía buena gamba al ajillo y me gustaban las tortitas también, las tortitas de cebolla. Pero hay que tener cuidado, le decía su fortuna, —*Tu vida ahora mismo es como una montaña rusa. Pero no te preocupes, terminará pronto.* - Vale, ¿qué se suponía que significaba eso?

Luego me sucedió. La primera fortuna fue ominosa. —*Nadie te amará del modo que les amas.* - Pensé en ello. Quizá fuera cierto. Volví al restaurante una semana más tarde, pedí gambas, me las comí y cuando abrí la galleta de la fortuna, rezaba: —*Tus amigos no son lo que piensas que son.*

Eso me incomodó. Pensé en no cenar allí durante algunas semanas. Comí comida tailandesa en su lugar. Italiana. Pero el asunto es que, aún no estaba

a salvo. Ningún restaurante era seguro... excepto quizá donde paran los camioneros o los restaurantes automáticos. Algunos camareros, camareras... fingen ser amables. Nos traen lo que les pedimos. Nos preguntan si queremos algo más. Son solícitos con nuestra salud. Recuerdan nuestros nombres cuando regresamos.

Son tan amables con nosotros como si fueran nuestras propias madres y somos familiares con ellos.

No me gusta cocinar. Vivo solo y no parece que tenga mucho sentido. A veces sueño con comida, por ejemplo, una tarta hecha de merengue del tamaño de un salón. Justo cuando iba a darle un mordisco, una bailarina salió de ella dando patadas. Luego salió otra bailarina. Una troupé entera de bailarinas, de hecho, Todas cubiertas de merengue. Estaban deliciosas.

Me gusta comer comida que hace otra gente. Es como una relación. Pero no puedes fiarte de otras personas. Especialmente de los camareros. No son amigos nuestros, ya ves. No son nuestras madres. No nos dan la comida que esperamos ni la comida que soñamos... aunque podrían. Si quisieran.

Les pedimos recomendaciones sobre el menú, pero son más listos... si pudieran elegir recomendarnos, no elegirían recomendarnos. Su amabilidad es arbitraria y no cuenta como duradera. Me siento aquí en este mundo y la comida que nos traen no es de este mundo, no del todo. No son como nosotros. Sirven a un gran misterio.

Volví al restaurante chino como un hombre condenado. Me comí mi última comida. Un grupo de mujeres con grandes sombreros y pequeños vestidos se sentaron a la mesa de al lado. Pidieron la comida y luego salieron para ir al baño. ¿Regresaron acaso? Yo nunca las vi volver.

El camarero me trajo la cuenta y una galleta de la fortuna. Desenrollé mi fortuna y leí mi destino. —*Morirás a manos de un extraño.* - Cuando me iba, el camarero me sonrió. Su sonrisa era inescrutable.

Me siento aquí en mi árbol, comiendo comida para llevar izada con un trozo de cuerda. Me quito los binoculares para comer. ¿Quién sabe lo que dirá mi fortuna?

¿DE QUÉ COLOR ES EL PELO DE LA CHICA DETECTIVE?

Algunas personas dicen que la chica detective es rubia natural. Otras dicen que es pelirroja, ¿cómo iba tener la chica detective el pelo de otro color? Su padre sólo sonríe y dice que es igualita a su madre. Yo mismo ni siquiera estoy seguro de que la chica detective recuerde el color original de su pelo. Es la maestra del disfraz. Siento que debería dejar claro que nadie ha visto nunca a la chica detective en la misma habitación que la vetusta ama de llaves. A ella y su padre se les ha visto cenar juntos a menudo pero, repito, la chica detective es una maestra del disfraz. Es capaz de cualquier cosa.

AÚN MÁS ORÍGENES SECRETOS DE LA CHICA DETECTIVE.

Algunas personas dicen que una niña pequeña en una tienda de comestibles la mordió. Era una de esas niñas que están constantemente preguntando a su padres por qué el cielo es azul y por qué hay cocodrilos gigantes, las mascotas formales de otras niñas, viviendo en las alcantarillas de la ciudad y por qué si China está justo debajo de nosotros, podríamos cavar un agujero y atravesar el centro de la Tierra y si entonces acabaríamos cabeza abajo y así sin parar. Esta niña, radioactiva de curiosidad, mordió a la chica detective y en ese instante la chica detective vio de pronto todas las respuestas, todas a la vez. Fue tan sobrecogedor que tuvo que tumbarse en mitad del pasillo con los cereales del desayuno a un lado y la lata de tomate en el otro y el dueño de la tienda se acercó y le preguntó si estaba bien. No estaba bien, pero sonrió y dejó que el hombre la ayudara a levantarse de nuevo, y esa noche se fue a casa y bordó los días de la semana en su ropa interior para que, si alguna vez la atropellaba un coche, al menos quedara perfectamente claro cuándo había ocurrido el accidente. Pensó que eso haría feliz a su madre.

¿Por qué la chica detective cruzó la carretera?

Porque creyó haber visto a su madre.

¿Por qué la madre de la chica detective cruzó la carretera?

¡Ojalá lo supiera la chica detective!

La chica detective era muy pequeña cuando su madre se fue. Nadie habla nunca de su madre. Causa demasiado dolor a su padre incluso oír pronunciar su nombre. Incluso verlo escrito. Posiblemente la chica detective estaba llamado a su madre y por eso no debemos decir su nombre.

Nadie le ha explicado nunca a la chica detective por qué se fue su madre, aunque debe de haber tenido algo que ver con algo muy importante. Posiblemente se murió. Eso sería bastante importante, casi perdonable.

En la habitación de la chica detective hay una sola fotografía de una mujer en un marquito dorado, alta y con una muy leve sonrisa, alzándose sobre los dedos de los pies. Brazos abiertos como alas. Lleva una larga falda y una camisa sin mangas, un par de gastados zapatos de baile. Sostiene una gavilla de trigo. Parece como si estuviera bailando. La chica detective sospecha que es su madre. Estudia la fotografía todas las noches. Las personas sueñan con cosas perdidas o robadas y esta mujer, su madre, siempre está en esos sueños.

Recuerda a una mujer andando delante suya. La chica detective se cogía de la mano de esta mujer. La mujer le dijo algo. Podría haber sido algo como, —*Mira siempre a ambos lados*, - o —*Lávate siempre las manos después de usar un baño público*, - o quizá —*Te quiero*, - y luego la mujer cruzó la calle. Tras eso, la chica detective no está segura de lo que pasó. Había una furgoneta, roja y dorada, que dobló rápidamente la esquina. En el lateral decía: —*Coma en el Restaurante Chino de Mamá*. - O quizá decía:—*Coma en la Luna*. - Quizá atropellara a la mujer.

Quizá paró y la mujer entró en la furgoneta. Ella dijo el nombre de su madre entonces y nadie respondió nada.

LA CHICA DETECTIVE SALE A COMER.

Sólo dejo mi árbol para ir al baño. Es como estar de acampada. Tengo un rollo de papel higiénico y a una toallita. Por la noche me ato a la rama con una cuerda. Pero en realidad no duermo mucho. Son las siete en punto de la tarde cuando la chica detective deja la casa. —*¿Dónde vas?* - le digo, sólo por darle conversación.

Dice que va a ese nuevo restaurante del centro, si es que me importa tanto. Me pregunta si quiero venir, pero tengo planes. Puedo decirle que algo está a punto de suceder. Va disfrazada de mujer joven. Sus ojos son perspicaces y destellan un montón.

—*¿Puedes traerme un pedido de pasta de dumplings hervida?* - grito mientras se aleja, —*¿Con arroz blanco?*

Ella finge que no me oye. Por supuesto, la sigo. Se sube a un bus. Yo trepo entre los árboles. Es bastante divertido. Ocasionalmente, no hay más árboles y tengo que arreglarme con postes de teléfono o torres para el agua. Generalmente me mantengo a distancia del suelo.

Hay un bonito ficus en una maceta en el Restaurante Chino de Mamá. Me siento en él y estudio el menú. Intento no llamar la atención del camarero. Es un tipo alto con severa mirada. La chica detective está obviamente tratando de decidirse entre el rollito de carne y calamares. Listado bajo los aperitivos hay tortitas de cebolla, rollitos de huevo con gambas y wantons (los cuales he pedido muchas veces, pero que siempre resultan ser wontons en su lugar), también bailarinas. La chica detective pide un vaso de agua sin limón. Luego le pregunta al camarero, —*¿De dónde eres?*

—*China*, - le dice.

—*Me refiero a dónde vives ahora*, - dice la chica detective.

—*China*, - le dice. —*Conmuto*.

La chica detective prueba de nuevo. —*¿Cuánto tiempo lleva aquí este restaurante?*

—*A veces, desde hace bastante tiempo*, - le dice. —*No olvides lavarte las manos antes de comer*.

LA CHICA DETECTIVE VA AL BAÑO.

En la mesa de al lado hay doce mujeres que llevan gafas oscuras. Puede que hayan estado allí sentadas durante bastante tiempo. Se levantan en fila, una

por una, hacia el baño de mujeres. La chica detective se queda sentada durante un rato. Luego las sigue. Un minuto después la sigue. Nadie me detiene. ¿Por qué iban a hacerlo? Paso con cuidado de mesa a mesa. Me flexiono detrás de los arreglos florales.

En el baño no hay árboles, así que me subo en el secador eléctrico y me siento con las rodillas junto a las orejas y mis manos alrededor de las rodillas. Intento parecer inconspicuo. Sólo hay un baño y absolutamente no hay rastro de las doce mujeres. Quizá estén todas en el mismo baño, pero puedo ver por debajo de la puerta y no veo ningún pie. La chica detective está lavándose las manos. Se lava las manos eficientemente, durante mucho rato. Luego se acerca al secador.

—*¿Y ahora qué?* - le pregunto.

Sus ojos destellan con perspicacia. empuja la puerta del baño con el pie. Se abre. Los dos podemos ver que está vacío. Es más, ni siquiera hay retrete dentro. En su lugar hay una escalera que desciende. Una corriente está subiendo. Casi creo que puedo oír cocodrilos, rascando y reptando por ahí en alguna parte escaleras abajo.

LA CHICA DETECTIVE VA AL INFRAMUNDO.

Ella lleva una linterna, por supuesto. Se queda en lo alto de las escaleras y mira atrás hacia mí. La luz de la linterna hace un charco alrededor de sus pies.

—*¿Vienes o no?* - dice ella.

¿Qué puedo decir? Me he enamorado de la chica detective otra vez. Bajo del secador. —*Supongo*, - le digo.

Empezamos a bajar las escaleras.

El inframundo es todo lo que te he estado diciendo. Es grande de veras. No vemos ningún cocodrilo, pero eso no significa que no haya ninguno. Está oscuro, hace un poquillo de frío y me alegro de llevar mi cardigan. Hay árboles con musgo allí. El musgo brilla. Me subo a los árboles. Me

balanceo de rama a rama. Siempre se me dio bien la gimnasia. Debajo de mí, la chica detective da zancadas hacia adelante intrépidamente, sus pies iluminados como dos barcas. Estoy enamorado de la parte superior de su cabeza, con el ricito en el medio. Siento debilidad por esa parte. Prometo en secreto preservarla. Ni un pelo de su cabeza sufrirá daño alguno.

Pero entonces llegamos a un río. Es un río ancho y probablemente profundo. Me siento en un árbol al borde del río y no puedo decidirme a bajar. Ni siquiera por el bien de la parte en el pelo de la chica detective. Ella mira arriba hacia mí y se encoge de hombros. —*Tú mismo*, - dice ella.

—*Te esperaré aquí*, - le digo.

Hay bonitas canoas al lado del río. Algunas personas dicen que la chica detective puede caminar sobre las aguas, pero veo que sube a una de las canoas. Este no es la clase de río en el que quieres meter la punta del pie. Es demasiado denso y ancho. Podrías dejar pisadas.

Observo cómo cruza el río. La veo llegar al otro lado. Hay un club nocturno al otro lado, con una veranda y un gran letrero sobre ella. BAILA CON CHICAS HERMOSAS. Hay una mujer de pie sobre la veranda. Las personas bailan. Suena una música. Arriba en mi árbol, mi pies dan golpecitos al aire. Alguien dice, —*¿Mamá?* - Alguien abraza a alguien. Todos bailan. —*¿Dónde has estado?* - dice alguien.

—*Empezando de nuevo*, - dice alguien.

Es difícil ver lo que pasa al otro lado del río. Camareros chinos en trajes elegantes están bailando con princesas bailarinas. Hay un montón de lentejuelas. Están bailando tan rápido que las cosas se hacen borrosas. Las cosas se juntan. Creo que veo un cocodrilo bailando. Veo un viejo gordo bailando con la madre de la chica detective. Quizá hasta el ama de llaves esté bailando. Es difícil saber si sus pies tocan siquiera el suelo. Hay chispas. Fuegos artificiales. Los músicos también están bailando, pero no dejan de tocar. Yo estoy bailando arriba en mi árbol. Se agitan las hojas y cruje la rama, pero la rama no se rompe.

Bailamos durante horas. Quizá durante días. Es difícil saberlo porque permanece oscuro todo el tiempo. Luego hay una fila de bailarines viniendo por el río. Saltan sobre los lomos de cocodrilos blancos que cierran sus fauces cerca de sus talones. Están mano con mano, girando y dando vueltas y cayendo hacia atrás y brincando hacia adelante. Es difícil verles, se mueven muy rápido. Está tan oscuro aquí abajo. ¿Es esa una princesa bailando o una atracadora? ¿Es ese un viejo gordo o un cocodrilo o un ama de llaves? Ojalá lo supiera. ¿Es esa la chica detective o es su madre? Una mira a la otra y sonrío. Ella no dice nada, sólo sonrío.

Miro y, en el musgoso fulgor, todos se parecen a la chica detective. O quizá la chica detective se parece a todos. Todos parecen tan felices. Pasando en la dirección opuesta hay una fila de camareros chinos. Se cruzan con la primera fila cuando pasan. La cortan y se unen en una conga. Aplauden con las manos. Se agarran unos a otros a lo largo del pecho y la espalda y bailan tango. Pero la chica detective sigue hacia el restaurante y el baño y la escalera secreta. Los camareros siguen sobre el agua, hacia el club nocturno. Abajo en ese club nocturno, hay un baño. En el baño, hay otra escalera. Los camareros se van a casa a dormir.

Estoy exhausto. No consigo alcanzar a la chica detective. —*¡Espera!* - chillo. —*Aguanta un segundo. Me voy contigo.*

Todos se dan la vuelta para mirarme. Estoy mareado con todas esas miradas. Me caigo del árbol. Golpeo el suelo. En serio, eso es todo lo que recuerdo.

CUANDO DESPERTÉ.

Alguien me había cargado hasta mi árbol y me había metió dentro. Yo estaba enrollado como un bicho. Estaba de vuelta en el árbol frente a la calle de la ventana de la chica detective. Esta vez el ciego era yo. No podía ver nada.

¿EL FIN DE LA CHICA DETECTIVE?

Algunas personas dicen que ella nunca volvió del inframundo.

EL REGRESO DE LA CHICA DETECTIVE.

Tuve que ir al aeropuerto por alguna razón. Es una larga historia. Era un caso importante. Esto no fue hace mucho. No había bajado del árbol durante mucho tiempo. Echaba de menos el árbol.

Creí haber visto a la chica detective en el bar en la Terminal B. Estaba sentada en una de las cabinas del fondo, disfrazada como un viejo gordo. Había una servilleta delante de ella doblada como una girafa. Estaba llorando pero tenía la servilleta doblada en una girafa... no había nada que limpiar en su nariz. Me habría acercado para prestarle mi pañuelo, pero alguien se sentó a su lado. Era un niño de unos doce años, pelirrojo. Vestía un mono. Ella sólo siguió sentada al lado del chico y sacó otra servilleta sin decirle una palabra. El viejo se sonó la nariz con ella y me di cuenta de que no era la chica detective en absoluto. Era sólo un viejo. Ella era el chico del mono... ¡con un estupendo disfraz! Luego la camarera se acercó a tomarle nota. Yo no estaba seguro acerca de la camarera. Quizá fuera ella la chica detective. Pero me lanzó tal mirada que tuve que levantarme y marcharme.

POR QUÉ BAJÉ DEL ÁRBOL.

Ella se acercó y se quedó bajo el árbol. Se parecía mucho a mi madre. ¡Baja de ese árbol ahora mismo! dijo ella. ¿No sabes que es hora de cenar?

FIN

Capítulo 12

Agradecimientos

Estoy extremadamente agradecida a las siguientes personas. Algunas de ellas son familiares, algunas son amigos, algunas son escritores o editores. Todas ellas han sido increíbles y en cierto modo alentadoras. Algunas de ellas han cocinado comidas para mí o me han enseñado varios juegos de cartas o me han indicado libros necesarios o leído mis historias cuando necesitaba lectores. Fui miembro de varios talleres mientras escribía estas historias: debo mucho a los instructores y miembros de MFA workshop en UNC-G, Clarion East, Sycamore Hill, el Cambridge Auxiliary Women's Workshop, CSFW, y Rio Hondo. Inspiración parcial para *El Sombrero del Especialista* - vino de una exposición en el Peabody Museum en Cambridge, MA. Pedí prestado parte de un pasaje (metido en el lateral de un expositor vacío) para empezar el poema más largo de esa historia. También adapté, para esa misma historia, un pasaje sobre una serpiente con bigotes de una exposición de folclore en Raleigh, NC. Me gustaría agradecer a mi madre, Annabel J. Link, que me leía hasta que su voz se rendía; mi padre, Bill Link, que me leía libros cuando mi madre estaba demasiado ronca; mi hermana, Holly; mi hermano, Ben; Sam, Babs, Bryan y Laurie Jones, mis abuelos, Edwin y Lou Jones; mi perversa madrastra, Linda. Estoy en deuda con Joyce Nissim, Michele Harley, Barb Gilly, Lynne y Tom Casey, Fleur Penman, Ada Vassilovski, Pete Cramer, Jack Cheng, Margaret Muirhead, Jim Clarke, Cassandra Silvia, Vincent McCaffrey, la fabulosa Avenue Victor Hugo Bookshop, Bill Desmond, K. Wyndham, Mimi Levin, Janis Fields, Lea y Anna (chica leal), Christopher Hammond, Jim Clark, Fred Chappell, Lee Zacharias, Michael Parker, Raymond Kennedy, RAchele Taylor, Hadas Steiner, Melissa DeJong, John Golz, Lauren Stearns, Justine Larbalestier, Jenna A. Felice, Vanessa Felice, Veronica Shanoes, William Smith, Anna Genoese, Steve Pasechnick, Bryan Cholfin, Terra Cholfin, Ian McDowell, Anne Abrams, Mr. Jeremy Cavin,

Ellen Datlow, Terri Windling, Delia Sherman, Ellen Kushner, Gwenda Bond, Neil Gaiman, Nalo Hopkinson, Dora Knez, Jim Patrick Kelly, Sarah Smith, John Kessel, Richard Butner, Walter Jon Williams, Greg Frost, Sean Stewart, Tim y Serena Powers, Jonathan Lethem, Shelley Jackson, y Karen Joy Fowler. (Especialmente Karen J. Fowler.) Estoy muy agradecida por el trabajo duro y paciencia y generosidad a Gavin J. Grant, que me ha dado, entre otras cosas, un par de zapatos, una lupa (se me rompió), CDs de Mayumi Kojima y Super Butter Dog, un kimono y, en mi decimotercer cumpleaños, treinta libros forrados en papel.

FIN